



POSTALES

Trotamundas, patiperras... chilenas

Marco Fajardo



quimantú

Marco Fajardo (Alemania, 1976) es periodista de la Universidad de Santiago de Chile. Entre 1999 y 2001 trabajó en el diario chileno "La Nación". Otros textos suyos han aparecido en el periódico "Metrodiario", la revista "El Periodista", "Primera Línea" y el diario alemán "Die Tageszeitung". Desde 2005 es redactor de la agencia alemana de prensa dpa en Buenos Aires. En 2006 publicó en Editorial Quimantú el libro "Contra Bachelet y otros", una investigación periodística sobre los militares que se opusieron al golpe de Estado de 1973. Las siguientes columnas fueron publicadas en el medio electrónico "Granvalparaíso.cl" entre 2001 y 2006.

Postales

© Marco Fajardo

Registro de Propiedad Intelectual N°163.273

4 de junio de 2007

Primera edición chilena

Santiago de Chile, julio de 2008

Producción y Diseño Gráfico: Editorial Quimantú

www.quimantu.cl

editorial@quimantu.cl



Colección Re-Sabios



quimantú



Presentación

Marco Fajardo no es un nombre nuevo en la Editorial Quimantú. Con orgullo dimos cabida a una de sus investigaciones periodísticas bajo el título “Contra Bachelet y otros”, el relato informado de lo que pasó con aquellos representantes de las Fuerzas Armadas que se opusieron al golpe militar de 1973.

El libro que ahora tiene en sus manos tiene características diferentes, que reflejan la versatilidad de su trabajo. “Postales” es una compilación de crónicas de viaje publicadas, en primera instancia, en el diario digital Granvalparaíso.cl, reunidas en este texto como una invitación a conocer los viajes de Marco, vivirlos a través de su mirada y sacar nuestras propias conclusiones.

Las crónicas nos llevan de viaje por Europa, conocemos España, Italia, Alemania, Grecia, República Checa, así también países vecinos como Colombia y Argentina, pero no sólo los lugares reservados a los turistas, sino que además a las personas ligadas a esos lugares, sobre todo a los simples lugares que se hacen relevantes cuando los recuerdos del viaje se acercan.

Pero el relato no sólo sirve como guía de viaje por Europa y algunos países latinoamericanos, también nos acerca a la visión de un joven chileno que ha tenido que trasplantarse en varios países, encontrándose con coterráneos y sus propias experiencias en el camino, construyendo una imagen de Chile que a los chilenos que vivimos en el país nos cuesta ver. En ese sentido, nos ayuda a mirarnos y reconocernos. “Postales” pertenece a la Colección Re-Sabios, la cual busca mostrar esas pequeñas historias que forman parte íntegra de la gran historia que escribimos nosotros, los de abajo, en contraposición a la historia oficial en donde pocas líneas se nos dedica. De esta forma Editorial Quimantú sigue trazando el camino de educación popular, de rescate de nuestra memoria histórica, de creación autónoma e independiente, que se ha fijado desde el principio de su accionar.

Y como la mejor forma de conocer a la Editorial es a través de sus publicaciones, dejamos hecha la invitación a través de estas “Postales”.

Editorial Quimantú

Julio de 2008





*“Where do we go, nobody knows?
Don’t even say you’re on your way down when
God gave you style and gave you grace
God put a smile upon your face”.*

Coldplay

Buenos Aires y Europa
(2001/2002)



Introducción

En septiembre de 2001, a los 25 años, viajé por primera vez a Buenos Aires.

Aquel viaje iba a cambiar mi vida para siempre, pero yo en aquel entonces aún no lo sabía. En ese hostel de la avenida San Juan conocí a dos mujeres, que amé profundamente. Una me llevó a realizar un viaje increíble por Europa. La otra me haría regresar para vivir en la Argentina. Desde el primer momento, Buenos Aires me deslumbró. Creo que es la única ciudad del mundo de la cual me he enamorado y que extraño al estar lejos. Nunca imaginé que pudiera haber una urbe tan hermosa a sólo 1.000 kilómetros de Santiago. Me gustó tanto que aquella primera vez decidí quedarme por tres meses, hasta que se me acabó el dinero y volví a Chile.

Luego, a principios de 2002, emprendí un viaje a Europa, gracias a una beca para hacer una práctica en un diario en Berlín. Iba por un par de meses, y finalmente me quedé medio año. Y volví a Europa en 2006. El diario electrónico “Granvalparaiso”, especialmente su generoso editor Raúl Gutiérrez, me dieron la oportunidad de publicar mis primeras columnas sobre estos viajes.

Enamorado de Buenos Aires



Septiembre-Diciembre de 2001

LLEGUÉ AL TERMINAL de buses un lunes por la mañana. Era el 10 de septiembre. Bajé del bus y no había nadie esperándome. Unos días atrás había escrito a Stephanie acerca del día y hora de mi llegada, pero ella estaba en algún lugar en Bolivia y no tenía yo ni idea si había recibido mi e-mail.

De todas formas esperé una media hora, por si aparecía. Después me puse a caminar. Jair, un amigo colombiano que había visitado la ciudad semanas antes, me había dicho que la estación de buses estaba muy cerca del centro.

La mochila me pesaba en la espalda. Llegué al parque San Martín, donde un mural recuerda los nombres de los soldados argentinos caídos en la guerra de las Malvinas. Luego crucé hasta el paseo Florida. Había miles de personas caminando de un lado a otro. Y tiendas de discos, boutiques, cybercafés, locales de comida rápida, cafés, pizzerías. De repente llegué a Corrientes. A un lado, a lo lejos, se veía el Obelisco. Decidí seguir adelante, hasta Avenida de Mayo. En la Plaza de Mayo, mucho más pequeña de lo que había imaginado, divisé la Casa Rosada. Tomé rumbo a la 9 de Julio, la avenida más ancha del mundo. Eran un millón de autos y personas. Una interminable hilera de edificios, uno tras otros. Letreros publicitarios descomunales. Me sentí insignificante, nadie me conocía en esta ciudad, la posibilidad de encontrarme a alguien en un café era cero. Había llegado a Buenos Aires.

* * *

Cerca del mediodía entré a un locutorio (así le dicen a los centros de llamado), donde se podía usar una hora de Internet por un dólar. En un mail, Stephanie me señalaba que iba a llegar ese mismo día por la tarde, a un hostel para mochileros, llamado “Che Lagarto”, ubicado en el cruce de las avenidas San Juan y Entre Ríos. Que si quería nos podíamos reunir allí. Anoté la dirección que me sugería, luego pedí en la caja un mapa de la ciudad y busqué la esquina. Resultó estar cerca, a unas doce cuadras de donde yo me hallaba. Quería darme una ducha y comer algo. Así que fui hasta allí.

Timbré en una casa sin letrero de la avenida San Juan. Detrás del vidrio de la puerta se veía una escalera que subía a un segundo piso. Me abrió una muchacha muy guapa, de pelo largo y ojos azules. Pregunté si ahí era el hostel. Me dijo que sí.

Entré y subí la escalera hasta la recepción. La noche costaba diez dólares, incluyendo un desayuno y quince minutos de Internet. Pagué y me condujo hasta un tercer piso, al pie de una terraza, donde había una habitación con tres camarotes. El mío estaba junto a la ventana. Dejé mis cosas encima de la cama y salí a comer algo.

* * *

Stephanie llegó la noche de ese mismo día.

La había conocido en Santiago unos meses antes. Ella había venido para hacer un semestre de estudios en la Universidad de Chile. Teníamos una amiga alemana en común y ella le había dado el teléfono. Un día nos juntamos y salimos a tomar algo. Nos caímos bastante bien. Fuimos al cine y visitamos distintos bares de la capital. Conversando subimos el cerro San Cristóbal.

En algún momento me dijo que luego de terminar sus cursos haría un viaje por Perú, Bolivia y Argentina. Le propuse que nos encontráramos en Buenos Aires. Yo siempre había querido conocer esa ciudad, pero nunca había tenido una excusa para ir. Así que acordamos que a principios de septiembre nos juntaríamos allí.

Cuando llegó al hostel estaba completamente exhausta. Había hecho un largo viaje desde La Paz. Las carreteras en Bolivia son imposibles y llegar hasta La Quiaca, en la frontera argentina, fue todo un desafío.

* * *

Al otro día, por la mañana, ella y yo salimos a caminar. Por la avenida San Juan, derecho, luego de cruzar la 9 de Julio, llegamos hasta el apacible barrio de San Telmo. No tiene nada que ver con el resto de Buenos Aires. Calles estrechas, empedradas, casas antiguas de máximo tres pisos, muchos bares y restaurantes.

En la plaza Dorrego, la gente tomaba el sol, bebía café y leía el periódico.

De allí caminamos hasta La Boca. "Caminito", el sector turístico, estaba bastante bien cuidado, pero el resto del barrio permanecía en decadencia. El agua del muelle era inmundicia, una mezcla espesa de barro y petróleo. En algunas calles donde caminamos, sentí que nos observaban. Pero era de día y había gente. Casi sentí alivio al ver un policía en una esquina.

Para salir de allí tomamos el colectivo 53. En Baires a las micros les dicen "colectivos".



En el hostel no sólo había mochileros. Vladimir, un refugiado político cubano que estaba cesante, había llegado a la Argentina dos años antes y ahora sólo quería irse, compartía mi cuarto. Federico, un chico de San Martín de los Andes, que atendía periódicamente en el mostrador y detrás de la barra, también vivía en uno de los cuartos. Lynne, una escocesa treintona que trabajaba en un instituto dando clases de inglés, estaba ahorrando dinero para volver a Edimburgo. Y también estaba Wellington, un brasileño que realizaba imitaciones de James Brown y a veces se ganaba la vida con una bolita y tres tapitas. A veces venían, pero por máximo dos o tres días, delegaciones de estudiantes secundarios y universitarios del interior del país, que asistían a congresos o competencias deportivas. Sin embargo, la mayoría de los “pasajeros” eran gringos que iban y venían. Predominaban los angloparlantes: ingleses, irlandeses, australianos, estadounidenses. También había franceses, alemanes, españoles, holandeses. Viajaban en parejas, como novios o amigos, o en grupos unisex de dos a cuatro personas.

Los “backpackers”, como se los conoce habitualmente, forman una tribu con características bien determinadas. En la calle de cualquier ciudad latinoamericana son fácilmente reconocibles por sus grandes mochilas, pantalones de lona con varios bolsillos y la infaltable botella de agua.

Todos están equipados con el South-American Handbook o la Guía Lonely Planet. Habitualmente realizan los mismos circuitos turísticos y visitan los mismos lugares. En Argentina son las Cataratas de Iguazú, luego la Capital Federal, Bariloche y Ushuaia. En Chile sus destinos favoritos suelen ser las Torres del Paine, la Región de los Lagos y San Pedro de Atacama. En Perú y Bolivia, Machu Picchu y el Lago Titicaca. Elegían Buenos Aires como punto de partida o llegaban procedentes de Brasil o Bolivia. Desde la capital argentina viajaban a algún país fronterizo, volaban a Nueva Zelanda o regresaban a sus casas.

Los ingleses, escoceses e irlandeses eran campeones para trasnocharse y tomarse toda la cerveza de la heladera. El acento inglés de los israelíes es inconfundible: arrastran la “erre” de una manera muy propia. Los suizos suelen ser trilingües: hablan fluidamente alemán, francés e inglés.

La mayoría de todos ellos eran muy jóvenes y viajaban por varios meses. Para algunos, recorrer el mundo se había convertido en un vicio. Casi ninguno hablaba español, se defendían con unos manuales muy precarios o alegaban que antes de partir se les había acabado el tiempo para tomar un curso. Manejaban un vocabulario muy básico: “por favor”, “gracias”. Una de las primeras frases que memorizaban era “una cerveza por favor”.

* * *

En la pared del comedor del hostel había un cartel que decía: “SE NECESITA ASISTENTE. INFORMACIONES EN EL MOSTRADOR”. Decidí preguntar. Había venido con poco dinero. Me pusieron una semana a prueba y luego me tomaron. Tenía que trabajar 23 horas semanales - en tres turnos de noche y uno de día de seis horas cada uno - y a cambio podía alojarme, tomar un buen desayuno y usar Internet. Por la mañana me despertaba, tomaba el desayuno y luego revisaba mi correo electrónico y las páginas web de algunos diarios de Santiago, Bogotá y Madrid. Tomaba una ducha y luego salía a dar una vuelta. Desde Santiago me había traído mi bicicleta.

Me quedé hasta el 17 de diciembre. Zarpé cuando se me venció la visa y se me acabó el dinero, justo tres días antes de que cayera el gobierno de Fernando de la Rúa.

La crisis la viví esos tres meses como un ruido subterráneo que la gente parecía querer ignorar. Muchos se quejaban, pero otros estaban resignados. Algo se acumulaba. Todos los días había marchas en alguna parte del centro. Pero la ciudad siempre seguía su curso. En Buenos Aires por primera vez en mi vida sentí “miedo económico”. Tener cincuenta pesos en el bolsillo y no saber si al otro día van a valer lo mismo.

* * *

¿Pero por qué me enamoré de Buenos Aires y decidí quedarme? Cuando uno se enamora de una mujer son ciertos detalles que lo fascinan a uno: su voz, sus ojos claros, su risa. Con Buenos Aires fue lo mismo: fueron pequeñas cosas que me capturaron de la ciudad de Rodrigo Fresán y Eliseo Subiela, donde también habían habitado Tanguito, Luca Prodan y Don Carlos Gardel.



La capital argentina tenía, en plena recesión económica, vigente desde los fines de los años noventa, un aire decadente casi seductor.

Las avenidas Corrientes, Belgrano o Callao atraviesan arrogantemente la ciudad de un extremo a otro. Por la noche, los jóvenes se sientan al pie de una escalera en cualquier avenida y pueden beber una cerveza sin molestar a nadie.

Las instalaciones de la Universidad de Buenos Aires son gigantescas, tanto las Facultades de Ingeniería del Paseo Colón como Derecho en la Avenida del Libertador. Para qué mencionar la Ciudad Universitaria, adonde se puede llegar luego de pasear por la Costanera Sur (estuve allí para la Fiesta de la Primavera, un 20 de septiembre, comí choripán y jugué fútbol con chicos a los cuales nunca les supe el nombre).

En Corrientes hay librerías que están abiertas hasta la una de la madrugada. En las cafeterías repletas de gente, los argentinos arreglan el mundo hasta las once o doce de la noche, incluso los días de semana. La oferta cinematográfica es absolutamente espectacular e incluye estrenos europeos que nunca llegarán al resto de América Latina. Y bueno, también está Tigre.

* * *

Nunca me aburrí de ir a Tigre.

Primero hay que tomar el metro y llegar hasta la estación Retiro. Ahí uno cambia al ferrocarril, y en la estación Mitre toma el tren. El boleto cuesta 95 centavos y uno viaja una hora pasando por Belgrano, Olivos, Acasusso. Son más de diez estaciones.

Los vagones son muy nuevos y confortables. Uno incluso puede subir con una bicicleta. De vez en cuando pasan vendedores ambulantes de lapiceras Parker, autoadhesivos Pokémon o gaseosas, mientras afuera el paisaje se transforma: van desapareciendo los edificios y debutan los barrios residenciales. En Martínez están las calles espaciosas, pobladas de árboles, con casas gigantescas. El Ñuñoa argentino.

Y finalmente uno llega a Tigre. Es un pequeño pueblo, algunas de cuyas zonas se han vuelto muy exclusivas. En la estación a veces suena Soda Stereo desde los parlantes y un reloj muestra las horas de las grandes ciudades del mundo. A la salida te encuentras de golpe con esos prados interminables, junto a los canales de agua, donde muchachos practican el remo en canoa y los turistas toman embarcaciones para recorrer el delta del Río de la Plata y cruzar al Uruguay.

Se puede caminar por el Paseo Victorica, al pie de un canal, y ver a los hombres solos o con sus hijos pescando, mientras toman mate. En algún restaurante se puede almorzar por cinco pesos. Al otro lado del río se ven casas de todos los estilos, barcos encallados, clubes centenarios de yachting.

Muchos chicos se instalan en algún banco y beben cerveza mientras conversan. Otros practican jogging o patinaje. En los días de sol, la gente anda en short y polera.

Conocí Tigre en septiembre, cuando las casas de verano estaban casi todas cerradas. Cuántos romances habían empezado y terminado en esas calles.

* * *

Un jueves fui hasta la Plaza de Mayo y acompañé a las madres de los desaparecidos en su periódica ceremonia en recuerdo de sus seres queridos. Había un pequeño stand donde vendían estampitas, libros, poleras, postales y otros souvenirs, mientras en un parlante sonaban canciones de Víctor Heredia.

A las tres y media de la tarde en punto, unas veinte mujeres con sus característicos pañuelos blancos en la cabeza desplegaron una pancarta e iniciaron una pequeña marcha en círculo alrededor del mástil de la bandera que se encuentra en mitad de la plaza. Es el mismo ritual, todos los jueves, hace más de veinte años. Esta vez estaban acompañadas por turistas europeos de la tercera edad, algunas parejas, jóvenes universitarios y típicos militantes de la izquierda que rondan los cuarenta años.

* * *

En el Museo Nacional de Bellas Artes, gratuito todos los días, me sorprendieron las obras de Picasso, Rembrandt, Modigliani, entre muchos otros pintores mundialmente reconocidos.

En el Centro Cultural de Recoleta, lugar de innumerables exposiciones, existe una amplia terraza que permite contemplar los hermosos parques que se despliegan a lo largo de la Avenida del Libertador.

En el Museo de Arte Latinoamericano, creado por un millonario argentino que hizo su primer millón de dólares a los 29 años, existe otra estupenda colección con obras de Roberto Matta, Diego Rivera, Frida Khalo, Cándido Portinari, entre muchos otros.



* * *

Otra cosa que me enamoró de Buenos Aires fueron sus parques. Ahí están los parques gigantescos de Palermo, donde los viernes por la tarde la gente se dedica a trotar, andar en patines o bicicleta, a tomar mate a la orilla del Laguito o simplemente a broncearse sobre una toalla.

Caminando conocí el Parque Rivadavia. Allí existe una pequeña feria de libros viejos, donde también venden discos, poleras y revistas. Un buen lector puede encontrar bestsellers, filosofía, psicología, política, literatura contemporánea argentina y norteamericana, desde un peso. Me compré un ejemplar usado de "Buenos Aires me mata", un resumen de columnas juveniles aparecidas a mediados de los años ochenta en el suplemento "Si" del diario "Clarín".

También está el Parque Centenario, a un costado del Hospital Naval y la Facultad de Comunicación de la UBA. Jóvenes jugando fútbol o tomando mate, ancianos practicando ajedrez, mujeres, niños, familias enteras. Los parques de Buenos Aires no son exclusivos de las parejas. También está la Reserva Ecológica, en pleno centro de la capital. En la entrada, decenas de vendedores ambulantes venden sándwiches de carne y chorizo, que uno se puede comer en el muro de la Costanera. Luego en bici o a pie el visitante puede adentrarse en kilómetros y kilómetros de área protegida, de senderos y canales, y descubrir todo tipo de pájaros, pequeños castores, tortugas. Caminando puede llegar hasta el Río de la Plata. Desde allí es lindo contemplar el atardecer y olvidarse de la existencia misma de la ciudad de la furia. En un día claro, dicen, incluso se ve la otra orilla, el Uruguay.

* * *

Trabajé tres meses en el hostel. Todos los jueves, Diego y Fernando, los dos treinteañeros jóvenes del lugar, hacían unos asados inolvidables. Los viernes había una fiesta para integrar a los gringos con "local people". No vi muchos "one night stand", pero había.

Amsterdam era una fiesta

18 de mayo

AMPARO Y YO llegamos a Ámsterdam de noche. Nos quedamos en el “Meeting point”, un hostel juvenil a pasos del barrio rojo, y que al día siguiente de nuestra llegada ya tenía un letrero que decía “sorry, we are FULL”.

Por la noche salimos a caminar por la ciudad. Nunca he visto tantos turistas en un solo lugar, abarrotaban las calles estrechas, casi no vi holandeses. Un negro me susurró ‘ectasy’ al pasar por un puente, pero en mi guía decía que a lo sumo te vendían detergente y que nunca se debía comprar drogas en la calle. Debo confesar que no entré a ningún coffee shop ni fumé marihuana. La última vez que lo hice, hace un par de años en la casa de un amigo en Vallenar, me dio un ataque de pánico y nunca más lo volví a hacer.

Salimos y fuimos a ver a las prostitutas en las vitrinas, obvio. Había de todo: gordas, flacas, jóvenes, viejas, africanas, asiáticas, blancas, latinas. Te miraban, te llamaban, hablaban por celular o simplemente fumaban aburridas, vestidas sólo en ropa interior y sentadas en unas sillas altísimas. Me dieron sentimientos encontrados, en estos casos siempre pienso que podría ser mi hermana o mi madre. Un afroamericano salía de uno de los cuartos y afuera lo esperaba un combo de amigos suyos, que lo aplaudieron mientras él hacía un gesto ganador. Más allá un viejo canoso también hacía digno abandono de otra “oficina”. Hace tiempo, una taxista me dijo: “gracias a ellas, hay menos violaciones”.

Al otro día, por la mañana, fuimos a un supermercado “Albert Heijn” a comprar cosas para desayunar: leche, pan de centeno, queso, manzanas, yogur. Luego nos sentamos frente a uno de los miles de canales de agua que atraviesan la ciudad. Como en casi todos los lugares públicos del mundo, había allí dos o tres vagos que bebían cerveza a las diez de la mañana. Eran una holandesa de unos treinta años, de voz ronquísima, y dos tipos con pinta de Surinam. Pensé que nos iban a pedir algo, pero sólo nos dijeron “buenos días” y nos dejaron en paz. Luego empezamos a caminar. En la plaza donde está el museo de Madame Tussaud, la gente había colocado -tras las barreras de protección de un ícono que representa el Monumento Nacional- centenares de



ramos de flores y escrito mensajes por el asesinato del ultraderechista Pim Fortuyn, ocurrido a comienzos de mayo. Fue el primer crimen político de importancia en los últimos 300 años de historia holandesa. Hombres y mujeres se acercaban en silencio a leer breves cartas escritas con marcadores rojos junto a fotos recortadas del periódico del muerto, un gay que proponía “mano dura” y frenar la inmigración. A pesar de la cantidad de gente, no había policías ni micros verdes en decenas de metros a la redonda. A unos metros, unos jóvenes veinteañeros chascones estadounidenses tocaban canciones llamando a honrar a Dios. Tenían guitarra eléctrica, bajo y batería, pero la amplificación sonaba bastante mal. Una vagabunda cincuentona gritaba como desafortunada en holandés entre los turistas, pero nadie le prestaba demasiada atención.

Tomamos rumbo al Vondelpark, una de las pocas áreas verdes de esta ciudad sobrepoblada. Había parejas mixtas haciendo jogging e italianos pasando la resaca en el pasto. Era un día hermoso. Nos sentamos en un banco y hablamos durante una o dos horas...

Luego fuimos al Museo Van Gogh. La entrada costaba 13 euros, no había rebajas para estudiantes, sólo para clientes del banco ABN-AMRO (pagaban 9). Compramos dos tiquetes para las siete de la tarde, porque había un letrero que decía en inglés, alemán, francés y español: “Lo sentimos, pero por exceso de afluencia de público no se admiten más visitantes por ahora”.

Cuando finalmente entramos, fue casi imposible deleitarnos con las más de cien pinturas de Van Gogh y Gauguin: había tanta gente que se avanzaba como en una cola para entrar a un concierto. Sólo que aquí se trataba de ver algunos de los “Girasoles” o cualquier otra obra. Daban ganas de gritar: “fire!!!”, para que las masas salieran corriendo y nos dejaran espacio.

Entre medio salimos del centro de la ciudad para ver “gente de Ámsterdam”. Nos montamos en un tranvía y viajamos algunas estaciones sin pagar. Llegamos a un barrio cualquiera y nos bajamos. Nos metimos en una calle estrecha, pero no había nadie. Claro, era feriado. Ninguna casa tenía más de tres o cinco pisos. Un vecino le hablaba a una señora desde su balcón. Una chica negra de once años tomaba su bicicleta y se largaba a algún lugar. No había graffitis en las paredes. Finalmente sólo estuvimos tres días en la ciudad. Mucha locura. Demasiada gente. ¿Puedo decir que “estuve en Ámsterdam”? Digamos

que vi lo diferente que pueden ser algunas cosas. Mi amigo Cristian siempre dice que uno no debiera hablar ni de gente ni de lugares que no conoce. Y aún no sé si me he ganado ese derecho respecto de esta ciudad loca.



Con Bush en Berlín

21-22 de mayo

CON VÍCTOR, otro chileno, nos juntamos en la Puerta de Brandenburgo a las cuatro de la tarde. Era un día de primavera hermoso, soleado, sin nubes.

Salí del metro y vi que la avenida estaba llena de policías. También las calles laterales estaban repletas de carros lanzaaguas, furgones, micros verdes. Casi todos los vehículos estaban con las puertas abiertas, adentro los polis se asaban en sus uniformes. Eran mitad hombres y mitad mujeres, todos mezclados. Dicen que la violencia en las manifestaciones ha disminuido luego de implementar dispositivos mixtos. Los diarios decían que había más de diez mil en toda la ciudad, el mayor número de funcionarios concentrados aquí desde el fin de la Segunda Guerra Mundial en 1945. Con un costo de 15 millones de euros, habían venido de todas partes de Alemania para proteger al hombre más poderoso del mundo, el presidente George W. Bush, que llegaría de visita al otro día a Berlín.

Los dos queríamos ir a una manifestación organizada ese día y el siguiente para protestar por la llegada del personaje, bajo el lema: “No queremos su guerra, señor Bush, no queremos ninguna guerra”. Habían convocado los de siempre: ecologistas, comunistas, trotskistas, globofóbicos, el movimiento Attac, organizaciones palestinas, sindicalistas, todos organizados en el “Eje por la Paz”. Así que nos pusimos a caminar por la avenida Unter den Linden.

En la sede principal de la Humboldt-Universität se estaba congregando la gente. Había cabros alternativos, post-hippies, punks, gays, negros, árabes, sobrevivientes del ‘68. En puestos callejeros se vendían poleras del Che Guevara y juntaban firmas para liberar a Mumia Abu Jamal. La gente lentamente comenzaba a alinearse detrás de carteles que decían: “Bombing for peace is like fucking for virginity”, “No hay guerra contra el terrorismo, la guerra ES terrorismo” o “Ni una gota de sangre por petróleo”.

También había un montón de chicas. Como hacía calor casi todas andaban ligeras de ropa, en grupos de a dos o de a tres. Chicas de quince años, veinteañeras, escolares, universitarias. Uno se podía enamorar cada cinco minutos de sus falditas cortas, sus axilas rubias

sin afeitarse, sus ojos claros. Me puse a pensar en cuántas parejas se conocerían esta tarde, cuántas harían el amor esta noche, o en un par de semanas más, y cuantos niños nacerían en nueve meses, sólo porque hoy él la había visto a ella y le había dicho: “hola, me llamo Sebastian, ¿y tú?”. Porque muchos años más tarde una mujer le contaría a su hijo: “conocí a tu papá por allá en la primavera de 2002, cuando fuimos con unos amigos a Berlín a protestar contra la llegada de Bush a Alemania. Creo que era mayo”. En fin. Extrañé a Amparo, mi chica. Lentamente empezamos a marchar bajo un sol agobiante. En el camino nos encontramos con Reto, un estudiante de medicina suizo, cuyos padres ex-maoístas habían sido vigilados por policías de civil en la Lusseane de los años 70. Nos pusimos a conversar. Reto contaba que Jospin hace unos meses había aprobado en una cumbre junto a Chirac y otros líderes europeos la privatización de TODAS las empresas eléctricas de Europa en un plazo de cinco años. ¿Qué sentido tenía votar a la socialdemocracia si hacían lo mismo que la derecha?, nos preguntamos. A principios del siglo XXI parece que todas las cosas que algunos temíamos -la reducción de salarios, la desaparición de los beneficios laborales, la destrucción del sistema de seguridad social, en fin, la mundialización del sistema chileno- están sucediendo igual, aunque uno haya votado por uno u otro bando. La misma mierda con distinto olor, como dice mi tío Renato.

Desde un edificio colgaba un afiche que decía en alemán: “tangos argentinos en vez de noches chilenas”. Es que aún después de tantos años, aquí sigue vivo el recuerdo de un país sudamericano ocupado largo tiempo por los milicos, allá por los lejanos años 80. Recordé a un político italiano que había hablado de “brutalidad policial tipo chilena” al comentar el asesinato de Carlo Giuliani a manos de un carabiniere en la cumbre del G-8, el año pasado en Génova.

Llegamos hasta el Alexanderplatz, el corazón de lo que había sido Berlín Oriental, una plaza donde fácilmente cabe medio millón de personas. En el socialismo siempre se construyeron plazas descomunales y avenidas anchísimas para que “el pueblo” pudiera marchar, aunque fuera con carteles fabricados por el gobierno. El escenario estaba a un costado de la Karl Marx Allee, una “Alameda” a la cual no le habían cambiado el nombre, a pesar de la Caída del Muro.

Desde la tarima habló un montón de gente y dijeron lo que esperábamos: que Estados Unidos debía firmar el Protocolo de Kyoto y ratificar el Tribunal Penal Internacional, que debía repensar su apoyo a un

gobierno israelí que masacraba a los palestinos en Ramallah y Jenín, que no debía atacar Irak. Habló y cantó un trovador estadounidense, discursó un profesor suizo. Jean Ziegler, observador especial de las Naciones Unidas para el derecho a la alimentación, denunció: “hoy el mundo podría alimentar a 12 mil millones de personas. Somos la mitad y a pesar de ello 800 millones pasan hambre”. Otro orador protestó porque la fiscalía de Berlín había emitido orden de confiscar ejemplares de la revista ultra “Linksruck”, donde Bush era denunciado como terrorista, y que diez personas habían sido detenidas ya esa tarde durante la manifestación por la policía.

Antes de darse por terminada la jornada, una de las organizadoras dijo en el micrófono: “amigos, esta manifestación cuesta dinero, porque hay que pagar el escenario, el sonido, las luces. Y como ya no recibimos dinero de Moscú, les solicitamos colaborar con los muchachos que caminan entre ustedes recolectando vuestra ayuda en unos baldes azules”.

Según la policía, a esta marcha habían asistido 17 mil personas. Según los organizadores, más de 100 mil. Pero esto no era el final. Era sólo el principio.

22 de mayo. Más gente que el día anterior. Y otro día hermoso lleno de sol y calor. Llegué de nuevo a Unter den Linden, a una hora parecida que el día anterior, pero esta vez solo. Hoy el escenario estaba montado frente al Domo de Berlín, justo al lado del Lustgarten, un parque muy grande al lado de la avenida homónima, y junto al ex Palacio de la República, un descomunal edificio socialista abandonado con el cual aún no saben qué hacer luego de 12 años de debate: unos proponen dejarlo y otros demoler para reconstruir el Schloss, un castillo que se encontró aquí alguna vez.

Desde la mole socialista nos contemplaban los únicos obreros que vi en la manifestación: ocho o diez hombres de lentes oscuros, camisa a cuadros, cascos, con cara de ser lectores de la Bild-Zeitung, “La Cuarta” alemana, que vende 4 millones de ejemplares diarios. Como dice el diario local “Taz”, hoy igual que ayer existe ambiente de concierto. La gente conversaba sentada en el pasto, fumaban, bebía cerveza. Tres puestos vendedores de helados se estaban haciendo ricos. En una fuente de agua se bañaba sin escándalo un hombre completamente desnudo, algunos jóvenes, niños. Un cartel: “Si hay malos y buenos, los buenos están AQUÍ”. Y los policías caminaban en parejas mixtas

entre la gente, respondiendo consultas de uno que otro chascón. Era raro que yo estuviera solo, porque si había gente con la cual debiera tener algo en común (políticamente, culturalmente), estaban aquí. Escuché a un grupo de latinos hablando español, pero no me animé a acercarme. Había otros, agrupados bajo banderas cubanas, aunque esto no era garantía de nada: también vi alemanes cargando afiches del Che bajo la leyenda “hasta la victoria siempre”. Entre los manifestantes también se repetía en reproducciones de cartón la figura del “Brezel”, una típica galleta alemana con la cual Bush se atragantó y casi muere de asfixia en enero último. Desde entonces esta galleta goza de bastante popularidad entre algunos de los presentes.

En algún momento por la tarde apareció la batucada de rigor. La componían sólo mujeres, y ninguna era menor de 45 años. Gordas y flacas, marchaban entre jóvenes asombrados y curiosos que tomaban el sol de la tarde en este Lustgarten (“jardín del deseo/las ganas”). Las señoras tocaban con una energía y precisión envidiable, y cada vez que concluían una pieza, el público aplaudía con un entusiasmo... Un rato después llegó un camión desde el cual sonaba tecno a todo volumen. Gays arriba del carro y abajo en la calle acompañaban el vehículo bajo el lema “capitalism is boring”. Lentamente iban sobre Unter den Linden de un lado a otro.

Cuando eran ya las 18.30 comenzó la marcha. Desde el escenario una oradora daba a conocer el orden de los grupos: la gente de At-tac, luego los palestinos, luego la comunidad turca, luego Antifa. Los palestinos eran especialmente virulentos, hombres, mujeres y niños gritan las consignas radicales. Mucho más adelante unos chicos púberes árabes intentarían quemar una bandera gringa, pero fueron detenidos por otros manifestantes. La Antifa (Anti-Faschisten) se organizó tras un carro con parlantes, que encabezaba con carteles que decían: “Stoppt den Kriegstreiber” (“Detengan al incitador de la guerra”). El copiloto del furgón gritaba por micrófono las consignas, la masa realizaba los coros. “Bush, Bush” y los jóvenes respondían a todo volumen: “Terrorist!”. El grito se repitió con los nombres de Sharon y el propio Schroeder. “El gobierno cierra jardines infantiles mientras aumenta el gasto militar”, denunciaba el agitador, que además pedía la legalización de un millón de inmigrantes en Alemania. Luego alternaba las consignas con temas de Rage Against the Machine y otro de un grupo punk alemán que cantaba: “Die letzte Schlacht, gewinnen wir” (“La última batalla la ganamos nosotros”).

El espectáculo era contemplado con estupor por turistas y gente mayor que bebían café en las veredas a un costado de la Gruner Strasse. Finalmente la manifestación, que había marchado en círculo, llegó de vuelta al escenario cerca del Lustgarten. Subió al púlpito una estudiante palestina con pasaporte alemán que acababa de llegar de Ramallah, donde formó parte de un grupo de activistas internacionales que querían proteger a la población civil del Ejército israelí. Y contó cosas terribles: soldados disparándole a ambulancias o impidiendo su paso, con lo cual morían personas gravemente heridas que esperaban llegar al único hospital existente, oficiales incendiando olivos (“¿acaso un olivo entrará a Israel a realizar un atentado suicida?”, se preguntó), tropas demorando el paso de activistas, periodistas y palestinos en puestos de control que obligaban a realizar un trayecto de 25 kilómetros en dos días. Por no hablar de personas que están tres o cuatro días cercados en un par de habitaciones sin poder salir, sin luz, sin teléfono, con baños que ya no funcionan y estaban con la mierda hasta arriba.

A este relato increíble se unió luego un viejo orador: “no somos amigos del gobierno de Sharon ni de terroristas suicidas. Nuestros amigos son aquellos cien mil israelíes que han protestado en Tel Aviv contra Sharon en los últimos días”. Cerca de las nueve de la noche se anunció que Bush ya había llegado. Las dos manifestaciones de estos días no habían impedido que llegara, pero al menos habían sido un gesto en un mundo donde la indiferencia frente a algunas cosas parece ser una enfermedad contagiosa.

La Colonia turca

28 de mayo

FUI A VER a Amparo a Düsseldorf. Llegué un miércoles por la noche. Ella vivía en la Drusus-Strasse, al otro lado del río, en la gigantesca casa de una señora de unos cincuenta años, que vivía sola, nunca había tenido hijos y poseía tres perros. El barrio era bastante elegante y parecía muy caro. En la entrada de su calle había una estatua renacentista.

Amparo trabajaba hasta las cuatro de la tarde, así que quedamos de juntarnos el jueves a esa hora en el Mc Donald's de la Heinrich Heine Allee, donde empieza la zona peatonal del centro de Düsseldorf.

Ese día me levanté muy tarde, como a las once de la mañana. Tomé desayuno y luego salí a conocer la ciudad. En la esquina de su casa, cada diez minutos, pasaba el tranvía al centro.

Viajé cinco o seis estaciones, hasta que el tranvía se metió en un túnel y se transformó súbitamente en metro. La Zona Peatonal estaba llena de gente. Había boutiques, restaurantes, toda clase de tiendas. Alguien me había dicho que en esta ciudad viven muchos de los ejecutivos de algunas de las más grandes firmas de Alemania y eso contribuye a que los precios de todo sean fácilmente el doble de los que se cobran en Berlín.

Caminando llegué hasta las orillas del Rin. Antes la autopista pasaba junto al río, pero hace algunos años decidieron hacerla subterránea, y donde antes estaba la carretera ahora proliferan las terrazas donde se puede tomar café y comer.

¿Cuánta gente habría estado parada allí antes que yo, contemplando la corriente? Hasta aquí llegaron los soldados romanos desde Italia: me los imaginé dejando a sus caballos beber agua allí, mientras ellos se sentaban y pensaban en las mujeres que habían dejado en casa. Tal vez desde otro lado los espía algún germano, que veía por primera vez aquellos uniformes.

* * *

El viernes tomamos el tren a Colonia, donde queríamos pasar el fin de semana. En aquella zona, varias ciudades importantes de Alemania están a máximo una hora la una de la otra: Düsseldorf, Colonia, Essen, Dortmund, Leverkusen.



Al lado de la Estación Central de Colonia está la Catedral. Es imponente y debió haberlo sido más hace quinientos o seiscientos años, cuando las casas medievales solían ser de dos o tres pisos, máximo. Cuando la vi me imaginé que siglos atrás los campesinos la divisaban desde lo lejos y tal vez imaginaban que el mismo Dios la había hecho con sus manos.

En sus paredes lucen miles de pequeñas estatuas que representan ángeles, guerreros, reyes, doncellas. En su interior hace un frío húmedo y hay un eco constante por las personas que entran y salen. Allí están las tumbas de nobles que yacen desde hace siglos, hombres y mujeres que debieron haber tenido funerales faraónicos antes de llegar aquí. La Catedral también tiene una torre muy alta, pero para subir hay que pagar dos euros, por lo que preferí ahorrarme ese gusto.

El centro medieval de Colonia es bastante pequeño, muy pronto empiezan los edificios de posguerra. Se nota que no quedó mucho después de 1945. A veces pienso que París es tan bello porque no lo bombardearon durante la guerra, debe ser una de las pocas cosas que hay que agradecerle a Petain. A las ciudades alemanas las dejaron en el suelo y por eso urbes como Berlín están llenas de cicatrices y son tan poco armónicas arquitectónicamente, con una mezcla de restos renacentistas, delirio imperial decimonónico, construcciones de los años 20, horribles monobloques socialistas y despampanantes edificios de vidrio que testimonian el esplendor capitalista de principios del siglo XXI.

En Colonia, Amparo tenía dos amigas: Serra, una estudiante kurda cuyo padre abogado había defendido a integrantes del movimiento independentista y tuvo que abandonar Turquía ante amenazas de muerte, y Chala, una turca que llevaba diez años en Alemania, probando suerte. Amparo las conocía de su época de estudio en Bremen. Allí había vivido dos años, como parte de un intercambio estudiantil, y había tenido durante largo tiempo un novio turco, Gengis. Así que su círculo de amigos pertenecía a esa comunidad y a veces incluso me decía que allí se sentía más cómoda que entre los alemanes. Incluso había aprendido algunas palabras que ahora me enseñaba, como “fistik” (guapo/a), “öpöcük” (beso) o “hürriyet” (libertad).

Serra vivía sola en un departamentito cerca del Tofu-Platz, a quince minutos del centro de Colonia... Chala, que estaba buscando trabajo y empezaba a vivir en la ciudad, estaba temporalmente en aquel piso, durmiendo en el sofá. Apenas llegamos esa tarde, Chala puso un

poco de música turca y dijo que podríamos hacer un poco de comida. En eso los turcos y los chilenos son parecidos: uno llega de visita y te ofrecen comida, o empiezan a prepararla. Nada de kuchen: arroz, carne, ensalada.

* * *

Más tarde, después de la comida y mientras ellas se ponían al día en lo que había pasado en el último tiempo, me puse a leer un libro sobre los kurdos que Serra tenía en su biblioteca. Es un pueblo muy antiguo que está repartido entre Rusia, Turquía, Irán a Irak. Es raro porque los chilenos, que no existimos hace más de trescientos años, tenemos un país propio, mientras que los kurdos o los palestinos, que pueblan sus territorios hace más de mil años, aún no tienen un estado nacional. En el texto se relataba la experiencia de un activista de derechos humanos alemán que en 1995 había visitado el Kurdistán turco, donde había surgido una guerrilla independentista.

Al menos durante el siglo XX los turcos se mostraron bastante intolerantes con sus minorías étnicas. En 1917 asesinaron a medio millón de armenios en un baño de sangre sin precedentes que hoy pocos recuerdan, y con los kurdos la represión nacionalista fue igual de furiosa. En los colegios no se podía enseñar otro idioma que no fuera el turco y cualquier reivindicación étnica era acusada de poner en peligro la "unidad nacional". El asunto me recordaba a la época de Franco, cuando la policía recorría los sectores rurales del País Vasco y mataba a la gente que pillaba hablando euskera.

En los años noventa, los turcos llevaron a cabo una campaña militar sin precedentes contra la población kurda. Para arrinconar a la guerrilla en las montañas y quitarles el apoyo de la población, el Ejército incendiaba pueblos enteros y obligaba a sus habitantes a abandonar la zona. Un general decía: "hay que quitarle el agua al pez". Se repetía la estrategia que los militares habían realizado en los años 80 en Guatemala. El resto del texto eran los relatos más terribles de detenciones de periodistas kurdos, diarios clausurados, torturas a activistas independentistas, la miseria que vivían los kurdos expulsados de sus tierras que habían tenido que emigrar a los cinturones de miseria de las grandes ciudades. Me enteré que más de un millón de kurdos viven en el exilio, la mitad de ellos en Alemania, donde residen con pasaporte turco.

* * *



Y bueno, se hizo de noche. Llegó Serra, su novio turco, otra chica turca que estudiaba arabística, Nüket, y otro chico turco que andaba promocionando una película independiente que iba a exhibirse en Colonia. Serra era bajita, de ojos azules y tez blanca, con cabellos oscuros. Su novio era un muchacho de saco y corbata, muy formal, y Nüket parecía frágil, como una de esas muñecas de porcelana. Todos hablaban alemán con acento, menos Serra. El cineasta no lo hablaba en absoluto. Llevaba dos semanas en Alemania y se entendía en inglés con el resto de nosotros.

Decidimos salir a una salsoteca que quedaba en la zona de los bares y discotecas de la ciudad. Era un sitio bastante elegante y tocaban mucha salsa cubana, ni Joe Arroyo, ni Willie Colón, ni Rubén Blades, ni Oscar Lavoe. Igual la pasamos bien, aunque Amparo y yo éramos los únicos que sabíamos bailar. Cuando tocaban merengue, las turcas se defendían bastante bien, pero durante la salsa parecían intentar adaptar una estilizada versión de sus bailes orientales típicos a la música tropical. Eso sí, los hombres nunca trataron de salsear. Parecían preferir que otro hombre bailara con sus chicas, que intentarlo con ellas en la pista.

El resto de los visitantes eran alemanes, parejas mixtas de alemanes y latinas, y también había negros del África que bailaban y pasaban por cubanos, hasta que los escuchabas hablar entre ellos en swahili o yoruba.

* * *

El sábado, Amparo y yo fuimos a almorzar a un restaurante chino que queda al frente de la Catedral. El menú costaba 7 euros, bastante barato para la ubicación tan central del sitio. El mozo oriental nos atendió de mala gana, pero la comida estaba rica. Era un día de llovizna. Si Alemania fuera un país de sol todos los días, sería el paraíso. El problema es que parece que estar nublado, llueve, llovizna, nieva o graniza al menos la mitad del año.

Luego caminamos un poco por el centro de la ciudad. Vimos restos de la Vía Agrippina, el camino romano, por donde había caminado gente a pie, con chalas, con zapatos, con botas, hombres libres y esclavos, soldados y oficiales, comerciantes, prostitutas, niños, curas y nobles, artesanos y campesinos, en los últimos dos mil años. En algunas partes de Colonia, que se llama así porque había sido una colonia romana,

aún se observan vestigios de aquella época: portales, viñetas, estatuas, desagüederos, muros.

El frío nos hizo entrar en un café, ubicado en el primer piso de una construcción que era enteramente de vidrio y un techo altísimo: el cielo raso estaba al menos a cinco metros de altura. Los clientes se podían sentar en una especie de diván y comer kuchen sobre bajas mesas de madera. Había parejas treinteañeras, solas y otras con hijos. Comimos tarta de queso, ella bebió café y yo té. Y hablamos, mucho. Por la tarde habíamos quedado de juntarnos con Virginia, otra amiga bremeniana de Amparo, que estaba de paso en Colonia. La idea era ver en un cine-arte una película argentina, “El viento se llevó lo que”. Llegamos al lugar en medio de una lluvia horrible. La sala era pequeña, con capacidad para no más de treinta personas, estaba colmada. Virginia, una energética colorina, había llegado con otra alemana que también hablaba español, como ella. Veríamos la cinta y luego tomaríamos algo en un bar de al lado.

El film, premiado en Huelva o San Sebastián, resultó ser horrible, dormí al menos la mitad. Era una de esas películas pretenciosas repletas de clichés, como “el arte”, “la dictadura militar”, “el amor al cine” y todos esos lugares comunes. Casi parecía sufrir el “síndrome chileno”: ese cineasta que sólo tiene dinero para hacer UNA película, y como sabe que por costos será la única que hará en su vida, trata de rellenarla con todas las genialidades cinematográficas y frases para el bronce posibles. Resultado: una creación amorfa y truculenta.

En fin. Fuimos a tomarnos un café en un lugar que quedaba al lado. Nos atendió una gastada mujer de unos cuarenta años, vestida juvenil y enteramente en cuero, como esas divas masoquistas. Me pregunté si estaría trabajando como camarera desde los 20 años y si acaso no le parecía un poco decadente laburar en este oficio a estas alturas de su vida, sirviéndoles a chicos que podrían ser sus hijos. Aunque ¿quién era yo para juzgar a nadie? Yo tenía 26 años, andaba sobreviviendo por allí y aún no le había ganado a nadie en mi vida.

Virginia me contó que ella y su amiga habían vivido un año en Santiago, realizando labor social en una población de Recoleta. En aquella época Virginia solía ir a bailar a una salsoteca que quedaba en Vicuña Mackenna (y ya no existe) y allí había conocido a un músico treinteañero de La Legua, con el cual incluso había vivido un mes en aquel lugar lleno de fama proletaria. Con él se había venido a Alemania y luego de

separarse, él se había casado con otra alemana y ahora ponía música en fiestas latinas en Bremen.

La otra alemana además había vivido en Tucumán, como parte de un intercambio estudiantil. Ahora tenía un novio argentino, al cual iba a ver regularmente, y que también había venido a Colonia en una ocasión. Conversamos mucho. Después se hizo de noche.

* * *

El domingo fuimos a almorzar a un restaurante turco que quedaba cerca de la estación de trenes. Éramos Serra, Amparo, otras dos chicas turcas y yo. Una de ellas era abogada y estaba casada. Venía llegando de regreso de Turquía y contaba todas las cosas ricas que había comido. Era originaria de un pueblo en las montañas, un lugar sin agua ni electricidad. Contaba cómo de chica acostumbraba limpiarse el poto con piedras, porque el lugar era tan seco y árido que ni siquiera había hojas. La raza humana definitivamente es capaz de habitar los lugares más inhóspitos.

Le pregunté si era kurda y me dijo que en realidad su familia era armenia, aunque ella no hablaba el idioma. Serra tampoco hablaba kurdo, sólo un poco. Así que los turcos, la minoría más importante de Alemania (son más de dos millones), en realidad no eran todos tales. Así como los palestinos, otra importante comunidad en Alemania, residían con pasaportes jordanos o libaneses en el país germano, también por carecer de país propio, los kurdos pasan por turcos o iraquíes o iraníes. Uno los mete a todos en el mismo saco. Con razón los alemanes piensan que todos los latinoamericanos crecemos entre sol y palmeras.

Pero, ¿qué identidad a su vez tiene un hijo de padres turcos nacido y criado en Alemania? Recuerdo que eso le preguntó una joven turca a su madre. Ella le respondió: “cuando comes un helado y tiene dos conos, uno de vainilla y otro de chocolate, ¿de qué sabor es el helado?”. Y la hija le respondió: “pues de los dos”. Entonces su madre le dijo: “así mismo sucede contigo”.

A veces hablaban entre ellas o con el mozo en turco, y Amparo y yo lo hacíamos en español. Aprendí que “pantalón” es una palabra turca, sólo que ellos la pronuncian sin “n”.

Los médicos de Hamburgo

Junio

LLEGUÉ A HAMBURGO la noche de un domingo de mayo. Nos encontramos con Sönke en la estación central y viajamos a su casa en el tren, a unos quince minutos de allí, hasta la estación Reeperbahn. Su departamento queda en un edificio de posguerra en pleno Sankt Pauli, el mismo barrio donde Los Beatles vivieron y tocaron en noviembre de 1960, en aquel entonces aún sin Ringo Starr, y en cambio sí con Pete Best y Stuart Sutcliff (eso fue hace más de cuarenta años, ¡cómo pasa el tiempo, carajo!).

Había conocido a Sönke en Berlín. Su novia, Helen, había vivido con Amparo dos años en Bremen. Un par de semanas antes habíamos estado los cuatro bebiendo en un bar de Kreuzberg en Berlín y nos habíamos caído tan bien que Sönke me invitó a su casa y anotó su dirección en un papel. Así que fui.

Sönke tiene 30 años pero parece mucho más joven. Es médico y trabaja en un laboratorio de investigación de la ciudad. Comparte el departamento con Sven, otro médico de la misma edad que labora en un hospital, que no estaba la noche que llegué.

El departamento era muy sencillo, parecía una casa de estudiantes. Sönke me dejó un colchón en el estudio de Sven, una copia de las llaves de su casa y otra del candado de una de las dos bicicletas que tenía (la otra la usaba él para ir al trabajo). En un gastado mapa de la ciudad, de esos que vienen con las guías telefónicas, me dejó marcados los lugares que debía visitar.

* * *

Al otro día, uno lleno de sol, me levanté tarde. Tomé algo de desayuno. Luego me dediqué a inspeccionar el estudio de Sven. Estaba lleno de cientos de libros: novelas rusas del siglo XIX, textos acerca del surrealismo francés, documentación acerca de Auschwitz (1943-1944). Había tantos libros que uno podía sacar un libro y descubrir que detrás de una hilera había otra más.

También estaba el best-seller “Russendisko”, escrito por Walter Kaminer. Es un joven escritor ruso que llegó a Berlín en el verano de



1990, uno de los centenares de miles que huyeron del ex imperio que se desintegraba en decenas de pequeñas repúblicas, se hundía en el caos económico y la inflación, abriendo la puerta al FMI y la corrupción y la mafia.

Kaminer recibió asilo, aprendió el idioma, en Prenzlauer Berg ocupó un departamento abandonado por un alemán que huyó al occidente luego de la caída del muro, montó obras de teatro. También actuó como extra en "Enemy at the gates", la película europea más cara de la historia, filmada en las cercanías de Berlín con más de cinco mil extras, que relata el cerco alemán a Stalingrado en 1943.

Luego comenzó a escribir columnas para diarios y revistas ("tageszeitung", "Zitty"). En ellas mezclaba bastante bien ironía, humor fino, agudas observaciones, pequeñas historias. Se hizo algo conocido y luego publicó este libro. Ah, también se casó (con una rusa) y tuvo dos hijos. Sven tiene también una gigantesca colección de discos de vinilo (más de cien) que seguramente serían la delicia de alguien como Rodrigo Quenaya o Sergio Cancino. Lo digo porque es música alternativa (realmente alternativa, no música alternativa MTV) de los años 70, 80 y 90, un terreno en el cual no me manejo en absoluto. Lo que más me sonaba era Tom Waits, a quien sólo conozco de oídas, ya que tampoco cacho su música. Por supuesto, hay que agregar millones de cassettes y discos compactos de similar contexto.

* * *

Salí a andar en la bicicleta. Hamburgo, igual que todas las ciudades alemanas, está lleno de ciclovías. Todas las avenidas principales las tienen. En Santiago sólo conozco tres ciclovías, siempre en trechos de estas calles: una en Pucuro (Providencia), otra en Santa Rosa (La Pintana) y otra en Bulnes (Santiago Centro).

Sönke me había dicho que en la bohemia Schulterblatt estaban los bares, cafés y restaurantes. Llegué y vi que era una calle llena de extranjeros, estudiantes y parejas jóvenes. Me sentí muy cómodo.

Me metí en un café Internet. Me atendió un muchacho árabe o turco. La hora costaba tres euros, un precio bastante aceptable, así que me senté en una computadora. El lugar era pequeño y además había siete o diez cabinas telefónicas. En una de ellas, un peruano alterado le aseguraba a alguien que le entregaría el dinero que le debía.

Luego de una hora seguí mi recorrido. Le pregunté un chico alemán

si la universidad estaba cerca de allí y me dijo que sí. Me dio algunas indicaciones.

Llegué hasta una plazoleta rodeada de edificios. Había un supermercado cerca. Amarré la bicicleta, fui y me compré un jugo. Luego me senté en las escalinatas a ver a la gente. Otros jóvenes como yo estaban por allí, conversando, leyendo, fumando. Un vago sin camisa bebía cerveza en lata. La plaza se llama "Salvador Allende" y un letrero decía: "Dedicado a Allende, presidente de Chile elegido democráticamente y asesinado durante un golpe de estado en 1973".

Un rato después me fui a la orilla del río Alster, muy cerca de allí. Era un camino que corría junto al agua. Había treintonas haciendo jogging, parejas paseando, solteros con sus perros, estudiantes en bicicleta. De repente llegué a un lugar lleno de rejas, furgones policiales, seis o siete uniformados (entre ellos dos mujeres) que conversaban a la sombra de los árboles. Me pregunté: ¿qué lugar es este que necesita tanta protección? Vi que era el consulado de Estados Unidos. Cada uno cosecha lo que siembra.

Finalmente llegué al Rathaus, la municipalidad, muy cerca del muelle. Estaba al frente de una plaza gigantesca. Había turistas por todas partes, sobre todo europeos jubilados. Amarré la bicicleta, compré un helado con dos copos de limón, me senté en unas escalinatas y me puse a mirar a la gente.

Pensé que todas las personas que andaban por allí -y yo mismo- éramos fruto de una noche de sexo. Un hombre había visto a una mujer y tiempo después -un día, una semana, un año- se habían acostado. A veces ellos las amaban y otras veces no, a veces estaban casados, a veces eran solteros, a veces eran amantes, a veces era una violación. El amor había jugado un rol y otras veces no; otras veces había sido deseo o soledad o algún otro sentimiento humano. Habíamos sido engendrados por culpa de ese momento y ahora deambulábamos por esta plaza tras nuestros sueños o descansando luego de cuarenta años de trabajo o tomando un helado.

Así que la vida o la humanidad eran como un árbol cuyas raíces eran Adán y Eva, y cuyas ramas (nosotros los seres humanos) se iban encontrando y cruzando y extendiendo y dando origen a nuevas ramas, así, hasta el infinito, mientras en nuestras venas corría la sangre o el amor que daban la vida. Y yo era de las millones de ramas que contemplaban a las restantes y pensaba en nuestras raíces y miraba

hacia el cielo, preguntándome al igual que muchos otros qué nos deparará el futuro.

De repente me di cuenta que en la entrada del Rathaus colgaba una bandera chilena muy grande. Primero pensé que estaba viendo mal. Pero era cierto. Luego se me ocurrió que la bandera de la ciudad de Hamburgo -que durante siglos fue una ciudad estado- tal vez podría ser igual a la chilena. Pero me pareció absurdo. Así que me paré y me fui caminando hasta la entrada, con la esperanza de encontrar algún funcionario municipal. Pero no había ninguno, ni siquiera un guardia que me preguntara “¿qué desea, joven?”. Pero tuve suerte, como siempre: venía saliendo una pareja de chilenos, de unos cincuenta años, un hombre y una mujer. Eran bajitos y gorditos y los escuché hablar. Me acerqué y les pregunté si podía hacerles una consulta: “¿Por qué hay una bandera chilena colgando?”. Ellos me respondieron que habían entrado a hacer la misma pregunta y les habían dicho que estaba de visita el presidente del parlamento chileno y por eso habían colgado la bandera chilena. “¿Cómo te diste cuenta que éramos chilenos?”, me preguntó él. “Por el acento”, les dije. Luego nos despedimos y se fueron.

Entonces me marché a casa.

* * *

Hamburgo ha sido la única ciudad alemana en que me han ofrecido ayuda en la calle cuando me han visto con el mapa en la mano, con la bicicleta a un lado. En el distrito de los negocios, en pleno centro, se me acercó una mujer de unos 50 años, de traje, y me preguntó amablemente en inglés: “do you need help?”.

En el barrio industrial, cerca del estadio, en tanto, una chica muy alta, que venía saliendo de una fábrica, me habló directamente en español. Parecía polaca o búlgara y hablaba el castellano de España, arrastrando las “eses”, de forma muy fluida, por lo que imaginé que había vivido allí unos ocho o diez años. Conversamos un rato y nos separamos.

Aunque pensándolo bien, en Berlín también me hablaron en español, aunque no fue para ofrecerme ayuda. Esta vez fue una alemana de unos treinta años, bastante guapa. Yo estaba en el paradero esperando el tranvía y revisando el horario (sí, en Alemania en todos los paraderos hay horarios donde dice a qué hora pasa el bus y el tranvía) cuando ella me dijo en español: “ya viene”. “¿Dónde aprendiste español?”, le

pregunté. “En Venezuela”, respondió. “¿Y cómo sabías que yo...?”. “La vista”, me respondió.

Luego llegó el tranvía y nos sentamos en vagones distintos.

* * *

Por la noche salimos con Sönke a beber algo y un amigo suyo, un checo. Fuimos al Schanzenviertel, el barrio bohemio. Un local al lado del otro. Fuimos a un bar y pedimos algo, pero hacía tanto calor que nos sentamos a beber en la acera.

Estábamos justo frente a la última casa ocupada (“tomada”) de Hamburgo. Sönke contó que en los años 80 esta parte de la ciudad estaba llena de okupas, pero de a poco los habían ido acabando, como en el resto de Alemania. Hoy sólo quedaba esta casa tomada, un palacete venido a menos, del cual colgaban carteles del tipo “¡a rechazar la decisión municipal!”.

Sin embargo, la presencia de este “foco insurreccional”, seguramente frecuentado por estudiantes, inmigrantes ilegales, trabajadores sociales, desempleados, etc., fue suficiente para que el Primero de Mayo último la policía hamburguesa custodiara toda la noche un cerro de piedras de una obra cercana, según Sönke (todos los primeros de mayo hay disturbios en los barrios bohemios de Berlín, con encapuchados, autos incendiados, supermercados saqueados, miles de policías y todo el show). “Creo que aquí unos tipos a lo más querían incendiar un döner (lugar turco de comida rápida), pero no pasó nada. En ese caso mejor habrían elegido esa sucursal bancaria”, y me indicó un banco de la esquina.

Y bueno, nos pusimos a hablar de esto y aquello. Los padres del checo y su familia habían salido de Praga mucho antes de la Caída del Muro, al parecer ilegalmente. El chico contaba que en 1988 no había podido ir con su curso a la gira de estudio a Alemania Oriental porque allí “me podrían haber detenido y entregado. Así funcionaban las cosas en aquel tiempo”.

A los 18 años se había hecho alemán. Como no se aceptaba la doble nacionalidad, debía devolver su pasaporte, pero los checos sólo lo aceptaban a cambio de algo así como dos mil dólares de la época. Así que sus padres tuvieron que pagar a su patria socialista para que “dejaran ir” a su hijo.

* * *



Sönke y Sven son dos médicos muy especiales. Ninguno tiene auto y siempre andan en jeans. El departamento lo habían recibido hace unos meses en un estado lamentable y lo habían refaccionado entre los dos tras largas jornadas de pintura, papel mural y baldosas nuevas. Sönke tocaba en una banda de rock y hasta hace poco llevaba el pelo largo. De hecho aún tiene su guitarra eléctrica, aunque dice que la toca poco. Cada uno tiene su cuarto, aunque en el “estudio” comparten un computador sencillo eficiente y sin lujos. Sönke pololea con Helen y Sven está enamorado y por eso todo el día andaba con los ojos brillosos y un extraño estado de ensoñación.

Les dije que no parecían médicos, que si fueran médicos chilenos lo más probable es que fueran un tanto arrogantes, manejaran una Pathfinder, vivieran en otro barrio. “En Chile los médicos son dioses. Entran a un lugar y la gente se abre, como se abrió el Mar Rojo cuando los judíos salieron de Egipto”. Ellos me contaron que había sido así hasta hace diez o quince años en Alemania, pero que ahora la gente se había puesto muy exigente y los trataba de tú a tú, porque sabían que se podían mandar cagadas y que cuando eso sucedía, tenían que pagar unas multas altísimas y pedir disculpas.

Una noche invitaron a comer a otro médico amigo de ellos, un pediatra que también andaba de polera y jeans. El pediatra horneó una comida con papas y queso y bebimos vino tinto. A Sönke y Sven les dijo: “lo único que les pido es que no me hablen de sus minas”. Nos reímos. Él andaba soltero y esperaba encontrar a una mujer que estuviera “lecker” (que le diera “ganas”). Andaba con un brazo enyesado. Venía de regreso de su trabajo en bicicleta y un tipo lo había atropellado y luego había huido. Él se había partido el brazo izquierdo. “Por lo menos no fue tu cabeza”, le dije yo. “Y además, todavía puedo escribir”, agregó él.

* * *

Al otro día me fui a encontrar con el tío César. Nos habíamos conocido en Huasco en enero pasado, en casa de mi amigo Kitty. Cuando le dije que iba a Europa, me dijo que lo llamara si pasaba a Hamburgo. Y lo hice.

El tío César y su familia se habían ido al exilio a Hamburgo en 1974, porque él como militante radical dirigía una fábrica en Valparaíso, hasta el golpe.

En Hamburgo el tío César trabaja en el departamento de sistema de la universidad. Tenía una casa en un suburbio de la ciudad, cerca del aeropuerto. Nos encontramos en su oficina y luego fuimos hasta su hogar en auto. Allí estaba su esposa, que había preparado algo de comer. Afuera los chilenos siempre lo reciben a uno con comida. El tío César estaba muy interesado en el tema del golpe militar así que tenía una biblioteca gigante dedicada al tema. Incluso tenía “Historia oculta de la transición” de Cavallo y Compañía. Yo le dije: “oh, tiene este libro que siempre he querido leer”, pero se hizo el lesa. Después le conté de la Plaza Allende que había encontrado y me dijo: “sí, eso fue una pelea como de diez años para ponerle el nombre a la plaza. Los DC alemanes no querían”.

Luego hablamos de sus infructuosos intentos por establecerse en Chile a mediados de los 90. Había tratado de instalar una fábrica de cangrejos en Huasco, pero renunció a la idea desanimado por todo el papeleo burocrático que se requería. “En Chile todo es por contactos”, me dijo, y yo le creí.

También me contó que por un problema médico su mujer había tenido que ser operada varias veces en los últimos meses, y que no les había costado un peso. “En Chile nos habríamos endeudado por millones de pesos hasta la muerte, aquí hemos pagado seguridad social durante veinte años y eso a la hora de la verdad se nota, porque cuando uno va al médico o lo operan, no paga nada”. Otra de las razones para quedarse.

El tío era parte de un grupo musical y participaban en cuanto acto político hubiera en Hamburgo. Como activo exiliado había ido a repudiar varias veces al muelle de Hamburgo a la “Esmeralda”, cuando había tratado de atracar allí, denunciándola como uno de los barcos utilizados para torturar gente después del golpe.

El tío César tiene dos hijos, una chica y un chico. Ella vive en Hamburgo y el chico en Berlín porque es parte del grupo punk alemán Die Ärzte, probablemente una de las bandas más famosas del país.

Hablamos de esto y otras cosas con el tío César, quien me dijo de la Unidad Popular: “nosotros sabíamos que era un sueño hermoso y que se iba a acabar, pero teníamos que vivirlo”.

* * *



En la Herbertstrasse, a modo de “red light district” holandés, hermosas chicas tras las vitrinas se ofrecen al mejor postor. Pero es una calle cortita, escondida tras un gigantesco letrero publicitario, y el ingreso está vedado a las mujeres. Estuve allí y las chicas me parecieron hermosas, mucho más hermosas que en Ámsterdam, la mayoría tenía 20 años y eran rubias y muy guapas y parecían modelos, aunque había otras maduras, que se conservaban igualmente muy atractivas.

Allí trabajan las chicas establecidas. Muy cerca de la Herbertstraße están las que trabajan directamente en la calle, muy cerca de la Reeperbahn (esa avenida-paseo llena de casinos, locales de striptease, donde también está el “Museo del sexo”). Ellas también son guapísimas y te abordan y te preguntan en inglés y alemán que si quieres una o dos chicas, pueden arreglar un precio y subir a una habitación. Siempre hay una detrás de otra, y andan de a ocho y de a diez, y son muy jóvenes y no me atrevo a mirarlas a los ojos claros que tienen.

Estocolmo es una isla... de troncos

Junio

ESTUVE EN ESTOCOLMO en junio. Llegué a la casa de mi tía Oriana. Vive cerca de la estación de trenes Rotebro, a unos 20 kilómetros del centro de la ciudad, en un conjunto de casas entre medio de mucho árbol y prado, como las villas que se ven en las series norteamericanas tipo “Beverly Hills”. Claro que nada de guardias, ni rejas, ni camionetas municipales de seguridad.

Muy cerca de la casa estaba el lago Norvikken y también había un bosque tipo cuento de los hermanos Grimm. A veces, cuando uno salía de noche a caminar, incluso podía cruzarse una liebre por el camino. El único problema es que para llegar a la estación de trenes había que tomar un bus (el 529) que sólo pasaba cada media hora. Irse caminando a Rotebro significaba tirar pata por lo menos veinte minutos.

* * *

Estocolmo (stock=tronco, holm=isla, “isla de troncos”) es una isla. Por todas partes, la ciudad está rodeada de agua (para ser más rigurosos, hay que decir que se trata de un archipiélago). Por eso, en medio de la ciudad, hay interminables parques, con playitas incluidas. Con un boleto mensual o para tres días se toma el tren, el metro (¡que pasa por debajo de toda esa agua!), el bus, el tranvía y también unos botes que viajan de un lado a otro de la ciudad.

Desde la Central Station se puede recorrer a pie prácticamente todo el centro de la ciudad. La municipalidad posee una terraza hermosa con vista al agua, donde podría haberse filmado una escena de “Before sunrise”. Drottningatan es un paseo peatonal (más parecido al Florida de Buenos Aires que al Ahumada de Santiago) que por un lado termina en un parque y por el otro desemboca en Gamla Stan, la Ciudad Vieja, donde están el Parlamento y el resto de los edificios de las Muy Importantes Instituciones del Estado.

Siguiendo por allí mismo se llega a la estación de metro Slussen, desde donde la vista de la ciudad es espectacular. Caminando por Götgatan, una avenida hermosa, llena de bares, cafés, creperies, boutiques, “Seven Eleven” y ese tipo de tiendas, se llega hasta el Medborgarplatsen.



Allí es cosa de sentarse en las escalinatas de la Stadsbibliotek y tomar el sol u ocupar algunas de las mesas al aire libre.

Si de allí se enfila a la estación de tren Stockholm-Södra, uno cruzará el pequeño pero bello parque Fatbursparken, diseñado por el arquitecto catalán Ricardo Bofill. A unas cuadras de allí, al lado de la Iglesia María Magdalena, hay un pequeño cementerio... ¡en medio de la ciudad! Lo más raro es que no resulta chocante. Toda aquella gente ilustre descansa bajo frondosos árboles.

Si lo de uno es seguir caminando, se puede enfilear por el Söder Malarstrand, un paseo a la orilla del agua donde los pobres de este mundo anclan sus yates y botes pesqueros. Si a uno le sobran ganas, llegará hasta Langholmen, la isla donde en otro parque está el Fängelsemuseum, una antigua cárcel convertida en museo.

Claro, uno también puede ir a las islas Skeppsholmen o Kastellholmen a ver más parques y castillos y museos. O ir a Skansen, un parque construido por un sueco que a fines del siglo XIX pensó que la Revolución Industrial estaba haciendo que se perdieran las tradiciones suecas y decidió crear un lugar donde se recrea la forma de vida de los antiguos habitantes de este país. Ahí hay reproducciones a tamaño natural de las casas de los ricos hacendados de la Edad Media (esos que hacían dormir a los criados con los animales, en los establos, que también se muestran) o las habitaciones de los obreros, donde se hacinaban 10 personas en 20 metros cuadrados.

* * *

En el Berzei Park, frente al Dramatiska teatern, había una exposición increíble de fotos tomadas desde altura del fotógrafo francés Yann Arthus-Bertrand. Nada de mostrar las fotos en una galería o un museo: estaban directamente en la calle.

El tipo había viajado por más de 100 países y tomado miles de fotos, siempre con una técnica común: hacer las tomas desde un helicóptero, desde entre 30 y centenares de metros de altura. Cómo financió todo el asunto es un misterio para mí, pero se notaba que había sido un trabajo de años. Había imágenes increíbles: muchachas mexicanas recolectando basura en las afueras de México D.F., arrieros argentinos cruzando ganado en el sur patagónico, campesinos cultivando vegetales en la Costa de Marfil, una playa de nudistas en Francia, las Twin Towers, en fin. Todo con un mensaje: "con el modelo de desarrollo

actual estamos comprometiendo la capacidad de subsistencia de las futuras generaciones”.

Por si acaso, algunas de las imágenes se pueden ver en Internet: www.yannarthusbertrand.com.

* * *

A cinco cuadras de Centraal mataron, en 1986, al socialdemócrata Olof Palme, el Primer Ministro sueco. Palme favorecía un acercamiento con la Unión Soviética en medio de la Guerra Fría y era temido por la derecha y los empresarios suecos por su postura acerca de reformas laborales. La noche del 28 de febrero fue al cine con su esposa y a la salida, un hombre le disparó en repetidas ocasiones. Dos personas fueron detenidas acusadas de cometer el crimen, pero ambas debieron ser liberadas por falta de pruebas.

Quince años después, los culpables siguen en la impunidad. Kennedy, Palme, Allende: distintos métodos, los mismos autores.

* * *

Claro, tuve suerte. Justo cuando llegué, el 1 de junio, comenzaba la celebración de los 750 años de Estocolmo. Era una semana de exposiciones, conciertos al aire libre, teatro y claro, miles de pequeñas tienditas que vendían helados, hamburguesas o artesanías, donde se amontonaban sudorosos turistas alemanes con sus hijos haciendo media hora de cola bajo un sol inclemente por un hot dog.

En esos días me iba al centro y siempre estaba lleno de gente. Había momentos extraños: de repente, seis o siete chicas suecas de no más de veinte años, en traje de danza, instalaban un pequeño equipo de sonido en la acera y bailaban una coreografía clásica durante cinco minutos, y luego se hacían humo. Había fuegos artificiales ensordecedores que duraban un cuarto de hora, que hacían saltar las alarmas antirrobo de los autos, que -si uno cerraba los ojos- sonaban como el bombardeo de una ciudad, fuego antiaéreo incluido.

De hecho mi tía Oriana, que trabaja en una clínica psiquiátrica donde llega mucho inmigrante, me contó que esos días se llenaron las salas de emergencia con refugiados bosnios o albaneses con ataques de angustia. O estaba el grupo Latin Kings, un dueto que hace rap en sueco y habla de cómo es la vida en los barrios-guettos (con edificios tipo Torre de San Borja) de los extranjeros en las afueras de Estocolmo, donde abundan el desempleo y la frustración.

* * *



Un día conocí a Jaime. Es un chileno bajito, de unos 30 años, de ojos verdes, que fue oficial de la Fuerza Aérea Sueca. Habíamos jugado fútbol en el Haganparken y luego nos encontramos de casualidad en el Kungsträdgården, una plaza que está en medio de la ciudad.

Le pregunté cómo era ser integrante de las Fuerzas Armadas allí. Me dijo que nadie se trataba de “mi coronel” o “mi capitán”, sino simplemente se llamaban por el apellido. Que el trato con los superiores era cordial y flexible. Los soldados también tienen la posibilidad de ser generales, no como en Chile, donde por un lado están los oficiales, gente de clase media y alta, que pueden llegar a ser comandantes en jefe, y por otro lado la tropa, hombres de origen humilde, donde lo máximo que se alcanza es suboficial mayor. Me dijo que en Suecia ese sistema se había acabado en los años 80. También me relató de un encuentro que había tenido con oficiales chilenos durante una Fidae en Chile. “Me preguntaban por qué no había sido oficial en Chile”, contaba Jaime. “Yo le dije que como hijo de exiliados mis probabilidades de entrar a la oficialidad chilena de las Fuerzas Armadas eran iguales a cero. Le dije que era igual que con los mapuches: no conozco obispos ni generales mapuches”.

* * *

Los últimos días los pasé donde Nicolás, el hijo de la tía Oriana. Vive en un departamento cerca de la estación de trenes Helenelund. Lo comparte con Iván, un chico de mi edad que parece chileno y habla como chileno, pero que nunca ha estado en Chile. Iván a veces trabaja “en negro”, sin pagar impuestos, porque así gana más dinero. Nicolás primero estudió, luego trabajó y ahora volverá a estudiar. En Suecia a los estudiantes les pagan 600 dólares mensuales por ir a la universidad. Y mientras trabajó también obtuvo buen dinero, algo así como el doble que como estudiante. Más encima, cuando lo despidieron, le siguieron pagando el sueldo por dos o tres meses.

Nicolás e Iván también tocan juntos en un grupo de rock, con otros dos suecos. La banda se llama “Pilotos” e incluso han sacado un CD. Suenan como una actualización del rock de los 70. A mí me parece que tocan bastante bien, aunque no es mi estilo. Claro, en su casa siempre se escucha Black Sabbath a todo volumen. De la pared cuelga una bandera chilena.

Yo pienso que si estos personajes vivieran en Chile, lo más probable es que aún estuvieran en las casas de sus padres en Maipú o La

Florida, rompiéndose el lomo en una oficina por un sueldo miserable, ahorrando durante años para comprarse una guitarra eléctrica, para pagar una hora en un estudio de grabación, soñando con alquilar un departamento con un amigo.

* * *

Fuimos con Nicolás y Pablo, otro chileno, a una fiesta a otra ciudad, Linköping, a unos 200 km al sur de Estocolmo. Nicolás tenía un auto usado y viajamos por toda la E-4 en dirección a Malmö.

Linköping es una pequeña ciudad universitaria. Llegamos al piso que alquilaba Tico, un chileno-colombiano que estudiaba allí. Era un cuarto con baño, en el segundo piso, donde ocho estudiantes compartían una cocina y un living comedor con televisor.

El Tico estaba allí con otro chileno, el Matón. Es un chico también de veintitantos, bajito, que no mata una mosca, pero se pone muy serio cuando bebe, por eso los amigos le dicen “matón”.

El edificio de cuatro pisos es uno de varios en aquel lugar, donde hay una cafetería y bicicletas por todas partes. Se veía un montón de gente joven. La fiesta era en unos edificios cercanos y la había organizado un chico iraní que compartía el lugar con un sueco. Llegamos a media tarde y el espectáculo era idílico: seis o siete chicos y chicas habían extendido una manta en un cerrito, sobre el pasto, y esperaban que se asara la carne, mientras bebían cerveza y conversaban.

Un rato después nos metimos al departamento y empezó a llegar la gente. Como en todas las casas en Suecia, la gente se sacaba los zapatos en la entrada y por eso en la entrada se amontonaban miles y miles de zapatos distintos. De música había hip hop, todo el rato, nadie bailaba, la gente estaba en los sofás bebiendo y hablando.

Al chico iraní lo habían venido a ver sus dos hermanas, que vivían en otra ciudad de Suecia. La mayor trabaja en rehabilitar drogadictos, y la menor acaba de volver de un viaje de cinco meses por la India. En un momento los cuatro chilenos, más el sueco dueño de casa, estábamos en el balcón, compartiendo un cigarrillo de marihuana (yo había dicho: “¡qué vergüenza! ¡Los latinos de la fiesta están todos en el balcón fumando marihuana!”) y de repente apareció la chica iraní menor y le dijimos que entrara pero dijo que para hacerlo debía pedirle permiso a su hermana mayor y que le daba un poco de lata porque como trabajaba en la rehabilitación de drogadictos y nosotros estábamos allí... Después le pregunté cuantos años tenía y me dijo que 21.



Así que a veces estábamos en el balcón o a veces en la cocina hablando o bebiendo ponche, y estuvimos así hasta las cuatro de la mañana. Luego nos marchamos.

Al otro día nos levantamos muy tarde. Fuimos al supermercado y compramos pan y jamón y tomate y jugo para hacernos unos sándwiches en casa.

En el camino de regreso a Estocolmo, Nicolás tomó un camino rural y manejó hasta que llegamos a un lago inmenso. No había nadie allí. Así que buscamos una roca y luego nos metimos al agua. Era extraño ver toda aquella agua y toda la orilla y no ver un alma, ni una casa, ni un bote, nada. Era una tarde de verano hermosa, en el cielo brillaba el sol y nosotros éramos muy jóvenes.

Luego seguimos a Estocolmo.

* * *

Mi tía me regaló un pasaje para viajar en un crucero de Viking Line. Son unos barcos de ocho pisos que realizan viajes por el Mar Báltico. Van de Suecia a Finlandia o Lituania o Rusia. Arriba de los barcos uno puede comprar toda clase de cosas libre de impuestos, jugar en un casino o simplemente tomar sol en la cubierta.

La idea era viajar por el día a Mariehamn, una isla en Finlandia, y regresar por la tarde. Mi tía me preparó un cocaví, porque dijo que comer en los restaurantes a bordo era carísimo. Así que partí aquel viernes a las siete de la mañana desde el muelle. El viaje fue lindo. El paisaje -salir del archipiélago, entre miles de islas- era impresionante. A veces uno pasaba al lado de un islote minúsculo donde había una pequeña casa. Más tarde alguien me explicó que los dueños sólo las usan en el verano.

En Suecia la venta del alcohol es monopolio del estado. Hay que ir a unos almacenes especiales, sacar número y luego pedir el licor. Por eso en el barco los suecos se vuelven locos comprando toda clase de bebidas alcohólicas en el supermercado de a bordo. Algunos beben luego en sus camarotes hasta emborracharse por completo.

En el barco casi no había jóvenes. La mayoría eran turistas jubilados y parejas de mediana edad. También había familias con niños pequeños. Me senté en un sofá contiguo a un ventanal y me puse a leer. Un rato después, pasado el mediodía, me puse a ver el partido mundialista de Argentina con Inglaterra en un bar. Creo que era el único latino allí. En una de las mesas estaba sentada una chica con su padre y su

madre. Parecían latinos y estuve atento a ver si escuchaba una palabra de español, pero no se hablaban, estaban todo el rato en silencio. Argentina perdió 1-0.

Nunca me había montado en un barco, pero no me mareé. Supongo que aquel modelo estaba hecho para que nada de eso les pasara a los pasajeros. Cuando llegamos a Marihamn, ni siquiera nos bajamos, sólo cambiamos a otro barco que de inmediato emprendió el regreso. Por la tarde estuve un rato en la cubierta. Traté de hablar con un finlandés que estaba bastante ebrio, pero fue imposible: su inglés era lamentable. Debía tener 30 años y era muy alto, seguramente medía un metro noventa, y era rubio, de ojos azules, y de facciones toscas. Alcancé a entenderle que iba a ver a su novia a Estocolmo. En algún momento, me sentí un poco solo.

* * *

Había un montón de chilenos en Estocolmo. Puedo dar fe de ello. Estadísticamente son unas 30 mil personas en Suecia, la tercera minoría más grande detrás de los finlandeses y los iraníes, en un país de ocho millones de habitantes.

No eran solamente los amigos de Nicolás o Rodrigo, los hijos de la tía Oriana. Me encontré chilenos en el Centraalen, jugando fútbol en el Hagaparken, sentados conversando en el Kungsträdgården o frente al Kurlturhuset, tocando la guitarra en el tren entre las estaciones de Ulriksdal y Helenelund. Eran chicos de quince años, jóvenes de veintitantos, hombres maduros, chicas adolescentes o cincuentonas gorditas.

Escuché miles de historias de chilenos, la mayoría de ellas del mundo delictual, claro. Un grupo de chilenos que asaltó la oficina postal de Sollentuna para irse de vacaciones. Un grupo de chilenos que se dedicaba a robar los trenes nocturnos que viajan de Estocolmo a Copenhague. El alto dirigente del Partido Socialista descubierto cuando intentaba ingresar veinte kilos de cocaína en un cargamento de uvas. A todos los pillaron, claro.

En la estación de tren de Rotebro trabaja un chileno. Una chica chilena fue diputada por los Verdes en el parlamento. El mismo DJ Méndez representó a Suecia en el último Festival Eurovisión (el "Festival de Viña" europeo), y sacó un segundo lugar.

Claro que un montón de ellos ya no son, al menos oficialmente, chilenos. Partiendo por la tía Oriana, el tío Erick, Rodrigo y Nicolás: todos se hicieron ciudadanos suecos. ¿Cuántos miles de casos similares habrá?

* * *

El asunto del idioma me jodió mucho. Claro, uno puede decir que todos los suecos hablan inglés, lo cual es generalmente cierto, pero otra cosa es que uno no los puede entender en su propio idioma. Yo no entendía lo que veía en la televisión, lo que escuchaba en la radio, ni lo que estaba en los periódicos, ni cuando la gente hablaba en una fiesta, en el metro o en la calle. Y eso resultaba frustrante, porque nunca me enteré de sus preocupaciones, alegrías, rabias y deseos. En algunos momentos me sentí realmente aislado. En las fiestas era fatal, porque uno no va a obligar al resto a hablar en inglés para que uno entienda. En el extranjero uno se da cuenta de que habla un idioma. Antes uno simplemente conversa y se comunica, siempre cuenta con entender al otro y que lo entienden a uno.

En todo caso me alegro de hablar castellano. Nuestro idioma se habla en España, pero sobre todo en América Latina, desde el Río Bravo hasta la Patagonia, y de eso me di cuenta por estos lares, porque en mi viaje me encontré españoles, mexicanos, nicaragüenses, cubanos, dominicanos, guatemaltecos, bolivianos, argentinos. Compartir un idioma ya es tener un tesoro en común.

* * *

Las suecas se merecen toda la fama que tienen. Estocolmo es la ciudad donde vi la mayor cantidad de chicas y mujeres hermosas juntas. A veces iba al centro y volvía a casa abrumado, casi harto de tanta belleza. Las adolescentes, las veinteañeras, las treintonas, las mujeres maduras. Parece que lo esperaban a uno en todas partes, en el tren, en los parques, en los recitales, en los paseos peatonales. Había mujeres no tan lindas, claro, pero es así en todo el mundo. El asunto es que en Estocolmo encontrarse con una o diez chicas hermosas era bastante fácil, no había que ir a un barrio especial ni a un bar determinado.

Claro, nunca hablé con ninguna seriamente, así que no sé cómo piensan, ni qué sueños tienen, ni cómo son en sus relaciones de pareja. La única sueca con la que hablé más de cinco minutos es una que

conocí en Chile, Ulrika, una compañera de universidad que ahora trabaja en el diario "Metro" de Santiago. Una chica súper agradable, por cierto.

* * *

En Suecia los beneficios sociales fueron durante mucho tiempo excepcionales. En los años 60, si un inmigrante griego sentía nostalgia por su familia, el servicio de asistencia social sueco era capaz de pagarle un viaje para que estuviera dos semanas con los suyos y se recuperara. Eso es impensable hoy. A los estudiantes también les pagaban 600 dólares mensuales por ir a la universidad, pero no había ningún control para comprobar si asistían a clases o no, por lo que muchos suecos ahorraban ese dinero y luego se iban a viajar seis meses o un año por el mundo. Hoy tienen que demostrar cada seis meses los cursos que han ido aprobando.

Ya nada es lo que era. Mi tía Oriana siempre dice eso de Suecia. De a poco la socialdemocracia se ha encargado de desarmar el estado de bienestar que ellos mismos crearon en los años 50 y 60. Mi tía dice que lo que Pinochet hizo en dictadura, en Suecia lo han hecho en democracia: privatizar el sistema de pensiones y el sistema de transporte, municipalizar los colegios de enseñanza secundaria, reducir beneficios laborales. Chile nos muestra cómo se empieza, Argentina cómo se termina. ¿O no?

La transformación de la socialdemocracia horroriza a más de uno. El año pasado, cuando globafóbicos protestaron en Gotemburgo contra una reunión de la Unión Europea, los socialdemócratas entregaron flores a los mismos policías que balearon a tres jóvenes y durante el allanamiento de un liceo obligaron a los manifestantes a colocarse con las manos en la nuca y semidesnudos en el piso durante horas. Nadie reclama, los suecos son como ovejas, dicen algunos. En Arequipa fueron capaces de parar la privatización de las empresas eléctricas luego de una semana de protestas y a principios de los 90 en Montevideo se votó en un plebiscito contra la privatización de los servicios básicos, y los franceses o los italianos o españoles defienden con huelgas generales las conquistas laborales de un siglo. En Suecia algunos representantes sindicales han llegado al extremo de pedir a los trabajadores comprensión por las reformas laborales que los perjudican.

Festival en Roskilde

Miles de jóvenes europeos y de todo el mundo acampan durante cuatro días de verano en un idílico pueblo cerca de Copenhague para participar en un evento musical de primera.

Julio

NO RECUERDO CUANDO FUE la primera vez que escuché del Festival de Rock de Roskilde, pero creo que supe de inmediato que allí me sentiría cómodo. Esa combinación de decenas de miles de jóvenes acampando y escuchando durante cuatro días de verano todo tipo de música en un pueblito en las afueras de Copenhague me sedujo de inmediato. Desde entonces, hace cuatro o cinco años, empecé a soñar con ir algún día.

* * *

En noviembre o diciembre del año pasado conocí a Leiv y, no sé bien por qué, hablamos de Roskilde. Él me comentó que había estado en la última versión, luego de acreditarse como periodista de una pequeña revista. En ese entonces yo aún no sabía si iría a Europa el año siguiente, pero le sugerí que en caso de realizar el viaje, podríamos juntarnos en el próximo festival. Cuando hablamos en esa ocasión no pasó de eso, de una idea que tiene un chileno que está trabajando en un hostel para mochileros en Buenos Aires y un noruego que anda recorriendo Argentina, Uruguay y Brasil.

* * *

Llegué a Copenhague un 26 de junio al mediodía. El festival empezaba al día siguiente. Le había escrito un mail a Leiv y me había dicho que iría con su novia y unos amigos, y que me había apartado un lugar en una carpa. También me dejó el número de su celular, para que lo llamara apenas llegara.

En la estación central de trenes compré una colchoneta aislante (no tenía saco de dormir) y luego un boleto para ir a Roskilde. Antes intenté llamar a Leiv, pero su teléfono no contestaba. En ese momento jugaba Brasil y Turquía por el paso a la final del Mundial y supuse que

él, un fanático de la pelota que había organizado pichangas para los mochileros del hostel, lo estaría viendo.

El vagón que salió del andén 6 estaba lleno de chicos y chicas escandinavos muy jóvenes, que llevaban unas mochilas inmensas, conversaban, reían y bebían cerveza en lata.

Llegamos después de media hora de viaje. La estación del pueblo estaba tomada por gente joven, veinteañeros que llevaban cajas de cerveza de un lado a otro, mochileros que se abrazaban después de no haberse visto durante mucho tiempo. En una placita, varias tienditas vendían kebabs, poleras y toda clase de souvenirs. Una banda de rock se había instalado con sus equipos de música en plena calle y tocaba algo que lejanamente recordaba al movimiento grunge de los 90. Los jóvenes abarrotaban las paradas de buses, los bancos de las plazas, las escalinatas, las tiendas y el pequeño paseo peatonal del centro de la ciudad.

El festival se realizaba en las afueras del pueblo. Le hablé en español a un artesano que parecía latino (y lo era) para preguntarle cómo se llegaba al campamento y me dijo que se podía tomar tren o bus. Opté por lo último. Se estacionaban al lado de la estación ferroviaria. Uno iba hasta la entrada "Este" y otro a "Oeste". No sabía dónde estaba mi amigo, así que me decidí por "Oeste".

El bus partió repleto y fue un viaje de a lo sumo quince minutos. Mientras se iba aproximando al camping, empecé a ver las dimensiones del lugar donde se realizaría la fiesta. Miles de carpas, de todos los tamaños, colores y formas, se amontonaban unas junto a otras, tras kilómetros de cerca en medio de una pradera interminable. Flameaban banderas suecas, noruegas, alemanas, cubanas, de la Unión Soviética, aunque había otras con toda clase de motivos: el rostro del Che, los símbolos de la guerrilla urbana alemana RAF (Rote Armee Fraktion), una calavera pirata o el Oso de Berlín.

Entré al campamento. Los jóvenes estaban sentados en sillas de playa escuchando reaggae desde una radio portátil, fumando y conversando, chicos y chicas, siempre alrededor de una caja de cerveza. Con el paso de los días me daría cuenta que en Roskilde la gente tomaba birra todo el tiempo, como si las cervecerías de Dinamarca o el mundo acabaran de haber anunciado su inminente cierre para siempre.

Busqué un teléfono público. Por fin pude ubicar a Leiv.

* * *



Eran diez o doce muchachos, todos noruegos, excepto tres chicas holandesas. Se habían instalado casi al final del Campamento Este. Cuando Leiv me llevó hasta allí, tuve que memorizar el lugar por una bandera de Ron Bacardi que flameaba en las cercanías. En el medio de sus carpas, los noruegos habían levantado una tienda de campaña blanca a modo de living, donde una caja de cerveza cubierta por un mantel servía como mesita para colocar cajas de cigarrillos, velas, encendedores, cajas de jugo, folletos del festival, botellas vacías. Los comensales se sentaban alrededor en unas endeble sillas plegables de madera que se vendían en Roskilde por 50 coronas, y que seguramente iban a quebrarse bajo el peso de alguien antes de que terminara el evento.

Leiv me instaló en una carpa extra que había traído Oda, su novia. Luego empezó a presentarme a sus amigos: Andreas, Sven y su novia, Gru, Simon, así como las chicas holandesas: Willemijn, Ilse y Katrin.

* * *

Había dos chicas noruegas que hablaban español: Gru y Oda. La primera había vivido varios meses en Quito y Cuenca (Ecuador) y Oda estuvo un período de tiempo similar en El Salvador. Ambas realizaron distintos tipos de trabajo social durante su estadía en América Latina y les había encantado “la gente”. También pensaban volver en algún momento para visitar a los amigos que habían dejado.

* * *

En Roskilde, durante los cuatro días, tocarían más de 150 bandas en cinco escenarios, entre las doce del día y las tres de la mañana. Estaban presentes todos los estilos: desde el ska hasta el death metal, desde el rap hasta música árabe, pasando por el tecno, el pop y rock. Muchos conciertos eran en forma simultánea y había que elegir. Sin embargo, muchas veces todos coincidíamos en que había determinados grupos o solistas que era imprescindible escuchar de todas maneras.

El jueves, por ejemplo, Manu Chau tocó en el escenario naranja, el más importante de todos. No sé cuántas personas había allí, tal vez cinco o diez mil. Había entusiasmo entre el público, claro, pero Manu no se entregó como lo ha hecho en otras ocasiones. Prácticamente no interactuó con los asistentes y abusó mucho del ska, como si quisiera que la gente se cansara rápidamente y él pudiera terminar el show

con celeridad. Yo recordaba un recital que Manu había dado en el Estadio Monumental de la calle San Diego hace dos años, cuando les entregaba botellas de agua a los chicos de la primera fila, y su banda siguió tocando en la calle después de que terminara el concierto, entre los eufóricos fans y el desconcierto de la policía.

Chemical Brothers, en la carpa verde, fue bastante diferente. Abarrotada a más no poder, algo como la electricidad se apoderó de los asistentes, que nos movíamos sin cesar mientras dos siluetas allá arriba, tras dos tornamesas sobre el escenario, creaban un tema tras otro. Yo sólo conocía dos temas de este grupo y su onda nunca fue de mis preferencias, pero allí, de alguna manera, me capturaron.

* * *

Con el paso de los días, el “living” se convirtió en un hervidero donde nos amontonábamos por las mañanas para tomar un café y escuchar anécdotas y biografías personales, llevar discusiones políticas o realizar distinto tipo de juegos, y donde se hablaban cuatro idiomas: el noruego de los anfitriones, el holandés con el que se comunicaban las chicas neerlandesas, el español que yo practicaba con Oda o Gru, y el inglés que usábamos todos para comunicarnos entre nosotros.

* * *

Mi primo Nicolás de Estocolmo, que vive allí hace quince años, nunca ha tenido una polola sueca. Siempre han sido chilenas, italiano-suecas o mezclas parecidas. Una vez le pregunté por qué nunca había entablado una relación con una chica 100% escandinava, pero nunca me lo supo explicar bien. “Son más independientes”, me dijo, pero su argumento nunca pude entenderlo bien.

Cuando conocí a Leiv y Oda comprendí, por fin, a qué se refería. Por ejemplo, cuando Leiv y Oda fueron a recibirme en Roskilde, luego de las presentaciones de rigor, ella señaló que tenía hambre y que iba a comer algo. Antes de que pudiera decir algo, ya se había esfumado. Le ofrecí a Leiv ir tras ella, que yo podía esperar e instalarme en la carpa más tarde, pero él me dijo que no importaba.

Algunos días, cuando había recitales de dos grupos en forma simultánea, muchas veces Leiv se iba a ver uno y Oda a otro. Una vez le pregunté a ella por qué no iban juntos a los recitales. Ella me explicó que ambos eran fanáticos de la música y cada uno tenía interés en ver grupos específicos. Yo le dije que si fuera con mi polola a Roskilde y se



presentara una situación así, yo trataría de convencerla de ir conmigo a ver “mi” grupo, pero que si no pudiera convencerla, iría al “suyo”. En algún momento pensé que tal vez la dinámica se debía a que llevaban mucho tiempo juntos, pero les pregunté desde cuando pololeaban y me dijeron “seis meses”...

Tal vez soy un típico machista latinoamericano y sólo lo descubrí allí.

* * *

El viernes comenzó con De Phazz, un grupo alemán muy extraño que tenía dos vocalistas negros, un hombre y una mujer, que hacían una loca mezcla de bossa nova, hip hop y onda retro, y que parecían sacados de una película de John Cassavetes.

Un rato después, en el mismo lugar, estuvo Panteón Rococó, un grupo mexicano que parecía una versión norteña de Los Fabulosos Cadillacs. Mucho ska, mucha trompeta, mucha lírica política. Garantizo que el 90% de la audiencia no entendía lo que cantaba el vocalista, pero lo pasaban bien, y eso se notaba.

Ya por la noche le tocó el turno a los Red Hot Chili Peppers. Me pareció muy loco verlos allí, después de haber escuchado “Blood Sugar Sex Magic” por primera vez en 1994, en un paseo de retornados chilenos de Alemania al norte de Chile, mientras nos alojábamos en un liceo de niñas de La Serena, que (muy a nuestro pesar de adolescentes) estaba vacío por vacaciones. Creo que nunca me imaginé que ocho años después los vería en Roskilde.

Lo cabrón fue que en mitad del recital se largó una lluvia infernal, que no terminó a pesar de los dichos del bajista (“...uno puede hacer todo lo que desee de corazón, y voy a hacer que esta lluvia termine cuando llegue a cinco... uno... dos... tres... cuatro... cinco...”). Entre otros, el vocalista bendijo a las bicicletas danesas “por llevar esos hermosos culos escandinavos”. Tocaron con corazón. “Under the bridge”, “Cali-fornication”, “Suck my kiss”, “Give it away”...

* * *

El otro asunto era la policía. Se había instalado en una estación temporal en Slagteriskolen. A veces uno los veía caminando en parejas de dos o tres entre medio de toda aquella gente que bebía cerveza en el pasto, orinaba en las cercas, fumaba marihuana delante de las carpas o hacía el amor en los sacos de dormir.

Era extraño verlos conversando con algunos integrantes de esa tribu de jóvenes que pasaban aquellos días sin bañarse, de cabellos largos o corte punk, que yacían borrachos bajo la sombra de un árbol y gritaban en todos los idiomas.

Tal vez la calma con que se tomaban todo aquello era porque, a pesar de que todo el festival parecía desarrollarse a veces en forma un tanto caótica, había una paz que se había tomado a todos los asistentes.

Porque en los cuatro días que estuve en Roskilde, a pesar de los miles de litros de alcohol y las toneladas de marihuana, nunca vi un empujón, un insulto, un forcejeo, una pelea.

* * *

Durante una semana, el camping de Roskilde se convertía en una pequeña ciudad.

Para los cinéfilos, había una carpa donde mostraban desde "Shrek" hasta "Moulin Rouge", pasando por "Traffic" y obras independientes. Si alguien quería ver Internet, podía navegar gratis en un centro digital ubicado cerca de la puerta 8, donde por lo general había computadoras libres. Las duchas heladas también eran sin costo.

En cuanto a la comida, se podía conseguir indonesia, italiana, malasia, japonesa, tailandesa, española, turca, griega y mexicana, incluyendo todo tipo de pizzas, hamburguesas y platos vegetarianos, entre muchos otros.

Cerca del escenario verde, aficionados al graffiti recibían gratis spray y podían trabajar en talleres con expertos en el género. Los mejores trabajos serían expuestos más tarde.

Delante de los cinco cajeros automáticos del camping, muchas veces la gente hacía cola durante media hora o más. En una farmacia provisoria podían comprarse condones.

El festival producía su propio periódico durante los cuatro días de duración y una radio transmitía el evento. También se habían instalado teléfonos públicos en todas partes y había un servicio de guardarropa. Roskilde empezó en 1971 con 10.000 espectadores (el año pasado fueron 92.000). Allí han tocado Bob Marley (1978), U2 (1982), Santana (1988), Bob Dylan (1990), Nirvana (1992) y REM (1995), entre otros. Destina parte de sus ganancias para apoyar a organizaciones humanitarias como Médicos sin Fronteras y Amnistía Internacional y esta vez se realizó en una superficie de 160 hectáreas, con la ayuda de más de 18.000 voluntarios.

* * *



Había un grupo de chilenos, claro. Los había descubierto la madrugada del viernes, cuando desperté y escuché a un grupo de gente cantando “Paramar”, de Los Prisioneros.

Cerca del mediodía fui a saludarlos. Eran dos chicas y siete u ocho muchachos, casi todos de veintitantos años. Me puse a hablar con uno que tocaba la guitarra, se llamaba Jorge y llevaba una larga gabardina de cuero. Venían casi todos de Rinkeby, un barrio de inmigrantes de Estocolmo. Le dije a Jorge que venía llegando de esa misma ciudad y que me había quedado en casa de amigos que tal vez conocía. Cuando traje de mi carpa unas fotos de Nicolás, Pablo y El Matón, sólo dijo: “deben ser gente decente, porque no los conozco”. Quiso saber en qué barrio vivían y le respondí que Sollentuna. “Yo siempre toco guitarra en esa línea del tren, ¿nunca me viste?”, preguntó. No, nunca lo había visto.

Luego otro de pelo muy largo me preguntó a qué me dedicaba y cuando le dije que era periodista de la Usach, comentó: “yo vivía en Estación Central, pero nunca fui a la universidad, sólo estuve en la universidad de la vida, de la calle”. También señaló que estaba aburrido de trabajar haciendo aseo. Después me preguntó si llevaba una cámara oculta y si los estaba filmando a todos ellos. Le dije que no. Este mismo chico dijo, cuando cantábamos “Mi viejo” de Piero: “no canten esa canción, a mí el viejo me echó de la casa porque no tenía para pagarle el arriendo”. Otro chico muy joven, tal vez de 17 ó 18 años, me comentó que estaba ilegal en Suecia, y que igual se había arriesgado para venir al festival.

Como todos en Roskilde, todo el tiempo estaban bebiendo cerveza y fumando marihuana. Cuando les dije que no bebía alcohol, no fumaba tabaco ni pito, uno de ellos me preguntó: “¿para qué viniste, entonces?”.

Estuvimos toda la mañana allí cantando. Joe Vasconcellos, Sol y Lluvia, Silvio Rodríguez, Sui Generis, Los Jaivas, Violeta Parra. De repente le preguntaba por un acorde o una canción a Jorge, pero a veces me contestaba y otras veces me ignoraba. Yo toqué “Para el pueblo lo que es del pueblo” de Piero y “Yo por ti, tú por mí” de Cristina y los Subterráneos.

Traje un poco de jamón que tenía y luego una de las chicas, Belén, que parecía muy dulce, hizo unos sándwiches con atún.

Nunca más volví a aquel lugar.

* * *



El sábado empezó con Abdullah Chhadeh & Nara, un grupo de tocaba música folclórica árabe. Un espectáculo precioso, pulcro. Tal vez suene cliché, pero realmente daba la sensación de que sólo faltaba la muchacha semi cubierta bailando la danza del vientre. El vocalista, Abdullah, un tipo joven, de unos treinta años, tocaba el qanun, una especie de piano sin teclas que no tiene similar en occidente. La banda estaba compuesta además por un flautista marroquí, tres percusionistas kurdos (que además eran hermanos) y un griego que tocaba algo parecido a un violín.

Más tarde siguió Erikah Badu, en la carpa verde. Yo no conocía a esta norteamericana que hace un soul menos atormentado que Sade, completamente seductor, ideal para hacer el amor. La primera vez la escuché en casa de Sebastián, un chileno que vive en el barrio berlinés de Wittenau, y que tuvo la gentileza de copiarme el CD.

Claro que sobre el escenario esta mujer es OTRA cosa. Primero empezó a sonar la música sin que se subiera el telón. Luego apareció ella, vestida con un larguísimo vestido y un gran sombrero de paja. Poco a poco, a medida que pasaban las canciones, Erikah se fue despejando de sus vestimentas, hasta quedar incluso sin zapatos y sólo con una ligera falda, realizando piruetas de danza clásica. Todo un largo baile de seducción, cómo si el público fuera el macho semental elegido por ella. Y terminó... ¡metiéndose entre la gente!!!, dando sus manos a miles de manos, y metiendo en problemas a su guardaespaldas, que la sostenía por encima de las rejas sólo abrazando sus caderas. En algún momento pensé: "algún día esta mujer va a ser mucho más famosa de lo que es hoy". Se me hizo que era una suerte de Janis Joplin del soul. Más tarde le tocó el turno a Antibalas Afrobeat Orchestra, un grupo de Estados Unidos que mezclaba generosamente funk y rock. Eran ideales para tenerlos en una fiesta, porque hacían que la gente lo pasara muy bien con sus canciones que duraban diez o quince minutos cada una, con interminables intervenciones de trompetistas, saxofonistas, guitarristas y bajistas.

Por la noche, New Order se instaló en el escenario naranja. Sólo estuve un rato, porque no conozco su música. El vocalista parecía bastante viejo, me recordó a Tim Robbins. Realmente no tenía pinta de ser una estrella de rock (que mis amigos Sergio Cancino y Rodrigo Quenaya me perdonen por esto), más bien la de un tipo al que las minas no pescaban y que había estado durante años escribiendo canciones en

el ático de su casa, durante las frías tardes otoñales de Southhampton. Lo que vino al final en la carpa amarilla fue excepcional: Gotan Project. Era un grupo argentino que mezcla tango y tecno de manera bastante precisa y efectiva. Comenzaron sonando tras el telón, mientras proyectaban imágenes en blanco y negro y de fondo se escuchaba un discurso del Che Guevara (a mí me daban ganas de tocarle los hombros a los gringos y decirles “do you know who's that?, it is Che Guevara!!!”).

En todo caso, escuchando su música, se notaba cómo el tango traspasaba enteramente las piezas, traslucía toda aquella nostalgia porteña, las imágenes de Buenos Aires, la sensualidad y delicadeza del baile. Luego de que se levantara el telón se pudo ver por fin a los integrantes del grupo, que siguieron tocando con su guitarra, su violín, su bandoneón. Una experiencia súper poderosa.

* * *

Muy cerca del escenario naranja estaba el memorial que recuerda a los nueve muchachos que murieron durante la versión de Roskilde del año 2000. Todo ocurrió el 30 de junio durante el recital de Pearl Jam. En recuerdo de los fallecidos se había erigido un monumento con la inscripción “how fragile we are”, rodeado por nueve jóvenes abedules “que serán grandes un día”, según lo que me dijo una voluntaria que me indicó el lugar.

De uno de los árboles, amarrado con una cinta, colgaba una foto y una carta de los familiares de Frank, un chico holandés que estuvo entre las víctimas. “No te olvidamos”, “estás en nuestros corazones”, todo el dolor que no se puede transmitir.

Algunas veces, una chica se acercaba a ver la foto de Frank y trataba de descifrar la carta. Luego se iba. Para mí y tantos otros, Roskilde significaba tanto regocijo y alegría; para otros se había convertido en...

* * *

Consejos prácticos para Roskilde

Llevar:

Carpa.
Colchonetas aislantes.
Saco de dormir.
Ropa abrigada.
Parka.
Útiles de aseo.
Dinero.

Precios (aprox.):

Boleto Copenhague-Roskilde (o viceversa): 7 dólares
Boleto Roskilde-campamento: 1.4 dólares
Entrada festival: 120 dólares (derecho a acampar y
presenciar artistas)
Almuerzo: 5 dólares
Ducha caliente: 4 dólares

Mayores informaciones:

En Internet: www.roskilde-festival.dk.
E-mail: bigbox@roskilde-festival.dk.
Fax: 45-46-321499
Correo: Roskilde Festival
Havsteensvej 11 DK 4000 Roskilde Denmark



Love Parade 2002 en Berlín

Julio

NUNCA ME HA GUSTADO mucho el tecno. Siempre me ha parecido un poco alienante eso de bailar a oscuras y en solitario, junto a otras decenas de desconocidos, una música ensordecedora rítmicamente monótona. Prefiero los bailes en pareja, como la salsa, en los que un hombre y una mujer se tocan y eventualmente se miran.

La primera vez que estuve en una fiesta “rave” fue en octubre de 1994, a mis 18 años, cuando ocurrió un eclipse de sol en Putre, en el norte de Chile. Luego de una noche de guitarreo y consumo de mala marihuana y pisco barato alrededor de una fogata en medio de miles de carpas, un jueves por la mañana, decenas de miles de mochileros y post-hippies, principalmente europeos, norteamericanos y australianos, se reunieron en aquel pequeño poblado ubicado a más de tres mil metros de altura y cercano a la frontera con Bolivia, para ser testigos y celebrar ese cósmico acontecimiento que por unos segundos ubica al sol detrás de la luna y crea una brevísima noche, que aquella vez incluso provocó que los pájaros dejaran de cantar por unos momentos. El sábado siguiente los mismos asistentes se reunieron para bailar en una muy bien promocionada fiesta rave que se realizó en el sector “La Isla” de Arica, y yo también fui. Andaba solo, no conocí a nadie, no tomé éxtasis, y sólo recuerdo haber visto sin compañía entre la gente a la hermosa Cecilia Amenábar, quien tiempo más tarde sería la esposa de Gustavo Cerati.

Pero ahora, casi diez años después, yo estaba en Praga, a sólo 300 kilómetros de Berlín, donde aquel fin de semana se realizaría la Love Parade. Justo en aquellos días debía realizar unos trámites en la capital alemana, y pensé que sería una buena oportunidad para contemplar aquel espectáculo que empezó como una tímida fiesta de “ravers” en 1988 y el año pasado congregó a más de un millón de personas. La única “manifestación política” (así es anunciada oficialmente por sus organizadores, quienes, gracias a esta denominación, se ahorran el dinero necesario para limpiar las toneladas de basura que deja el evento) que después de la Caída del Muro es capaz de reunir en Alemania centenares de miles de jóvenes. Una manifestación sin carteles ni puños en alto, sin choques con la policía, sin bombas molotov; más bien una gran fiesta por “peace, love and harmony”, al son de...

* * *



Amparo y yo salimos de Praga un jueves a las ocho de la noche. El bus estaba repleto. Llegamos tarde y tuvimos que sentarnos en asientos separados. A mí me tocó junto a Jan, un eslovaco de 18 años que viajaba a trabajar como cocinero a Copenhague. Nos pusimos a conversar luego de que me ofreciera pastillitas de vitamina C. Hablaba un poco de inglés y un poco de alemán. Era de una ciudad pequeña y nunca había salido de su país. Acababa de terminar el colegio. Practicaba kick-boxing y su ídolo era Jean Claude Van Damme. Cinco días atrás, había muerto su padre. Había sido mayor del Ejército y tenía 44 años al morir.

Amparo resultó sentada detrás de dos españoles, una chica y un chico, que estaban justo a mi derecha. Con el tiempo empezamos a charlar los cuatro. Ella era del País Vasco y se llamaba Estibaliz. Él era Miguel Ángel, de Madrid. Ambos estudiaban filología alemana y estaban de intercambio en la Humboldt Universität de Berlín. Vivían desde hace algunos meses en una residencia universitaria en el barrio Charlottenburg. Dio la casualidad que allí también estaba Lucas, el ex novio de una conocida de Amparo, de Valencia. Ella nunca lo había conocido, sólo sabía que estaba en Alemania, y por las señas que se dieron durante la conversación resultó ser el mismo chico.

En la frontera el bus se paró una hora. Nosotros aún no sabíamos dónde nos íbamos a quedar esa noche en Berlín. Más allá de Dresde, cuando el vehículo se aparcó para cargar gasolina, intenté llamar a Cristian desde un teléfono público. La última vez que Amparo y yo habíamos estado en la capital germana, durante el Carnaval de las Culturas de mayo, nos habíamos quedado en su casa. No contestó nadie. Había una contestadora y le dejé un mensaje.

Proseguimos el viaje. Pasada la medianoche nos pusimos a dormir. Llegamos a las dos de la madrugada. En el terminal nuevamente llamé a Cristian, sin resultados. Los chicos españoles nos ofrecieron que nos quedáramos en la residencia. Aceptamos. Nos fuimos caminando. Estaba a sólo diez minutos de allí, en una calle llamada Suárez. Era un edificio con un frente de vidrio. Subimos hasta el tercer piso y ellos llamaron a una puerta. Colgaba un pequeño cartel que decía: "L. Martorell". Salió un chico: era Lucas. Nos presentaron. También salió una chica, Deborah, otra española. Tenían un colchón. Conversamos un rato, Estibaliz y Miguel Ángel se fueron a dormir y nosotros entramos al cuarto. Era pequeño, sólo tenía un baño aparte. Pusimos el colchón en el suelo del pasillo y nos acostamos.

* * *



Por la mañana salimos a hacer algunos trámites y tomamos varias veces el metro. Notamos que ya a esa hora, lenta pero indisimuladamente, miles de jóvenes rapados en poleras sin mangas habían comenzado a tomarse las estaciones y los vagones del subte, chapurreando inglés, francés, alemán, bebiendo latas de cerveza. La ciudad ya estaba llena de pequeños anuncios acerca de fiestas tecno en toda clase de sitios, que empezaban la misma noche del viernes. Una extraña ola de relax empezaba a tomarse las plazas, las calles, los paseos peatonales y los parques de la ciudad.

Amparo y yo almorzamos pizza en el restaurante “Los doce apóstoles” de la Friedrichstrasse. Ella pidió una con zucchini y yo la de siempre, tipo “Johannes”, con queso, anchoas, champiñones y salame. Estuvo bueno.

Luego la invité a comer helado. Hace algunos meses había leído un dato en la “Zitty”, una revista quincenal dedicada a la vida cultural de la ciudad. Es una guía de televisión, cine y espectáculos de 250 páginas y allí promocionaban como la mejor heladería de Berlín a un pequeño boliche en el barrio de Pankow.

Caminando por la avenida Unter den Linden nos fuimos hasta el Alexanderplatz, el corazón de lo que había sido la Ciudad Este. En una boletería del metro compramos el “Love-Parade-Ticket”, que por siete euros permitía movilizarse desde la seis de la tarde de ese día hasta las últimas horas del domingo. Una ganga, tomando en cuenta que el boleto común cuesta 2 euros y sólo es válido por dos horas. En el metro de la línea 2 y sus vagones amarillos viajamos hasta la Schönhauser Allee. Decenas de jóvenes y cuarentones, sentados en los largos asientos forrados en colores violetas, ya empezaban a emborracharse a esas horas del día, balbuceando incoherencias entre una suave euforia y el alcohol. En forma paralela, según pudimos comprobar más tarde, equipos de cuatro y cinco policías habían empezado a tomarse los andenes de las estaciones adyacentes al Tiergarten, lugar de la Love Parade.

La heladería quedaba en la Stargaderstrasse 7. Había cola. Era un día hermoso. Los helados eran de pura fruta. Amparo ama los helados de café, pero no había. Eligió uno de limón. Yo pedí uno de fresa, cereza y cítricos. Nos sentamos cerca de un centro comercial, junto a un pequeño paseo. Mascando el cono me sentí niño otra vez.

Estábamos en pleno Prenzlauer Berg, el barrio alternativo de Berlín Este. Durante los años ochenta había sido nido de punks, artistas y opositores al régimen socialista. Aún quedaban huellas de aquella

época. Vimos pasar muchas parejas jóvenes con niños pequeños. Parecían profesionales de izquierda que habían decidido tener hijos al promediar la treintena. Amparo estaba impresionada por la cantidad de cabros chicos. En España la natalidad es de 0.4 chicos por pareja, en Alemania es de 1.3, casi el triple.

Un rato después nos fuimos a un supermercado y compramos jugo de naranja. Luego ella llamó por teléfono a Helen, una conocida suya, para saber si podíamos quedarnos en su casa esta noche. Nos dijo que no habría problema. También llegaría Sönke, su novio, que me había acogido durante mi estancia en Hamburgo. El único problema es que Helen tenía que ensayar (toca violín en una orquesta) y sólo llegaría a su hogar pasada la medianoche. Quedamos de juntarnos entonces. Vivía cerca del Tiergarten, a pasos del metro Birkenstrasse, de la línea 9.

Teníamos que hacer tiempo. Le propuse a Amparo ir directamente a la casa de Cristian para ver si podíamos encontrarlo. Estaba viviendo en la casa de un amigo en pleno Schöneberg. Fuimos hasta allí, pero no lo encontramos. Le dejamos un mensaje en el buzón. Nos fuimos a dormir la siesta a un parque cercano. Se hizo de noche.

Pasamos por la estación de trenes "Zoo" y ya había ambiente de fiesta: desde un parlante sonaba tecno a todo volumen.

Más tarde nos encaminamos al departamento de Helen. A una cuadra de su casa, en un Döner (lugar de comida rápida turca) encontramos a Sönke. Venía llegando de Azerbaiyán. Había estado allí una semana. Un equipo alemán quería filmar un documental acerca de la longevidad que alcanzaban algunas personas de los sectores rurales de aquella ex república soviética, y él era el médico encargado de realizar algunos exámenes a aquellos viejos que consumían alimentos completamente naturales, no trabajaban demasiado y llevaban una larga vida en familia. Y que nunca habían visto un médico en su vida, entre otras cosas.

Un rato más tarde llegó Helen. Nos marchamos a su departamento. Dormimos en el cuarto de las visitas.

* * *

El sábado por la mañana nos levantamos tarde. Sönke salió por la mañana a comprar cosas para el desayuno y luego comimos los cuatro. Hablamos de esto y aquello. Ya era el día de la Love Parade. Sönke nunca había asistido al espectáculo y Helen tampoco.



Luego de que pasara media mañana decidimos ponernos a tono con la situación. Con spray él se hizo unas rayas azules en su corto pelo rubio, Helen se dibujó un corazón en la mejilla. Amparo pronto se pintó una flor en el rostro y a mí me hizo el símbolo de la paz.

Cuando ya eran las tres de la tarde, tomamos el metro para ir al Tiergarten, ese parque gigantesco en medio de la ciudad donde se realiza el evento. Viajamos dos estaciones hasta el Hansaplatz en vagones repletos de jóvenes sudorosos. Nos bajamos en masa y cuando llegamos a unas entradas del parque pudimos empezar a contemplar el paisaje: chicas en bikini, jóvenes y musculosos gays de lentes oscuros, adolescentes turistas japoneses que habían llegado justo para la ocasión con sus infaltables camaritas digitales. Y bueno, los de siempre: vendedores de latas de cerveza, vendedores de pitos, vendedores de gorritas para el sol.

La música - bum, bum, bum - ya se escuchaba. Los pequeños basureros del parque ya estaban sobrecargados. Un chico eufórico que iba delante de nosotros con un nutrido grupo repentinamente se giró y nos gritó en alemán: "¡ESTOY AQUÍ, VOY A PODER DECIRLE A MIS NIETOS QUE FUI A UNA LOVE PARADE!".

Más allá estaban filas de ambulancias y carros policiales. Desde la puerta trasera de un furgón, un sonriente policía con una metralleta de agua mojaba a algunos asistentes que pasaban. ¡Un poli!

Nos fuimos metiendo en el parque. Alguna gente había extendido mantas sobre el pasto y fumaban y bebían. Seguimos rumbo a la avenida 17 de Junio. El tecno se escuchaba cada vez más cerca. Mucha gente estaba parada en la acera. Llegamos a la calle y vimos el primer carro. Aquello era un carnaval. Un carnaval a la alemana o a la europea, claro. Miles de miles de miles de personas eufóricas bailando, riendo, gritando, sacándose fotos. Todo en medio de larguissimas carrozas tiradas por camiones, que arriba llevaban chicos y chicas que bailaban frenéticamente al ritmo de la música.

Los "carros alegóricos" pasaban lentamente en una y otra dirección. A veces se detenían uno frente al otro y competían en juventud y belleza y baile de sus ocupantes y en el volumen de sus éxitos. Arriba los protagonistas, casi todos rigurosamente jóvenes, se habían preparado para la ocasión con exóticos peinados, trajes de baño, maquillajes. Había chicas desnudas con sus cuerpos pintados que tiraban flores a improvisados fans.

Nos metimos entre la masa que seguía a un carro y lentamente empezamos a caminar hacia la Siegestsäule, la Columna de la Victoria ubicada en el centro del parque. A veces el vehículo se detenía. Unos bailábamos, otros trataban de hablar por sus celulares entre aquel ruido, otros le tocaban el culo a las chicas y luego les guiñaban el ojo. Veinteañeras abrazaban a chicos que nunca habían visto y los besaban para luego separarse y seguir cada uno su camino. Incluso había familias: vi padres treinteañeros que intentaban explicar a sus hijos pequeños todo aquel espectáculo.

A Sönke alguien le derramó cerveza encima de la cabeza mientras besaba a Helen. A mí un tipo me pellizcó una tetilla mientras balbuceaba un alemán inentendible. Seis o siete chicos turcos tuvieron un conato de pelea con un grupo de alemanes. En una acera vi a dos chicos mexicanos con los que una vez jugué fútbol en el Mauerpark de Prenzlauer Berg; los saludé pero no me reconocieron. Una chica caminaba completamente drogada entre el público. Lloviznaba y salía el sol.

* * *

No sé cuantas horas estuvimos allí, caminando de un lugar a otro, deteniéndonos en alguna orilla para bailar. Lo cierto es que a medida que avanzaba el día el ambiente se iba haciendo más pesado, la gente perdía completamente sus inhibiciones y la agresividad empezaba a tornarse normal, había peleas de borrachos, parejas haciendo el amor entre los árboles. Todo se tornaba un tanto decadente.

Poco antes de que anoheciera, Amparo y yo sentimos hambre y decidimos marcharnos de allí. Fuimos a Kreuzberg a comer al "Assam", el restaurante hindú donde vamos siempre que estamos en Berlín.

El día siguiente fue un domingo nublado y gris. Comimos pizza a un restaurante barato que quedaba cerca de la casa de Helen. Por la tarde nos fuimos a despedir de Lucas y a darle las gracias por el alojamiento. Cuando se hizo de noche, fui a dejar a Amparo al bus. Yo me marché al día siguiente.



Una semana en Grecia

Julio

TRES DÉCADAS ATRÁS, BAJO el gobierno de Salvador Allende, una joven copiapina estudiaba Párvulos en la sede que la Universidad de Chile tenía en Antofagasta. Una tarde de 1971, en compañía de unas amigas, conoció a unos marinos de un barco mercante que atracaba en el puerto. Eran dos griegos y un chileno. Los griegos hablaban sólo algunas palabras de español y el chileno oficiaba de traductor. Invitaron a las chicas a tomarse algo. La joven se fijó en los ojos y las pestañas de unos de ellos. El griego se fijó en ella y luego de un rato le pidió su dirección. ¿Para qué?, preguntó ella. Para escribirte, respondió él. Ella se la dio, sin creerlo mucho. La chica se llamaba Cristina y él se llamaba Stavros.

Se escribieron durante más de dos años.

Volvieron a verse un par de veces más, cuando su barco llegaba a algún puerto del norte de Chile. Un tiempo después ocurrió el golpe militar. Stavros le propuso a Cristina que se casaran y ella aceptó. En 1974 se fueron a Canadá y luego de la muerte del padre de él llegaron a vivir a su Samos natal, una isla griega que queda frente a Turquía. Stavros y Cristina aún viven allí. Crearon una pensión para turistas y tuvieron dos hijos. Cristina sólo ha vuelto a Chile en una ocasión, en 1985. Y aunque hace tiempo podría haberse nacionalizado griega, insiste en conservar su pasaporte chileno.

* * *

Amparo y yo nos fuimos a Atenas un jueves por la medianoche. Planeábamos quedarnos diez días en Grecia. El vuelo desde Praga sólo duró dos horas. En el aeropuerto de la capital griega tuvimos que esperar que amaneciera. Como muchos otros pasajeros que estaban allí a las dos de la madrugada nos tendimos en el suelo e intentamos dormir un poco. A las ocho de la mañana nos pusimos en marcha. Debíamos llegar Piraeus, el puerto de Atenas, para tomar el barco a Samos. Desde el aeropuerto pudimos tomar un bus. El viaje nos fue mostrando un paisaje seco, rústico, casi tercermundista: talleres mecánicos a la orilla de la carretera, casas sin terminar, trabajos en la vía, grandes letreros publicitarios. Y más allá, un taco descomunal. Nos demoramos una hora y media en llegar.

El bus nos dejó en el terminal mismo del puerto. Mi tía Cristina me había dicho que diariamente sólo salía un barco a Samos, cerca de las cuatro de la tarde. Preguntamos en una oficina donde se vendían pasajes. Sólo había uno a las 16.30 y costaba 20 euros. Duración del viaje: “trece horas”, según nos dijo un muchacho joven que nos vendió los boletos. Llegaríamos a las 05.30 de la madrugada. Pararíamos antes en tres o cuatro islas, Samos era la última estación.

Eran las diez de la mañana y teníamos un poco más de seis horas para dar vueltas por la ciudad. El calor ya comenzaba a ser agobiante, un poco aliviado por la brisa marina. Fuimos a tomarnos un café a un lugar repleto de gente. Aunque suene raro, el griego suena parecido al español, aunque no se entiende nada. Sólo algunas palabras: “taberna”, “gimnasio”. Las letras sí son totalmente diferentes, nos sentíamos analfabetos. No podíamos leer los menús, ni los letreros de las calles, ni los titulares de los diarios.

Nos pusimos a caminar, sin saber muy bien por donde íbamos. Siempre derecho por la avenida principal, junto al mar. El tráfico era infernal: taxis, autos, trolleybuses peleando palmo a palmo cada espacio. Conductores gritándose unos a otros y tocando las bocinas, una espontaneidad que no había visto nunca en Estocolmo, ni en Berlín, ni en Praga. También muchos vendedores callejeros (gorritos, poleras, trajes de baño, chalas, crema para el sol). Niños mendigos y muchos policías en una y otra esquina. Casi me sentía en casa.

Visitamos una iglesia bizantina adonde un letrado advertía que había que entrar “properly dressed”. Todo el exterior del templo eran hermosos mosaicos. Adentro las pinturas mostraban el rostro de Jesús, pero las placas de bronce de María y su Hijo no tenían imagen, como en la religión islámica. Luego de dejar una donación, Amparo encendió un cirio por sus abuelos, como siempre hace, según me confesó.

Luego seguimos por las calles llenas de gente. Llegamos hasta una playa repleta de niños, abuelos, familias. El agua era transparente, ni fría como el Pacífico ni caliente como el Caribe. Yo me bañé en calzoncillos, Amparo andaba con su bikini. El mar estaba delicioso. Estuvimos allí un buen rato, luego tendidos al sol, estrenando el bronceador. Una ducha gratuita permitía lavarse el agua salada del cuerpo.

* * *



El barco era gigante. En su vientre se subían, unos tras otros, autos, camiones, buses. Daba la impresión de que nunca terminaría de llenarse. Nos subimos con muchos otros pasajeros, la mayoría de ellos griegos, otros pocos mochileros, como nosotros. El muelle era un ajetreo.

La “clase económica” se amontonaba en filas de asientos parecidas a los de buses y aviones, pero mucho más anchos. En algunas salas había televisores que mostraban dibujos animados. Era posible subirse a la cubierta y ver el mar. También había un kiosco y un restaurante que vendía comida relativamente barata. Allí comimos, en una de las mesas, nuestros panes con jamón y atún.

Con el anochecer, la gente comenzó a extender colchonetas aislantes y mantas en el suelo para dormir. Por suerte había espacio y pudimos ocupar varios asientos para dormir. Lamentablemente nunca apagaban las luces, “por seguridad”, como nos enteramos más tarde. Me puse una polera en los ojos para conciliar el sueño.

No sé en cuántos puertos atracamos. En cada uno bajaba y subía gente, bajaban y subían vehículos. En mi ignorancia había pensado que transportarse en barco había pasado de moda, que hoy todo el mundo usaba el tren o el avión, pero me había equivocado.

Cerca de las 05.30 aún no llegábamos al puerto de Samos. Nuestra cabina ya se había desocupado bastante. Amaneció. No habíamos dormido bien, pero tampoco pasamos la noche en vela. Había habido buen tiempo y el barco nunca se movió demasiado.

Finalmente atracamos a las 08.30 de la mañana del sábado. Habían sido 16 horas de viaje. El puerto era una inmensa bahía al pie de una montaña llena de casas y bajos edificios de tres o cuatro pisos, todos rigurosamente blancos. Pero aún no había llegado a nuestro destino. Debíamos ir a la estación de autobuses para viajar a Pythagorio, a unos 12 kilómetros de distancia, donde vive Cristina, una prima de mi madre. La tía Cristina, a quien yo no conocía.

* * *

Mi tía Cristina y su hijo Yannis nos fueron a buscar a la parada del autobús. Ella, claro, parecía totalmente chilena: muy morena, bajita, gordita. Fue muy afectuosa al saludarnos. Yannis (“Juan”, en griego) era muy alto (medía más de 1.80 m), bastante acuerpado, y sólo hablaba algunas palabras de castellano.

Cuando eran estudiantes, a fines de los años 60, mi madre y ella acostumbraban veranear juntas en Huasco, un pequeño puerto en el norte de Chile, de donde procede mi familia materna. Las dos fueron siempre muy buenas amigas. Cristina recordaba la risa franca de mi vieja, a quien no ve desde hace 30 años. Mamá me contó cómo su prima “siempre quiso estudiar algo que le permitiera tomar largas vacaciones en verano”. Las paradojas de la vida habían transformado a mi tía en la dueña de una pequeña pensión que la obligaban a trabajar todos los años durante el verano europeo de abril a septiembre. Aquella mañana caminamos sólo unas cuantas cuadras hasta su casa de cuatro pisos, ubicada a unos metros del Mediterráneo. Nos instaló en el último piso, en una habitación con baño, ducha y un balcón con una vista espectacular hacia una iglesia ortodoxa, las ruinas de un viejo fuerte inglés del siglo XVIII y el propio mar.

Nos duchamos y luego bajamos a desayunar. Conocí a mi prima María, una guapa morena que hablaba español como los retornados que he conocido en Chile, y al tío Stavros, un griego amable, de pocas palabras. Nos sentamos a la mesa y claro, lo primero fue ponerse al día respecto a la familia: que mi tío Lucho, que mi tío Humberto, que la Ximena, que mi abuela... mi tía no iba a Chile hace 17 años.

Después le tocó a ella: relatar de su juventud en Copiapó, de la temprana muerte de su padre, de ser la primera esposa extranjera de un griego en la isla de Samos... De vez en cuando interrumpía la conversación para hablar en griego con algún vecino que la saludaba por la ventana o cuando sonaba el teléfono. Era extraño ver a aquella chilena hablando de corrido ese idioma indescifrable y tan antiguo que ha dejado su huella en tantas otras lenguas. Cuando la escuchaba, a veces, me sentía como en un capítulo de los “Patiperros”, pero sin subtítulos. Luego nos contó cómo había sido el aprendizaje: viviendo largas temporadas con su suegra, que sólo hablaba griego, y luego con sus hijos, cuando estos empezaron a ir al colegio y tuvieron que aprender a leer y escribir.

Mi tía había empezado con la pensión hace más de quince años. Tenía ocho habitaciones, sencillas pero con muy lindas terminaciones. Comenzó trabajando con turoperadores, que le conseguían pasajeros, pero al cabo de muchos años terminó aburriéndose por los atrasos en los pagos y decidió independizarse. Ya tenía la clientela: daneses, noruegos, suecos. La mayoría eran parejas o matrimonios que venían fielmente todos los años, en las mismas fechas. Incluso una mujer,

esposa de un alto funcionario de la UNESCO en París, le había regalado un pasaje para ir a Chile. Tenía un retrato suyo en un mueble, junto al teléfono, al lado de dos fotos de sus padres.

María tiene 20 años y estudia Educación Parvularia en Ioannina, una ciudad que queda cerca de la frontera con Albania. Yannis es un año menor y estudia Informática en Atenas. En Grecia la universidad es gratuita. Mi tía gastan su dinero en alquilarles un lugar para vivir y en los gastos de alimentación.

* * *

Pythagorio (se llama así porque allí nació Pitágoras) resultó ser un pueblo sumamente turístico. El fin de semana nos bastó para darnos cuenta de aquello. Normalmente tiene mil habitantes, pero en el verano la población se multiplica por diez. Muchos visitantes se han quedado definitivamente. En Samos ya hay más de 60 matrimonios de griegos con extranjeras, principalmente noreuropeas. Estas mujeres incluso han fundado un club para juntarse regularmente.

El pueblo tiene plenamente asumida su condición de atracción turística. Está lleno de pensiones, en los kioscos se pueden conseguir diarios alemanes, suecos e ingleses, y si uno va a los supermercados se encuentra con los mismos precios de Berlín o Ámsterdam. Existen letreros que llevan al visitante a los lugares arqueológicos locales, hay multitud de negocios de alquiler de bicicletas, motos y automóviles, y muchas agencias turísticas -que ofrecen salidas a islas cercanas, pasajes para Atenas o Turquía- tienen sus oficinas en la calle principal. Hay pocos cafés Internet y son carísimos.

En el muelle, donde atracan lujosos yates de todas partes de Europa, también están instalados pubs, bares, restaurantes y discotecas de todos los estilos. Predomina la música anglo.

Extraño el contraste: familias escandinavas completas que caminaban por aquellas estrechas calles interiores hacia la playa, donde las abuelas helénicas se sentaban en la vereda, y puertas abiertas desde donde salía música griega, mientras taxis Mercedes Benz llevaban de un lado a otro a parejas alemanas.

* * *

En los días que estuvimos allí había gran revuelo por la captura de miembros del grupo guerrillero local "17 de noviembre". En la casa de mi tía la televisión siempre está encendida y por eso nos enteramos.

Se trata de una organización ultraizquierdista llamada así en recuerdo a la masacre ocurrida en esa fecha en 1973, cuando los militares entraron al Politécnico de Atenas y asesinaron a 34 estudiantes que protestaban contra la dictadura de los coroneles (1967-1973). El mismo día de la matanza cayó el gobierno.

Su lema es “contra fascismo e imperialismo”. Durante 27 años la organización ha atentado contra funcionarios estadounidenses, turcos, británicos y alemanes. Su primera víctima, en 1974, fue el representante de la CIA en Atenas. En aquella época el grupo aún despertaba cierta simpatía. Después de todo, los Estados Unidos habían incitado la cruenta guerra civil de 1948 y apoyado la dictadura militar del 67. Lo cierto era que, hasta ahora, ningún miembro de “17 de Noviembre” ha sido capturado nunca. Algunos acusan de ineficiencia a las fuerzas de seguridad. Otros aseguran que los guerrilleros tienen relaciones con el Pasok, el Partido Socialista griego, actualmente en el gobierno y que estaba en el poder en la década de los ochenta.

Ahora fueron detenidos cuatro integrantes de la organización, incluido su supuesto jefe, que empezó su declaración ante la policía diciendo: “asumo la responsabilidad política de todo”. Es un viejo cincuentón con cara de profesor universitario cuya fotografía exhibían a cada rato por la televisión.

Parece que en Grecia no pasaba nada. Seguramente contribuía que era verano y todas las actividades -políticas, deportivas, etc.- se reducen. El caso es que veíamos noticias y larguísima e interminables debates en directo respecto al tema. No entendíamos nada, claro.

* * *

La noche del sábado salimos a bailar con mi prima. También los griegos tienen la desagradable costumbre de esperar hasta la una de la madrugada para irse a un carrete. Así que primero fuimos con ella y una amiga a beber algo a un pub. La chica estudiaba Piano en Atenas y conocía a María desde el colegio. Era una de las pocas amigas que le quedaba porque, según ella, la mayoría de sus compañeras ya se habían casado y tenían hijos.

Así que muy tarde llegamos a aquel sitio llamado “La nuit”. Lo bueno es que no había turistas, sólo griegos. Era un local pequeño y casi todo el mundo estaba de pie. Un mozo muy alegre te traía los tragos y en una esquina se veía al pinchadiscos que ponía la música.

Poco a poco el sitio se fue llenando, hasta estar repleto. El ambiente empezó a animarse. Lo bueno es que casi sólo se escuchaba músicaailable griega, nada de tecno angloamericano alienante. Mucho sonaba disco, pero los temas tenían un toque helénico indesmentible, ese aire a “Zorba el Griego” y su balalaika.

De vez en cuando, desde la barra también se lanzaban servilletas al aire. El rito tiene que ver con la vieja costumbre griega de tirar platos al piso durante las fiestas. María nos explicó que antiguamente esto se realizaba como para decir “estoy tan contento que nada me importa e incluso puedo romper la vajilla”. Ahora ya no estila tirar platos, sólo flores o servilletas. Es más barato.

El resto allí era igual: grupo de chicas maquilladas, grupos de chicos adolescentes que aún no se acostumbraban a su estatura, chicas completamente hermosas que bebían cerveza en un rincón, “latin lovers” que deambulaban de un lugar a otro. Gente hablando por celulares, gente sacando fotos.

* * *

El lunes por la mañana tomamos el barco de alta velocidad a Patmos. Allí se podía visitar un monasterio y la cueva donde San Juan escribió el “Apocalipsis”.

El viaje duró una hora. El mar estaba intranquilo. El bote se movía de un lado a otro y pronto Amparo se sintió mal. Nos quedamos sentados en nuestros asientos tipo Pullman. Yo traté de leer un poco.

Cuando por fin llegamos, había un bus esperando a los viajeros del barco. Por un euro nos llevaría hasta el monasterio, ubicado en la cumbre de una montaña que se levantaba sobre el pueblo. El bus estaba repleto de turistas como nosotros. En un principio había pensado en hacer el trayecto hasta el monasterio a pie, pero a esa hora del día y con el sol en la cabeza era casi masoquismo.

La construcción, que se alza sobre los restos de un templo griego, ofrece una vista espectacular sobre Patmos y el mar. Todas las paredes son blancas y la arquitectura prescinde totalmente del rectángulo: todo son bordes redondos, nada de ladrillos.

En la entrada a la iglesia, un funcionario nos indicó que, por respeto a los monjes, las mujeres debían cubrirse las piernas, así que Amparo tuvo que ponerse una larguísima falda que le llegaba hasta las rodillas. Adentro todo eran imágenes religiosas en oro, y pinturas murales de una época difícil de precisar. Todo parecía muy solemne.

Pudimos recorrer un poco el interior del monasterio, aunque algunos sitios estaban vedados. El campanario también ofrecía una vista increíble. En la biblioteca vimos antiguos manuscritos, copias de capítulos de la Biblia, algunos de principios del milenio. En una esquina además se guardaban los últimos vestigios del antiguo templo helénico: dos cabezas de estatua y una tabla con una inscripción referente a la mitología griega.

Salimos de allí al pueblo, con sus casas bajas, impecablemente blancas, que ofrecían un contraste increíble con el mar azul. La belleza de las viviendas, atravesadas por serpenteantes y estrechas calles recorridas por gente a pie o en motonetas, era inusitada. Algunos viejos estaban sentados en las puertas de sus casas, había niñas pequeñas que iban al almacén a comprar un litro de leche, había puertas abiertas desde donde se adivinaba el sonido de la televisión o una vieja radio a pilas.

Empezamos a bajar el camino público para llegar a la Cueva de San Juan, allí donde el anciano apóstol había recibido la inspiración divina para escribir el Apocalipsis. Demoramos unos veinte minutos, en medio de aquel calor agobiante. Un letrero en griego y en inglés nos facilitó el encuentro. Era otra construcción blanca cobijaba en su interior la gruta del apóstol. Creo en Dios y aunque no soy cristiano, me impresionó llegar a un lugar donde había estado uno de los hombres de Jesús, me infundió mucho respeto.

Claro: todo aquello podía ser una patraña, tal vez Juan nunca estuvo allí. Pero preferí confiar en que así había sido. La cueva, a la cual se llegaba luego de bajar una escalera, estaba llena de adornos religiosos. El guía mostró una parte del techo de piedra dividido en tres y señaló que aquello era el signo de la Trinidad. En el piso una almohada de piedra había servido al Santo para dormir. En otra parte de la pared había estado apoyado el libro donde un joven había escrito el Apocalipsis que le había dictado el apóstol luego de su iluminación: "Yo Juan, vuestro hermano, y copartícipe vuestro en la tribulación, en el reino y en la paciencia de Jesucristo, estaba en la isla llamada Patmos, por causa de la palabra de Dios y el testimonio de Jesucristo..." Toda aquella historia se podía ver en pinturas que se encontraban en las paredes. Un rato después bajamos hasta una playa desierta al borde del pueblo. La orilla y el fondo eran de piedra. Me bañé en aquel Mediterráneo desnudo.

* * *



El martes el tío Stavros habló con un amigo suyo y nos consiguió dos bicicletas. Con ellas queríamos recorrer los siete u ocho kilómetros que separan a Pythagorio de Ireón, el próximo pueblo, en cuyas cercanías se encuentran los restos de un templo dedicado a la diosa Hera.

Así que allí estábamos nosotros, privilegiados, montando una cicla carísimas de mil dólares y 24 cambios en medio de interminables campos de olivos. El sol griego nos daba en la cara y nosotros éramos felices. La mitad de la humanidad, que vive con menos de dos dólares al día, jamás tendría el privilegio de visitar aquel lugar paradisiaco.

Luego de doblar en una bifurcación a la izquierda llegamos al templo. Antes de nosotros entró un grupo de veinte o treinta turistas que venía en un tour con guía y todo. Mientras nosotros nos fascinábamos contemplando los restos de dos mil años de historia, ellos le echaron una rápida ojeada a la única de las alguna vez 38 columnas existentes. Luego se marcharon. Esa es la mierda de los tours: llegas a un lugar y cuando ya estás comenzando a interesarte en algún detalle, debes subirte al bus y seguir al sitio siguiente.

Amparo y yo nos quedamos allí muchísimo tiempo, claro. Básicamente del templo sólo quedaban los cimientos, pero no importaba. Nos sentíamos en contacto con la Historia. Con una parte de nuestros antepasados. ¿Cuántas palabras griegas usamos en español sin saberlo? Un montón. En fin.

Lo mejor es que estábamos casi solos allí. Allí, donde habían caminado miles de personas con millones de destinos diferentes. Teníamos una perspectiva romántica de aquel asunto, porque al menos estábamos medianamente seguros que allí no había habido sacrificios humanos. Aquellas ruinas habían sobrevivido la furia antimitológica del cristianismo, las Cruzadas, la ocupación italiana, los turcos, la Primera y la Segunda Guerra Mundial.

¡Sí!, debo confesar que recogí algunos trozos de Antigüedad, pequeños restos del templo, que guardé en una bolsa plástica. Quería llevarle un poco de aquello que veía a Gabriel, uno de mis mejores amigos, jovencísimo profesor de Historia recién egresado del Pedagógico. Que Dios me perdone. Pero si él termina casándose y teniendo hijos pronto (como temo que sucederá), deseo que al menos toque un pedazo de esta milenaria historia.

Amparo y yo estuvimos tanto rato maravillándonos con lo que quedaba de los baños romanos, con el Camino Sagrado, que alguna vez había conducido hasta Pythagorio, flanqueado por dos mil estatuas

de las cuales apenas quedaban tres, una ruta que luego se había transformado en la pista de aterrizaje del aeropuerto local... Cuando por fin abandonamos el lugar... ¡nos habían encerrado! El funcionario se había ido. Podríamos haber regresado y haber metido más restos arqueológicos en nuestra mochila... pero nos contuvimos. Saltamos la reja y en una cafetería cercana nos bebimos dos Fanta Limón. Luego nos fuimos a la playa de Ireón, una de las mejores de la isla. Había que pagar por las sombrillas de sol, así que preferimos ponernos a la sombra de la torre del salvavidas, al cual nunca vimos. Con los lentes de buceo creí descubrir restos de ruinas prehistóricas en el fondo del mar, a apenas unos veinte metros de tierra firme. Pero cuando me fijé bien, sólo era un pedazo de muro de ladrillo...

* * *

El miércoles fuimos a ver el túnel de Efpalinio. El pueblo de Pythagorio está al pie de una montaña y hace dos mil años a un rey local se le ocurrió la idea de traer agua desde el otro lado de la montaña. Encargó la obra al arquitecto Efpalinio, quien diseñó un túnel de más de un kilómetro, una obra de ingeniería notable tomando en cuenta los medios de la época. Los presos políticos y esclavos fueron los encargados de cavar a ambos lados de la montaña.

Para llegar allí debimos caminar cuatro o cinco kilómetros hacia la montaña, en los confines del pueblito, en medio de un paisaje campestre que incluía los restos de una anfiteatro griego (refaccionado y donde aún hoy se presentan obras y conciertos) y un rebaño de cabras que hacían las delicias de los turistas que, como nosotros, recorrían aquel camino.

Luego de pagar una entrada se podía acceder al túnel cavado en roca volcánica, cuya estrechísima entrada -sólo podía ir y venir una persona- invitaba a agacharse y a sentir claustrofobia. Por la obra propiamente tal solamente se podía avanzar unos cien metros, en medio de una humedad y una temperatura que resultaba agradable en contraste con el calor sofocante. Al final se llegaba a una reja donde decía en griego e inglés: "Por disposición del Ministerio de Cultura, el resto del túnel permanecerá cerrado".

Aquello fue una decepción, claro, porque yo tenía la esperanza de aparecer al otro lado de la montaña. De hecho, mi tía me dijo después que antiguamente se podía hacer todo el recorrido. Pero los millones de turistas dejan su huella de destrucción en todas las ruinas arqueo-



lógicas del mundo -sean mayas, egipcias o camboyanas- y supongo que así era también en Samos.

Un rato después visitamos el monasterio de Samos y su respectiva catacumba, donde los cristianos habían hecho sus misas secretas en la época de la persecución. De hecho había una especie de iglesia, con altar incluido, en aquella cueva interminable. Una parte del lugar estaba enrejado, en otra pequeña entrada natural se había construido una columna que impedía el paso. Allí, hace años, según mi tía Cristina, había ingresado una pareja de turistas que luego se había perdido en el interior y nunca regresó.

* * *

Una noche nos bañamos desnudos en el Mediterráneo aquel. Brillaba la luz de la luna llena. En la orilla la gente comía en los restaurantes y nosotros nos sumergíamos en aquella masa de agua oscura, temiendo tropezar con pulpos y otros monstruos submarinos. Fue muy extraño. Una loca mezcla de miedo y ganas...

* * *

El viernes cruzamos a Turquía. El costo total del viaje, por persona e incluidos los impuestos portuarios de ambos países, es de 62 euros, a pesar de que el viaje entre los puertos de Samos (Grecia) y Kusadasi (Turquía) sólo dura una hora. Y eso que sólo era un viaje por el día.

El asunto tiene ribetes absurdos. Desde Pythagorio, por ejemplo, se puede ver Turquía. La isla de Samos sólo está separada de ese país en la parte más cercana por 1800 metros. Se puede cruzar nadando o en bote. La construcción de un puente sólo demoraría un año. Sin embargo una unión más expedita, y estoy especulando, la impiden el histórico resentimiento entre turcos y griegos (Grecia estuvo ocupada durante 400 años por el imperio otomano), la disputa de ambos países por la isla de Chipre, la división entre Europa y Asia. Y claro, Turquía no es un país rico en petróleo ni mucho menos, ni es miembro de la Unión Europea, y la crisis económica actual que sufre el país, con una inflación de 70% anual (hay billetes de millones de liras), la hace más candidata a expulsar potenciales inmigrantes a la rica Europa que a cualquier otra cosa. Si fuera diferente, el puente estaría allí desde hace veinte años.

Nuestro destino no era Kusadasi, claro, una ciudad turística, plástica, zona franca y llena de hoteles. Queríamos ir a las ruinas del ex puerto

de Efesos, una de las tantas colonias griegas de ultramar que tuvieron los antiguos en Turquía, ciudad incluida en la Siete Maravillas del Mundo, y en su tiempo capital de Asia. Un destino arqueológico que, con siete millones de visitantes al año, es un negocio. No podría ser de otra forma.

Porque, luego del trámite burocrático en el puerto, sellar los pasaportes, subir al barco y rezar por que no se hundiera, y llegar a Kusadasi (¡estábamos en Asia!, ¡por fin pisaba suelo de otro continente!), debimos entregar nuestros pasaportes en la Aduana y luego pagar otros 25 euros cada uno por un bus, con guía en inglés incluida, que nos llevaría a Efesos.

No sabíamos cómo llegar a Efesos de otra manera, así que tomamos el tour. La guía era una mujer de unos cuarenta años, siempre de lentes oscuros, que nos contó un poco de Kusadasi, de sus hoteles y su potencial turístico. Tenía una cantaleta que se parecía a los tele-shopping. Después de media hora de viaje llegamos a las ruinas. Afortunadamente el tour incluía las entradas. Claro, aquello estaba lleno de turistas como nosotros, que llegaban en toures como nosotros.

Hay que mencionar que si bien Efesos fue originalmente un puerto, en el curso de los años el mar se fue retirando y hoy las ruinas quedan a más de cinco kilómetros de la playa. La ciudad, fundada por los antiguos griegos, luego fue ocupada por los romanos, los godos, los árabes... Un terremoto se encargó de despoblarla definitivamente antes de cumplirse el primer milenio. A principios del siglo XX comenzó su recuperación -gracias a equipos arqueológicos austriacos- y hoy pueden contemplarse restos bastante bien conservados de los baños romanos, el camino principal, algunos edificios públicos, el anfiteatro y la biblioteca, que en su época fue la tercera más importante de Occidente.

Sin embargo, hay cosas lamentables: entre muchas ruinas se acumula la basura y se pueden encontrar... ¡vendedores de souvenirs entre ellas! Una falta de respeto con los dos mil años de historia, tomando en cuenta que allí predicó el apóstol Pablo (quien luego fue encarcelado en un castillo cercano que aún puede verse). En una parte del camino también puede verse el (supuesto) primer aviso publicitario del mundo: la huella de un pie y el rostro de una mujer, tallados en una piedra en el piso, indican el camino hacia el prostíbulo que acogía a los marineros, comerciantes y viajeros de la época.



El recorrido fue de apenas una hora y media. La guía, cargando un paraguas para combatir el sol y para que nosotros no la perdiéramos entre la multitud, nos iba llevando rápidamente de un lugar a otro. Entre medio había miles de otras guías -en alemán, español, inglés, francés, japonés- con otros miles de turistas ataviados de gorritos, lentes oscuros, poleras, pantalones cortos y cámaras fotográficas. Con gusto me habría quedado otras dos horas más allí. De niño siempre quise ser arqueólogo. Más tarde me di cuenta que no tendría paciencia para ello. Pero sí podía sentarme en un lugar y simplemente fascinarme con las inscripciones griegas y latinas en las paredes, con las arcaicas columnas, las viñetas, los muros. Me disgustó tener que correr de un lugar a otro y que aquel lugar estuviese lleno de gente. Además me pareció un tanto descuidado, tomando en cuenta los recursos que recaudan las autoridades.

* * *

El sábado finalmente viajamos de regreso a Atenas. Salimos a las ocho de la mañana. El viaje duró menos de lo que esperábamos: a las siete de la tarde ya estábamos en Piraeus. Por suerte la estación de tren queda a cerca del puerto. Viajamos ocho estaciones hasta Omonia y nos bajamos en pleno centro de Atenas. Aquello parecía una capital sudamericana: vendedores callejeros, tipos parados en la salida de la estación de metro sin hacer nada, calles sucias, paredes con restos de publicidad. Mucho inmigrante, mendigos y vagos. Amparo vio a una heroinómana llena de agujeros en los brazos y las piernas. Me puse un poco nervioso.

Amparo había buscado un hostel en Internet. Llamamos por teléfono y nos dijeron que desde allí debíamos tomar el trolleybus 2 o el 11 y bajarnos en la parada Filolao. Nos costó encontrar el paradero. Por suerte no esperamos mucho tiempo.

Atenas es inmenso y tiene más de cinco millones de habitantes. Es la capital más contaminada de Europa. En invierno tienen los mismos problemas de smog que Santiago, y eso que ellos están infinitamente más cerca del mar.

Desde el bus empezamos a contemplar la ciudad. Había muchos taxis y la mayoría de los edificios estaban pintados de color blanco. La arquitectura me recordó un poco a Buenos Aires. El tráfico era un poco caótico y trolleys de distintos modelos -modernos y viejos- circulaban

por las avenidas junto a motonetas y autos de todo tipo. Pasamos junto a Sintagma, la “Plaza de la Constitución” de los griegos, donde está el Palacio de Gobierno. De lejos, sobre una montaña, logramos divisar la Acrópolis. En nuestro recorrido también pasamos junto a un parque con unas ruinas (después nos enteramos que era el Templo de Zeus) y a un anfiteatro muy grande.

Cuando nos bajamos estábamos en pleno barrio Pangrati, una vecindad con muchos estudiantes, donde hay una calle repleta de bares, restaurantes, pubs y discotecas. El hostel estaba en el número 75 de la calle Damareos. Nos atendió una chica inglesa que hablaba bajísimo, era muy lenta y actuaba todo el tiempo como si fuera borderline o estuviera drogada. Nos cobró 9 euros a cada uno por un camarote, pero tuvimos que pagar 1 euro adicional por una sábana. Después nos enteramos que además había que pagar por el agua caliente. No nos gustó el sitio, pero sólo nos quedaríamos una noche.

Un rato más tarde salimos a comer cerca. En un restaurante nos encontramos con un chico belga al que ya habíamos visto en el hostel y lo invitamos a sentarse con nosotros. Venía de trabajar durante un mes en un voluntariado en la frontera Albania. Junto a otros extranjeros habían estado laborando en el proyecto social de un sacerdote. Una noche unos policías albaneses pararon en medio de la carretera la camioneta en la cual se movilizaban los jóvenes. Querían robarlos y violar a las chicas. Sólo los salvó la intervención del cura, el único que hablaba el idioma. “Si tienes un problema en Albania, nunca acudas a un policía”, nos aconsejó.

Habían estado trabajando en un sector rural. Nos contó que aún quedaban estatuas de la época del socialismo. La gente vivía en casas miserables y ganaba 200 euros mensuales. Lo único lujoso que se veía en aquellos parajes polvorientos y calurosos eran los ricos locales, moviéndose en Mercedes Benz de segunda mano. “Las personas, eso sí, son muy amables. Me alojé en casa de una familia y me trataron como un rey”. Sonaba a América Latina.

* * *

El domingo nos levantamos muy temprano. Era nuestro último día en Grecia. Había que hacer el “check out” antes de la diez de la mañana. Nos duchamos y luego bajamos a la recepción. Le preguntamos a la misma chica inglesa del día anterior si podíamos dejar nuestras



cosas allí hasta la medianoche, cuando tendríamos que tomar nuestro avión. Nos dijo que sí y nos cobró un euro. Le pedimos un mapa de la ciudad y nos dio uno en griego, pero sólo nos dimos cuenta cuando ya estábamos en la calle.

Tomamos el trolley 4, que pasaba una cuadra más arriba, y nos bajamos en Sintagma. Desde allí empezamos a caminar hacia la Acrópolis, que está en lo alto de una montaña. Subir a ella ya parece una peregrinación, porque uno va con otras miles de personas. Amparo escuchó tres mujeres maduras hablando en catalán. También se veía mucho grupo de chicos y chicas de colegio que bien podrían estar acá en gira de estudio. A medida que uno iba subiendo, la vista de la ciudad se iba haciendo más espectacular. Atenas es una ciudad toda blanca y se extiende por todo un valle.

Antiguamente los días domingo la entrada era gratuita, pero ya no. El tiquete costaba 12 euros, aunque posibilitaba acceder a otras ruinas que se encuentran en otras partes de la ciudad.

Arriba uno se encuentra con el Partenón, que por su tamaño ya resulta súper impresionante. Uno se pregunta cómo los antiguos griegos hicieron para traer hasta acá columnas y bloques que deben pesar varias toneladas. Me pregunto cuanto se habrán demorado en construir el edificio, que resulta imponente, hermoso, y representa el clasicismo griego en todo su esplendor. Y todo data del año 400 antes de Cristo, ¡hace casi dos mil quinientos años! Insólito. El Partenón debe haber impresionado a romanos, godos, turcos y alemanes por igual.

Con Amparo nos preguntamos cuanto se habrán demorado en construirlo y cuanto costaría hoy crear una réplica exacta de la obra. El papá de ella tiene una explicación sencilla para justificar los costos: “en aquella época, la vida valía menos que ahora”. Seguro. A más de algún esclavo se le debió haber ido la vida en la construcción del Partenón, tal vez al punto de tornársele una pesadilla sin fin.

Como al Partenón, al igual que los otros dos templos que lo acompañan, los están restaurando, en el lugar se veían andamios y sacos de arena. Allí también se encuentra un museo donde se pueden ver algunas estatuas, columnas y viñetas del edificio. Imágenes de dioses y demonios, historias y versos.

Estuvimos mucho rato allí arriba. Nos sacamos fotos. La otra gente y los otros turistas nos estorbaban, y nosotros les estorbábamos a ellos. Después bajamos. Buscamos un lugar para almorzar, en algún lugar

del centro. Encontramos un sucucho lleno de hombres. Nos atendió una chica joven, gastada, cansada, teñida de rubio. En el aire sonaba melancólica música mediterránea, que parecía griega o turca. De la calle nos llegaba el bullicio de los vendedores ambulantes, de hombres parados en las esquinas hablando por celular, el ulular de las sirenas policiales.

Después nos pusimos a caminar. No sabíamos hacia donde íbamos. El centro de Atenas está lleno de diagonales que hacen que sea fácil confundir el rumbo. Sólo sé que repentinamente llegamos a un parque. Y, créanlo o no... ¡allí estaba el Museo Arqueológico Nacional! Mi tía nos había recomendado visitarlo, pero nosotros nunca nos habíamos enterado de donde se encontraba. Casualmente llegamos a él.

Aquello fue para nosotros el "impresionismo total". Estuvimos dos horas adentro, pero podríamos haber estado el doble. Uno se maravilla y se fascina con miles de estatuas, joyas, orfebrería, placas con inscripciones, platos. Es difícil de describir eso de encontrarse cara a cara con rastros de las raíces de nuestra cultura occidental. Los antiguos griegos, que habían salido de su tierra para esparcir su lengua y sus costumbres por las costas de Turquía, Egipto, España, Francia, Italia, la ex Yugoslavia.

De Grecia a Roma a España a América Latina. Los recuerdos de la mitad de nuestros antepasados, hombres y mujeres que habían desaparecido hace muchos siglos, luego de pasar batallas, emplear esclavos, crear toda clase de arte, escribir historias, hacer el amor en barcos, playas y puertos, para dar origen a otros griegos y sus futuros descendientes, de alguna manera estaban allí.

Volvimos al hostel de noche. Unas horas después tomamos nuestras maletas y nos marchamos al aeropuerto.

Praga bajo agua

Agosto

ESTUVE EN PRAGA CUANDO ocurrió la peor inundación en la historia de la ciudad. Fueron días extraños. Todo comenzó un domingo. Una lluvia tropical duró toda la noche. El lunes fue gris y nublado. Un frío inusual se había apoderado de la ciudad. Agosto es normalmente el mes más caliente de la República Checa y fácilmente el termómetro trepa hasta los 30 grados. Pero aquello parecía otoño o invierno.

Las semanas anteriores la vecina Austria se había visto afectada por lluvias torrenciales, pero aquí nada había pasado. Entonces comenzó, casi imperceptiblemente, a subir el nivel de los ríos. En Praga también le tocó al Vltava, como los checos llaman al Moldava.

El martes por la mañana nos despertaron las sirenas. Se escuchaban una y otra vez, mientras una voz hablaba a través de un poderoso altoparlante, diciendo cosas que no entendíamos (más tarde nos enteramos que se convocaba a los habitantes de ciertas calles a abandonar sus viviendas ante el peligro de inundación). Amparo y yo fuimos a ver el río. Bajamos caminando por Jecna, la céntrica avenida donde vive ella, para llegar hasta el puente Jiraskuv. Los autos todavía podían pasar al otro lado. Aquello estaba lleno de gente que se ponía a mirar como las masas de agua llenas de barro y pedazos de madera seguían río abajo. Muchas personas estaban sacando fotos.

Slovansky Ostrov, la isla a la cual normalmente se podía cruzar para alquilar pequeños botes o disfrutar el parque, estaba cerrada. Empezamos a caminar por Masarykovo hacia Stare Mesto, la Ciudad Vieja. Llegamos hasta el puente Legi. Los tranvías aún pasaban. La isla Strelecky, donde en verano se exhiben películas al aire libre, estaba cerrada también. Más allá no se podía seguir. En la televisión había escuchado que el puente de Carlo, una obra de construcción de setecientos años de antigüedad y todo un símbolo para Praga, corría peligro de derrumbe. Se veía vacío y los únicos peatones que se divisaban eran algunos bomberos.

Seguimos avanzando por el borde del río hacia el norte, pero nos encontramos con las primeras calles cortadas: había policías, bomberos, coches con motobombas. A mí me parecían inútiles. ¿Qué podían hacer? Sólo colocar sacos de arena y esperar. Y rezar.

Logramos llegar hasta la plaza Starometske, donde está el monumento a Jan Hus, el ayuntamiento y su placa conmemorativa de los 27 nobles (caballeros y burgueses checos ejecutados en 1621, luego de dirigir la Batalla de la Montaña Blanca en contra de los Habsburgo), y la torre municipal con su reloj que anuncia la hora con muñequitos. Las callecitas hacia el norte estaban cortadas, pero pudimos llegar hasta la entrada del puente Carlo. Más turistas, filmando el desastre con camaritas y sacando fotos. Y policías muy serios, agotados de estar allí turnos enteros, sólo para impedir el paso de curiosos.

Tuvimos que dar un rodeo para poder llegar hasta la plaza Jan Palach, llamada así en honor a aquel estudiante que se quemó a la bonzo en 1969 para protestar por la invasión soviética que aplastó la "Primavera de Praga". La gente seguía amontonándose al pie de otro puente, el Manesuv, también cerrado.

Ya no se podía caminar por la ribera este del río; para llegar al próximo puente había que internarse nuevamente en la ciudad. Hacía frío y nos empezó a dar hambre. El paseo de la mañana había dado paso al mediodía.

Mucho más tarde, volvimos a caminar por Jecna en la noche. A partir de la plaza Karlovo, la luz estaba cortada. Los edificios a lo largo de Resslerova permanecían a oscuras. El tendido eléctrico no funcionaba. Habíamos escuchado que 50.000 personas habían sido evacuadas de distintos barrios aledaños al río, y éste parecía ser uno de ellos. Esta vez, el puente Jiraskuv estaba cerrado. Y no se veía nada, pero había una niebla extraña, y el rugido del río, que llenaba la noche, nos dio un poco de miedo.

* * *

El miércoles fuimos a la estación central a comprar pasajes para irnos a Berlín. Ya había dejado de llover. Nos enteramos que los trenes a la capital alemana, donde yo debía tomar un avión de regreso a Chile, seguían funcionando. Compramos los tiquetes para el jueves. En el terminal había una calma extraña. En un tablero se veía que algunos destinos, cada vez más, ya estaban "vlak nedeje" ("cancelados"). En algunas esquinas había mochileros aburridos, a la espera de poder salir de la ciudad, que parecía haberse convertido en una trampa. Nos enteramos de que ni Holesovice, el terminal de trenes al otro lado de río, ni Florenc, la estación de autobuses de Praga, estaban funcionando. Regresamos al centro de la ciudad. Buscábamos un cajero automático



porque Amparo se había quedado sin un peso. Era extraño el contraste: en la televisión la CNN mostraba calles enteras de Josefov (el barrio judío) bajo el agua, mientras que en el paseo Vaclavska los turistas de siempre -alemanes, norteamericanos, japoneses- caminaban tranquilamente, comiendo perros calientes y comprando postales a 4 coronas. Eso era Praga en medio del peor desastre de su historia: por un lado, calles enteras de la ciudad bajo agua, con restaurantes, tiendas y casas cuyos primeros pisos había desaparecido por completo; y por otro, empezaba a salir el sol, mientras el nivel del río -que alcanzaría su máximo a las cuatro de la tarde del 14 de agosto- comenzaba a bajar lentamente, y el resto de la ciudad hacía su vida normal.

Sin embargo, a cada rato uno se encontraba con señales de la tragedia. Negocios cuyas entradas estaban ocultas tras sacos de arena en las entradas, cajeros automáticos que no funcionaban por falta de electricidad, jóvenes voluntarios que permanecían en una esquina al pie de un camión. El metro estaba cerrado y cuando quisimos comprar boletos para el tranvía, que aún estaba funcionando, nos enteramos que aquel día el servicio era gratis. En Narodni Trida, la gigantesca sucursal de cuatro pisos de la cadena de supermercados británica Tesco también estaba cerrada.

Por la tarde fuimos al cine cerca del estadio del Sparta, a ver "Amores perros". Teníamos que llegar hasta una estación llamada "Sibeliova". Nunca habíamos andado por aquellos lares. Justo cuando estábamos cruzando el puente Cechuv, se cortó la luz y el tranvía se detuvo. Estuvimos parados más de media hora. La mitad de nuestro vagón se vació. Aún nos faltaban seis o siete estaciones y no sabemos qué tan lejos era, si no habríamos caminado. Decidimos esperar un rato y justo a la hora límite el vehículo de nuevo se puso en marcha. Llegamos justo a tiempo.

* * *

El jueves era el día de mi partida. Toda la situación era horrible. Amparo y yo nos separaríamos y no sabíamos cuando nos volveríamos a ver. Nos fuimos a la estación de trenes. Era un día de sol y todo parecía normal en Praga. Cuando llegamos allá nos enteramos que el servicio a Berlín se había interrumpido. La estación de Dresde estaba bajo el agua, vías y locomotoras entre Berlín, Usti nad Labem y Decin en el barro. En la boletería preguntamos si había alguna otra posibilidad y nos dieron un trayecto de 16 horas que incluía pasar una noche en

Dessau. Lo descartamos, aunque Amparo estaba dispuesta a realizar el viaje.

A esa hora sólo existía la posibilidad de intentar el viaje por carretera, pero no me convencía la idea de viajar en autobús. Podríamos quedarnos atrapados en mitad de la nada, como me había ocurrido en Perú en febrero de 1998, cuando el Fenómeno del Niño me dejó varado junto a otros chilenos, argentinos y ecuatorianos en Lambayeque, un pueblito al norte de Lima, donde tuvimos que dormir tres días.

Decidí esperar hasta el día siguiente, así que nos marchamos a casa. Me puso casi eufórico la idea de poderme quedar un día más con Amparo en la ciudad. Nos metimos a la cama y por la tarde pedimos dos pizzas por teléfono. Hacía calor.

Cerca de las seis de la tarde llamó Kerstin, una amiga de Amparo. Ella y su novio Bruno, que estaban en Dresde, querían venir a Praga por el fin de semana, pero el temporal los había hecho desistir de la idea. Amparo les había dicho que el viaje valdría la pena, aunque la ciudad estuviera en estado de catástrofe. Finalmente la pareja se convenció e iniciaron el viaje la tarde de ese día. Llegarían cerca de las nueve de la noche a I.P.Pavlova, una plaza cercana a nuestra casa.

Allá los fuimos a buscar. Habían venido en auto y no tuvieron mayores problemas. Nos dio mucho gusto verlos. Dejaron sus cosas en el departamento y nos fuimos los cuatro a recorrer la ciudad. Kerstin había estado en Praga a los 17 años y recordaba algunas cosas. Bruno estaba allí por primera vez.

Caminando llegamos hasta el puente Cechuv. Toda la calle Parizka estaba a oscuras, porque la luz estaba cortada. Me imaginé que así era una ciudad en guerra: el alumbrado no funciona, ni el transporte público.

El paseo Vaclavska, sin embargo, seguía iluminado y lleno de gente. Nos sentamos en unos bancos, comimos bocadillos y bebimos vino tinto. Hablamos mucho, hasta que nos dio sueño. Entonces nos marchamos a casa.

* * *

El viernes Amparo y yo fuimos nuevamente a la estación, a ver si podíamos irnos. Eran las dos de la tarde. No había trenes a Berlín. Nos dieron sólo una alternativa: viajar a las 14.30 a Nuremberg, donde llegaríamos a las 19.30, y partir de allí a las 21.35 a Berlín, llegando



a la capital alemana el sábado a las siete de la mañana. Novecientos kilómetros en vez de trescientos, 16 horas en vez de seis.

Aunque el tren iba repleto, alcanzamos a tomar dos asientos. La gente se amontonaba en los pasillos, madres con pequeños niños, estudiantes, jóvenes que hacían el servicio militar, viejos. Todos tratando de salir de Praga.

El viaje fue una aventura. Salimos con media hora de atraso y en varios trechos el tren tuvo que detenerse porque sólo se podía utilizar una vía y había que esperar que pasaran otros trenes de pasajeros y carga. En varias partes del trayecto, pudimos asomarnos por la ventana para contemplar campos inundados, casas partidas por la mitad, puentes caídos, caminos se habían convertido en trochas de barro. Casi daban ganas de llorar.

La mayoría de la gente se bajó en Plzen, la ciudad cerveza donde se inventó la "Pilsener". La última localidad checa por la que pasamos, donde se subió la policía fronteriza, fue Cheb.

Llegamos atrasados a Nuremberg, sólo media hora antes de que partiera nuestro siguiente tren. El viaje de noche fue junto a dos chicas canadienses nada amables. Estuvimos en Berlín de madrugada.

* * *

Yo había llegado a Praga a principios de julio. Amparo vivía allí y trabajaba en la sección económica de la embajada de España. Había alquilado un pequeño departamento en la calle Lipova, muy cerca de la estación de metro I.P.Pavlova, a dos cuadras de su oficina.

La ciudad es todo lo hermosa que uno puede imaginarse. Se nota que no fue bombardeada durante la Segunda Guerra Mundial. Especialmente el casco antiguo de la ciudad permanece igual desde hace cuatro o cinco siglos. Calles estrechas, serpenteantes, empedradas, por donde deambulan turistas de todas las latitudes. Iglesias medievales, pequeñas plazas y hermosos edificios decimonónicos completan el panorama. Caminando allí uno se da cuenta que, alguna vez, la ciudad fue muy rica. Igual que Ámsterdam, hace muchos siglos, los checos acogieron a judíos perseguidos de otras latitudes, y ello contribuyó al desarrollo económico de Praga.

Alojarse es barato, si uno compara con el resto de Europa. El centro está lleno de hostales, donde uno puede conseguir un lugar desde 8 ó 10 dólares diarios.

Visualmente la ciudad tiene un encanto innegable. Ahí está el puente Karlovo sobre el río Moldava, donde una tarde Amparo y yo vimos a Susan Sarandon caminando sola entre la gente. El castillo de Praga en Hradcany, con sus parques y caminitos, es absolutamente hermoso y debe recorrerse con toda la calma del mundo, ojalá una tarde entera. La Ciudad Pequeña (“Mala Strana”) está llena de pequeños rincones que parecen de película. Josefov, el barrio judío, con sus sinagogas y su museo, también son interesantísimos. En el parque Letenske Sady, un péndulo que se mueve eternamente, y que puede verse fácilmente desde el centro de la ciudad, recuerda la altura que alcanzó un monumento erigido allí a Stalin, el más grande que tuvo el dictador ruso alguna vez en Europa.

La ciudad es una atracción turística y lo sabe. Por eso abundan los negocios donde quieren venderte desde pizzas hasta cristal de Bohemia, pasando por fotos en blanco y negro de la ciudad en invierno, poleras y todo tipo de souvenirs.

A la hora de salir a comer o tomarse algo, la oferta también es múltiple. Con Amparo una vez visitamos una tetería hindú, donde una ella pidió un té de camelias y yo bebí mate argentino. Otra vez comimos quesadillas mexicanas en La Casa Blu, un restaurante latinoamericano donde trabaja un chileno llamado Francisco (“llegué hace tres años, me enamoré de una checa y me quedé, y de aquí no me muevo”). En otra ocasión cenamos muy rico y barato (3 dólares por plato) en un lugar cerca de Narodni Trida. En la zona también hay bares “chic” como “Ultramarina”, donde se puede tomar algo con St. Germain como música de fondo. Es que hay multitud de pubs y restaurantes a precios muy accesibles y con todo tipo de ofertas.

El cine también es barato, los precios son igual a Chile. La mayoría de las películas son norteamericanas, pero también se presentan cintas españolas o mexicanas. Los checos tienen la buena costumbre de subtítular las cintas, y no doblarlas como se hace en España o Alemania. Pudimos ver “Lucía y el sexo” y “Y tu mamá también”.

Lo bueno es que todo esto puede recorrerse a pie, nada queda lejos. Además el transporte público -el tranvía y el metro- es barato y confortable.

* * *



El lado oscuro de Praga son la prostitución y los casinos. Los casinos son oscuras salas repletas de máquinas tragamonedas que se pueden encontrar en distintos puntos de la ciudad, incluso en algunas estaciones de metro, como Florenc. Están abiertos días y noche, casi siempre semivacíos, y permanecen en esa onda decadente de cincuentones de corbata que se toman un trago a mediodía en un lugar oscuro lleno de luces fosforescentes, mientras juegan una partida de billar.

Las prostitutas se pueden encontrar por doquier en el centro de la ciudad. Las checas tiene fama por su belleza. Entre aquellas que trabajan en el centro, sin embargo, hay de todo: chicas jóvenes y mujeres maduras. Aparecen de noche y trabajan a la vista de los turistas y la policía. Los night clubs o prostíbulos encubiertos también son abundantes, aunque no hay un barrio rojo, como en Ámsterdam. En el camino a Dresde (Alemania), muy cerca de la frontera, en tanto, es normal ver a orillas de la carretera unas cabañas donde chicas muy jóvenes se ofrecen detrás de una vitrina, durante 24 horas. Se sabe que muchos alemanes, burócratas maduros, gordos y solitarios, atraídos por los bajos precios, compran allí “el amor” de las hijas más hermosas de la ex Checoslovaquia socialista.

* * *

Una tarde fuimos a la tumba de Kafka. Queda muy cerca de la estación de metro Zelivskeho. Dos cementerios, uno laico y el Nuevo Cementerio Judío, se encuentran separados tan solo por una calle. En el primero encontramos, de casualidad, la tumba de Jan Palach. En su tumba había flores y una foto suya. Ya ha pasado a ser parte de la historia del país.

A Kafka nos costó ubicarlo porque no hay letreros ni señales que lleven a su sepulcro, pero lo logramos preguntando a una turista inglesa que también lo visitaba. El escritor tiene una tumba sencilla y está enterrado con otros tres familiares suyos.

El muro del Nuevo Cementerio Judío tiene placas que honra a víctimas del Holocausto, muertas en los campos de concentración de Bergen-Belsen, Treblinka y Auschwitz. Una de ella recuerda a Max Brod, el mejor amigo de Kafka, quien salvó sus manuscritos del fuego y a quien debemos la publicación de su obra.

* * *

Una tarde de un día de semana fuimos testigos de una horrible pelea entre jóvenes ingleses y algunos punks checos. Fue a plena luz del día en Narodni Trida, en pleno centro de la ciudad, donde normalmente siempre hay policías.

Se sabe que muchos ingleses vienen a Praga porque para ellos es muy barato, especialmente para beber. Siempre andan en grupo y no es raro encontrarlos gritando en algunos bares y restaurantes del centro, apostando “gallitos” o celebrando la despedida de soltero de alguno de ellos. La cerveza a 10 coronas (30 centavos de dólar) les resulta barata e ideal para emborracharse. Los que vimos en esta ocasión tenían veinte años y el pelo muy corto.

Primero pensé que era un robo, cuando un inglés empezó a correr hacia uno de los punk sentado en la cuneta. Pero armaron una batahola -gritos, insultos, puños, sangre de narices- que fue imposible de obviar para los turistas, empleados y familias que esperaban el tranvía a esa hora de la tarde. Sólo uno de los británicos, el único que tenía lentes y se veía muy pálido, trataba inútilmente de calmar a sus compañeros. La pelea se extendió por más de diez minutos, alguna gente miraba y de la policía no había ni rastro.

* * *

Escuché de algunas personas que viven en Praga desde hace tiempo que los checos y las checas tienen una relación bastante relajada con el sexo. Como ya escribí anteriormente, en el centro de la ciudad hay una buena cantidad de prostitutas, quienes ni siquiera llevan faldita corta o maquillaje excesivo, sino que están paradas en las esquinas como quien espera el autobús.

Una amiga de Amparo nos contó que todo esto se debe a que durante la época del socialismo la vida era muy monótona, gris y controlada, así que lo único que tenía la gente para divertirse era el sexo. Por otro lado, debo decir que nunca vi a dos hombres de la mano, así que al parecer la tolerancia sólo alcanza para los heterosexuales.

La única experiencia que puedo relatar al respecto es que una noche, mientras Amparo y yo paseábamos por la orilla del río Moldavia, vimos una pareja haciendo alegremente el amor en el interior de un Fiat Uno, debajo de un árbol. Se veía el culo blanco del hombre y las piernas de la chica, que sobresalían entre los asientos reclinados. No les importaba

que por el lugar pasaran, a cada rato, turistas como nosotros, quienes a veces se detenían para contemplar la performance.

* * *

En Praga conocí a Amir. Era el novio de Paula, una compañera de trabajo gallega que tenía Amparo en la oficina.

Amir es bosnio musulmán, hijo de un matrimonio mixto, y estudió odontología en Belgrado durante la guerra civil. Aunque parezca extraño, mientras sus compatriotas eran masacrados en Bosnia-Herzegovina, él nunca tuvo problemas en la capital del ejército victorioso. Fue el mejor de su promoción y una vez que pudo irse del país, lo hizo. Llegó a la República Checa, donde se sintió cómodo especialmente por el idioma, que se parece en un 50% al serbo-croata.

Él nos pudo contar algunas cosas de Praga que no habríamos sabido de otra manera. Por ejemplo, que los autos de los extranjeros residentes tienen placas azules (las locales son blancas), así que cuando la policía detiene un coche sabe de inmediato si se trata de un checo o no. Amir también nos pudo explicar por qué los checos, en general y exceptuando a aquellos que trabajan con los turistas, son tan poco amables (aunque en agosto se ponen de buen humor). Para el dentista la causa son los largos y grises años del socialismo, así como a los bajos sueldos existentes en la actualidad: el sueldo mínimo es 270 dólares y la media, 470 dólares mensuales. Muchos extranjeros que viven en Praga, especialmente norteamericanos y ciudadanos de la Unión Europea, son mirados con envidia por sus salarios.

De hecho en la República Checa hay xenofobia. Los integrantes de la minoría gitana (0.3%) muchas veces son insultados como “negros” (“cerny”) y a veces son atacados por grupos de skinheads en los suburbios de la ciudad. Algunas guías turísticas recomiendan cuidado a aquellos visitantes “no-europeos”, entre los cuales obviamente contamos los latinoamericanos. A veces ni los alemanes se salvan del racismo: en 1996, luego de que los checos perdieran la final de la Eurocopa frente a los germanos, algunos turistas teutones fueron atacados en las calles de Praga. Este resentimiento, sin embargo, tiene raíces más profundas, entre ellas la ocupación alemana durante la Segunda Guerra Mundial.



2003, Buenos Aires II



Introducción II

En 2003 me fui de Chile. Llegué a Buenos Aires con 150 dólares en el bolsillo. Clari me esperaba en el terminal de Retiro.

Fue un salto al vacío, claro. Argentina venía saliendo de la peor crisis de su historia. Estuve mucho tiempo sin pega y trabajé por sueldos miserables, pero igual nunca me faltó el pan ni me arrepentí de haber venido. Aún sin un mango, nunca dejamos de darnos un gusto: tomar mate en el Parque Centenario, ir a una obra de teatro, comer una pizza en “1893” de la calle Scalabrini Ortiz o bañarnos en Parque Norte. Imágenes para el recuerdo: el discurso de Hugo Chávez en la Facultad de Derecho; la gente saltando las verjas de la ESMA, el peor centro de detención de la última dictadura, para apropiarse del lugar para siempre, tras un discurso del presidente Néstor Kirchner; Silvio cantando en la Plaza de Mayo.

En Argentina he sido feliz e indocumentado.

Sobre héroes y tumbas

16 de junio

CUANDO YA LLEVABA un buen tiempo en Buenos Aires, fui a la tumba de Perón. En aquel tiempo yo trabajaba a cambio de alojamiento en un hostel para mochileros en San Juan y Entre Ríos. Un domingo por la mañana tomé el metro y me fui al cementerio de la Chacarita. Siempre he tenido sentimientos encontrados con Perón. En mi calidad de periodista chileno fascinado con la historia argentina, a esas alturas ya había leído varios libros que relataban lo ocurrido en este país desde 1946 hasta el presente. Admiraba la preocupación de Perón por los trabajadores, y nunca comprendí bien por qué no se apoyó en ellos para resistir la Revolución Libertadora.

En la casa de unos amigos de mi madre en Hurlingham vi pedazos de "Sinfonía de un sentimiento", aquel kilométrico documental de Leonardo Favio acerca de la primera fase del peronismo, y había encontrado asombrosamente parecidas las imágenes del bombardeo de la Casa Rosada en junio de 1955 y aquellas de la destrucción de La Moneda chilena en septiembre de 1973.

En el mismo filme había visto un discurso de Evita, que me había impresionado por su personalidad, elocuencia y pasión. La movilización de masas en aquella época definitivamente era otra cosa, al menos en América Latina. Centenares de miles de personas salían a las calles para cualquier ocasión; hoy, si a una manifestación asisten diez mil, se considera un éxito.

Sin embargo, hay otras cosas de la historia de Perón que me molestan. Esa tradición peronista de nombrar a las cúpulas de los sindicatos para controlarlos mejor, en vez de permitir que los trabajadores elijan a sus representantes gremiales, es una costumbre lamentable que parece perpetuarse hasta hoy y que seguramente es una de las razones de la fractura del movimiento sindical argentino. Debo agregar en este punto que en Chile ningún sindicalista exhibe la riqueza que muestran sus pares argentinos. No creo que lo hagan por decoro; más bien porque nunca se han enriquecido a costa de sus cargos.

Otra cosa que me desagradaba del general es su recorrido en los dieciocho años de exilio. Dime con quien andas, te diré quién eres. De

paseo en el Paraguay de Stroessner, la República Dominicana de Trujillo y la España de Franco. De haber estado Pinochet gobernando a esas alturas en mi país, parece razonable pensar que “el tirano prófugo” hubiera residido un tiempo en algún barrio cheto de Santiago. Una mención aparte merece la lamentable ayuda brindada por Perón a criminales nazis alemanes y croatas luego del fin de la Segunda Guerra Mundial.

También me llama la atención cómo el peronismo ha alterado las visiones de izquierda y derecha en la Argentina. En Chile estas corrientes políticas siempre han estado bien definidas: a un lado los partidos comunista y socialista, al medio la Democracia Cristiana, a la derecha los nacionales y hoy la Unión Demócrata Independiente (los herederos políticos de Pinochet). Pero en Argentina el peronismo altera cualquier percepción que se tenga. En el PJ pueden convivir neoliberales, como Menem, y “keynesistas” como Kirchner. El propio Perón es una cosa en 1946 y otra en 1973, persiguiendo a esas alturas a ex camaradas y rodeado de multitud de ex gorilas.

Tampoco deja de asombrarme cómo hoy se sigue abusando de las figuras de Perón y Evita para fines proselitistas, sobre todo tomando en cuenta que Evita murió hace medio siglo y el general hace casi treinta años. Me pareció el colmo, una frescura, por ejemplo, que Menem haya hecho uso de ellas en su acto preelectoral en el estadio de River, sobre todo tomando en cuenta que el riojano, quien no tiene empacho en llamarse peronista, en sus dos gobiernos hizo todo lo contrario a lo que postulaba “el innombrable”: quitó derechos a los trabajadores, vendió las empresas nacionales, polarizó la concentración del ingreso y la riqueza.

Con estos y otros pensamientos llegué a la Chacarita. Y, considerando que Perón es innegablemente la figura política más importante del siglo XX en la historia argentina (¿quien otro?), la verdad es que me costó llegar a su tumba. Esperaba encontrarme con un gran mausoleo lleno de flores en la mitad de un descampado, coronado por una gran bandera argentina ondeando al viento rioplatense. En el Cementerio General de Santiago, la tumba de Allende se ve desde más de dos cuadras de distancia, y es hermosa. Aquí, en cambio, me encontré más bien con un sepulcro familiar, limpio y sencillo. No recuerdo si había flores frescas. Pero ahí estaba él.

La maldita policía

7 de julio

SIEMPRE HE TENIDO sentimientos encontrados con la policía. Cuando vivía en Alemania Oriental, donde nací y viví mi infancia, los policías eran unos señores de uniforme, la Volkspolizei (policía del pueblo), completamente inofensivos, que andaban solos por ahí y no cargaban una pistola y mucho menos una porra (recordemos que vivíamos en una sociedad socialista, donde prácticamente no existía la delincuencia), y que te orientaban cuando no sabías dónde quedaba una calle.

Cuando llegué a Chile conocí a los carabineros. En el exilio nos criamos con las historias de horror acerca de las detenciones, torturas y asesinatos cometidos por los militares y la policía de Chile durante la dictadura de Pinochet, por lo cual mi imagen de ellos no era de lo mejor. Los conocía por la televisión, donde siempre estaban agarrando a palos a la gente que protestaba contra el régimen. De hecho, mi madre me contó hace poco que la primera vez que llegué a Santiago de vacaciones en 1981, a los cinco años de edad, vi a un carabinero y le dije a mi abuela: “mira, un paco fascista”.

A los catorce años, cuando volvimos definitivamente del exilio, recorría las calles de Santiago y en el Paseo Ahumada me impresionaba esa micro de pacos estacionada en una esquina, donde un carabinero con una metralleta (yo nunca había visto a un policía con una metralleta) parecía vigilar a los chilenos que a esa hora deambulaban por el centro. Cuatro años después entré a la universidad. Recuerdo a Carola Blanco, una compañera de curso, que solía decir: “el problema de la policía es que te tratan como si fueras culpable”. En una protesta estudiantil por un nuevo aniversario del golpe militar de 1973 estuve toda una tarde tirando piedras. Cerca de las siete de la tarde, cuando me iba yendo a mi casa, en la esquina de Bernal del Mercado y Ecuador, me agarró un paco gordo y de ojos azules (los veía, furiosos, a través de su casco, mientras me golpeaba una y otra vez con su porra en los muslos y las costillas). Fui llevado detenido junto a una decena de muchachos a la 21° Comisaría de Estación Central y me dejaron en libertad a medianoche, citado a un juzgado de policía local acusado de “desorden en la vía pública”.



Al año siguiente, en 1995, tuve mi primer encuentro con la policía civil colombiana (el Departamento Administrativo de Seguridad, DAS). Acababa de cruzar la frontera desde Ecuador y a mediodía tuve que ir a un cuartel en Ipiales (la primera ciudad colombiana) para consultar por un trámite burocrático. Fui a una oficina y me encontré a un grupo de hombres en una salita, riéndose mientras veían una película pornográfica. Por otro lado, tiempo después, en Bogotá una patrulla de la Policía Nacional me salvó de un muchacho que estaba a punto de asaltarme. Debo decir en este punto que la Policía Nacional colombiana ha mejorado mucho en los últimos diez años (es menos corrupta y más cercana a la gente), y esto me lo ha confirmado más de un colombiano.

Mi primer encuentro con la Policía Federal en Buenos Aires, donde vivo ahora, fue en la primavera de 2001. Era un viernes por la noche y yo iba camino a “La nave de los sueños”, un exquisito lugar posmoderno donde uno puede tomarse una copa de vino y escuchar Gotan Project. Caminaba por la avenida Belgrano y pasando frente al Departamento Central de la Policía vi a cuatro canas (como les dicen acá) de casco y metralleta conversando, mientras un quinto permanecía a un costado. Los miré y fue entonces cuando este último me dijo: “joven, documentos”. Saqué mi carnet de identidad y se lo mostré, mientras le explicaba que tenía mi pasaporte en el hostel. Me miró, me devolvió el documento y dijo: “adelante”.

En Argentina, como país federal, cada provincia tiene su propia policía. A menudo los jefes policiales son designados por el poder político local, lo cual es ideal para que haya horribles casos de narcotráfico, violaciones y asesinatos, que por lo general quedan impunes (no son investigados y menos juzgados, o quedan a medio camino).

Buenos Aires, en tanto distrito especial (la “capital federal”), tiene también su propia policía: la Policía Federal. Esta tiene fama de ser un poco más rigurosa en la formación de su personal que las policías provinciales, y de ser menos corrupta. Esto se debe a que Capital Federal es una ciudad rica, donde en proporción a la provincia el nivel de vida es muy superior y se supone que el trato con las personas es mejor. Sin embargo, por lo general la policía argentina tiene fama de corrupta. Recuerdo que una vez hicimos una fiesta en un hostel donde yo trabajaba a fines del 2001. Al parecer unos vecinos se quejaron por el ruido y llegó un patrullero. Mi jefe le dio 30 pesos (en aquel momento 30 dólares) para que se fuera. En la prensa argentina, en tanto, abundan

los relatos de policías que cobran “permisos de funcionamiento” a los prostíbulos, casas de juego ilegales o talleres mecánicos donde se desmantelan autos robados. Una de las razones esgrimidas (además de los bajos sueldos) es que con el presupuesto asignado, las policías sólo cubren el 30% de sus necesidades.

La filmografía argentina se ha encargado de retratar de cuerpo entero a la policía local. En “Pizza, birra y faso”, de Adrián Caetano, por ejemplo, cuatro delincuentes que van camino a asaltar una discoteca en un auto son detenidos por un policía que, luego de pedirles una coima, los deja seguir. En “El bonaerense” de Pablo Trapero se cuenta cómo un joven cerrajero que está a punto de caer en la delincuencia es introducido por un familiar en la policía de la provincia de Buenos Aires, para convertirse en “cana” luego de varias irregularidades (la funcionaria que lo inscribe, falsifica premeditadamente su edad para permitirle ingresar a la academia, porque el límite era 28 años y él tenía 32). En “Hoy y mañana”, de Roberto Chomsky, un policía de civil sorprende a dos jóvenes aspirando cocaína en un baño y los deja ir tras robarle 300 pesos (unos cien dólares) a la protagonista.

Por eso la policía argentina -sea provincial o federal- me genera sentimientos encontrados. Por un lado, me alegra encontrarlos de noche en alguna esquina, porque podré acudir a ellos en caso de algún asalto. Pero su corrupción -que me pidan dinero o me hagan problemas por ser extranjero aquí- también me inspira temor. Recuerdo entonces casi con nostalgia a los carabineros chilenos, que aunque no te dejan tomar en la calle (aquí en Argentina se puede beber en cualquier plaza), al menos tiene una merecida fama de honestidad.

Igual supongo que, como todo en la vida, también entre los policías hay de todo. En su bestseller “No logo”, la canadiense Naomi Klein habla de cómo los policías holandeses, en vez de reprimir ayudaban a los activistas a montar un escenario en una protesta antiglobalización. Por otro lado, unos kilómetros antes de entrar a Lima hay un puesto policial donde bajan a todos los extranjeros hombres para pedirles dinero (lo viví).

También recuerdo la anécdota que me contó una amiga chilena que estudió largo tiempo en la Universidad de Campinas, cerca de San Pablo, en Brasil. Un compañero de universidad conocido suyo se perdió con su auto en un cerro de la ciudad, en la mitad de una favela, y fue detenido por un par de policías que le pidieron dinero. Como

no tenía, le pidieron que abriera su portamaletas, donde sólo había algunos libros. Los policías se quejaron ante el muchacho porque no traía nada de valor y decidieron quedarse, por las dudas, con algunos textos. Luego lo dejaron irse. La película brasileña “Ciudad de Dios” retrata muy bien a los uniformados de ese país, a quienes no les importa matar por error a un inocente cuando persiguen a algún ladrón, y que venden armas a los narcotraficantes de las favelas.

En fin. Por ahora siempre sigo los consejos de un amigo colombiano: “si ve a un policía, nunca lo mire a los ojos, porque él puede creer que usted lo está desafiando. Fije su mirada en el horizonte. Si él le pide sus documentos, mírelo a los ojos siempre y responda tranquilamente lo que le pregunte. Así nunca tendrá problemas”.

A Bolaño, sin lágrimas pero con cariño

14 de julio

ME DIO MUCHA pena enterarme de la muerte de Roberto Bolaño. Yo no lo conocí, pero lo lamento como si hubiera muerto un pariente. Leí sus libros y sentí que teníamos cosas en común, que podíamos sentarnos a tomar una cerveza, qué sé yo. Tal vez son espejismos, es probable que nunca me hubiera dado bola, tal vez incluso me hubiera detestado (¿quién soy yo, después de todo?). Yo tenía la ilusión de viajar a Blanes, tocar el timbre de su departamento en la calle Ample. No me hubiera importado que me mandara a la mierda. Me habría conformado con una firma suya. O un portazo.

El primer libro que leí de su autoría fue "Llamadas telefónicas". Me lo prestó una conocida del taller literario de la Biblioteca Nacional en 1998, creo. Me encantó. Me mató. Antes había empezado "La literatura nazi en América Latina" pero me había aburrido. Pero todo lo que vino después lo devoré. "La pista de hielo" me lo regaló Claudia para una Navidad. Fui a Alemania, y allí Amparo encontró en una librería "Los detectives salvajes", y me lo mandó (y aluciné). Tal como me sucedió con "Leviatán" de Paul Auster, después de leer ese libro sentí que todo lo que he escrito hasta ahora es basura. Tiempo después, en el Paseo Ahumada, encontré una copia pirata de "Putas asesinas", la única copia pirata de un libro de Anagrama que he visto en mi vida, y que luego regalé a Clari.

Leí algunas entrevistas tuyas, algunas columnas de LUN. Me encantaba que les sacara la mierda a los escritores chilenos. Para mí, Bolaño es el mejor narrador chileno de la historia, mejor que Donoso. En Donoso hay talento, trabajo y estilo, pero en Bolaño hay sangre, vísceras, y además hay talento, trabajo y estilo. Obviamente nunca fue reconocido del todo en su patria, más preocupada del reality. Merecía el Premio Nacional de Literatura, por lo bajo. Pero bueno. El pago de Chile.

Me encantaba (y admiraba) que Bolaño se hiciera de abajo, sin becas, sin dinero, a pulso, pasando hambre. También sin pedantería. Si decía que era bueno, es porque efectivamente fue el mejor. ¿Quién lo supera como narrador? ¿QUIEN? Él nunca tuvo un trabajo de escritorio para

mantenerse. Todo le importaba una raja, y ni siquiera me parecía una pose: era así. Él no tenía la culpa de haber sido pobre, al contrario, lo asumía. No derivó en el panfleto a lo Sepúlveda, ni en la entretenida imitación de Allende.

Bolaño hacía (y hace) que me avergonzara de algunas cosas de mi pasado. Recuerdo que cuando tenía 17 años e ingresé al taller literario del suplemento juvenil “Zona de Contacto” de “El Mercurio”, deseaba fervientemente ser un escritor famoso para tener las minas que en aquella época me ignoraban (hasta hoy) y el dinero que en realidad no hacía falta en mi hogar de clase media. Veía la escritura como un medio para lograr un fin (la fama) y quería repetir el éxito de “Mala Onda” de Alberto Fuguet. Obviamente nunca logré nada más allá de hacerme una leve idea de la fauna literaria nacional y publicar algunos cuentos.

Digo que siento vergüenza porque siento que para Bolaño la escritura siempre fue un fin en sí mismo. Sin conocerlo, me parece que quería ser escritor y nada más. Le daba lo mismo vender mucho o poco, no le importaba caer bien o mal, y probablemente no le otorgaba mayor importancia a los premios. Siendo consciente de la inopia en la que solía vivir, a estas alturas incluso me daría vergüenza ser rico o ganar mucho dinero en una oficina, aunque (afortunadamente) he podido evitar -hasta ahora- cualquiera de ambas situaciones.

Por otro lado, una vez alguien me dijo que cuando una obra de arte nos gusta se debe, en parte, a un sentimiento de afinidad o identificación con la misma. Comparto con Bolaño la vida errante y una identidad chilena difusa. De sus cincuenta años de vida, Bolaño pasó más de 35 en el extranjero (entre España y México), y decía sentirse “latinoamericano”. Todo esto, incluso la manera en que hablaba de “los chilenos”, sonaba familiar para mí, que tengo 27 y he vivido 10 años en Alemania y 5 en Colombia (hoy resido en Buenos Aires).

Es una mierda que haya muerto joven. Yo quise llorar pero no me salieron lágrimas. Tal vez sí hubiera sucedido de haber compartido con él una taza de café. Cuando tenga dinero, juntaré todos sus libros en mi biblioteca personal. Por ahora pego una foto suya en mi pared. Espero ir un día a su tumba, si es que la hay. Probablemente sea el único escritor chileno que realmente me importe, me impresione. Al menos ahora.

Argentinos se nos adelantan otra vez

14 de julio

EL SÁBADO 5 de julio pasado hubo un singular espectáculo en la Plaza de Mayo. El gobierno de la ciudad invitó a los porteños a concurrir al lugar a las horas pares -16, 18, 20 horas- para ser testigos de la emisión de una obra radial de una hora de duración que trataba de resumir los últimos cincuenta años de la historia del país mediante distintos sonidos, discursos, etc.

Estuve allí a las 20 horas. Éramos un centenar de personas, muchos jóvenes y también mucha gente adulta. Fue un espectáculo emotivo. Allí escuchamos fragmentos de discursos de Evita y Perón. Perón fue probablemente el personaje político argentino más importante en este país en el siglo XX, tal vez sólo superado por el Che. También resonaron los ruidos del bombardeo de la Plaza de Mayo, ocurrido en el golpe militar de septiembre de 1955 (contra Perón), que me recordó a lo ocurrido con La Moneda el 73. Palabras de Frondizi, presidente radical también derrocado en 1966, y del general Jorge Rafael Videla, quien diez años después inauguró la más brutal dictadura de estos lares al son de las palabras “se hará lo necesario para imponer el orden”. El testimonio de la madre de dos desaparecidos. Todo esto mezclado con el relator de fútbol que anuncia a Argentina campeón mundial de fútbol en 1978, mientras de fondo se escuchaban cuchillos afilándose. Luego resonaron las palabras de Leopoldo Galtieri, el último dictador (hasta el momento) que anunció en 1982 la “reconquista” de las Malvinas, cuya posterior pérdida precipitó el fin del gobierno militar. La voz de Alfonsín, y también fragmentos del Juicio a las Juntas, cuando son condenados los máximos responsables del genocidio perpetrado entre 1976 y 1982 (se cree que fueron asesinadas 30.000 personas). El gol de Maradona contra Inglaterra en el Mundial del 86, la asunción de Menem, y finalmente De la Rúa anunciando un inútil estado de sitio en diciembre de 2001.

La gente escuchaba atentamente, de pie o caminando lentamente alrededor de la columna, haciendo el mismo recorrido que hasta hoy hacen todos los jueves las Madres de la Plaza de Mayo. La gente en silencio, consternada, mordiéndose las uñas. La gente abrazada, de la mano, con sus hijos. Yo imaginaba que más de alguno había estado

allí cuando habían ocurrido aquellos discursos cuya grabación ahora escuchábamos.

Cuando el espectáculo terminó, la gente se volvió hacia la mesa de sonido -donde se habían agrupado los creadores de la obra- y les brindaron un caluroso aplauso. Todo en presencia del secretario de cultura de la ciudad, quien había estado a cargo de la organización de la actividad.

Sin duda los argentinos tienen un concepto distinto de “memoria histórica”, especialmente desde el gobierno.

Primero, fueron capaces de enjuiciar y meter presos -al menos transitoriamente, hasta que Alfonsín y luego Menem promulgaran una amnistía- a los máximos responsables de la dictadura militar. También redactaron su Informe de Verdad y Reconciliación, en el que consignaron los nombres de los militares involucrados en detenciones, torturas y desapariciones, el cual pueden consultarse hasta hoy (en el Informe Rettig se omiten los nombres de los responsables y se les señala como “agentes del estado”). Videla y muchos otros están hasta hoy bajo arresto domiciliario por el robo de bebés de desaparecidos, un delito no cubierto por la amnistía alfonsín-menemista. La agrupación H.I.J.O.S. -constituida por descendientes de desaparecidos- sigue regularmente denunciando en sus propios barrios tanto los lugares de detención como las moradas de los ex represores que allí viven, en actos conocidos como “escrache” (la “funa” chilena). “Hijos” también es el nombre de una película del director Marco Bechis (el mismo de “Garage Olimpo”) que aborda sobria y delicadamente esta problemática. No en vano, la única película latinoamericana en ganar un Oscar a la Mejor Película Extranjera es la cinta argentina “La historia oficial” (1985), que narra la búsqueda de un desaparecido, y que en su momento fue exhibida por la televisión pública.

Al contrario de lo que ocurre en Chile con Pinochet, aquí pocos son capaces de defender a Videla o su obra. La condena a la dictadura militar es unánime, e incluso Mariano Grondona, ícono televisivo de derecha, fue capaz de hacer un “mea culpa” en su momento.

Sin duda que a Argentina le falta mucho. Hay impunidad y faltan museos que digan: “aquí torturaba éste y aquel militar, policía, marino, aviador, con estos y estos métodos traídos de Brasil y Estados Unidos, y las víctimas fueron ella y él”. Muchos siguen diciendo “yo no sabía lo que ocurría”.

Sin embargo, en relación a Chile, sin duda hay un paso adelante, más que en la justicia, en la sociedad civil y la mente de un ciudadano común. La mejor prueba fue que en diciembre de 2001, cuando cayó el gobierno de Fernando de la Rúa, a nadie de le ocurrió llamar a los militares. Porque ya se sabe lo que significan.

¿Y si mañana surge otro Pinochet?

11 de agosto

LA OTRA NOCHE vinieron a cenar Roberto y Silvia, una pareja encantadora que conocemos hace poco (a ella la conocimos en nuestro viaje a Montevideo, el verano pasado). Están recién casados y han estado organizando, en un centro cultural de Belgrano, un ciclo de cine-debate con películas como “Tierra y libertad”, de Ken Loach. Les gusta hacer andinismo y son fanáticos del folclore, y su departamento en Vicente López está lleno de instrumentos musicales indígenas y discos de Víctor Jara y Mercedes Sosa.

Ese día los invitamos para ver “Imágenes de una dictadura”, un documental de Patricio Henríquez. Clari y yo no habíamos salido del departamento en todo el día. De repente, no sé por qué, nos dijeron: “por cierto, ¿no supieron? ¡Astiz está preso!” Fue entonces cuando nos enteramos de que el juez Rodolfo Canicoba Corral había dictado una orden de detención contra 46 ex represores de la dictadura militar argentina. En la lista figuraban personajes ilustres como Adolfo Astiz, ex oficial de la Armada, condenado en ausencia en Francia por la desaparición de dos monjas francesas, y Antonio Bussi, ex general de Ejército, autor de innumerables atrocidades en la provincia de Tucumán a fines de los 70, quien nunca había estado preso.

Canicoba Corral había actuado en virtud de una petición del juez español Baltasar Garzón, quien en España lleva un juicio por violaciones de derechos humanos de los regímenes militares de Chile y Argentina. Ya hay dos ex marinos argentinos presos en Madrid en el marco de este juicio: Adolfo Scilingo, quien se entregó en 1997, y Ricardo Cavallo, recientemente extraditado desde México.

En diciembre del 2001, pocos días antes de que terminara su gobierno, el presidente Fernando de la Rúa había emitido un decreto que rechazaba “por extraterritorial” todo pedido de extradición contra los militares. Recientemente el gobierno de Néstor Kirchner derogó ese decreto. El presidente argentino se ha manifestado explícitamente a favor del juzgamiento de los uniformados. Asimismo, actualmente existe en Buenos Aires una fuerte presión sobre la Corte Suprema de Justicia para declarar inconstitucionales las Leyes de Punto Final y Obediencia Debida, normativas de amnistía de los presidentes Raúl Alfonsín y Carlos Menem.

Todo esto lo comentábamos con Roberto y Silvia. Él nos contó entonces un episodio de su infancia. Vivía en aquella época en Santos Lugares, el barrio bonaerense del escritor Ernesto Sábato, y tenía a lo sumo 8 años. Debió haber sido el año 77 ó 78. Un día centenares de efectivos del Ejército se tomaron la vecindad y rodearon una casa donde vivía una familia. En las alturas volaba un helicóptero. La vivienda fue atacada a tiros, destruida completamente, luego asaltada y saqueada. Roberto no sabe qué pasó con sus habitantes. Es raro, pero por algún extraño mecanismo no recuerda el sonido de las balas, que debieron haber hecho un ruido aterrador durante un largo rato. Roberto sí tiene en la memoria la imagen de un soldado frente a su casa, caminando de un lado a otro y diciendo: “ya pasó, ya pasó, ahora pueden entrar a sus casas y ver la televisión”.

El domingo por la tarde, en tanto, vimos “Día de clásico”, el programa de Jorge Lanata. El periodista hizo una emotiva editorial sobre la detención de los militares. “Hay algunos que dicen que no hay que reabrir heridas. Yo pregunto: ¿Alguna vez se cerraron?” Luego habló, en un panel, el ex jefe del Ejército argentino, Martín Balza. En abril de 1995, cuando era la cabeza de esa institución, Balza pidió perdón a la sociedad por los crímenes cometidos. Ahora reafirmó: “un militar no puede cumplir una orden que viole la dignidad humana”. Se demostró favorable al juzgamiento de los militares, necesario para “diferenciar a los criminales de los miles de oficiales y suboficiales honestos que existen en la institución y que, por culpa de unos pocos, deben cargar con una responsabilidad que no les pertenece”.

En el mismo programa, el escritor Martín Caparrós presentó un reportaje hecho en España. Allí un grupo de militantes sociales se dedica a exhumar fosas comunes de la época de la Guerra Civil Española. Esta vez estaban en Asturias y excavaban cerca de una iglesia. En el reportaje aparecía una mujer de unos 60 años, que buscaba el cuerpo de su madre, asesinada cuando ella tenía tres años. Los curas de la iglesia decían no saber nada. Entre los voluntarios que trabajaban bajo un sol agobiante había extranjeros: jóvenes franceses, belgas, holandeses. Se estimaba que había 28 cuerpos en aquella tumba. Miles más se encuentran enterrados a la orilla de caminos y en descampados en toda España. Los llaman “desaparecidos”, un término que los españoles no utilizaban hasta ahora, y que han tomado prestado de Argentina, según dijo en cámara un arqueólogo local a cargo de la obra.

No se puede “cerrar” el capítulo de los derechos humanos. No se puede “decretar” la reconciliación. Es absurdo pretender esto. ¿Acaso los alemanes “cerraron” el capítulo del holocausto? ¿Los franceses pueden olvidar las atrocidades que cometieron en Argelia? ¿Los norteamericanos pueden ignorar su responsabilidad en la muerte de 2 millones de personas en Vietnam? ¿En Rusia alguien niega los campos de concentración de Stalin?

No hay nada, ni el crimen más horrendo, que justifique que una persona sea torturada, asesinada, desaparecida. Cuando uno comete un crimen, va a la cárcel. Todos aquellos involucrados en hechos de esta naturaleza deben ser enjuiciados, condenados y encarcelados. Además debe revisarse qué aprenden hoy los cadetes en nuestras academias militares -que pagamos todos los ciudadanos con nuestros impuestos- y evitar que sean adiestrados en el anticomunismo y la doctrina de seguridad nacional, en la tortura y el asesinato.

Si no, el día de mañana tendremos otro golpe militar, en Chile, en Argentina, en Uruguay. De nuevo habrá torturas y asesinatos en el Estadio Nacional, o la isla Dawson, o seremos lanzados al Río de la Plata, o dinamitados en el desierto de Atacama. “Total, después nos amnistían”, dirán los militares. Nos tocará a nosotros, a nuestros hijos, a nuestros nietos. Y nuestras madres o nuestras hijas estarán en la Plaza de Mayo. Y nuestras fotos estarán en un cartel que diga: “¿me olvidaste?”

Derechos humanos, ¿una quimera?

18 de agosto

EL OTRO DÍA vimos con Clari el documental alemán “Tiempo de asedio”. Trata sobre una ex presa política de Alemania Oriental, que en 1985 fue encarcelada junto a su marido por solicitar permiso para emigrar del país. Cinco años después, tras la caída del Muro de Berlín, cámara en mano, en un ejercicio que debiéramos imitar en Chile, Sybille Schönemann busca al policía que la interrogó, al burócrata que inventó cargos contra ella, al fiscal que la acusó y al juez que la condenó, hombres y mujeres ahora jubilados, que la eluden, fingen no recordar, o atribuyen la culpa a sus superiores. También visita la cárcel donde estuvo encerrada.

En Alemania Oriental, el país que en 1974 acogió a mis padres exiliados por Pinochet, donde nació y viví diez años, y cuyas virtudes sociales siempre definiendo, sin desconocer sus defectos, hubo 35 mil presos políticos.

* * *

Recuerdo que en mi sala de primer año, donde aprendimos a leer, colgaba un retrato de Marx. Cuando tenía trece años y veía como Alemania Oriental se desintegraba en medio de protestas contra el régimen socialista, mi solución a la crisis política era “fusilar a los opositores” estilo Plaza Tiananmen, (mi madre siempre me lo recuerda). Luego llegué a Chile y me hicieron leer “La granja de los animales”, que me dolió muchísimo, porque decía la verdad. A los dieciocho años asistí al entierro de Erich Honecker, ex presidente de Alemania Oriental que murió en Santiago. Era lo menos que podía hacer: nos había dado pan, trabajo, educación, salud.

Entré a la universidad. En aquella época aún idealizaba a la izquierda, a los “compañeros”. En mi Facultad, luego de una “licitación”, el uso de un kiosco fue ganado por una mina que militaba en el mismo movimiento del centro de alumnos que había organizado la “licitación”. Luego fui testigo de cómo grupos anarquistas y comunistas, a palos, se disputaban el control político de la federación estudiantil. En el Cine-Arte Alameda vi “Tierra y libertad” de Ken Loach. Concluí que la izquierda dividida seguía sin aprender, aún después de la Guerra Civil Española.



Largas jornadas de conversación con Freddy Timmermann, profesor de Historia del colegio con el que me reencontré al cabo de siete años, me hicieron apreciar críticamente a la izquierda, sin olvidar que gracias a ella y su lucha histórica gozamos (aún) de valiosos derechos y conquistas sociales. Comprendí que una de las razones de la caída de Allende fue la fractura de su base política, ya minoritaria, entre aquellos que aún creían en las elecciones (como los comunistas) y los que propugnaban -ingenuamente, fuera de contexto, desubicados- la toma del poder político por la fuerza (los socialistas, el MAPU), como si todo fuera una especie de juego sin consecuencias. Sin exculpar a los militares y la oligarquía, creo que esa irresponsabilidad la pagamos hasta hoy.

Luego leí “Crisis y renovación de las izquierdas en América Latina”, de José Luis Rodríguez. Era un texto al cual me había resistido durante mucho tiempo porque el término “renovación” me remitía a “renovados” como el “socialista” Enrique Correa, que hace algún tiempo hizo lobby para que Telefónica pudiera subir sus tarifas (y perjudicarnos a nosotros, los consumidores, pero eso a Correa no le importaba. Me da asco. Personajes de esta calaña simplemente pasaron de la izquierda a la derecha, y su militancia en el socialismo es una vergüenza). Como sea, Rodríguez tiene razón en muchas cosas. Plantea que muchos movimientos revolucionarios subestimaron a los ejércitos de sus países y creyeron tener más apoyo popular del que realmente tenían, por lo cual muchos jóvenes del MIR en Chile o los Montoneros en Argentina fueron enviados por sus dirigentes irresponsables directamente al Matadero. Al Matadero.

Luego empecé a trabajar en un diario “de izquierda”, donde me explotaban. Los fines de semana invitaba a casa a ex compañeros de la facultad y teníamos largas discusiones acerca del valor de las elecciones, las cuales muchas veces era menospreciadas por mis contertulios, probablemente porque sus grupos políticos de referencia nunca las ganarían. Hoy vivo en Buenos Aires con dos amigos trotskistas y llegar a puntos en común es muy difícil. Coincidimos en el diagnóstico, pero no en la solución.

* * *

En “El manifiesto comunista”, Marx dice: “(los comunistas) proclaman abiertamente que sus objetivos sólo pueden ser alcanzados derrocando por la violencia todo el orden social existente”. Me pregunto

si hubiera escrito estas mismas palabras de existir en su época la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Digo esto porque, de haber insistido en esta afirmación, Marx hubiera favorecido la violación de los derechos de los capitalistas que, si bien explotan a la humanidad, también tienen derecho a la vida, a un juicio justo, etc. Pero en una revolución, tal como en el capitalismo, muchos derechos desaparecen. En el capitalismo se violan diariamente el derecho a la salud, a la educación, el derecho a la alimentación. En una revolución, al menos el derecho a la vida es incierto.

¿No es una contradicción, entonces, ser comunista y al mismo tiempo un militante de los derechos humanos? ¿O sólo tienen derechos los trabajadores, y no los dueños de las fábricas? (¿Y no es una contradicción defender el capitalismo, y al mismo tiempo hablar de derechos humanos?)

Mucho hablamos de los desaparecidos. ¿Pero no fue el asesinato y entierro clandestino de la familia completa del zar, a manos de los bolcheviques, una desaparición al mejor estilo de Videla o Pinochet? Sin embargo, hay algo aún más trágico: probablemente en el lugar de los bolcheviques hubiera hecho lo mismo. El odio se había acumulado por mucho tiempo, tal como ahora se sigue acumulando en muchos países, contra empresas y gobiernos (como Estados Unidos) que algún día pagarán (algún día se izará la bandera mexicana sobre la Casa Blanca. Ya verán). Ese crimen fue el resultado de años de persecuciones, cárceles, torturas, sueldos miserables, interminables jornadas de trabajo, hambre, frío, postergación. Por eso entiendo la Revolución Cubana, y entiendo la Revolución Sandinista.

Coincido con Marx en su análisis de la situación social, en la existencia de una clase social opresora y otra oprimida. Me atrevo a decir que probablemente, dadas las desventajosas condiciones actuales (la desaparición del socialismo, el rol dominante de organismos como la Organización Mundial de Comercio, el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, el verdadero "eje del mal", en las palabras de Ignacio Ramonet), la situación a corto y mediano plazo empeorará, con una mayor brecha entre ricos y pobres, una polarización en la distribución del ingreso, etc., con todo lo que ella implica (hambre, desempleo, pobreza). Digo a corto o mediano plazo porque soy optimista, y creo que a largo plazo vendrá algo mejor. Si pasamos del esclavismo al feudalismo, y de allí al capitalismo (de lo muy malo a algo menos malo, y después a lo malo), siempre hacia algo mejor, ahora debiera suceder



algo similar (hablo de 200 ó 300 años), de no mediar nuestra propia autodestrucción, claro.

Por ahora, discrepo en la solución planteada por Marx: una revolución violenta, que implica, por cierto, el encarcelamiento y/o asesinato, el exilio, de los “capitalistas”, sus “soldados”, mucha gente. ¿El fin justifica los medios? Creo que no. Es cierto: por culpa de los grandes empresarios y los países ricos, diariamente mueren treinta mil personas de hambre. ¿Pero eso justifica eliminarlos? ¿Hay que optar por un mal menor (una revolución sanguinaria) para terminar con un mal mayor (la injusticia social)?

Muchos izquierdistas rechazan las elecciones. “Si las elecciones cambiaran algo, estarían prohibidas”, dicen. Pero la democracia no tienen la culpa de lo que hagan con ella, como tampoco Cristo la tiene de lo que haga en su nombre el Vaticano. Al menos en una elección, tu voto y el mío valen lo mismo. En una revolución, tú tienes un fusil y tu opinión vale más que la mía, que no tengo ningún fusil. Y por último, la gente tiene que hacerse responsable de lo que vota. No olvidemos que Hitler ganó sus elecciones, igual que Menem.

Es evidente que hay que hacer algo. No sé qué hay que hacer. Pero me parece que la revolución de Marx no es la salida. Tampoco espero nada de Blair o Lagos o Lula, que en algún momento fueron gente de izquierda pero hoy hacen política de derecha. Blair mandó soldados a Irak, Lagos busca evitar políticamente un juicio a los violadores de los derechos humanos de la dictadura militar, Lula aplica las políticas del FMI. En Colombia hay un dicho: “cuando actúas como ellos, terminas siendo como ellos”. Si ésa es la Tercera Vía, es una farsa.

Como en la vida, no hay blanco y negro: abundan los tonos grises, todo se hace más complejo. Sólo estoy seguro de una cosa: lo que se vaya a hacer, debe ser en el marco de la democracia y el respeto al derecho de las personas. En eso Allende fue pionero y estoy seguro que su ejemplo se seguirá reproduciendo en el futuro.

Con miedo a que mataran a Hugo Chávez

25 de agosto

HUGO CHÁVEZ VINO a Buenos Aires. La primera vez había sido en 1995, “cuando los medios aquí hablaban de mí como el coronel golpista”. Después estuvo hace unos meses, el 25 de mayo, junto a Fidel, cuando asumió Néstor Kirchner como presidente. Pero recién ahora lo vi en vivo y en directo. Esta vez vino a firmar unos acuerdos comerciales. Venezuela le venderá petróleo barato a la Argentina, y la Argentina le venderá alimentos a Venezuela, que siempre ha sido un gran importador de alimentos. Es que, como dijo Chávez, Venezuela incluso importa alimentos que antes producía.

Durante el boom petrolero de los años 70, la Venezuela arrogante, aún hoy sexta reserva mundial de crudo, importaba incluso hielo de Escocia, para el whisky. Claro, eso fue antes del Caracazo, rebelión popular del '89, brutalmente reprimida por los socialdemócratas de la tierra de Bolívar, triste epílogo de esos años de prosperidad de plástico (porque el dinero se despilfarró y más de la mitad de los venezolanos siguió siendo pobre).

Ver ahora a Chávez fue una experiencia histórica. Ignoro qué pasará con Chávez en el futuro. Tal vez lo maten en un golpe de estado (a lo Allende, o tal vez a lo Kennedy), o tal vez se convierta en un dictador de izquierda, tipo Castro. No lo sé. Lo único que sé es que lo vi un martes 19 de agosto de 2003 (día del cumpleaños de Miriam...), una noche, para ser más exactos. Lugar: en un escenario armado frente al Centro de Exposiciones, al pie de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, muy cerca de la Avenida del Libertador (¿qué barrio es ése? ¿Recoleta? ¿Palermo?). Su discurso empezó a las 20 y terminó cerca de las 22.

Antes había leído de Chávez en los periódicos, lo había visto en la mal disimulada campaña mediática antichavista de la CNN, había hablado con una venezolana en una salsoteca de Valparaíso (que me habló pestes de él, igual que lo hace el insoportable Ricardo Montaner). En el Foro de Porto Alegre de principios de este año, había conseguido (y leído) “El golpe fascista contra Venezuela”, interesante compendio de discursos de Chávez. Sergio Cancino, un amigo periodista que estuvo un mes en Caracas, me lo describió en una ocasión como una especie de loco mesiánico, “muy centroamericano”. Pero bueno. Jesús,



el Che, Gandhi también eran locos mesiánicos, y eso no significa necesariamente que fueran malas personas. Además, después de todo, a Chávez siempre lo ha votado más de la mitad de los venezolanos, y que yo sepa, Chávez no ha hecho desaparecer, ni torturado ni arrojado a nadie al mar.

Así que éramos miles allí. Contra lo que pudiera creerse, la mayoría no eran estudiantes, no. Los estudiantes miraban el espectáculo desde lo lejos, desde la escalera de la Facultad, porque frente al escenario estaba la masa popular, morena, de periferia. Muchos eran desocupados, piqueteros, gente muy humilde, chicos flaite de zapatillas y gorro Nike (muchos de los cuales ni escuchaban el discurso, más ocupados en seducir a las chicas flaite), mujeres gordas y envejecidas, obreros, todos traídos por sus movimientos políticos (cuyos cantos muchas veces se parecen a los himnos de las barras bravas): Corriente Clasista Combativa, Barrios de Pie. Todos con sus pecheras, sus palos, sus banderas hechas de sacos de harina pintados. Claro, también estaba el Partido Comunista Argentino (ese que aplaudió el golpe militar de 1976) y otros grupos minúsculos...

En fin. Fui allí solo, con mi bicicleta. Estoy en Buenos Aires, sin dinero, y lo único que tengo es esta bicicleta Bianchi de segunda mano que compré unos meses antes de venirme, en cuarenta lucas. No encontré quien quisiera acompañarme a este acto: Mariano prefirió ir a su clase de latín, Clari a la suya de Proyectual. No ubiqué a Marcela... No me encontré a nadie, porque no conozco a casi nadie en Buenos Aires. Amarré la bici a un árbol y me puse a mirar a las chicas universitarias de Capital Federal. Tan jóvenes, tan guapas, tan despreocupadas. Había algunas que tenían 19 ó 20 años, la piel muy limpia, la mirada muy limpia, los ojos claros. Nada de preocupaciones. Todavía en plena universidad, sin preocuparse del futuro.

A mí el futuro me había llegado. Había estudiado periodismo, me había recibido, había tenido sueldos de mierda siempre, luego había estado seis meses en Europa por una beca, y ahora estaba en Buenos Aires sin trabajo, sintiéndome una mierda, con el autoestima en el suelo por no poder conseguir un laburo (estoy aquí por una chica...). Anyway. Es raro, pero antiguamente venía a estas concentraciones político-culturales a buscar a la mina artesa-hippie-rica-consciente, y ahora que estaba aquí, a punto de ver a Hugo Chávez, en Buenos Aires, lo único que deseaba fervientemente era tener un trabajo luego de seis meses sin empleo. Cómo cambian las prioridades.

Claro, porque el asunto no cambiaba ni aunque el compañero Chávez dijera: “compañero Fajardo, tenemos un trabajo para usted en Caracas”, porque yo no me iba a ir a Caracas. Clari vive aquí y me gusta esta ciudad y necesito un trabajo aquí, no en Caracas. En fin.

Así que estuve allí un buen rato. Ya se habían instalado los vendedores de choripán, y había muchachos vendiendo los diarios de Izquierda Unida “a cambio de una colaboración” (más tarde repartieron gratuitamente “América XXI”, el medio de la Revolución Bolivariana Venezolana). Ya habían llegado las columnas de los distintos movimientos piqueteros, incluso el oficialista Movimiento de Trabajadores Desocupados “Evita Perón”, un invento kirchnerista de última hora, creado de la mano de punteros políticos del Partido Justicialista en los barrios más pobres del Gran Buenos Aires. Chávez dijo que había que apoyar a Kirchner. Entre otras cosas.

Chávez hizo, aquí, en Buenos Aires, lo que hace habitualmente en todos lados: habló de Bolívar, de San Martín, del Mariscal Sucre, de Perón (dijo “soy un soldado de Perón”), de Fidel. Cantó una canción al Che (un trozo). Habló de Allende, de su revolución pacífica y desarmada (“nuestra Revolución Bolivariana es pacífica, pero armada”). La gente aplaudía. La mayoría se quedó allí, escuchando el discurso, sólo algunos se fueron antes (incluidos cuatro jóvenes turistas rubios, europeos, de esos que hacen turismo revolucionario y van al Foro y a Chiapas).

Había gente del Chaco, de Jujuy. Gente que había viajado veinte horas para ver hablar a Chávez, cuyo discurso se transmitía en directo para Venezuela, en cadena nacional. Chávez con su saco amarillo, con sus colores rojo y azul, de la bandera venezolana (y también la colombiana, y la ecuatoriana, recordemos), hablando de cómo en estos años han construido miles de escuelas en Venezuela, escuelas elogiadas por la UNESCO, donde los niños desayunan, almuerzan y toman la merienda, la Venezuela donde ha bajado la mortalidad infantil, la Venezuela que alfabetiza a 800 mil personas, la Venezuela que creó una nueva universidad para que nadie quede fuera de la universidad (porque no había cupos suficientes), la Venezuela que se hizo su propia constitución (y que no tiene una hecha entre cuatro paredes, impuesta por medio de un fraude en 1980, legitimada luego por la “democracia”). De esto y muchas otras cosas habló Chávez. Y yo, con miedo de que un francotirador le pegara un tiro, porque el amarillo de su pullover era muy encendido.



Dijo que se venían nuevos tiempos para América Latina. Esa parte me gustó. Recordó que hace tres años se sentía solo hablando contra el ALCA, pero que ahora ya no lo estaba: lo acompañaban Lula, Kirchner, Lucio Gutiérrez. Dijo que el ALCA era un instrumento de colonialismo, y entonces me bajó un poco la pena, porque me di cuenta que Lagos y la Concertación convirtieron a Chile en una colonia de Estados Unidos. Qué pena, qué pesar. La Concertación, los “socialistas”, que nos convierten en colonia, que ahora votan por la impunidad de Pinochet y los suyos, que apoyaron siempre las privatizaciones. Si estos son socialistas, cómo serán los otros, digo yo.

En fin. También habló de que se venía una nueva independencia, porque los latinoamericanos somos pueblos heroicos, que fuimos capaces de liberarnos del imperio español que durante trescientos años nos tuvo esclavizados. Chávez muy optimista, y con fe en el futuro, en una nueva época, cerró así su discurso.

La gente se fue, yo me fui, ya hacía frío. Yo tengo fe en eso de los nuevos tiempos de Chávez. Creo que si evitamos tirar la bomba tenemos buenas oportunidades de salvarnos y salvarnos bien. Habrá que ver.

Un país al revés

8 de septiembre

ANTECEDENTES POLÍTICOS PINTORESCOS hay de sobra en la historia argentina. Ahí está Juan Perón, probablemente el político que hizo más por los trabajadores en este país, que dio refugio a miles de nazis alemanes, croatas, belgas y franceses (y en el posterior exilio se codeó con dictadores como el paraguayo Alfredo Stroessner o Francisco Franco). Ahí está María Estela Martínez, una bailarina de cabaret que llegó a ser presidente de la Argentina en 1974, acompañada de un personaje tan siniestro como novelesco, José “El Brujo” López Rega, un aficionado a la brujería que era su máximo consejero. Ahí está el Partido Comunista Argentino, que apoyó el golpe militar de 1976. Ahí está Jorge Videla, el dictador que tiraba a los desaparecidos al mar mientras incentivaba el intercambio comercial con la Unión Soviética. Ahí está Carlos Menem, que en nombre de Perón destruyó toda la obra de Perón.

En Argentina, como en Colombia, cualquier cosa es posible. Tal vez por eso el “riesgo país”, índice que mide la estabilidad para invertir, es de 5.000 puntos, uno de los más altos del mundo (Chile tiene menos de 800).

Todo esto quedó en evidencia en la elección de Jefe de Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. El presidente Néstor Kirchner, miembro del Partido Justicialista (PJ), apoyaba públicamente (incluso con foto) al candidato Aníbal Ibarra, quien proviene de las filas de la Alianza de radicales y centroizquierdistas, surgida en su momento para derrotar al justicialista Carlos Menem. El PJ de Buenos Aires, en tanto, apoyaba públicamente al candidato Mauricio Macri, quien a su vez estaba aliado con el radical Jorge Vanossi, un ex ministro del gobierno justicialista de Eduardo Duhalde. La candidata Patricia Bullrich, proveniente de una de las familias más acomodadas del país, fue en su juventud miembro del Partido Justicialista, pero integró el gobierno de la Alianza de Fernando de la Rúa (1999-2001) y hoy estaba aliada con Ricardo López Murphy, máximo representante de la derecha tradicional argentina.

Los resultados de las elecciones (que concluirá con una segunda vuelta entre Macri e Ibarra el próximo 14 de septiembre) también fue-

ron disparatados. Macri, un especie de Lavín porteño (tiene el mismo discurso vacío, lleno de eslóganes que hablan de la inseguridad, las colas en los hospitales y los hoyos en las calles), un empresario derechista y menemista que se hizo rico a costa del Estado (y procesado en su momento por contrabando), ganó en los barrios más pobres. El candidato Luis Zamora, en tanto, quien proviene de las filas del trotskismo y atrae a buena parte de la izquierda, logró una destacada votación en el “barrio alto”.

Los políticos dan para todo. En 1983, por ejemplo, el candidato de vicepresidente de la Nación por el PJ, Deolindo Bittel, afirmó durante un acto en la cancha de Vélez que “la alternativa de la hora es liberación o dependencia, y nosotros vamos a optar por la dependencia”. El actual senador Luis Barrionuevo, en tanto, señaló en 1989: “tenemos que tratar de no robar durante al menos dos años para sacar este país adelante”. También dijo: “la plata no se hace trabajando”. De Menem hay muchas. Una de la más conocidas: “he leído la obra completa de Sócrates”, un filósofo que nunca escribió un libro.

Finalmente es bueno recalcar que las contradicciones se dan en muchos otros planos. Argentina produce alimentos para 300 millones de personas, pero aquí hay niños que mueren de hambre. En los hospitales a veces no hay medicamentos, pero las paredes están forradas en mármol de Carrara. El Che, en su momento, fue declarado “no apto” para la vida militar. De Carlos Gardel, tal vez el más argentino de los argentinos, aún no saben si nació aquí, en Uruguay o en Francia. Y en pleno centro de Buenos Aires, el aristocrático barrio de Recoleta está separado de la Villa 31, una humilde población, sólo por... las vías del ferrocarril.

Claro que en otras cosas, Argentina es un ejemplo digno de imitar. Uno paga una entrada para el cine y una parte de ese dinero es destinado a fomentar la producción nacional. El dictador Videla no se pasea por el país, sino que se encuentra procesado y arrestado en su casa por uno de sus crímenes (el robo de bebés de desaparecidos), y recientemente el Congreso anuló las leyes de amnistía de Alfonsín y Menem. Hay divorcio desde 1987 y los homosexuales (por ahora los que residen en Capital Federal) pueden casarse. Y la educación, incluida la universitaria y terciaria, es gratuita, igual que la atención en consultorios y hospitales.

Postales de Buenos Aires

8 de septiembre

1.

AGARRÉ LA BICICLETA y me fui a pagar la cuenta de Metrogas. Como era una boleta atrasada, sólo podía ir a una oficina comercial, y la más cercana estaba en Lambaré y Rivadavia, en pleno Caballito. Amarré la bici afuera, junto a una moto, y entré al local. Había una cola larguísima. Junto a la puerta estaba el guardia de rigor, con su uniforme de seguridad privada, sus lentes oscuros, su pelo engominado, y sin pistola. De las cinco cajas recaudadoras, sólo funcionaban dos, así que avanzar se hizo lento. Me puse a mirar por la ventana. Afuera había un chico muy joven, probablemente adolescente, tratando de vender repasadores. Era moreno, de mediana estatura, zapatillas Nike, y casi siempre se acercaba a mujer con pinta de ama de casa. Nadie le compraba nada. Él decía a la gente que pasaba: “repasador, repasador”. A mí me daba un poco de pena, había una cierta desesperación en su mirada, porque nadie le compraba nada. Claro, era fin de mes. Me pregunté donde viviría, probablemente en la periferia, y seguramente en su casa se escuchaba cumbia. De modo que ahí estaba, vendiendo en la calle, sin contrato, sin aportes por salud o jubilación, sin sindicatos. Me pregunté qué le deparaba el futuro.

2.

A veces me quedaba en casa esperando una llamada telefónica. Estaba hace siete meses sin trabajo y luego de una entrevista en una empresa que me había dicho que me llamarían el lunes siguiente. Así que eran las cuatro de la tarde y yo miraba el teléfono y esperaba que sonara. Mientras agarraba el periódico, o veía un rato la televisión, o miraba por la ventana y veía de vez en cuando pasar el tren. Envidiaba a mi mujer, que sí tenía una razón para salir todas las mañanas, y pensaba que yo nunca volvería a tener un trabajo. Suspiraba y pensaba que la cesantía era un maltrato, calculaba cuantas horas habría que reducir para que todos tuviéramos un empleo, me mordía las uñas y odiaba el capitalismo. El teléfono nunca sonaba.

3.

A veces, los sábados por la tarde nos levantábamos luego de la siesta, metíamos el termo y el mate y las galletas en la mochila y nos íbamos al Parque Centenario. A esa hora siempre estaba lleno de gente y casi no nos quedaba prado. Nos sentábamos y conversábamos y soñábamos con irnos a España y tomábamos un poco de aquel sol de invierno. Había gente vendiendo artesanías, miel, ropa, juguetes usados. Había parejas dando vuelta en bicicleta, diez chicos tocando en una batucada cercana, padres y sus hijos jugando fútbol, ancianos paseando sus perros.

4.

Me tocó ir a un edificio que estaba situado justo frente al Río de la Plata. Atardecía y era hermoso, el sol se reflejaba en millones de puntos resplandecientes en el agua. A mí me hablaban, pero yo no escuchaba. Pensaba que nada importaba, ni mi inopia, ni la ciudad, ni el país. En unos años más, el sol se hincharía tanto que terminaría tragándose una Tierra a esas alturas ya quemada, y no quedarían rastros de nada, ni de esta oficina y sus mujeres arregladas, ni de la avenida donde conocí a Clari, ni los libros ni la música, ni de nosotros mismos. Así que nada tenía demasiada importancia.

5.

Hace unos años trabajaba en un hostel de mochileros en San Juan y Entre Ríos. Los jueves siempre había fiesta para integrar a los gringos con "local people", y el lugar se llenaba de gente que bailaba a la Bersuit. Yo me sentaba detrás de la barra y servía cervezas. Conocí a un tipo que había venido con una novia guapísima (una morena delgada hecha a mano) y siempre dejaba que bailara con otros porque a él no le gustaba mover las caderas. La chica era tan linda que a él le dije: "creo que nunca voy a tener una mina así". Y él me respondió: "¿por qué?". Y yo le dije: "es demasiado linda para mí". Él me dijo que pensando así no llegaría a ninguna parte. Un rato después la chica llegó a la barra y nos pusimos a hablar los tres. Era bailarina profesional y le encantaba la salsa. Le pregunté al chico si le importaba que la sacara a bailar y me dijo que no. Así que le pedí al DJ que me dejara poner algo y coloqué "Cara de niño", de Jerry Rivera. Y bailamos. Yo la tomaba de la cintura y a ella no se le borraba la sonrisa y yo bailaba con ella, la muchacha más linda de aquella fiesta.

6.

Unos días antes de su exposición de pintura, salimos en bicicleta con Clari a repartir invitaciones para los críticos de arte de los diarios. Recorrimos todo el centro de la ciudad, fuimos a la avenida Belgrano, al Paseo Colón y a Tacuarí. Ella entraba a dejar los sobres y yo le esperaba y le cuidaba el vehículo. Finalmente terminamos cerca del Parque San Martín y ya era de noche. Estábamos cansados y le propuse que tomáramos el tren para regresar a casa y ahorrarnos las cincuenta cuadas. Aceptó y en un par de minutos ya estábamos en Retiro, pagando 45 centavos para subirnos al vagón de las bicicletas. Luego de que el tren partiera aparecieron junto a nosotros dos chicos de siete u ocho años, de zapatillas y aspirando neoprén. Inhalaban sentados en la puerta abierta que daba a la intemperie y sólo se ponían de pie cuando el tren llegaba a una nueva estación y se subían más y más ciclistas.



Dejarse la barba

6 de octubre

ESTÁBAMOS SENTADOS EN la cocina de mi suegra tomando mate cuando un maduro amigo suyo, de profesión ingeniero, nos contó de su experiencia en una fábrica automovilística norteamericana a fines de la década de los 60. “Yo era muy joven y recién llegado otro ingeniero me advirtió que si quería que me echaran, bastaba con dejarme crecer la barba”.

Dos semanas atrás, por otro lado, había ocurrido el milagro: me llamaron para trabajar de una multinacional de servicios de Internet para editar el portal chileno de noticias. Luego de cuatro meses sin empleo en Buenos Aires, por fin había encontrado un lugar para trabajar de lunes a viernes, de nueve de la mañana a siete de la tarde, en la confortable oficina de un edificio todo de vidrio frente al río, en Córdoba y Alem. Me dieron un computador y me enseñaron a manejar un software para armar diariamente una página de actualidad. Tuve que aprender a manejar Photoshop porque todo, desde la noticia, hasta la foto, pasando por la ubicación en la portada, tenía que hacerlo yo. La empresa tenía convenios con agencias de noticias que proveían información y algunas fotos de Chile.

Para mí, el nuevo empleo era ideal. Mis compañeros de trabajo eran todos jóvenes, y el promedio de edad en aquel lugar debía ser de treinta años. A muchos de ellos los abrumé con mis preguntas acerca de cómo se usaba esta y aquella función. También había una máquina que te entregaba gratuitamente café, té y leche caliente (yo me hice adicto al chocolate). Todo era limpio, nuevo, agradable. Al cabo de cuatro días de prueba, me dijeron que me contrataban con un buen sueldo, tickets de comida y que gestionarían mi visa de trabajo. Obviamente, yo no cabía en mí de felicidad.

Una semana después, mi nuevo jefe me citó a su oficina un martes a las seis y media de la tarde y me dijo que no continuaría en el proyecto. Usó palabras como “problemas de timing”, “agenda mediática”, “uso insuficiente de las herramientas”. Dijo que no dudaba de mis habilidades como redactor, pero que como editor era claramente ineficiente. Le pedí que me diera una segunda oportunidad, pero se negó. Me invitó a ir a la oficina de Recursos Humanos a pagarme por los diez días de trabajo y luego se despidió con un apretón de manos. En unos minutos mis sueños de estabilidad se esfumaron.

Fue duro, pero ya me habían despedido una vez (en un diario, diciendo “queremos que tengas la oportunidad de colaborar en otros medios”, un señor al que a su vez despidieron unos meses después). Es terrible cuando te echan, sobre todo cuando has hecho todo lo posible para conservar tu empleo y trabajas más de lo que te han pedido. Durante la semana que trabajé “contratado” jamás recibí un reclamo de mi jefe, por lo cual deduje que estaba conforme con mi trabajo. Pero no lo estaba y por lo visto tampoco le interesaba conservarme.

Así que me fui. Al principio atribuía mi despido a las más diversas teorías paranoicas: que habían leído mis columnas del Granvalparaiso.cl, que habían encontrado a un periodista mejor, que el portal chileno finalmente no se pondría en marcha. Luego de unos días, comprendí que yo también tenía mi cuota de responsabilidad, como la que posee cualquier persona al divorciarse o al meterse en un mal negocio.

¿Cuáles fueron mis pecados? Me había confiado demasiado luego de que me hablaran del contrato. En la semana en que estuve, nunca consulté a mis jefes la opinión acerca de mi trabajo. Si bien siempre trabajé más horas de las debidas, tempranamente me habitué al uso del Messenger. Y probablemente resulté más lento de lo tolerable.

Sin embargo, creo que lo más importante fue la línea editorial que seguí. Siempre he colaborado con medios de izquierda. Aquí me “dejé la barba” en términos periodísticos, y el portal plagado de noticias de Neruda, Lagos y la Caravana de la Muerte terminó pareciéndose demasiado a “Página 12”. Se me olvidó que estaba trabajando en una transnacional norteamericana, que veía el periodismo como una herramienta para atraer más clientes para su producto, y no en su función social.

La verdad es que, dado el servicio ofrecido, los potenciales clientes chilenos (la clase media alta de Providencia y Las Condes, me imagino) habrían huido horrorizados al descubrir mi trabajo, y en ese sentido mi jefe protegió a su empresa al despedirme (y no lo culpo). Pensé que la confirmación verbal de un contrato me daba carta blanca para “luchar por la justicia”.

Pequé de ingenuo.

Me queda la lección. Estoy tranquilo porque no hice ningún mal. Simplemente no puedo negar lo que soy: hijo de padres comunistas, nacido y criado en el exilio, estudiante de la Usach.

La próxima vez trataré de pasar más piola.

Una tarde en bicicleta

6 de octubre

ME HABLARON DE un grupo de ciclistas que se reunían los fines de semana en los Bosques de Palermo para hacer excursiones a distintas partes de la ciudad. Llamé a un teléfono un sábado y me dijeron que a las tres de la tarde estarían en el Ciervo del Rosedal, un monumento ubicado frente al lago, donde se alquilan los botecitos. Era un día hermoso. El parque estaba lleno de gente. Familias, parejas, turistas, niños, bebés que veían por primera vez el mundo. Andaban en patín, en bici, a pie, trotaban, en jogging o pantalón corto, bebían agua de botellas de plástico o comían un choripán en un banco, todos con un entusiasmo muy porteño.

Encontré allí a unos ciclistas. Le pregunté a uno alto, en polera sin mangas, si eran el grupo del que había escuchado. Me dijo que sí. Luego me preguntó: “¿sos chorro?” Le respondí que no. “Entonces podés venir con nosotros”. No sabía si me estaba echando la foca o me hablaba en broma. Lo apodaban “El tano”.

Al rato empezaron a llegar más integrantes, y cuando finalmente salimos, media hora más tarde, no éramos más de siete u ocho, la mayoría chicos de veinte años, en bicicletas comunes, sin cascos. El Tano me había interrogado al principio y le conté que era chileno. Hablamos de la Bolocco. “A esa no se la coge Menem, lo hace uno más joven”, me dijo. Yo le dije que estaba hace casi cinco meses en Buenos Aires y que buscaba trabajo.

Nos fuimos derecho por avenida Libertador, esa avenida imponente, flanqueada por edificios muy caros cuyos balcones dan al Río de la Plata. Sólo había una chica en el grupo, que bien podría estar en el colegio o trabajar de cajera en un supermercado o no hacer nada en absoluto. El resto, a excepción del Tano y un gordo con cara de ejecutivo y la bicicleta más cara de todas, era jóvenes entre veinte y veinticinco, una especie de “Kids” bonaerenses. Uno de ellos se empeñaba en mojar con sus ruedas y una pocita de agua ad-hoc a cuanta minita pasara haciendo jogging por las veredas. Todos parecían mirar con desprecio a los transeúntes en general y molestaban a alguno si se daba la ocasión, para luego sacar provecho de su posibilidad de escabullirse rápidamente. En un momento a la chica se le cayó algo, pero nadie la esperó, sólo el gordo y yo.

Avanzamos por Libertador hasta la General Paz, y luego de un supermercado nos desviamos hacia la derecha. Llegamos así hasta una Costanera de ensueño. Era como estar en la playa, excepto que no había playa alguna sino el Río, tan sucio que a nadie se le ocurriría bañarse. Pero del resto estaba todo: un paseo donde la gente caminaba, prados extensos donde había familias haciendo picnic, decenas de cafés al aire libre de los cuales se escuchaba salsa o Creedence. Y autos por todas partes, haciendo el mismo taco que en Reñaca en verano.

Avanzamos por la Costanera hasta donde se pudo, un par de kilómetros, volvimos a Libertador y luego retomamos la orilla unas cuadras después. Llegamos así hasta la Reserva Ecológica de San Isidro, también a reventar de gente. Luego seguimos por una senda que se encontraba al pie de vías del Tren de la Costa, una especie de modernísimo tranvía de dos vagones que une Vicente López y Tigre. Finalmente nos detuvimos al pie de un restaurante abandonado llamado "El águila". A un lado estaban las vías del tren, al otro una especie de escarpada ladera que comunicaba la senda con una calle en lo alto, un terreno baldío entre dos mansiones amuralladas que daban al Río. Ahí nos encontramos con otros ciclistas, también chicos muy jóvenes, pero éstos sí de casco y bicis caras, hijos de la clase media alta, tipo country. Todos se saludaron. "¿Y aquí?", le pregunté al Tano. "Aquí los chicos se tiran en bicicleta", me dijo, indicándome la ladera. Dos o tres muchachos empezaron a subir con sus vehículos, el resto de nosotros se quedó abajo, mirando. Al más puro estilo bicicross, empezaron a tirarse, entre los árboles y el barro con una inclinación de más de 45 grados. Junto a nosotros se detuvo un grupo de alemanes a contemplar el espectáculo. La mujer le decía al niño "aquí puedes practicar, Oliver". "¿Con esta bici?", preguntó el niño, mostrando un modelo playero sin cambios, probablemente alquilado.

Entonces le tocó el turno a Diego. Supe que se llamaba así más tarde. Todo sucedió muy rápido. Se tiró -sin casco- lo vimos estrellarse contra uno de los muros, escuchar un golpe seco y luego su grito: "¡me quebré la pierna!". Segundos después ya le rodeaban sus compañeros, mientras él estaba en el piso quejándose. Tenía ojos azules y un cráneo estrecho y decía que le avisaran a su hermano de Martínez. Tenía el jeans roto y una fractura expuesta: a la altura del tobillo se le asomaba el hueso blanco. Tuvo suerte de no romperse la cabeza. "Sucede todo el tiempo", me dijo el Tano cuando le pregunté. Pasó

un buen rato. Alguien llamó por celular a la ambulancia y uno de sus amigos había ido a avisar a una comisaría. Uno de los chicos de mi grupo sentenció: “tres meses sin tocar el piso, un año de recuperación”. Hablaba por experiencia propia.

Después llegó la ambulancia. Subieron hasta el lugar una funcionaria y un auxiliar. También llegaron dos policías provinciales, altos y muy gordos. Uno de ellos quería incautar la bicicleta, pero no lo dejaron. Tuvimos que hacernos a un lado para que la enfermera (o doctora) trabajara. Un rato después, algunos chicos les ayudaron a llevar la camilla al vehículo. Llegó su hermano.

Cuando todo terminó, mi grupo se marchó a un kiosco cercano. Compraron cerveza y galletas, pero nadie me habló ni me convidaron. Estuve largo rato a un lado y en un momento decidí marcharme. Le pregunté a un diarero si había una estación de trenes en las cercanías y me dijo que a diez cuadras estaba la de San Isidro. Desde allí regresé a casa.

Un ruso en Buenos Aires

3 de noviembre

UNO DE LOS conserjes de mi edificio es ruso (creo que hay otro que es paraguayo, o al menos es de Misiones, tiene el tonito).

Hay bastantes rusos en Buenos Aires. A la vuelta de la esquina hay un cyber regentado por unos rusos. Uno de los bares de la Plaza Serrano tiene un camarero ruso. Mi amigo Rubén me habló de otra rusa hermosa que atiende en un café cercano.

A los rusos los reconoces en todas partes, son como el tipo del comercial de Bonobón que existió hace un par de años.

Nunca había hablado mayormente con un ruso antes. No recuerdo dónde aprendí que “tavarech” significa “camarada”. Raymond Carver tiene un lindo cuento sobre la muerte por tuberculosis del escritor ruso Chéjov.

Me topé a un ruso en una botillería hace algunos años, comprando cigarrillos antes de ver una obra de teatro en Agustinas con Maipú. En “Dirty pretty things”, la última peli de Stephen Frears, que trata sobre inmigrantes ilegales y tráfico de órganos en la Londres de hoy, un ruso es portero de un hotel. Recuerdo una rusa muy linda que estaba una noche de verano del 2000 en un hostel de mochileros de la calle Rosas de Santiago. En la salida de una fábrica, otra rusa que había vivido muchos años en España me ayudó a buscar una calle un día de primavera que me perdí en Hamburgo.

En realidad el conserje de mi edificio nació en Georgia, la patria de José Stalin. La otra noche me puse a conversar con él. En estos meses me había enseñado algunas palabras: “katgilá” (“cómo estás”), “dosvidañe” (“hasta luego”). Como hace el turno de noche, siempre lo encuentro con ganas de charlar (sólo tiene un pequeño televisor que le hace compañía), y te mete conversa y uno le entiende la mitad, pero le sonríes, y entonces él te sigue conversando. Pero es simpático. Es un hombre de 55 años. Vivió siempre en Ucrania y allí trabajaba en un almacén de víveres.

La otra vez le pregunté si sabía de algún restaurante ruso en Buenos Aires. Yo me crié en Alemania Oriental, donde también había muchos rusos (partiendo por los miles de soldados estacionados en todo el país durante la Guerra Fría), y era bastante popular una sopa roja



llamada “solianka”, con tomate, aceite, sal, especias, pollo, que hasta hoy sirven en restaurantes de Alemania Oriental, mientras que en la ex Alemania Federal es completamente desconocida. El conserje me habló de un restaurante ruso que había quebrado hace un año o dos, ubicado en el centro, y me prometió que iba a averiguarme si había algún otro.

Hace un par de días charlamos por primera vez en forma más extensa. Me contó que había perdido a gran parte de su familia luego del desastre de Chernobyl: su padre, hermanos, su primera esposa. “Sangre contaminada, sangre contaminada”, decía, y mostraba las venas de los brazos mientras repetía una y otra vez “radiación”.

Le pregunté qué lo había traído a Argentina. Como cientos de miles de rusos, ucranianos, armenios, tomó la decisión de irse luego de la desintegración de la Unión Soviética (¿te puedes imaginar por un segundo que tu país se desintegra, que la gente comienza a irse para no volver, que nadie sabe adonde va a terminar, como un barco roto en una tormenta nocturna en el océano?). Estuvo dando vueltas por Europa. Muchos amigos suyos se quedaron en Alemania o marcharon a Estados Unidos, luego de casarse con alemanas o estadounidenses (porque para los latinoamericanos y africanos y asiáticos hoy el matrimonio es prácticamente la única forma de quedarse legalmente en el Primer Mundo). Porque ser ruso en Europa es un problema, como es ser marroquí o chino. Nadie lo quiso acoger. Sólo Argentina le ofreció una visa, y decidió venirse a Argentina. Se trajo a su segunda mujer, a sus dos hijos y a su madre. Eso fue hace cuatro años.

Imagínense lo que es irse a los cincuenta años de tu patria, con tu familia, a un lugar muy lejano, donde hablan un idioma que te suena a chino! Imaginen cómo será de malo el lugar donde vivía para preferir América Latina.

Hoy su hijo de 25 años trabaja en una bencinera. Su hija de 17 está terminando el colegio, casi olvidó el ruso y no sabe qué hará en el futuro. El otro día el conserje trajo a su madre y me la presentó, una señora de unos 70 años que parecía muy amable...

Mientras tanto, él me dice que aquí se queda. Que no volverá. Como muchos, salió de su patria para no volver.

Argentina, mejor que Chile

3 de noviembre

MUCHAS VECES LA gente se pregunta por qué vivo en Argentina. Se lo preguntan en Chile, y me lo preguntan acá. “¿Qué te vai a hacer allá, si está la cagá?”, me dicen allá. “Pero si Chile está muy bien”, me dicen acá. A mis compatriotas voy a tratar de explicarles cómo es vivir aquí, les voy a hablar de las cosas lindas que hay aquí, porque las feas (desempleo, corrupción, pobreza), ya las conocen.

Imagínense un país donde nadie sabe el nombre del cardenal y el peso de la Iglesia es igual a cero. Un país sin servicio militar obligatorio, con universidad gratuita. Un país sin prueba de aptitud académica, o cómo se llame ahora, sí señor: porque cualquier colegial argentino puede entrar a cualquier universidad, y luego de cursar un año de Ciclo Básico Común (CBC) y de aprobar cinco o seis materias, sigue la carrera que desea. Nada de puntajes, nada de tres días de exámenes estresantes, nada de suicidios por los 500 puntos. Y una vez que estás adentro, inada de cupos limitados, ni listas de espera!

Imagínense un país donde la salud es gratis, donde nadie queda endeudado en millones de pesos por una operación. Nadie en el Paseo Ahumada pidiendo dinero para una cirugía. ¿No hay suficientes médicos? Es verdad. ¿Hay que hacer colas para atenderse? Sí. Pero nadie te exige cheque en garantía al atenderte, y nadie te dice “no lo podemos atender, señor, porque no figura en la computadora”, como me pasó a mí, que nunca, salvo cuando estuve en la universidad, tuve cobertura médica.

Imagínense un país donde el Presidente y el Congreso anularon la ley de amnistía. Donde el dictador está bajo arresto en su casa y no puede salir a la calle sin que le griten asesino. Un país donde (casi) nadie, nadie en la TV, defiende la dictadura militar. Un país donde el Presidente dice: “todos somos hijos de las madres de la Plaza de Mayo”. Nada de “diga donde están enterrados los desaparecidos y quedarás libre de toda culpa”. Ningún presidente socialista presiona a la justicia en Chile para luego dejar libre a un dictador asesino. Nada de “justicia en la medida de lo posible” ni de “justicia con clemencia”. Un país con una capital donde los gays se pueden casar. Sí, se pueden casar, y uno puede faltar al trabajo si el otro está enfermo(a). Un país donde un gay cualquiera, y no necesariamente una loca como



Pedro Lemebel, hace un programa en la TV, un programa bueno, más encima (estoy hablando de Juan Castro y “Kaos”). Un país donde una cantante se declaró lesbiana en ¡1985!, sí, eso sucedió con Sandra Mihanovich. Hace casi veinte años.

Un país donde CQC no es de un canal de derecha, no es una copia barata, con conductores fachos. No, un país donde CQC es una creación propia, que tiene que ver con la desfachatez argentina, las ganas de huevear a los políticos de todos los colores... cuando no le caen a un militar reaccionario como Aldo Rico, que, ay Dios, estos tipos sí que tienen que cuidarse.

Un país donde venden condones en los kioscos, y donde legalmente se puede beber cerveza en la plaza, sin que la policía te rompa las pelotas. Un país con una radio que toca todo el día rock nacional (la Mega), y otra radio que me recuerda la desaparecida “Umbral” de Santiago, pero mejor (hablo de “La Tribu”), un país que ha ganado el Oscar a la mejor película extranjera (“La historia oficial”, 1985), que ha obtenido dos veces la Copa Mundial de Fútbol, con el mejor jugador de fútbol de la historia.

Imagínense un país con una capital que tiene mar. Porque el Río de la Plata es casi mar. Te paras en la orilla y no ves el Uruguay, aunque si tienes un velero puedes ir y volver a Colonia, Uruguay, en el día. Una capital sin micros amarillos, sin preemergencia, ¡sin restricción! Imagínense un país lleno de muchísimas chicas hermosas, o inteligentes, o cultas, o las tres cosas. Donde hasta las más feas se sacan algún partido.

Un país donde no hay “síndrome de patrón de fundo” y no como otro donde la mitad se comporta como patrón y la otra, igual que inquilino. “La mitad de Chile es empleada doméstica, la otra mitad tiene una”, dice mi amiga Miriam. Un país donde los cuicos no te insultan con la mirada, no te miran de arriba a abajo, no te sientes ajeno, ni menospreciado, un país donde los cuicos son generalmente simpáticos y juegan babyfútbol todos los martes con los porteros del edificio.

Santiago es más seguro que Buenos Aires, dice las estadísticas, pero, ¡oh!, aún así Argentina tiene mejor calidad de vida que Chile, según la ONU. Tal vez porque Buenos Aires tiene más librerías, más cines, más parques, más teatros... y otra onda. Eso es: a Buenos Aires le sobra onda, lo mismo que a Santiago le sobra smog.

Imagínense un país que dio a luz al guerrillero más famoso de la historia...

Chilenos en Buenos Aires

10 de noviembre

VIENEN A BUENOS Aires unos amigos chilenos de Carola, mi compañera de piso. Ella es chilena, se crió en el exilio, sufrió los años 80 entre los apagones y el terror de Santiago, y los conoce de aquella época. Por esas casualidades de la vida, a uno de los chilenos lo conozco de la época de la universidad. En aquella época pololeaba con una compañera de curso mía y ambos formaban parte de un grupo de izquierda universitaria y compartíamos esas rutinas de huelga-toma de la facultad-cerveza-tallarines-mucho cigarrillo. Pero ahora parece cambiado. Vamos a un restaurante y él pide whisky y repite una y otra vez lo barato que está Buenos Aires. Después me cuenta que quiere armar su propia empresa editorial y utiliza términos como “mercado”, “objetivos”, y remata: “quiero vivir bien, darme mis gustos”.

* * *

También viene Miriam, de París, aunque Miriam no es estrictamente chilena. Su madre es alemana y su padrastro es chileno, y ella nació y se crió en Leipzig, en la fenecida Alemania Oriental. Los noventa los vivió Miriam entre el colegio Francisco de Miranda, Lo Cañas y el cine Normandie.

Miriam queda encantada con Buenos Aires. Le fascina porque pasa completamente inadvertida, cosa que no le sucede en Santiago. Claro, ella mide casi 1.80 m y es bastante pálida y tiene el cabello rubio hasta la cintura y a veces parecía una extraterrestre en la micro 355. Acá ni siquiera pasa por cuica porque en el metro hay gente rubia vendiendo chocolates o en el supermercado DIA de Thames y Güemes hay una chica rubia que es cajera. Le gustan los porteños altos, algunas partes de Buenos Aires le recuerdan a Europa y yo trato de convencerla de que se venga a estudiar fotografía o cine aquí, le digo que para los europeos es muy barato, que con 250 euros estás muerto de la risa.

* * *

También viene Sergio, ex compañero de periodismo de la Usach. Un genio. Siempre le he tenido mucha fe. Trabaja en una radio y también en la Rolling Stone de Chile. Se queda en Buenos Aires una semana, sus primeras vacaciones en casi cuatro años. Como yo estoy pobre, Sergio me invita a comer bife chorizo en una parrilla en Tigre. Hablamos



mucho. Vamos a Recoleta, al Museo de Bellas Artes. Sergio vino antes a Buenos Aires, pero siempre por trabajo, por una entrevista con los Fabulosos, ese tipo de cosas. Así que en el Museo se encuentra con Rembrandt, con Degas, con Picasso, con Pollock. Y me dice: “nunca pensé que antes de morirme iba a ver un Pollock de verdad”.

* * *

Y bueno, cómo olvidar a Nicolás. A Nicolás lo conocí de una forma extraña. Yo organizaba fiestas de salsa en la Usach, siempre con algún motivo: recordar a Claudio Paredes Tapia, aquel muchacho de 16 años dinamitado por la CNI en la Villa Portales, por ejemplo. La última fiesta que hice fue un fracaso (celebraba uno de los procesamientos a Pinochet), no fue nadie, pero se apareció Nicolás, que en aquel tiempo estudiaba Ingeniería (ahora está en Filosofía en la Chile), y nos pusimos a discutir por Pinochet y al final lo invitamos con Claudia a la casa y se quedó a dormir. Debo aclarar que Nicolás es profundamente de izquierda, aunque tuvo la mala suerte de nacer un Once. Pero en fin. Recuerdo que tiempo después fuimos a ver “Lulu on the bridge” al Hoyts de La Reina.

Como sea, ahora Nicolás está en Buenos Aires, ya por segunda vez. Esta vez vino con su novia alemana, una jovencísima que está de intercambio en Chile. Nicolás me trajo de regalo un ejemplar aniversario de The Clinic, ese que salió a propósito de los 30 años del golpe. Vamos al Centro Cultural San Martín por el lanzamiento de un libro de ex presos políticos de Coronda, una cárcel de Santa Fe, pero no podemos entrar debido a la cantidad de gente que hay. En Corrientes comemos en un Ugi's la pizza más barata de Buenos Aires. Y luego vamos a un bar irlandés, en el microcentro, a ver tocar “Viento Celta”, un grupo chileno que está de paso en Buenos Aires.

Hablamos de mujeres. Hace algún tiempo Nicolás se había enamorado de Jennifer, una canadiense. Quiso ir a Canadá, pero le negaron la visa de turista, y al cabo de un tiempo ella cortó la relación. “Ya no estoy segura de lo que siento”, esa mierda. Nicolás estuvo muy mal, en esa época incluso nos vimos muy poco, yo lo llamaba, pero no me daba bola, “no tenía ganas de ver a nadie”, me dice ahora. Pero, como casi siempre, todo pasó, y un día en la micro una mina con un acento terrible le preguntó donde estaba la Facultad de Filosofía de la Chile y él dijo que iba para allá, y se pusieron a hablar y así conoció a otra Jennifer, una alemana, con la cual se siente el doble de feliz. Así que ahora Nicolás está pensando en Alemania.

Uruguay, provincia argentina

17 de noviembre

EL OTRO DOMINGO fui por segunda vez a Carmelo, Uruguay, a renovar mi visa de turista, que estaba por expirar. La vez anterior había sido en agosto pasado. El asunto es bastante sencillo: en Buenos Aires tomas el tren a Tigre (demora una hora desde el centro), allí vas al terminal de la empresa Cacciola, pagas 60 pesos (unos 20 dólares) por el pasaje de ida y vuelta, sales en el barco de las 08.30, llegas a Carmelo a las 11.30, te bajas, te das unas vueltas por la plaza (porque Carmelo es tan pequeño como Huasco), a las 14.30 tomas el mismo barco de vuelta y a las 18 estás de regreso en Tigre.

Esta vez, cuando iba saliendo de Tigre, el oficial de Inmigración miró mi pasaporte, vio que era la segunda vez que salía por aquel paso fronterizo, y me dijo: "usted va a tener que radicarse". "Estoy haciendo los trámites", le respondí. Me timbró la salida y pasé a la sala de embarque. No había mucha gente. Eran jubilados, familias jóvenes, hombres solos. Al rato empezaron a formar fila para el chequeo de los pasajes, donde te entregan un alfajor de regalo y te desean buen viaje. El sábado por la noche habíamos estado en la casa de Marcela, una periodista cordobesa que conocimos en el verano en Montevideo. Comimos pizza y alquilamos "11-09-02", una producción francesa que reunía a once directores para que relataran en 11 minutos su visión sobre el atentado a las Torres Gemelas. A mí me decepcionó un poco, la mayoría de los cortometrajes eran un desastre y sólo salvaban Irán, Francia, Inglaterra (Ken Loach, sobre el 11 de septiembre de 1973). El caso es que estuvimos de regreso en casa a las 02.30 de la mañana y a las 5.30 me tuve que levantar para partir a Tigre. En la estación de trenes había comprado *Página 12* y en el barco comencé a leerlo. El viaje de tres horas a través del Río de la Plata puede resultar monótono, especialmente si estás sin compañía y sólo vas a Uruguay por un asunto burocrático. Dormité un poco.

En Carmelo no hay mucho que hacer. Cuando atraca el barco, siempre hay un bus esperando, porque la mayoría de los pasajeros del barco sigue rumbo a Montevideo, a dos horas de allí. Me fui caminando hasta la plaza, me senté en un banco, terminé de leer el periódico, hasta el último artículo. Miré a la gente, que dejaba sus bicicletas sin candado afuera de sus casas. No vi un solo policía. Me puse a



hojear mi pasaporte. Lo saqué en 1994, cuando costaba tres lucas y te duraba diez años, baratísimo y por el doble de lo que dura ahora (pensé que al renovarlo lo iba a declarar perdido, para no tener que entregarlo y poder guardarlo de recuerdo de mis primeros viajes como afortunadísimo veinteañero).

Era horrible estar en Carmelo y tener que matar el tiempo hasta las 17.30, en que salía el barco de regreso. Seis horas en las que tomé sol (era un día hermoso), pensé en mi familia en ese mismo instante: mi padre, en Bogotá con su segunda esposa y mis pequeños hermanos; mi madre, de viaje en Turquía con Juan; mi hermana, embarazada por segunda vez, con su marido en La Serena; y yo mismo, en Carmelo, en la República Oriental del Uruguay, un país que, y que me disculpen mis amigos uruguayos, podría ser otra provincia argentina, porque los uruguayos comparten con los argentinos tres cosas fundamentales: el acento, el mate y el tango.

Luego me pregunté qué estarían haciendo en ese mismo instante mis caros amigos, Gabriel (en Santiago), Héctor (en Santiago), Juan Manuel (en Florida). Mi mujer, mis ex mujeres. Me pregunté si valdría la pena lo que estaba haciendo por permanecer en Argentina, si conseguiría un trabajo finalmente, me pregunté qué me depararía el futuro, qué sorpresas me aguardaban, pensé en mi sueño de ir a vivir a Madrid o Barcelona. Recordé aquel proverbio chino: “teme lo que deseas”. Algo así como “ten miedo de lo que deseas (porque se puede cumplir)”.

Cuando tienes cinco horas sin nada que hacer, sin hablar con nadie, te pasan miles de cosas por la cabeza. Ni hablar de cómo será para los que están presos (los que estuvieron, los que están, los que estarán, ¿los que estaremos, en veinte años más, cuando otro Pinochet dé un golpe de estado, y otros serán torturados, asesinados, desaparecidos?).

Finalmente llegó la hora de regresar. Esta vez el barco venía lleno al tope. Todo el mundo regresaba a Buenos Aires. En mi asiento dormité. Frente a mí vi a un padre con su hijo de 18 ó 19 años, y me puse a pensar en mi propio padre, al que no veo hace casi tres años. Comenzó a anochecer. Junto a mí había tres chicos uruguayos (un chico y dos chicas) y en un momento nos pusimos a conversar. Una de las chicas le había preguntado a otra pasajera cómo ella y su amiga podrían llegar a Villa Crespo desde el terminal, si funcionaría el metro cuando llegáramos. La señora pensaba que sí, que el subte

funcionaba hasta las 23, aunque normalmente funciona más bien hasta las 22. Y como yo iba a Villa Crespo, le pregunté a la chica a qué parte del barrio de Juan Gelman iban. “Padilla y Araoz, cerca del subte Malabia”, dijo no muy segura, y como era cerca de donde yo iba, le dije que si querían, podría llevarlas hasta allí. “Yo tomo el tren en Tigre, me bajo en Barrancas de Belgrano y ahí tomo un colectivo que nos puede servir a los tres”, le dije.

Y empezamos a hablar. Eran tres estudiantes de Veterinaria de Montevideo, estaban en tercer año e iban una semana a Buenos Aires a hacer un curso al Zoológico. César, Virginia y Fiorella. Fiorella había estado una semana en Santiago hace dos años, en la casa de una prima suya que se había casado con un chileno que había conocido en Europa, un ingeniero que vivía en Las Condes. Me dijo que no se había sentido muy cómoda en Las Condes, “Chile es muy clasista”, me dijo. Yo le asentí. “Hay un clasismo que te hace mierda la cabeza. Lo que pasa es que los chilenos se acostumbran, piensan que es así en todas partes”.

Así que hablamos de miles de cosas: de los miles de uruguayos que se van porque no hay trabajo en Uruguay, de que la universidad es gratis en Uruguay y pagada en Chile, de Benedetti y Galeano. Les conté que con Clari habíamos estado en Montevideo el verano pasado, que nos había gustado mucho esa rambla hermosa e interminable que tienen, que habíamos tomado cerveza en el Parque Rodó y andado en bicicleta hasta Pocitos.

Conversamos hasta que llegamos a Tigre. La cola interminable para bajar, hacer la fila de nuevo en Inmigración, otro oficial distinto que me mira el pasaporte y me dice en buena onda “¡pará de viajar, che!” (juro que esto no es inventado), y me da otros tres meses de visa. A César lo esperaban unos parientes de Boulogne, las chicas decidieron venir conmigo porque ya era muy tarde, no iban a agarrar ni de milagro el subte. Virginia había estado en Buenos Aires a los tres años, Fiorella había venido hace dos años con su novio. Así que tomamos el tren, y nos bajamos en Belgrano, y luego agarramos el 15 y nos bajamos en Canning y Corrientes y las fui a dejar hasta su casa y les dejé mi teléfono y les dije que si querían podíamos juntarnos el fin de semana y tomar algo.

Luego me fui a casa de Clari. Ya eran casi las once de la noche. Nos abrazamos. Había hecho ravioles para darme la bienvenida.

Los amigos

22 de diciembre

ME VINE A Buenos Aires por amor. Ya llevo siete meses y estoy contento. A veces la vida es difícil, pero he tenido suerte. Sin embargo, me hacen mucha falta mis amigos. Aún no tengo verdaderos amigos en Argentina. Uno no puede hablar de todo con la pareja. Hay cosas que sólo se pueden hablar con otro hombre, ojalá de la edad y la experiencia de uno.

El otro día agarré la bicicleta, tomé el tren que va a Mitre y de allí bajé hasta el Parque de la Costa de Vicente López. Era domingo y la gente hacía pic-nic, bebía cerveza en los bares, las mujeres tomaban sol.

Me senté en un banco frente al río y me puse a pensar en mis amigos. Juan Manuel, por ejemplo. Nos conocimos a los 10 años. Hay que darle la razón al protagonista de "Cuenta conmigo" (de Rob Reiner, protagonizada entre otros por el fallecido River Phoenix) cuando dice que uno difícilmente vuelve a tener amigos como los que tiene a los doce años. Con decir que él me reveló en qué consistía el sexo. Con Juan Manuel hablábamos de ciencia ficción y comenzamos a hablar de (inalcanzables) mujeres. Nos dejamos de ver en 1989 y pasaron seis años, pero cuando nos volvimos a encontrar fue como si no nos hubiéramos separado nunca (¡en serio!). La conversación fluía igual, hablar hasta las cuatro o cinco de la mañana, nada de silencios incómodos. Ahora han pasado cinco años desde la última vez en su departamento con Ana María, su mujer, y Sarita, su pequeña hija. Juan se fue a Estados Unidos buscando algo mejor. A veces chateamos, pero no es suficiente. Apenas para mantener el hilo. Eso sí, en el computador podemos conversar durante horas. Algunas conversaciones las tengo grabadas...

Es difícil encontrar un buen amigo. Casi diría que es más fácil encontrar una mujer. Aunque encontrar a LA mujer debe ser igual de complejo. Así que me resigno. No se puede tener onda con gente con la que no hay onda. Con algunas personas hay afinidad intelectual, con otros onda y con otros las dos cosas, y con otros tal vez además se suma un pasado en común, pero con la mayoría no hay ninguna de las tres cosas.

Por suerte algunos compañeros ya se han animado a cruzar la cordillera. Nicolás, tratando de no perder a una mujer que venía a arreglar cuentas con un viejo amor. Sergio, a descansar luego de cuatro empleos y un par de años sin vacaciones. Héctor, para mi desgracia, ya se aventuró por estos lares a principios de año, cuando yo no estaba, y a Gabriel aún lo espero. Siempre hay excusas para no hacer las cosas. Además, en momentos difíciles uno los necesita más. Momentos difíciles como estar en un país extraño, no tener trabajo, lejos de la familia. Nunca pensé que mis amigos me fueran a faltar tanto, de verdad. Sólo quería venir a Buenos Aires y estar con ella, y no pensaba en el trabajo, ni el dinero, ni el techo ni la familia.

Algo tan sencillo como sentarse en un lugar y tomar una cerveza y hablar. Con Héctor nos sentábamos en el verano en el patio de su casa cerca del Estadio Nacional y él bebía Cristal y yo una Lemon Stone (siempre me hueveaba porque tomaba Lemon Stone). Hablábamos de ir a Europa, de mujeres (claro), y hablábamos del futuro. Yo le decía que en el futuro iba a haber otro golpe militar en Chile y esta vez Dawson o Chacabuco nos tocaría a nosotros, si no nos mataban antes y nos tiraban a una acequia. Estoy convencido de eso. No sólo sucederá en Chile, sino también en el resto de América Latina, el continente con mayor desigualdad del planeta. Todos los problemas que dieron origen a las revoluciones existen y la situación empeora cada día más. Y la gente, el pueblo o como quieran llamarlo, tiene un límite. Es una pena. Habrá muertes, viudas, huérfanos, torturas. No hemos aprendido nada.

Pero bueno. Mejor recuerdo a Sergio, que siempre me invitaba a almorzar. He perdido la cuenta de cuantas veces lo ha hecho. Es raro que dos personas de lugares y vidas tan diferentes a veces se puedan llevar bien. A Erick también siempre lo visitaba. Le hablaba de mis sueños mientras él me pirateaba un CD y me decía: "tú no buscas una polola, tú buscas una esposa". Cuantas veces sacó un colchón para que durmiera en su casa. Su madre es una santa, tan buena como sólo lo pueden ser algunas mujeres humildes de Chile. Y, por supuesto, también está el profesor Timmermann. Claro que Timmermann es, más que un amigo, casi un padre.

Otros buenos amigos son gente que he conocido por poco tiempo y con los cuales compartiría mucho más si no viviéramos en lugares diferentes. Ricardo Gessa, Holger, Mark Homby. Es como con las mujeres: las circunstancias de la vida pueden unir o separar.

Los amigos: ir a esas fiestas de La Florida donde nadie nos daba bola, vagar por las calles de Valparaíso, partidos de fútbol en el Parque Brasil. Capeando clases en los Pastos de Ciencia. Acampando en el Cajón del Maipo o en un concierto de Santana en el Parque Intercomunal de La Reina.

Los amigos... en realidad son hermanos que nacieron de otras madres y muy lejos.



Año 2004



Postales de Buenos Aires II

Marzo

1.

POR AHÍ ME HE PUESTO a pensar en mi muerte. A veces me pregunto donde me agarrará. En una cama, follando; en un hospital, en un campo de concentración (en la versión heroica). Me pregunto quien irá a mi funeral, si acaso irán mis hijos. Deseo que me cremen. Dono mis órganos.

Me acuerdo que en tercer o cuarto año de la universidad fuimos con el profe Uribe a una autopsia al Servicio Médico Legal. Ahí vimos como descomponían a ese pobre hombre cincuentón (nos mostraron sus cálculos biliares), un guardia de algún Jumbo que había sido atropellado cruzando la Kennedy. Después de sacarle todo, mostrarnos sus órganos, los metieron de nuevo adentro y lo cosieron como un saco roto. Un compañero, Gustavo, se desmayó, pero fue el único.

Me acuerdo también de la muerte de la Sol, atropellada por una micro en Pajaritos, con 24 años y un hijo y a punto de graduarse. Lloré tanto esa vez, como nunca, cuando ella murió conocí la muerte (falleció el día de mi cumpleaños). Creo que lloré, no sólo por ella, sino también porque me di cuenta que para allá vamos todos, de que le puede tocar a cualquiera, en cualquier momento.

2.

Clari me dice que soy un "paratreinti", porque voy para los 30 (cumpló 28 en una semana). Ella, en cambio, es "paraveinti", porque apenas tiene 23 (cumple 24 en tres semanas). Clari quiere que me corte el cabello. Hace diez años que lo llevo largo. Entré a la universidad y nunca me lo volví a cortar. Ella dice que me retiene en la adolescencia, que es una etapa que debo dejar, que ya no me aferre más a los veintitantos. Y no sé qué hacer.

Me lo dejo, o me rapo, o me hago un corte normal. Rapado ahorraría agua, gas, champú. Me gusta mi cabello largo, pero tal vez Clari tenga razón.

3.

Kempo es del Principado de Bután, un lugar entre India y China. Por allá andaba mochileando una argentina a fines de los 90, cuando se conocieron. Kempo era monje budista, empezó a serlo a los siete años. Pero bueno. Kempo se enamoró y se vino a Argentina detrás de la argentina, y tuvieron un hijo y se pelearon y ahora trabaja en un restaurante, en la cocina.

4.

Claudia, con quien viví cinco años, se va a Barcelona en julio. Nicolás, mi hermano que vive en Estocolmo, se va a Barcelona en septiembre de intercambio. Héctor, mi hermano que vive en Santiago, también se va a Barcelona en septiembre, a hacer un postgrado. Yo también tengo ganas de irme. Me encanta Buenos Aires, ojo. Pero no quiero vivir pellejerías toda la vida. Me encantaría decir: "nunca tuve seguridad social, ni salud, ni un contrato de trabajo, ni un sueldo decente, y todo eso me importa un culo", pero no puedo. No soy Enrique Symns.

5.

Vino Andreas, un amigo gay de Priska. Ambos son suizos y se quedan en el hostel para mochileros donde trabajo. Él es fotógrafo, de 40, y ella azafata de Swiss, de 27. Priska vino por dos meses en Baires para aprender castellano. En Zúrich son vecinos. Andreas quería conocer un boliche gay así que nos fuimos a Amerika, en Gascón y Córdoba (él había leído acerca del lugar en su guía Lonely Planet).

Yo no tenía dinero, Priska me invitó. La entrada costaba veinte pesos, iveinte pesos!, pero Priska me invitó. Era canilla libre, pero como no tomo alcohol, no me sirvió de mucho. Llegamos temprano, el lugar era grande, se veía la cabina del DJ, había un "Reservado" donde entraban y salían hombres (no había un "Reservado" para heteros). Bailamos y nos dedicamos a mirar a la gente: chicas en grupo, hombres en grupo, travestis, heteros, parejas, lesbianas. Bastante mezclado todo, un par de chicos sin poleras, gente con lentes oscuros. Los chicos le agarraban el culo al pasar a las chicas y a los travestis... cuando Priska estaba sola, le caían manadas de argentinos.

Se me ocurrió una idea para una película: las pellejerías de dos peruanos gays en Santiago. ¡Peruano, y gay, y más encima en Santiago! ¡Cómo los deben hacer sufrir los pacos de la Primera! En fin... estuvimos hasta las cuatro de la mañana en aquel zoológico...



Yo estuve en la Esma

29 de marzo

EL MIÉRCOLES 24 de marzo pasado se cumplían 28 años del golpe militar en Argentina. Le pregunté a Clari si quería ir a la Esma conmigo y me dijo que sí. Estaba programado un acto en el cual el presidente Néstor Kirchner iba a transferir oficialmente las 14 hectáreas de la Escuela Mecánica de la Armada, el peor campo de concentración de la dictadura, al Museo de la Memoria, dedicado a recordar las atrocidades ocurridas allí.

Para que se hagan una idea: se calcula que entre 1976 y 1982 unas 5.000 personas permanecieron detenidas en la Esma, de las cuales sobrevivieron menos de 200. Digámoslo así: si entrabas detenido a la Esma, sólo tenías un 4% de probabilidades de salir de allí vivo.

En el lugar los detenidos eran torturados y luego los señores oficiales de la República decidían su destino: eran Dios. A la mayoría de los presos les tocó "traslado", es decir, "muerte". Porque los sobrevivientes permanecieron un año o más en el lugar, pero la mayoría fue llevada al aeropuerto "Jorge Newberry", que hasta hoy se usa para los vuelos nacionales. Allí todos los miércoles, durante al menos dos años, salían aviones para lanzar decenas de personas al mar. Al principio muchos cuerpos eran llegaban a playas de Uruguay o Argentina, hasta que los militares aprendieron a tirar a los hombres y mujeres sedados con Pentotal a corrientes de agua que iban mar adentro.

A la Esma también llegaron muchas mujeres embarazadas. Tuvieron a sus hijos aquí, criaturas que luego eran entregados a familiares de militares y policías.

La Esma queda sobre la avenida del Libertador, una de las más lindas de Buenos Aires, en el límite entre Capital Federal y Vicente López. Varias veces había pasado por allí en bicicleta y pensado cómo era posible que aquel símbolo siguiera funcionando como centro de formación de los futuros oficiales navales luego de los horribles crímenes ocurridos allí.

Fui a buscar a Clari a su casa y en Canning nos tomamos el 15. En la micro ya notamos que éramos muchos los que íbamos al acto, jubilados, gente joven. Había leído que iban a cantar León Gieco, Víctor Heredia y Joan Manuel Serrat.

Llegamos cerca de las 14.30. Había muchísima gente, más de 10 mil personas. El acto se desarrollaba en una calle contigua a la Esma.

Cuando llegamos estaba hablando Juan, un chico hijo de desaparecidos que el 25 de enero pasado, hace apenas dos meses, se había enterado que era hijo de Damián y Alicia. Cuando los detuvieron, en 1977, Damián tenía 19 años, y Alicia 17, con un embarazo de cinco meses. Juan, que hoy tiene 26 años, había sido criado por un policía con el cual no se habla hace seis años, y hace un tiempo estuvo a punto de ingresar al Liceo Militar.

Así que escuchamos a Juan, que dijo: “Yo soy Alicia y Damián. Yo soy mis padres”. La gente aplaudía y algunos lloraban. Hacía un calor de morirse. Treinta grados a la sombra. Nosotros no vimos a Juan, estábamos muy lejos, había mucho gente y las banderas no dejaban ver el escenario. Sólo lo escuchamos.

Luego de él habló Anibal Ibarra, el jefe de gobierno (alcalde) de Buenos Aires. Ibarra, en su juventud, perteneció a la Federación Juvenil Comunista y les recitaba a las chicas poemas de Neruda para conquistarlas. Aunque les suene increíble, el Partido Comunista Argentino aplaudió el golpe militar de 1976, incluso publicaron en un diario una solicitada apoyando al nuevo gobierno. Cosas de la política argentina... Perón persiguió a los comunistas, y como los militares derrocaron al último gobierno peronista de los 70... Pero bueno. Ibarra no dijo nada de eso. A Ibarra lo silbaron. Es un político nato: oportunista, que había venido para sacarse la foto con Kirchner. Ibarra dijo lo típico: “estamos aquí para que nunca más...” Bla bla bla.

Después le tocó el turno a Kirchner. Fue breve. Pidió perdón por los crímenes cometidos por el Estado argentino, y también por el silencio cómplice de la democracia durante los últimos 20 años. “Teníamos tantos sueños...” Kirchner tiene amigos desaparecidos. Kirchner dijo el año pasado en Naciones Unidas: “todos somos hijos de las Madres de la Plaza de Mayo”.

En Chile, el presidente Lagos se la jugó por dejar libre a Pinochet, presionando al juez Guzmán y al resto del poder judicial chileno. En cambio, Kirchner se la jugó para que el Congreso argentino anulara la ley de amnistía. Y lo consiguió. La Biblia dice: “por sus obras los conoceréis”. ¿Quieren que les diga algo? La verdad, me emocionó escuchar a Kirchner. Pero me da miedo hacerme ilusiones con él. Estoy aburrido de las decepciones.

En fin. Cantaron Víctor Heredia, que tiene un hermano desaparecido. “Todavía cantamos, todavía reimos...” Cantó León Gieco, que estoy seguro que también tiene amigos desaparecidos. “Sólo le pido a

Dios...” La gente acompañaba respetuosamente, casi susurrando, sin euforia. Y al final, Serrat: “Para la libertad...” Fue lo último. Se dio por terminado el acto y la gente comenzó a irse.

Pero yo no quería irme. Vimos pasar a las columnas de jóvenes, de ex montoneros, de jubilados. Yo trataba de ver a alguien conocido. Pero no vi a nadie. Con Clari comenzamos a avanzar hacia el escenario, llegamos hasta unas rejas. Estaba Alberto Fernández, jefe de Gabinete de Kirchner, ex compañero de fórmula de Domingo Cavallo en una ocasión (la política argentina... es un misterio), hablando con los periodistas. También el vocalista de Divididos, Ricardo Mollo, en chalas, short y polera, dando vueltas en bicicleta, como un perfecto desconocido.

A estas alturas, el predio de la Esma había comenzado a llenarse de gente. Nos acercamos a una puerta lateral, había dos hombres en la entrada. Les preguntamos si nos dejaban pasar y nos dijeron que bueno. Así que entramos. Era un hecho histórico, claro, pero nosotros no lo sabíamos. O tal vez sí. Como cuando los primeros soldados rusos entraron a Auschwitz.

Adentro la gente caminaba de un lado a otro. Yo buscaba el Casino de Oficiales. Había leído que allí habían ocurrido las torturas. Primero entramos al Casino de Suboficiales. Detrás de un panel de vidrio, un comedor gigantesco estaba lleno de policías, literalmente. Efectivos de la Policía Federal, cincuenta o cien, sentados en grupos, sin sus gorras, charlando. Nosotros los mirábamos y ellos nos miraban a nosotros, a través del vidrio. Nosotros les sacábamos fotos, pero ellos no podían, porque no habían traído sus cámaras. Por lo menos no ahora. Luego entramos a otro edificio, donde estaban los salones de clases. Adentro, un grupo de chicos con poleras de San Lorenzo entonaron la Marcha Peronista. Uno andaba con un bombo y le daba como tarro. Con tizas y graffiti, la gente empezó a rayar las paredes. “Esta es una fábrica recuperada”. “Milicos asesinos”. “30.000 compañeros desaparecidos, presente”. En un segundo piso, chicos y chicas entraban a salas de clase y oficinas revolviendo papeles, sacando cosas de los cajones: pruebas, listas de asistencia, notas de exámenes.

Nos encontramos a Juan, un colombiano que vive en mi pensión, a Carlos y Andrea, dos chilenos ex compañeros de periodismo de la Usach que ahora viven por un tiempo en Buenos Aires, y también a Mariano, un argentino que conocimos en el Foro Social Mundial de Porto Alegre el año pasado. Todos rondábamos los veintitantos. Éra-

mos jóvenes y habíamos nacido el año del golpe o después del golpe. Habíamos estado llorando en nuestras cunas mientras aquí mataban a jóvenes que entonces tenían la edad que nosotros tenemos ahora. Carlos y Juan andaban con cámaras, filmadoras, habían llegado a las once la mañana. No podían creer lo que vivían. Le dije a Carlos: “¿te imaginas a nosotros entrando en la Escuela Militar de Santiago, celebrando que se haya convertido en un museo para recordar los crímenes de Pinochet?”

Hablamos un rato y luego nos separamos. Para entonces estábamos cerca de la salida, pero aún no habíamos encontrado el Casino de Oficiales. De repente le pregunté a un viejo y me dijo: “allí, a la izquierda, entrando por atrás, lo vas a encontrar. Puedes subir hasta el último piso”. Así que fuimos con Clari. Era un edificio mucho más elegante que el Casino de Suboficiales. Mucho lujo. Abajo, los sótanos, donde se torturaba con la picana, con el insulto, con lo incontable: un lugar de terror, con caños de agua arriba, sofocante, sin luz. Luego subimos hasta el último piso, hasta que llegamos a los altillos.

Allí, una mujer de unos cincuenta años le hablaba a una pequeña muchedumbre. Ella había estado prisionera aquí un año y cuatro meses. Tenía veinte años cuando la detuvieron. Se salvó, tuvo suerte, si es que se puede considerar “suerte” ver morir a tus compañeros, que te violen, que te apliquen electricidad, que te peguen día tras día, que empieces a heder como un animal porque no tienes permiso para bañarte. Nos habló un poco de aquel altillo donde estaban los prisioneros apilados, agotados por la tortura. Nos habló de la “Maternidad”, una habitación contigua donde las detenidas parían a sus hijos antes de que las mataran y entregaran a sus hijos a familias de señores oficiales de la Policía Federal, a señores oficiales de la Armada.

Unos 500 niños nacieron en la Esmá, en el Pozo de Banfield, por nombrar algunos de los campos de detención que instauraron los militares en todo el país. De ellos, un poco más de 100 han recuperado su identidad, pero más de 300 siguen sin saber que fueron criados por los asesinos de sus verdaderos padres.

Nosotros escuchamos a la señora en silencio. No me atreví a hacerle preguntas, no quería revivir el dolor vivido. Pero otra gente sí le hacía preguntas y ella respondía muy serena. Tranquila. Yo me preguntaba: ¿qué podía haber hecho una chica de 20 años para ser detenida y estar prisionera más de un año en un lugar así?

Habíamos estado en la Esmá...

“La toma” de Argentina

3 de mayo

FUI A VER el documental “La toma”, de Naomi Klein. La primera vez que escuché de esta periodista canadiense fue por su libro “No logo”, publicado a fines de los 90 y que pronto se convirtió en una de las Biblias del movimiento antiglobalización.

El año 2002 Naomi vino seis meses a vivir a Argentina con su marido, Ari Lewis, para estudiar y aprender de los movimientos sociales que crecían en el país luego de la hecatombe del 19 y 20 de diciembre de 2001. Cámara en mano, la pareja y un equipo de técnicos y periodistas registraron el trabajo de grupos piqueteros, fábrica recuperadas y movimientos de derechos humanos.

“La toma” (87 minutos) es el producto de esa investigación. Debo confesar que esperaba encontrarme con una obra panfletaria, sentimental y golpobajista. Nada de eso sucedió. Es una cinta impecable y profesional. Naomi y Ari la proyectaron en una pantalla gigante sobre la avenida Jujuy, frente a la fábrica recuperada Brukman, y la vimos un centenar de personas, entre ellas obreros de Zanon y Forja, donde hoy los trabajadores controlan la producción y venta.

Fue un miércoles y a ratos llovía.

“La toma” cuenta la historia de un país que era el más rico de América Latina. En 1976, Argentina tenía 5% de pobres y una deuda externa de 5.000 millones de dólares. Todo cambió ese año a partir del golpe militar del general Jorge Rafael Videla y su ministro de Economía, José Martínez de Hoz, quienes implementaron una brutal política neoliberal. Al exterminio sistemático de miles de personas, se sumó la destrucción del aparato productivo, un proceso interrumpido durante el gobierno de Raúl Alfonsín (1983-1989), pero retomado por Carlos Menem (1989-1999).

Menem privatizó todas las empresas públicas, incluso la estratégica petrolera YPF, que era rentable. Fue un proceso infame, lleno de corrupción. En el Congreso las leyes fueron votadas por falsos diputados, mientras cantaban “La marcha peronista”, al tiempo que se sobornaba a los líderes sindicales, “los gordos de la CGT”, para que no se opusieran al proceso. Gas del Estado fue vendida en 2.500 millones de dólares, el 10% de su valor, según la brasileña Petrobras. Hoy los resultados están a la vista: en 28 años desaparecieron 700.000 puestos de

trabajos en la industria, la pobreza subió a 50%, el desempleo ronda el 20% y la deuda externa se sitúa en 150.000 millones de dólares. En medio de esta crisis económica surge el movimiento de fábricas recuperadas. Se trata de unidades quebradas, cuyos trabajadores asumen, a la fuerza, la producción para conservar sus empleos. Se toman la fábrica abandonada, los expulsa la policía, se la toman de nuevo. Montan guardia día y noche para que los propietarios no se lleven para el remate las últimas máquinas laminadoras.

“La toma” se centra en “Forja San Martín”, una empresa de Buenos Aires que fabrica autopartes, y la Cerámica “Zanon”, de la provincia de Neuquén. Testimonia el difícil camino de los trabajadores para lograr la expropiación de sus industrias, obtener los créditos para echar a andar la producción, el trabajo de meses sin sueldo, el apoyo de esposas y madres. También registra la solidaridad de otras empresas recuperadas, la negociación con los jueces, la represión policial...

Todo ello condimentado con entrevistas al antiguo dueño de “Zanon”, la compra de votos durante las elecciones presidencial de 2003, la búsqueda de funcionarios del FMI que visitan Buenos Aires para hablar con los distintos candidatos y asegurar “docilidad” frente al organismo...

Cuando terminamos de ver la película, la pareja de creadores estaba allí, pero sólo Ari habló para dar las gracias a quienes colaboraron con el documental. Luego todo el mundo se puso a gritar “Brukman es, de los trabajadores, y al que no le gusta, se jode, se jode”...

Cinco filmes y un Festival

Mayo

LUNES

MI PRIMER DÍA. Con Clari compramos entradas para ver “Changes”, una cinta polaca de 90 minutos, en el Hoyts del Abasto. Como la sala es chica, hay que comprar los boletos por la mañana, porque se agotan rápidamente. También hay que llegar 40 minutos antes para hacer la fila de acceso, pero nosotros lo ignorábamos. Consecuencia: entramos al cine repleto y nos tenemos que sentar en primera fila, con la pantalla encima.

“Changes” (“Przemiany”) es presentada por su director, Lukasz Barczyk, un tipo de treintaitantos que habla inglés y agradece la presencia del público. Es como uno se imagina un escritor, pintor o cineasta de treintaitantos: alto, con lentes, pelo un poco largo, muy informal (un artista puro, al menos en su apariencia). Dice que le gustaría conversar sobre la obra luego de la exhibición. Lo aplaudimos.

La película cuenta la historia de un hombre que va a la casa de su novia para conocer a su suegra y pedir formalmente la mano de su amada. Otros personajes: dos hermanas de la novia, una que es madre soltera y la segunda infelizmente casada. Con mucho primer plano e influencia Dogma, “Changes” comienza visualmente compleja y termina desarrollando la historia con mucha soltura. De paso muestra la vida interior de una familia que podría ser chilena o estadounidense, con intrigas y secretos a la Claude Chabrol. Al final el protagonista termina involucrándose con la hermana de su novia (la infelizmente casada). Ojo con la escena cuando la nueva pareja hace el amor, debe ser una de las más hermosas que he visto en mi vida.

MARTES

Voy a ver “Uzak” al cine América. Compró las entradas tres horas antes y hago tiempo. Busco un restaurante barato, pero aquí es imposible (se parece demasiado a Providencia). Camino hasta Facultad de Medicina, me devuelvo. Voy a la librería “Ateneo”, que funciona en un antiguo cine, y donde los dependientes me observan como si fuera a robar. Decido no comer nada, y tengo mucha, MUCHA HAMBRE, pero cuando entro al cine, ¡bingo!, hay una chica repartiendo gratis empañadas, por una promoción.



“Uzak” (Turquía) brilló el año pasado en Cannes (Premio Especial del Jurado) y le sobran méritos. El director Nuri Bilge Ceylan cuenta la historia de un viejo fotógrafo que vive en Estambul y recibe la visita de un joven primo que viene de un pueblito del interior para conseguir trabajo en la gran ciudad. Turquía se encuentra en plena recesión y el primo visita en vano varias agencias mercantes, con la idea de embarcarse y ganar en dólares. El fotógrafo, por su parte, vive solo luego de separarse de su mujer, quien está por emigrar con su nueva pareja a Canadá. Todo esto sucede en medio de un invierno tenaz. Es increíble cómo Bilge Ceylan logra retratar la soledad de un profesional maduro que mira películas porno porque no puede quedarse dormido y la desesperación de un joven sin trabajo en un país sin oportunidades, persiguiendo hasta un parque a una muchacha que no conoce. Uno puede hacer una buena película sin demasiado recursos, tan sólo con una buena historia. Suena kitsch, pero es así. Me gustaría hacer una película algún día. Sería sobre inmigrantes ilegales latinoamericanos y africanos en Buenos Aires, o Roma o Berlín.

MIÉRCOLES

El miércoles fuimos con Clari de nuevo al Abasto y esta vez llegamos más temprano. Daban “Los tiempos del lobo”, del director austriaco Michael Haneke, que trabaja mucho en Francia. Personalmente conocía dos películas suyas: “La profesora de piano”, que cuenta la vida de una mujer muy sola y atormentada por su madre (aunque nada de víctima) y “Código desconocido”, una cinta encantadora donde se entrecruzan las vidas de una actriz, un adolescente negro y una inmigrante ilegal rumana en el París actual. Ambas me habían gustado mucho, así que tenía bastantes expectativas con “Los tiempos del lobo”.

Sin duda que se trata de la más dura de las tres películas de Haneke. Relata el viaje errante en busca de comida de una mujer y sus dos hijos por la campiña francesa luego de un desastre nuclear o algo parecido. No hay policía ni orden establecido y manda el que tiene un arma. Los protagonistas logran llegar a una estación ferroviaria donde su única esperanza es un tren que los llevará a la próxima ciudad. Allí deben someterse a las órdenes de un hombre que reparte comida a cambio de sexo, por ejemplo. Luego serán testigos de la llegada de una masa de refugiados y vivirán violaciones, suicidios. Una película terrible, pensé, sería terrible que pasara algo así.



Claro, luego me di cuenta de que eso está PASANDO AHORA, pero no nos importa mucho, porque las víctimas no son europeos ni estadounidenses. Pero el terror existe en los campos colombianos, en las llanuras de Sudán, y por cierto en uno que otro país balcánico. Nosotros apenas vemos de eso unos segundos en la televisión y Hanneke se encarga, con esta obra, de recordarnos lo que está pasando en algunos puntos del planeta, aunque no queramos verlo.

JUEVES

Últimamente me resisto a ver cosas de Hollywood y evito los productos estadounidenses en general. En su momento fui capaz de ir a ver "La Roca" (Sean Connery, Nicolas Cage), pero ahora soy cada vez más intolerante con las cosas provenientes del país de Mr. Bush. De hecho cuando tenía 14 años, mi amigo Gabriel Palacios y yo juramos que nunca pisaríamos un Mc Donald's, a objeto de mostrar nuestro rechazo al imperialismo yanqui. Un tiempo después, una chica lo invitó a un Mc Donald's, así que ahí quedó mi socio Gabriel. En fin. Igual me siguen encantando Woody Allen, David Lynch, Gus van Sant (por cierto, su película "Elefante" es absolutamente hermosa).

El jueves en el Abasto daban "Red Hollywood", un documental estadounidense de Thom Andersen (que presentó la película) y Noël Burch, sobre los directores y guionistas de Hollywood que sufrieron la persecución del macartismo en los años 50. Nos muestran trozos de esas películas de esos creadores perseguidos, y de paso desnudan al Hollywood de aquella época. Señalan, por ejemplo, que salvo en una película (UNA SOLA película), Hollywood nunca mostró una huelga de trabajadores como algo justo. Habla de la marginación de las minorías (negros y latinos). Nos recuerda a aquellos que pagaron con la cesantía e incluso la muerte la fidelidad a sus ideas (suena poético, lo fue menos). Lo interesante es que muchos de los entrevistados -hoy viejos adorables, muy ancianos- siguen señalando su repulsa frente al capitalismo y su creencia en la necesidad de crear otro tipo de sociedad. Viejos lindos, como diría la Clau. Hay que hacerles un monumento a estos viejos. Honor y Gloria a los Diez.

VIERNES

El viernes fue mi último día, y yo lo sabía (el sábado me perdí “La pelota vasca”, que tenía anotada como imprescindible. Será en otra oportunidad). Es que los fines de semana trabajo en un hotel y no puedo ir al cine. Pero el viernes sí pude.

Vi “El amor, primer parte”, una cinta argentina filmada íntegramente en cine digital, por cuatro jóvenes directores: Alejandro Fadel, Martín Mauregui, Santiago Mitre y Juan Schnitman. Obviamente el primer mérito (creo) es que no se nota que son cuatro directores.

“El amor, primera parte” es una película muy simple y divertida, por cierto, sin mayores pretensiones. Cuenta el inicio, desarrollo y final de una historia de amor que transcurre en Buenos Aires a principios del siglo XXI. Prácticamente con sólo dos actores, Leonora Balcarce y Luciano Cáceres (dos buenos actores, sobre todo ella), repasan el sexo, las dificultades de la convivencia, la rutina, siempre sin caer en la solemnidad y manteniendo el buen humor.

Ah, los argentinos...

Con Silvio en la Plaza de Mayo

31 de mayo

LE DIJE A Clari que fuéramos a la Plaza de Mayo. El gobierno había organizado un acto con artistas como Víctor Heredia, Luis Eduardo Aute, Silvio Rodríguez y Charly García para celebrar un nuevo aniversario de la Revolución de Mayo de 1810 y el primer año del gobierno del presidente Néstor Kirchner.

Antes de salir preparamos un mate para llevar: agua caliente en el termo, una cuchara, la bombilla, el matecito, azúcar en un frasco de vidrio y mate en otro, todo en una mochila.

Era un día horrible, gris, con llovizna. Hicimos los arreglos para juntarnos con dos amigos más: Roberto, un ingeniero que trabaja en Ford, y Amanda, una chica de Estados Unidos que vino a vivir por un año a Buenos Aires. El punto de reunión: el Musimundo de Florida y Avenida de Mayo.

Salimos atrasados, como siempre. En un negocio cerca de Corrientes, Clari compró dos escarapelas con la bandera argentina. Me colocó una en la solapa. “Pero yo soy chileno”, protesté. “Hoy es el Día de la Patria”, me respondió.

Luego nos tomamos el Subte B, en la estación Malabia. Nos enteramos de que entre 16 y 19, el servicio sería gratuito. El vagón iba repleto, muchas familias. Nos bajamos en Carlos Pellegrini y caminamos por Diagonal Roca. Había una lluvia finita que a ratos se hacía más gruesa y luego desaparecía. Venía y se iba... y volvía.

En el Musimundo nos encontramos con Amanda y Roberto, que no se conocían. La Avenida de Mayo estaba hecha una peatonal, había muchísima gente. Numerosas familias hacía colas frente a unos puestos del Ejército, donde soldados desarmados repartían gratuitamente chocolate caliente. Las veredas, en tanto, estaban llenas de artesas y vendedores ambulantes que vendían toda clase de chucherías, brazaletes fosforescentes, bebidas en lata.

Lentamente comenzamos a acercarnos hasta el escenario, pero hubo un momento en que ya no se podía caminar más. Estaba tocando “Falta y resto”, una agrupación uruguaya que canta temas antiimperialistas. Había mucha bandera argentina con el rostro del Che. En los intermedios, el locutor le decía al público que no se amilanara ante la lluvia. “¿Cuándo ha habido un 25 de mayo sin lluvia?”, preguntaba.

Al final quedamos al costado derecho del escenario, frente al edificio de la Afip y el Ministerio de Economía. Roberto me decía que había partes de los edificios que rodeaban la Plaza que aún tenían las huellas del bombardeo que sufrió el lugar en junio de 1955, en una intentona militar contra el gobierno de Juan Perón. Le dije que hace algún tiempo había visto las imágenes de ese ataque y me aterraba lo similares que eran con aquellas de La Moneda bombardeada en 1973.

Cantó Víctor Heredia. Roberto me dijo que era todo un símbolo que tocara en la Plaza, tomando en cuenta que tiene una hermana desaparecida. Luego fue el turno de Aute, un cantautor español del cual no conozco una sola canción. Peor estaba mi amiga Amanda, que ni siquiera sabía quien era Silvio. “Una especie de Bob Dylan cubano”, le dije. “Es muy popular en América Latina, en Chile estaba prohibido durante la dictadura”.

Sacamos el termo y empezamos a tomarnos el mate. Le ofrecimos a Amanda, aceptó, le gustó. Amanda es de Nueva York y gracias a un crédito y una beca estudió Economía en la Universidad de Boston. Se crió en Queens, hija de maestros, y luego de egresar trabajó en una oficina de la Deutsche Bank en un edificio que quedaba justo al frente del World Trade Center. Nos contó que el 11 de septiembre de 2001 estaba allí cuando impactó el primer avión. Salió de su edificio, empezó a caminar hacia el sur, vio cuando se derrumbó la segunda torre. Recuerda que durante las tres horas siguientes al atentado no había transporte público y ella estuvo deambulando de un lado a otro, como un zombie, sin saber bien qué hacer. Luego se enteró que su edificio fue aplastado por las Torres.

En fin. Terminó Aute y nosotros seguíamos allí. Cada vez más gente. Algunos adolescentes se habían subido a los árboles y los semáforos. Delante, junto y tras nosotros los argentinos, mujeres jóvenes de ojos verdes, mujeres pobres con hijos en brazos. En un momento llegó Pablo, un amigo al que doy clases de alemán, con su novia, que está terminando Periodismo en la UBA. Increíble, había cincuenta mil personas en la Plaza y nos encontramos con Pablo y su novia. Estuvieron un rato y luego se fueron, querían acercarse más al escenario.

Y bueno, tocó Silvio. ¿De donde conozco a Silvio? La primera canción que escuché de él fue “Óleo de una mujer con sombrero”, en 1988. Yo tenía doce años y vivía en Bogotá, y una prima había dejado olvidado en nuestro departamento de la Calle 80 y avenida Boyacá un cassette con temas suyos y de Pablo, Mercedes Sosa, Piero, León



Gieco. Me gustó mucho esa canción, "Óleo". En 1990 llegué a vivir a Chile y dos años después lo vi en un concierto en el Estadio Santa Laura. No recuerdo con quien fui. Tal vez con Gabriel, mi gran amigo, tal vez con Vania Amigo, una retornada que solía visitar en Conchalí. Esa vez Silvio cantó un tema nuevo, que no conocíamos. Era a propósito de la caída del Muro de Berlín, el fin de las utopías, el auge del neoliberalismo. Mucha gente pedía el fin del socialismo en Cuba. Silvio cantaba: "Me vienen a hablar de tanta mierda... yo no sé lo que es el destino, caminando fui lo que fui... yo me muero como viví".

Y bueno. Doce años después lo volví a escuchar. La gente gritaba: "Cuba, Cuba, Cuba, el pueblo te saluda", y "A saltar, a saltar, el que no salta es militar". Silvio fue generoso: cantó "Sueño con serpientes", "Playa Girón", cantó "Óleo" y cinco o seis canciones más. Con una boina, porque hacía mucho frío, un frío que nunca hace en La Habana. El público lo hizo volver dos veces. "No se va, Silvio no se va, Silvio no se va, Silvio no se va". El acto terminó con Charly, haciendo una versión acústica del Himno Nacional, y luego destrozando su guitarra eléctrica. Entonces nos fuimos...

Postales de Buenos Aires III

5 de julio

1.

HABLANDO DE "FRIENDS", Amanda, una amiga estadounidense, dice que la vida en Estados Unidos no es como la pintan en las series estadounidenses. Dice que se ha dado cuenta de eso en Argentina, donde la vida no es como la pintan en las series argentinas.

2.

Hace diez años murió Charles Bukowski. Lo adoré desde el principio, aunque no recuerdo cuál fue el primer libro suyo que leí, ni quien me lo prestó. Sus libros se me confunden, aunque hay uno que recuerdo muy bien: "Mujeres". Bukowski es una masa, como dicen en Argentina, es del putas, como dicen en Colombia, es el descueve, como dicen en Chile. Yo nunca conocí a Bukowski. Quien sí lo conoció y estuvo una noche tomando vino con él fue Poli Délano. Bukowski le dio la mano a Délano, y luego Délano (con quien estuve en un taller literario hace algunos años sin mayor éxito) me la dio mí, así que indirectamente le di la mano a Bukowski.

3.

Los últimos días en Buenos Aires han sido grises, muy grises. Llevo tres días alternando entre pizza y comida china, pizza y comida china. Me da lata preparar comida, calentar el arroz, lavar la loza. Nadie me llama por teléfono, nadie me escribe. El domingo por la tarde escribo cinco o seis mails para ver si alguien se acuerda de mí.

4.

La semana pasada hubo un ciclo de cine sobre Alemania del Este en el Goethe-Institut. Como nací y me crié en Alemania Oriental, fui. Empezó el martes con "Abschied von Bückow", una cinta sobre los últimos días de vacaciones de Bertholt Brecht. Brecht rodeado de sus mujeres (entre ellas (a) una ex amante alcohólica y destrozada, (b) su esposa, (c) una transcritora fiel y (d) una joven y guapísima actriz quien heredará su casa de verano) a orillas de un lago hermoso de cincuenta kilómetros de Berlín, ya bastante enfermo, incapaz de follar siquiera (en esto último puedo equivocarme), dando refugio a un



perseguido del régimen estalinista. (Dado como están las cosas, los críticos de Honecker tenían algo de razón). Brecht, el semidiós, el falso proletario (creo que la descripción que hace de él en “Intelectuales” el historiador Paul Johnson es bastante acertada), el ya clásico de la literatura alemana.

El miércoles siguió “Die Polizistin”, que cuenta las a y desventuras de una mujer policía recién graduada que llega a trabajar a una comisaría de Rostock, ciudad de Alemania Oriental a orillas del Báltico, donde tendrá que lidiar con los problemas sociales que dejó la reunificación de 1990 (desempleo, cuentas que pagar, inmigrantes ilegales). Follando con su compañero de trabajo y un ex marinero ruso que se dedica a robar supermercados y asaltar estaciones de servicio para conseguir dinero y así poder pagar la gira de estudios de su hijo.

El jueves no fui porque tenía que dar una clase de alemán y bueno, me gano la vida con eso.

Pero el viernes sí. Daban “Berlin is in Germany”. Hace dos años yo estaba en Berlín y justo estaban dando esa película y nunca la fui a ver (un día debo hacer una lista de las películas pendientes. Encabeza “El padrino”). Y bueno, el viernes finalmente la vi. Como (casi) siempre en la vida, sólo era cuestión de tiempo. Trata sobre un tipo que cae en cana poco antes de la caída del Muro de Berlín y sale de prisión once años después. Se va a Berlín a buscar a un hijo que no conoce y a reencontrarse con viejos amigos: un cubano que maneja un taxi y escucha “Sonido Tres”, un ex proletario de la contru convertido en cesante crónico y un cincuentón ruso que maneja un porno-shop. De paso conoce a una jovencísima (y obviamente hermosa) croata-ucraniana nacida en Viena dedicada al striptease en el Berlín post-reunificación, se reencuentra con su esposa, se emborracha, tiene problemas con la policía y golpea a un grupo de molestos neonazis (no necesariamente en ese orden, claro).

Las imágenes de Berlín me dieron nostalgia de Berlín.

En cuanto a la concurrencia, debo decir que fue impresionante. La cola para entrar se empezaba a formar una hora antes (la función empezaba a las 19.30). La mayoría de los espectadores eran, por cierto, jubilados, pensionados, viejos. El último día me puse a discutir con uno. Le dije que ya no iba a ver películas de Hollywood (omití que exceptúo a Allen, Tarantino, Lynch, van Sant). Me dijo que eso estaba mal y que hay que estar abierto a todo. Le respondí que prefería dar mi dinero a otros realizadores. Que sabía que era una actitud bastante adolescente, pero...

Honor y gloria a Raymundo

12 de julio

EL OTRO DÍA fui a ver “Raymundo” (2002), un documental de Virna Molina y Ernesto Ardito sobre el cineasta argentino Raymundo Gleyzer (1941-1976). Carola, una chilena del Partido Obrero, me había enviado un mail avisándome de la proyección en la Facultad de Comunicaciones de la UBA, cerca del Parque Centenario.

Llegué media hora antes. Éramos una mezcla de jubilados, profesionales, estudiantes. Me puse a hablar con Joe, un profesor de historia estadounidense de ascendencia egipcia, que está de paso por Buenos Aires. Joe habló pestes de Bush y maravillas de Michael Moore. Le pregunté cuanta gente como él había en Estados Unidos. “Un dos por ciento, aunque está creciendo”, me dijo. “¿Y no tienes problemas con la policía?” “No, porque a nadie le importa lo que dices”, respondió. Un rato después comenzó el documental, premiado en muchos lugares del mundo, como La Habana y Valdivia (qué ciudades más distintas). Así que era todo Raymundo en la pantalla.

Raymundo, hijo de una familia judía que llegó de Polonia a Buenos Aires. Raymundo que de niño disfrutaba al máximo el mundo y se maravillaba con sus maravillas. Raymundo, que creció entre una y otra dictadura (Revolución Libertadora, Onganía), que estudió Economía y conoció el cine. Raymundo, que viaja al Nordeste de Brasil para filmar la vida de los que no tienen nada.

Raymundo periodista de “Telenoche”, que va a Las Malvinas y filma, como probablemente nunca volvió a hacerlo nadie, la vida de los “kelpers”, esos ingleses que viven en una isla en el fin del mundo, con sus hijos con botas y los perros y la radio en el living, todo un retrato con la música de fondo aportada por “Los Beatles”.

“Raymundo” es un documental sin golpes bajos, por cierto. Donde hablan su madre, su viuda, su hijo, su productor estadounidense Bill Susman (veterano de la Guerra Civil Española), actores, compañeros de militancia. Raymundo que viaja a Europa, que viaja a La Habana, que en México filma “La Revolución congelada”, donde narra cómo el PRI traicionó a los campesinos y terminó aliado de los terratenientes y la burguesía local (la vieja historia orwelliana de “Animal farm”), una cinta que luego sería prohibida en Buenos Aires porque “mostraba la

realidad y eso no nos gusta”, según se quejó ante el gobierno militar de turno un diplomático mexicano.

Raymundo, que se nos mete por los ojos porque siempre estaba sacando fotos de él y su esposa embarazada y luego de su hijo, y de los diálogos con su hijo, todo lo cual termina viéndose en el film. Raymundo que en Argentina filma clandestinamente “Los traidores”, donde retrata a la burocracia sindical peronista que vive en mansiones y vende a los trabajadores a la patronal. (“¿Dónde es la filmación?”, preguntaban los actores. “No sabemos, mañana te pasamos a buscar en tal esquina”). Raymundo y tantos otros que filmaban a la mala, sin plata, en medio de una dictadura, ¡qué huevos tenían! ¡Qué huevos tenía la generación de mis padres!

Raymundo que dice “no creo en el cine revolucionario, creo en la Revolución”. Raymundo, que comienza a militar en el Partido Revolucionario de los Trabajadores, Raymundo que se separa. Raymundo que se va a acampar a la playa (por última vez, sin saberlo) con su hijo y Eduardo Galeano y su hijo (Galeano habla de Raymundo en “Días y noches de amor y de guerra”), Raymundo amenazado de muerte, Raymundo que se va a Nueva York por un mes y regresa poco después del golpe militar del 24 de marzo de 1976. Raymundo detenido poco después de llegar, Raymundo en el campo de concentración “El Vesubio”, Raymundo desaparecido para siempre, hasta hoy, Raymundo olvidado. No me puse a llorar cuando recorrieron “El Vesubio” y recrearon sus probables últimas horas. Lloré cuando mostraron las imágenes de su matrimonio, porque pensé en mi matrimonio. Raymundo tenía 35 años cuando lo mataron.

Raymundo...

Postales de Buenos Aires IV

1 de noviembre

1.

SE CASA UNA FAMOSA de la moda argentina. La fiesta se hace en un salón del hotel Alvear, uno de los más tradicionales y caros de Buenos Aires. Hay mucha comida y mucho alcohol. Los mozos también pasan entre los invitados cargando bandejas con cocaína. El que quiere, se sirve. Los hombres se ofrecen sus esposas, los unos a los otros, y se folla. La fiesta continúa al día siguiente en una quinta en las afueras de Buenos Aires.

2.

Diego va a la cancha de Vélez. Su vida es una mierda. Comparte una vieja casa en el barrio de Flores, las piezas son inmundas, sin luz, el teléfono no funciona por falta de pago. En la sala común hay una computadora donde uno puede programar música. Por lo general se escucha Bob, Peter Tosh, algo de Skatalites. Diego trabaja en un taller de automóviles donde le pagan un sueldo que apenas le alcanza, y además está en negro. No tiene vacaciones.

El padre de Diego, al que él adoraba, murió hace algún tiempo, y sólo dejó deudas. Diego es hijo único y su madre, que vive de una pequeña jubilación, habita un departamento minúsculo en Boedo. El padre se había marchado con otra mujer y tenía otros hijos, y ahora la segunda mujer reclama su parte de la única herencia, el departamentito. Le hace un juicio a la madre de Diego, lo gana. Ahora van a rematar el departamento.

Diego no sabe qué hará con su madre. No puede pagarle el alquiler de otro departamento, porque él apenas sobrevive. Yo siempre le digo que hay que emigrar, irse a España o Italia, pero cuando yo empiezo con esta cantaleta, él sólo se queda en silencio.

Tiene una colección de estampillas (¿todavía hay gente que junta estampillas?, ¡sí!). Hasta que un domingo, Diego va a la cancha de Vélez. Un tipo trata de quitarle el reloj, Diego zafa, pero se le vienen diez encima. Lo muelen a puños y patadas. Unos policías miran el espectáculo desde unos veinte metros. Cuando la golpiza ha terminado, uno



de los canas se acerca y le dice que vaya al baño a lavarse la sangre de la cara. Diego se niega. Al rato ve salir del baño a los tipos que le pegaron. En el taller pide dos semanas de licencia, pero se las niegan.

3.

Voy en el tren a casa. El tren está hasta las manos. Desde Once hasta Floresta estoy pegado junto a tres chicas de secundaria que estudian historia universal del siglo veinte para un examen. Una es bonita, pero es la única que no habla. La segunda le va preguntando a la otra, como tomándole examen. “La Revolución Rusa fue en... “ “1917”. “¿Y?” “Y entonces tomó el poder Lenin, con los bolcheviques, y se instalaron los soviets”. Cuatro o cinco años de baños de sangre resumidos en una frase.

Me imagino cómo estudiarán la historia argentina en treinta años. “En 1976 tomó el poder el general Massera”. “No, Videla”. “Ah, eso, Videla. Hubo una campaña masiva de exterminio. Los mejores cuadros de la Argentina murieron en esos años. Entre 1976 y 1978, todos los miércoles salían aviones del Aeroparque a tirar gente al mar. Eso explica la clase de dirigentes que tuvo el país después”. “¿Cuántos muertos hubo en esos años?” “¿En la última dictadura? ¿Cincuenta mil?” “Te pasaste. Oficialmente hubo diez mil, aunque en aquella época se decía que habían sido treinta mil”. “Ok, entonces diez mil muertos oficialmente, treinta mil muertos... ¿inoficialmente, extraoficialmente?” “Sí”. “Tengo que aprobar, boluda, como sea”.

4.

Una noche regreso de mi trabajo en el hostel a casa. Paso por debajo del túnel de la estación Floresta. Se acabó el sábado, es domingo por la madrugada. Deben ser las dos o las tres. En un edificio de toda la esquina escucho los gemidos de una chica follando. Me paro a escucharlos. Me pregunto por qué siempre se escucha a las mujeres, y no a los hombres. Espero hasta que terminen, luego me voy. ¡Ah, los seres humanos! ¡Tan predecibles! Trato de imaginarme a la pareja: encuentro a las ocho de la noche del sábado. Ver la tele hasta las doce. Luego ir a un boliche cercano, hasta las tres. Y finalmente, al departamento, a follar. No sé por qué me imagino que es la casa de ella. (O no: tal vez simplemente se quedaron follando en el departamento de la chica hasta las tres para DESPUÉS salir. Creo que esto, dado los hábitos nocturnos de los porteños, es lo más probable).

Los otros días, de mañana, camino al trabajo, me fijo en las chicas que salen del edificio, o que toman cerveza a la salida del edificio durante las noches de verano del fin de semana, o que conversan con el conserje al mediodía, y me pregunto cuál de ellas es.

5.

Tengo un sueño con una conocida senadora derechista de mi país. Obviamente no es un sueño erótico. Estamos en algún lugar de Chile, a la orilla de la carretera. Ella está hablando en un teléfono público. Yo estoy impaciente por hacer mi llamada, pero ella echa monedas y más monedas. La miro y le pongo cara de culo, pero ella hace como si nada. En un momento tapa el auricular con la mano y me dice con cara incriminatoria: “¿puede dejar de molestarme? Me parece una falta de respeto”. Y yo le digo: “¿falta de respeto? ¿Falta de respeto?”. Y me salgo de mis casillas. “¿Qué me venís a hablar de falta de respeto, vieja conchetumadre? ¿O se te olvidó el papá que tenís? ¿No estaba tu papá como director de la Academia de Guerra Aérea cuando los señores oficiales de la República torturaban día y noche? ¿De qué me estai hablando? ¿Dónde estabai cuando a las minas le metían ratas en las vaginas? Vieja conchetumadre, agradece que no ponga un combo en el hocico. No te pego un balazo porque no quiero ir en cana, no porque me falten ganas”.

Me despierto del sueño lleno de satisfacción. Luego me pregunto si eso podría ocurrir en la realidad. Concluyo que es imposible. Seguramente nunca anda sola y además, claro está, debe tener celular.



Postales de Buenos Aires V

Diciembre

1.

UN AMIGO DE una amiga de Clari fue a una de esas bodas en Buenos Aires. No sé dónde fue, tal vez en un restaurante de Villa Urquiza, en Tronador y Avenida Los Incas, con un novio recién graduado y una novia rubia guapísima, demasiado bella, tan jovial ese día. Viernes o sábado, no importa, pero fue una fiesta en grande.

El caso es que el amigo de una amiga de Clari se encontró con unos chicos que conocía de la época del secundario del Nacional Buenos Aires (él era de la Tercera División, egresado de quinto del 91, con Vale y Diego y Mati y el Indio), se puso a beber cerveza de lo lindo, lo intentó una vez más con una chica que le gustaba de aquella época, pero que lo rechazaba desde la única vez que habían estado desnudos en un telo y a él no se le había parado de lo ebrio que estaba.

Fue uno de esos fines de semana que Boca iba cuesta abajo luego de la salida de Bianchi, y que River iba cuesta abajo desde la salida de Alfredo di Stéfano. Así que no había mucho que celebrar, pero bueno, el amigo de una amiga de Clari bebió de lo lindo y a las dos de la mañana se fueron todos los invitados del restaurante a unos de esos bares irlandeses del Microcentro. Preguntó a un conocido en el baño si tenía merca, pero se le había acabado, aunque le ofreció el celular de un dealer colombiano disponible las 24 horas. Pero ya era muy tarde, o muy temprano, ya había amanecido, y cerca de las seis o las siete, mientras otros porteños esperaban el colectivo para irse a laborare, el amigo de una amiga de Clari se montó en su Fiat Espacio y se fue a su casa de Caballito, derecho por Rivadavia, hasta que a unas siete cuadras de su casa, pasado Acoyte, doblando en una de esas callecitas de Buenos Aires que tienen ese no sé qué, el amigo de una amiga de Clari le dio de lleno por detrás a otro coche estacionado. El Fiat quedó hecho mierda, claro, aunque a él no le pasó nada grave. Justo había un cana. Él se bajó como pudo del auto y el cana le preguntó:

- ¿Qué pasó?

El amigo de una amiga de Clari se sacó la corbata de la cabeza y respondió, bajito.

- No, tomé demás...

El cana lo miró y le dijo:

- Y bueno, a cualquiera le puede pasar. - Y se fue.

El lunes muy temprano, al amigo de una amiga de Clari lo despertó el teléfono y...

2.

Mark, el alemán, era trabajador social en Wuppertal. Había un chico de 16 años, hijo de italianos inmigrantes, delincuente juvenil, varias veces reincidente. La última vez que lo agarró la policía le dijeron: "bueno, o aceptas un viaje a Sudamérica, para resocializarte, o te metemos en la cárcel". El chico aceptó el viaje y ahí llamaron a Mark. Les dieron un buen billete y les dijeron que se fueran a Chile. Le pidieron a Mark que tratara de resocializar al joven delincuente italiano.

Así que Mark se fue con el chico a Chile, primero a Santiago y luego al sur. En Puerto Montt compraron unas bicicletas y trataron de hacer la Carretera Austral. De día andaban por esa calle de tierra llamada "carretera", de noche acampaban a la orilla del camino. Fueron algunas semanas sin ver a nadie en la Patagonia chilena. Un día les robaron las bicicletas. Entonces regresaron a Santiago.

Se alojaron en un hotel de mochileros israelíes en la calle Rosas. Jugaron pin pon. El chico italiano le contaba a todos que tenía millones de euros, millones de minas, toneladas de merca. A esas alturas, Mark se había dado cuenta de que el chico no era resocializable. Incluso casi los arrestan en una tienda Falabella, donde el chico trató de robarse unas zapatillas. Ahí Mark se pudrió, pensó que no quería pasar algunos días en la Peni (o Reno, como le dicen en el DF) y decidió enviar al chico de regreso a Alemania. Llamó a sus jefes y metió al chico en un avión.

Después se fue a Mendoza, al Festival de la Vendimia. Se sentó en una plaza a tomar cerveza. Al lado se le sentaron dos chicas, y una de ellas dijo: "el que toma y no convida, le sale un sapo en la barriga". Empezaron a hablar, se rieron, bebieron, bailaron. Pasaron unos días hermosos. Ella era actriz y muy joven y tenía un hermano que trabajaba en una fábrica de jeans y al que no le pagaban hace cuatro meses. Él conoció a su familia, una familia humilde de la provincia. Mark se fue a Bolivia, como lo había planificado, pero regresó pronto. Ella quedó embarazada. Entonces se fueron a Alemania. Así, en un vuelo sin escalas, Nancy llegó de Mendoza a Wuppertal.



3.

Juan era de Azul, provincia de Buenos Aires, y laboraba con su viejo en una microempresa. Todo esto sucedió en la época de la convertibilidad agonizante, antes de la devaluación. Un peso era un dólar, pero casi nadie tenía pesos. Todo el mundo tenía lecops o patacones, esos bonos con los que los gobiernos de la provincia de Buenos Aires o Córdoba o Chubut le pagaban a sus empleados, médicos, maestros. Argentina estaba hecha mierda, claro. Había pasado de un país que en 1913 tenía los mismos salarios que Estados Unidos, a una nación arrodillada, cuyo ministro de Economía rogaba por otro crédito al Fondo Monetario Internacional de avenida Pennsylvania, Washington DC, la misma calle de la Reserva Federal y la Casa Blanca. Pero bueno. Juan era de Azul y laboraba con su viejo en una microempresa.

Un amigo de Juan había sacado el pasaporte italiano y se había ido a España por una mujer. Había trabajado en Torrevieja recogiendo manzanas, en Blanes lavando platos, en Formentera pintando paredes. Después la mujer lo dejó y el amigo de Juan se había regresado a Azul, triste pero con un montón de dólares. Tenía los dólares en un colchón. Juan y su amigo acostumbraban tomar cerveza después de jugar fútbol los martes. Todo el mundo se quejaba de que la situación no daba para más, Juan también. El amigo de Juan le decía que se fueran juntos a trabajar a España, que él le prestaba para el pasaje y allá laborando se lo podía devolver, pero Juan dudaba. Dudó hasta que vino la devaluación o “el quilombo”, como le dicen los argentinos. Ahí se terminó de convencer. Le pidió una plata a su vieja y se fue a Buenos Aires, a hacer cola, a la embajada de Francia, para sacar el pasaporte. Así pasó dos, tres semanas.

El 2002 fue brutal, sobre todo junio, cuando la Bonaerense mató a tiros a dos piqueteros de 19 y 20 años en el puente Pueyrredón, en medio de una protesta. Un año y medio después, Juan obtuvo su pasaporte. La noche que les celebraron la despedida cuando regresaban en el auto del amigo de Juan, chocaron a una doctora que salía en su Fiat Espacio al turno de la mañana en el hospital local (ese año hubo más choques que involucraban Fiat Espacio que lo normal). El auto de la doctora quedó hecho bolsa, les hicieron un juicio. La sacaron barata, porque no fueron en cana, pero entre el seguro y los costes del juicio, se les fue la guita para irse a Europa.

Entonces Juan se fue a Buenos Aires, una vez más. Se puso a estudiar Fotografía, alquiló con unos amigos en La Boca, mientras de noche trabajaba en un albergue transitorio.

4.

Miriam, germano-chileno-argelina, y Kristian, luxemburgués-hispano-suizo, se habían conocido en Tanzania, África, donde ella realizaba un trabajo de campo en su calidad de futura antropóloga y él una práctica en una empresa a punto de quebrar en su calidad de futuro agrónomo.

Un día viajaron a Santiago de Chile. Kristian quedó impactado por la falta de encanto de la ciudad, y también por los carabineros, a quienes de allí en adelante llamó “La Gestapo”. Decidieron ir a Buenos Aires, donde Miriam había estado el año anterior, así que alquilaron un auto. Viajaron por el norte de Chile, por el desierto más hermoso del mundo, hasta Antofagasta. Fueron a San Pedro de Atacama, ex lugar de hippies, ahora lugar de moda y carísimo (el síndrome Ibiza) y cruzaron la frontera un día de febrero.

Bienvenidos al Noroeste argentino, donde los niños se mueren de hambre en el país que produce alimentos para 300 millones de personas. Les impresionó la diferencia entre Salta, próspero reducto del gobernador menemista Juan Carlos Romero, y Tucumán, una provincia absolutamente destruida. Allí los paró la policía en la carretera, y cómo la camioneta estaba en perfecto estado y la licencia de conducir de Kristian era internacional, les inventaron exceso de velocidad y les pidieron 100 dólares. No les importó que Miriam estuviese embarazada de seis meses. Kristian empezó a negociar y rebajaron hasta la mitad. Luego se dio cuenta de que no tenía efectivo y ellos le dijeron que en un pueblo cercano había un cajero y que con gusto los acompañaban. Así que viajaron escoltados por los policías hasta el pueblo cercano, hasta el cajero automático, y allí Kristian les dio sus 150 pesos o 50 dólares.

Luego siguieron rumbo a Buenos Aires. Kristian quedó impactado por el encanto de la ciudad. Alquilaron una habitación en un hotel de San Telmo. Miriam se inscribió en un curso de fotografía, en Palermo. Kristian pilló de casualidad (¿alguien me va a decir que existe la casualidad?) que en esos días realizaban la Agroexpo en la Sociedad



Rural Argentina, cerca de la Plaza Italia. Con un amigo chileno vieron "La Ciénaga", una película argentina impresionante, en un cine de Corrientes. Comieron pizza a la parrilla en "1893", renombrado lugar de Villa Crespo. También morfaron en un tenedor libre (chino, claro) de Darregueyra. Miriam tomó fotos... Kristian hizo contactos con los productores de manzanas de La Pampa... hasta que llegó el momento de irse...



Año 2005/2006

Una auténtica tragedia argentina

Enero

TODA LA CUADRA estaba acordonada por la policía. Cromañón queda en Bartolomé Mitre 3066, entre Jean Jaures y Ecuador, y en ambas calles habían puesto vallas metálicas, así que la gente se amontonaba frente a las vallas metálicas. Por el lado de Ecuador, frente a la Plaza Once, al costado de la estación de trenes, había todo un altar improvisado, que la gente miraba en silencio. Fotocopias de fotos de chicos, ahora muertos. Carteles con pedidos de justicia, reclamos, ofrecimientos de ayuda psicológica. Velas, flores (de plástico y de verdad, marchitas), rosarios.

La gente, los curiosos, yo, todos mirábamos todo en silencio, en voz baja. En un cartel alguien escribió: "los hermanos de Colombia están con ustedes, hermanos del Once". Había banderas bolivianas, peruanas, uruguayas, y también, muy chiquita, una bandera chilena. A mí se me llenaban los ojos de lágrimas. Había fotógrafos, camionetas van de Crónica TV y claro, al otro lado de la valla estaban ellos, los policías de la Federal, ocho o diez, mirando el vacío, con los brazos cruzados, en silencio.

El jueves 30 de diciembre, a la noche, en República Cromañón, un ex lugar de bailanta transformado en antro de rock, había un recital de Callejeros, un grupo de Villa Celina, un suburbio de Buenos Aires. Callejeros tiene un hit sonando en la Rock & Pop de Pergolini, y lenta pero progresivamente se estaba convirtiendo en un fenómeno. Sus fans ya venían de Córdoba para verlos.

Callejeros se hizo un espacio en la cultura rolinga argentina, esa tribu urbana cuyos orígenes son los Rolling Stones, una tribu con ropa propia, corte de pelo propio, incluso un andar propio. Uno puede andar por Buenos Aires y decirle a la novia: "ahí hay un rolinga" o "ahí hay una pareja rolinga". Claro, la cultura del rock es tan fuerte en Buenos Aires. No se trata de grupos que aparecen y desaparecen, se trata de un rock mítico, que es capaz de engendrar grupos tan míticos y masivos como Los Redonditos de Ricota, que nunca grabaron en un sello grande y que eran capaces de llenar la cancha de Huracán diez veces seguidas, con fanáticos que los seguían hasta la muerte.

De esa cultura poderosa, cuyos antecedentes de entrega encontramos en Tanguito (la peli), proviene Callejeros, y quien sabe, tal vez esa

noche era su noche de consolidación. Tal vez un brujo le había dicho a un roadie del baterista: “el 30 se van a hacer famosos”, y claro, el roadie estaba feliz, porque después de todo, los artistas quieren ser famosos, aunque sea un poquito. Aunque en la cima no haya nada, como lo comprobó Gustavo Cerati al frente de Soda.

En fin. En Cromañón cabían 1.600 personas, pero aquel jueves había 4.000. Leí que en un baño se instaló una guardería improvisada (después de todo, los porteños llevan a sus chicos a todas partes, incluso de noche. Muchos restaurantes tienen silla para bebés, y algunos caros, una salita para que los niños se diviertan mientras sus padres arreglan el mundo, o fabrican futuros romances, o se dan cuentas de que van cuesta abajo, o a ningún lado, o discuten sobre emigrar a Madrid o quedarse en Mendoza). Lo cierto es que el lugar estaba hasta las manos. Y, como siempre, alguien trajo bengalas.

La cultura rockística argentina, mítica, apasionada, tiene después de todo algo de futbolero. Los argentinos están llenos de pasión, tienen huevos, se lanzan a la vida a boca de jarro (por algo el Che fue argentino, y no chileno, ni mexicano). Y si en la cancha tiran bengalas, en los recitales también. En Cromañón resultó fatal, claro. Cuatro días antes, en otro recital, también se tiraron bengalas, y el techo también amagó con incendiarse, pero los empleados alcanzaron a apagar el fuego. El jueves 30, la banda pidió no tirar bengalas, pero alguien dijo: “ya fue, loco, no rompas”. El techo estaba cubierto de un material altamente inflamable, obviamente prohibido, para aislar el sonido. Las salidas de emergencia estaban con cadenas, para que nadie entrara sin pagar. Omar Chabán, dueño del local, había dicho hace algún tiempo: “la guita te hace frío”, y sí, es verdad. Era mejor meter 4.000 personas que 1.600. Y bueno, ocurrió lo peor. ¿Qué tal si en vez de 4.000 chicos hubiera habido 1.600? ¿Qué tal si las salidas de emergencia hubieran estado abiertas? ¿Qué tal si el techo hubiera sido de material de calidad, no inflamable? Nada de eso sirve ahora. Como dicen los peronistas: “la única verdad es la realidad”. Y la realidad es que había 4.000 personas, las salidas estaban con cadenas, y se desató un incendio.

Hace un mes, una amenaza de bomba obligó a desalojar el estadio Santiago Bernabeu, con cincuenta mil personas en su interior, cuando el Real Madrid terminaba un partido. En cinco minutos el estadio se vació. No hubo corridas, ni estampida, la gente salió por los accesos. ¿Qué hubiera pasado en la Bombonera? ¿En el Maracanã?

Alguien le dio 300 mangos a un inspector municipal, y después el inspector dio el visto bueno a la habilitación técnica del boliche, o de la escuela, o del restaurante, o del supermercado o del taller mecánico. O tal vez le dio una luca, quien sabe. Tal vez la hermosa casa en mi esquina es de un inspector municipal, o tal vez de un comisario, o un juez: no lo sé. En 1993, en Vicente López, hubo un incendio en la discoteca Kheyvis. Murieron 17 chicos. Once años después, luego de una condena inicial, los acusados apelaron a la Corte Suprema de la Provincia de Buenos Aires, que aún no se pronuncia al respecto. El jueves 30 murieron la madre del baterista, la esposa del manager de Callejeros...

Como escribió Página 12, buscando responsables: un empresario irresponsable + gente insensata tirando bengalas + falla en los controles estatales = muerte de 175 personas. 175 personas con sueños, anécdotas, besos de medianoche, conversaciones en un tren, perros, empleos precarios, estudios precarios, vida precaria, sociedad occidental de la cual se quiere escapar con un poco de rock...

Tanfo añado por un poco de marihuana

20 de junio

VIERNES AL MEDIODÍA. Voy caminando por la calle Tucumán, cerca de la Facultad de Medicina, en Buenos Aires. De repente, a media cuadra delante de mí, veo estacionado un coche policial. Un cana conversa con un chico moreno que está bajo el dintel de la puerta de un edificio. El cana tiene una mirada de haber visto muchas cosas feas y de no creer en la humanidad ni en la vida ni en el amor. Una mirada dura, inquisitiva, típica de los policías. El cana me mira. Bajo la vista.

- Cómo vas, ¿bien? - me dice cuando estoy pasando al lado de ellos. Y luego, en un tono un poco más duro. "A ver, mostrame tu documento". Me detengo junto a ellos y saco la billetera. Le paso mi carnet. Lo mira.

- ¿De dónde sos?

- Soy chileno.

Mira fijamente mi carnet y luego me mira a mí.

- ¿Hace cuanto que estás acá, Marco?

- Hace dos años.

- ¿Ah sí? ¿Y a qué te dedicas?

- Soy periodista.

- Ah, un periodista - responde con un poco de aire socarrón.

- ¿Dónde trabajas?

- En una agencia de noticias.

Por lo general nadie sabe qué es una agencia de noticias.

- ¿Has sido detenido? ¿Tenés algún asunto pendiente? - dice, siempre mirándome a los ojos.

- No, nada - le respondo, siempre urgido.

- Quedate ahí, Marco - me dice.

Mientras llega otro policía, mayor. Alcanzo a ver en la placa que es un sargento. Escucho que detrás mío el primer policía detiene a dos chicos que vienen saliendo del colegio. Lo mismo: les pregunta las edades, les pide los documentos. Hay uno moreno, grande y maceado, que tiene 17. El otro, más delgado y joven, tiene 18. "A ver, vos, el mayor de edad", escucho que le dice al de 18. Le pregunta dónde vive. Es de la Boca. Anda con un buzo que dice "Egresados Domingo F. Sarmiento". Agarra su DNI y luego le pasa el documento

y mi carnet al sargento, que regresa a la patrulla. Todo se me hace eterno. La gente pasa a nuestro lado y no nos mira.

Después de un rato, vuelve el sargento. Nos devuelve los documentos. Viene con una planilla y una birrome. Me pregunta mis datos: nombre, dirección, oficio. Hace lo mismo con el escolar. Luego nos anuncia, con voz triunfal, que ellos van a revisar al chico del dintel y que nosotros vamos a ser los testigos. El policía joven interroga una vez más al chico sospechoso.

- ¿Estuviste detenido alguna vez?

- No, sólo una vez, por lo que le dije antes.

- ¿Por qué asunto era?

El chico hace una pausa como tomando aliento.

- Por marihuana - dice en voz baja.

- ¿Y ahora andás con algo?

- Sí - dice resignado.

- A ver, mostrá.

El chico saca del bolsillo trasero un cigarrillo de marihuana y del bolsillo delantero un cubo de yerba prensada, tipo caldo Knorr, y se lo entrega al sargento. El sargento me hace oler la yerba. También al escolar. "Esto lo hacemos para que después no digan que les ponemos diez mil kilos de marihuana", dice.

- ¿Eso es todo?

- Sí.

- Mirá que si no, tenemos que revisarte nosotros. Largá todo.

- ¡Es todo! - asegura el chico.

- ¿Seguro? - le dice el policía, mientras le palpa los huevos y luego las piernas. "Sí, sí", dice el chico.

El sargento empieza a llenar una ficha que dice "Acta de secuestro". En un espacio en blanco describe lo que acaba de entregar el chico. Escribe "enbuelto", así, como "b", y "un cigarrillo de lo que parece ser marihuana". "Porque eso tendrá que determinarlo el perito", me dice. Después nos hace firmar: primero yo, "el periodista", luego el escolar. Miro al escolar, que me responde con una mirada de "uy, qué bajón". Todo por un poco de marihuana.

El chico empieza a protestar, mientras entrega su billetera con los colores de River.

- A mí me joden por un poco de yerba y los chorros andan libres por la calle.

- Pero qué querés, es un delito.

- Yo soy un laburante, voy al trabajo. Si llego atrasado me largan.

El policía lo ignora.

- A ver, ponete contra la pared, que te vamos a poner las esposas.

En eso viene un tercer policía, un agente, recién salido de la Escuela. Todavía tiene la mirada limpia. Le coloca las esposas. Luego el sargento le pasa la planilla y el agente nos pide a los testigos que nos acerquemos. En nuestra presencia empieza a leerle los derechos.

- En conformidad con el artículo 184, inciso b... - y así. Una perorata de artículos ininteligibles. Lee con un tono monocorde... "en caso de no tener abogado, el juez le designará uno de oficio..." y así. Yo no miro al chico.

- Bueno, muchachos, ahora nos vamos todos a la comisaría - anuncia el sargento. Al escolar y a mí nos asegura que el asunto no tomará más de media hora.

- Por favor sáqueme las esposas. No quiero que la gente me vea así - pide el chico.

- Llévatelo al coche - le ordena el primer policía al agente. Se lo lleva. En eso llega un segundo coche. Bajan dos policías. Uno de ellos es muy rubio y podría ser holandés. Pienso en sus abuelos holandeses apiñados en el barco, llegando a la Argentina un día soleado de 1920, cuando acá los salarios eran los mismos que en Estados Unidos. "Estos son testigos", les dice el sargento. Luego le pregunta al chico de 17 si quiere acompañar a su amigo. Le dice que sí. Nos subimos los tres en la patrulla, con los dos policías. El escolar dice, casi excitado: "¡Mi primera vez en una patrulla!". Está relajado. Yo estoy nervioso. El holandés maneja.

En cinco minutos llegamos. Es la Comisaría 5ª, en Lavalle al 1900, a una cuadra y media de Callao. Nos dejan en la guardia. Otra media hora. Hay bastante gente. Una mujer, con un bebé, que declara amenazas del marido. Otra señora viene a denunciar el asalto de su pequeño minikiosko. Describe a los asaltantes. En la pared hay fotos de policías, gordos, cincuentones, de uniforme.

Finalmente, el sargento nos lleva a una oficina, donde nos presenta al principal X. "¿Cómo están, muchachos, bien?" Es amable. Sentado en una computadora, el principal llena una ficha con nuestros datos. Esta vez incluso me preguntan los nombres de mis padres. Luego redacta una "declaración de testigos". Nos pregunta qué se decomisó al muchacho. Nos pregunta de qué bolsillo sacó el porro. "Del izquier-

do trasero”, dice el escolar. “Bien, este podría ser un buen policía”, dice el sargento, en tono cómplice. Luego todo se imprime, leemos la declaración y la firmamos.

Después, a la salida, pienso que cuando sea viejo voy a poderles contar a mis nietos esta anécdota como algo típico de principios del siglo XXI, cuando la marihuana aún estaba prohibida. “¿Estaba prohibida, abuelo?”. “Sí, estaba prohibida”. “Qué ridículo”. “Sí, la verdad es que era ridículo”. Ridículo como la Prohibición del alcohol de los años 20, que creó la mafia en Estados Unidos, y que continúa hoy con la prohibición de las drogas, también ridícula, que inventó la mafia colombiana, afgana, rumana, china, rusa.

Policías, coches, dinero y tiempo desperdiciados. Todo por un poco de marihuana.

Postales de Buenos Aires VI

Noviembre

1.

TERMINÉ LA CLASE de alemán y me fui a la estación de Villa Urquiza. Era viernes por la noche. Saqué un boleto para Retiro. Estaba terminando el invierno. Había poca gente en los andenes. Al frente unos cartoneros esperaban el Tren Blanco. Tenían los carros llenos. Tomaban gaseosa de una botella desechable. Todos usaban buzos y zapatillas, contaban chistes y se reían.

Pasaron diez minutos y finalmente llegó el tren. Me subí a un vagón casi vacío. Me senté en unos de esos asientos individuales. Al frente estaba sentada una chica veinteañera, morena, con una especie de bastón en la mano. Miraba por la ventana. Tenía unos lindos ojos negros. Se parecía a Agustina Echarri.

En Luis María Drago se bajaron algunas personas y subió una chica fumando. Estaba vestida de rapera, tenía un jockey que no dejaba ver bien su rostro. La rapera vio a Agustina de lejos, le hizo una señal y luego vino a sentarse junto a ella. Era muy joven, seguro tenía diecisiete o dieciocho años. Pensé en pedirle que apagara el cigarrillo, pero supuse que me iba a mandar a la mierda, a decir que era un amargo, así que me quedé callado. Yo estaba por cumplir treinta años, pero aún me creía joven, y no quería pasar por viejo culiao.

- ¿Qué hacés? ¿De dónde venís? - preguntó la rapera.

- Estaba en clases de árabe.

- Ah, ¿estás en danza?

- Sí, hace un tiempo ya. Son distintas cosas, también con el bastón. Y le mostró el bastón.

- Ah, qué entretenido.

- Sí, la verdad, me hace bien.

- Yo hace un tiempo estuve pensando en hacer, pero no me animé.

- Está bueno, además no es tan caro.

- ¿Vos cuanto pagás?

- Doce por semana, pero por dos horas.

- Vale la pena.

- Sí.



Hubo una pausa.

- ¿Y cómo andan tus cosas? - preguntó la rapera.

- Maso, recién estuvo en lo de mi ex.

- ¿Qué pasó, boluda, cortaron?

- Sí, hace dos semanas. Fue re feo. Me dijo que no se sentía bien, que esto y lo otro, y al final resultó que había conocido a otra piba...

- ¿Y vos la conocés?

- No, no sé quien es, parece que la enganchó en el laburo.

- Qué bajón.

- En realidad primero me dijo que estaba confundido y estuvimos dos semanas sin vernos. Luego nos juntamos un miércoles y estuvimos juntos en su casa hasta el domingo, y ese día a la noche me dijo que no estaba seguro de seguir.

- Qué garrón, qué hijo de puta, después de pasar todo el fin de semana juntos. ¿Vos que hiciste?

- Y lo mandé a cagar, le dije que no estaba para jueguitos. Cinco días a los besos y luego me dice que no sabe...

- Qué horror. A mí me pasó algo parecido, boluda, con un pibe que conocí hace un tiempo... - dijo la rapera.

- Pero no es lo mismo, yo estaba de novia hace más de dos años - protestó la Agustina, casi enfadada.

- Ya sé, pero fue algo parecido. Era un pibe que veía los fines de semana, transábamos y ya está. Hasta que un sábado me lo encontré con otra piba. Lo enfrenté y no nos hablamos más, lo mandé a la puta que lo parió. Con razón yo le había estado mandando mensajes por el celu y él no me los respondía...

- Y es una mierda.

Hubo un silencio.

- ¿Pero vos cómo estás ahora? - preguntó la rapera.

- Y mal, voy a necesitar un tiempo para recuperarme - dijo Agustina.

- ¿Y sabés si sigue con la otra minita?

- No sé, la verdad...

Y Agustina lanzó un suspiro.

2.

Saliendo del edificio me encuentro con Héctor, un vecino. Es un ingeniero de sesenta años, ya jubilado, que vivió mucho tiempo en Estados Unidos y volvió hace poco. Allá trabajó, crió a sus hijos. Laburaba en el aeropuerto de Los Angeles, California. Tenía una pequeña empresa,

sus empleados eran inmigrantes, casi todos latinos. Después del 11 de septiembre de 2001 todo se fue al carajo. “Unos días después de las Torres echaron a tres mil empleados del aeropuerto”, me contó una vez. Tuvo que cerrar y volver.

Hoy me cuenta que después de unos trámites en el centro se fue a Avellaneda, en otra época la ciudad industrial de Buenos Aires, a ver si enganchaba un trabajito para hacer unos pesos extra. “Me hizo mal, me dieron ganas de llorar”, me dijo. Claro, en su época Avellaneda era un bullicio de gente que entraba y salía de las centenares de fábricas y talleres que funcionaban día y noche. Hoy es un cementerio de edificios vacíos. “Los negros de las villas se afanaron todas las chapas”, me dice con tristeza.

Me dice: “en mi época se contrataban aprendices. Eran pibes recién salidos del secundario, que llegaban a la fábrica y allí otro más viejo les enseñaba el oficio. Con los años los pibes iban ascendiendo en los escalafones, y luego le enseñaban a otros pibes, y así”.

Después llegó el neoliberalismo y todo se fue a la mierda.

Primero fue la apertura económica vía reducción de aranceles del ministro de Economía José Martínez de Hoz, en el 76, tras el golpe militar, que permitió el masivo ingreso de importaciones baratas. Luego, en los 90, la convertibilidad, con el peso sobrevaluado, hizo el resto: era más barato importar que producir. Miles de fábricas cerraron. En 1991, cuando empezó la convertibilidad, el desempleo era de 5% y la pobreza de 15%. En 2001, cuando terminó, el desempleo era 18% y la pobreza había trepado hasta 40%. En 1974 Argentina producía el 95% de lo que consumía; hoy es el 65%. En ese lapso los empleos industriales bajaron de 1.500.000 a la mitad. “No sé como al hijo de puta de Menem no lo han cogido y colgado de un poste”, me dice Héctor.

3.

Me llama un amigo colombiano. Es ingeniero, está en Buenos Aires estudiando una maestría, pero no consigue trabajo. “Volver a Colombia sería un fracaso”, me dice. No sabe qué hará cuando termine sus estudios, en unos meses, ni qué rumbo tomará su vida. Le digo que vayamos a almorzar algo.

Lo paso a buscar a la pensión de Carmen, una chilena que se vino de Antofagasta hace veinte años, en San Telmo. Viví un mes en aquel lugar. Allí conocí a Lucio, un italiano de 24 años y éxito con las minas,

a Rodrigo, el hijo de Carmen, a Cristián, alias “Bronto”, un contrabajista ariqueño que toca junto a un violinista cubano y un argentino de Misiones en un trío llamado Aché Tango (los escuché el otro día en un bar del centro. Tocaron “Romance de barrio”, de Aníbal Troilo, y casi me puse a llorar).

Nos fuimos a un restaurante peruano que conozco cerca del Abasto. Estaba lleno. Pedí lo de siempre: arroz chaufa de pollo. Hablamos de mujeres. De las chilenas, que se hacen las difíciles, incluso cuando ya están en la cama. De las colombianas, tal dulces y agradables, que parecen fáciles de entrada, pero a las que hay que endulzarles bastante el oído. De las argentinas, que dicen que no cuando quieren decir que sí, pero que cuando van al grano, van al grano.

Después nos fuimos a caminar por Corrientes, por Once, el barrio textil por excelencia. Siempre me he preguntado de dónde sale el dinero para sostener todas aquellas tiendas de ropa, mercerías, tiendas de artículos de cuero y ropa interior, por cuerdas y cuerdas y más cuerdas. Las veredas estaban llenas de gente, la primavera haciendo estragos con sus flores en faldas y remeras.

Le dije que nos fuéramos a caminar por Puerto Madero. Nos tomamos el subte y bajamos en Alem, la última estación. Llegamos hasta los diques y nos adentramos en este barrio, el más nuevo y el más caro de la Capital Federal. Siempre hablando. Nos sentamos en la Costanera, frente a la Reserva Ecológica, pedimos unas sándwiches de bife chorizo, y unas gaseosas. La carne estaba tiernita. Era un día hermoso: tibio, sin viento, y el cielo despejado.

Ahí hablamos de la emigración. Dos bogotanos hablando de irse del país frente al Río de la Plata. A él, luego de terminar su carrera y no encontrar laburo, le entró la desesperación por irse de Colombia. ¡Conozco tan bien ese sentimiento! La patria cayéndose a pedazos, la patria que ofrece trabajos con superexplotación a cambio de migajas mientras las mismas siete familias de siempre gobiernan el país como una hacienda, y uno yéndose a Estados Unidos o Europa porque busca algo mejor. La riqueza del Primer Mundo, también conocida como “efecto llamada”. “¿Vos querés lo mejor para tus hijos?” “Sí”. “Entonces entendés por qué me voy, o por qué me vine”. O: “si supieras de donde vengo, entenderías por qué me fui”.

En Colombia, él primero averiguó para irse a Nueva York o Miami. Allá tiene familiares. Dos millones de colombianos en el exterior, casi todos tenemos un conocido en Florida, Canadá o Madrid (yo tengo

cinco primos en España). También consultó con su hermano, que está con una maestría en Francia. Incluso se sumergió en el mundo de los matrimonios por conveniencia, de las chicas ibéricas que cobran tres mil o cuatro mil euros por un casamiento y el consiguiente permiso de residencia en la Madre Patria.

Pero lo primero que le resultó fue Argentina, y para acá se vino. “Pensé que iba a ser más fácil”, me dijo. A todos nos pasa lo mismo. Yo llegué pensando que en tres meses iba a pegar un laburo, pero me demoré el triple. El ingeniero estuvo postulando hasta de camarero, pero nada resultó. Hay un desempleo de 15%, se entiende. Ahora quiere encontrar en lo suyo, o nada. “Ya pagué el piso”, me dice. Lo entiendo. Y sí, Buenos Aires es una mujer tan hermosa... ¡pero tan difícil!

Radiografía en gloriosos colores

14 de noviembre

El 4 DE NOVIEMBRE, “La Nación” de Argentina publica un artículo titulado “Chile: radiografía de un vecino exitoso”, donde se describe a Chile como un ejemplo para el resto del barrio. Lo leo y quedo indignado. Escribo una carta al director, que “La Nación” nunca publica.

SEÑOR DIRECTOR, DIARIO La Nación: Le escribo a propósito del artículo “Chile: radiografía de un vecino exitoso”. Soy chileno, vivo en Buenos Aires hace dos años, y la verdad es que estoy cansando de la mistificación que se hace de Chile en el exterior. El grado de manipulación que existe en el texto escrito por Carmen María Ramos me parece francamente insólito, y me indigna. Vamos por partes.

La economía chilena exhibe un alto índice de crecimiento, es verdad. Pero si la riqueza generada no se distribuye, ¿de qué sirve? La economía debe estar al servicio de la gente, no viceversa, como ocurre actualmente. Chile es la 16ª nación más desigual del planeta, según el Banco Mundial. El segundo país del planeta con mayor crecimiento en el siglo XX fue Brasil. ¿De qué le sirvió, con el grado de exclusión existente hoy en esa nación?

El artículo parte hablando de un Mercedes que circula por el barrio Vitacura. Luego se habla de la pujante zona residencial de La Dehesa. Permítame decirle que ambos sectores son lo que se conoce en Santiago como “el barrio alto”, es decir, el barrio de las clases adineradas. Sería como escribir un artículo sobre el actual “milagro económico argentino” e ilustrarlo hablando de los cafés de Palermo o Recoleta o Martínez. Y decir que en Vitacura el visitante se siente “más cerca de Nueva York, Londres o Tokio”, sería como decir que uno, caminando por Diagonal Norte aquí en Buenos Aires, se siente más cerca de París que de La Paz, con todo el respeto que me merece la capital boliviana. ¿“Santiagohattan”? Algunos también lo llaman “Santiasco”, por los altos índices de contaminación. Recordemos que hablamos de la segunda ciudad más contaminada de América Latina, sólo superada por Ciudad de México. ¿Altos niveles de consumo? ¿Shoppings repletos? Sí, pero no gracias a altos sueldos, sino al espectacular endeudamiento de los chilenos. Los chilenos deben en promedio el 43 por ciento de sus ingresos. Así, cualquiera consume.

El metro es bueno, sin duda. Pero cuesta \$1,50 (moneda argentina). Un subte con wi-fi, pero sin baños en ninguna estación. En horario peak el boleto es aún más caro. El transporte de colectivos en también es un desastre: buses que viajan con puertas abiertas (si no lo cree, fíjese en la foto de la portada que usó "La Revista"), una vigente "guerra del centavo" (choferes sin sueldo fijo que son pagados por boleto), una ciudad sin paradas numeradas ni Guía T. En Chile no hay subsidios para el metro, ni el tren, ni el colectivo. Todo se paga, y muy caro.

El embajador argentino en Santiago, Carlos Abihaggle, declara: "Tantos años de sufrimiento disciplinaron a la sociedad chilena". También podemos decir que "el proceso" disciplinó a trabajadores, estudiantes, profesionales en Argentina. La cuestión es cómo lo hizo, y el precio que se pagó. Durante la dictadura un millón de chilenos se fueron del país, 30.000 fueron torturados, 3.000 asesinados (todas cifras oficiales). La dictadura de Pinochet, que duró 17 años, fue el gobierno más largo de nuestra historia. ¿Alguien sabe qué impacto ha tenido esto en la salud mental de la población, con consecuencias que perduran hasta el día de hoy? No. En Chile las consultas al psicólogo se dispararon tras la detención de Pinochet en Londres en 1998. Pero la salud no importa, importa la economía.

Pinochet además fue comandante en jefe del Ejército desde 1990, cuando volvió la democracia, hasta 1997, con múltiples conatos golpistas entre medio. (¿Cómo habría vivido la Argentina teniendo a Videla como comandante en jefe de 1983 a 1990, para luego retirarse y asumir como senador vitalicio en su calidad de ex Presidente?) Todo posible gracias a una Constitución que sus asesores redactaron, que impedía removerlo, que fue aprobada en un "plebiscito" sin registros electorales en plena dictadura, en 1980, y que aún está vigente.

Permítame decirle, señor director, que en Chile hay paz, pero es la paz de los cementerios. Es la paz de la impunidad. En Chile sigue vigente la ley de amnistía que Pinochet promulgó en 1978 para evitar ser juzgado. En 1990, Pinochet aceptó irse del poder, pero sólo a cambio de no ser nunca procesado por sus crímenes, y esto se ha cumplido: el juez que quiso encarcelarlo, Juan Guzmán, fue incesantemente presionado por el actual gobierno del Presidente Ricardo Lagos para que lo dejara libre de polvo y paja. Así lo declaró Guzmán en múltiples entrevistas. Y lo lograron: Pinochet nunca pisó una celda, y está hoy libre.

Impunidad, estrés, endeudamiento, contaminación: tal vez por esto

y otras cosas Santiago es la capital con el índice de enfermedades mentales más alto del planeta, según un informe de la Organización Mundial de la Salud (1998).

Este mismo señor Abihaggle habla de que Chile supo “insertarse en el mundo”. ¿Pero qué significa esto? Significa: resignarse al mandato unilateral de Estados Unidos. Significa renunciar a la industrialización y resignarse a ser proveedor de materias primas (el 90 por ciento de las exportaciones chilenas lo son: cobre, frutas, madera, pescado). Demás está decir que la exportación de materias primas es una característica que no ha permitido el desarrollo de ningún país, exceptuando los petroleros. Significa: resignarse al capitalismo, que ha fracasado en toda América Latina (¿o no?).

El señor Luis Ernesto Videla, director ejecutivo de LAN, declara: “La clase empresarial chilena asume riesgos y cuenta con un perfil muy abierto a la competencia. La búsqueda permanente por mejorar y ser competitivo en el mercado, por mérito propio y sin apoyos externos, ha contribuido a este proceso de modernización”. Tal vez debiera recordarle al señor Videla que esa “clase empresarial” es la misma que se benefició del remate de las empresas públicas chilenas durante la dictadura, comprando a precio de huevo compañías estatales que a los chilenos les costó generaciones construir. Esa “clase empresarial” es la misma que fue parte del acuerdo de Pinochet y sus sucesores para impedir que el vaciamiento del Estado fuera investigado en el Parlamento tras la vuelta de la democracia chilena en 1990. La periodista chilena María Olivia Mönckeberg escribió un libro al respecto (“El saqueo de los grupos económicos al Estado chileno”, Ediciones B, 2001). Sobra decir que LAN fue una de las víctimas de esta “clase empresarial”.

¿Sabe la periodista cuántas de las grandes empresas chilenas de la actualidad son fruto del “esfuerzo” de esta “clase empresarial”? Exceptuando la Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones (CMPC), ninguna. Las otras son todas firmas que antes eran públicas. El texto habla de “la promesa de que en quince años Chile será un país bilingüe”. Aquí ha llegado el momento de hablar de la educación chilena. En Chile los colegios públicos, que representan el 90 por ciento de la educación primaria y secundaria total, tienen en promedio 40 alumnos por curso. Cualquier docente sabe qué implica esto a nivel pedagógico. ¿Cómo es la calidad de la educación escolar? Un

indicador: en la universidad sólo el 10% proviene de la educación pública. En otras palabras: estudiar en un colegio estatal en Chile es garantía total del no-ingreso a la educación superior, vehículo de movilidad social, si la hay.

En Argentina las universidades son gratuitas. En Chile, una carrera cuesta 150 dólares mensuales, y el poder estudiar no depende de la capacidad del alumno, sino de si el Estado otorga o no un crédito al estudiante (puede negárselo). Las universidades sólo financian un 30 por ciento de sus presupuestos con aportes estatales, el resto deben conseguirlo en el sistema financiero. Un solo ejemplo: la Universidad de Santiago de Chile (USACH), una de las más importantes del país, está sobreendeudada y técnicamente quebrada desde 2002.

En otra parte del texto la periodista dice: “casi no hay villas”. Claro, si uno va a Buenos Aires y se mueve por Recoleta, Palermo, Caballito, no las va a encontrar. A Carmen María Ramos le faltó ir a Pudahuel, La Pintana, Lo Espejo. Pero parece que no quiso.

El desempleo en Chile es de 9%. ¿Sabe cómo lo miden? Mediante una encuesta: si usted ha trabajado una hora en la última semana, es considerado empleado. Así, cualquiera baja el desempleo.

“El aceptar el lugar que a cada uno le ha tocado, sin resentimientos, genera un clima social muy sano”, dice Patricio Ahumada, directivo de una de las cadenas de supermercados más grandes de Chile. Esto en Chile, donde la movilidad social resulta prácticamente inexistente, quiere decir lo siguiente: yo soy patrón, y lo seré siempre, y tú eres un culoroto, y lo serás siempre. Seguramente la periodista no percibió que en Chile hay, prácticamente, un sistema de castas. Santiago es una ciudad con una segmentación social increíble. Las clases sociales no se encuentran en ninguna parte de la ciudad. Los ricos en el oriente y los pobres en el sur muchas veces no conocen el palacio presidencial de La Moneda, en el centro de la ciudad: los ricos porque en sus barrios disponen de sus shoppings, universidades, supermercados, y no tienen necesidad de ir “al centro”; y los pobres porque simplemente carecen de recursos para el colectivo.

En Chile, señor director, impera el modelo del patrón de fundo que Chile tuvo desde los principios de su historia, donde el amo habitaba en su casa señorial y los inquilinos sobrevivían en barracas al borde de la hacienda, en la tierra del dueño, sin propiedad alguna, trabajando a cambio de la comida. Allende quiso que esto cambiara, pero

Pinochet lo impidió. Por eso algunos hablan de que con el golpe de 1973 empezó la “repatronización” del país. Así, hasta hoy en Chile algunos se comportan como patronos y otros como inquilinos.

¿Este es el país “estrella” de América Latina? ¿El país con mayor cantidad de presos por habitante del continente, sólo superado por Estados Unidos? ¿El país del Servicio Militar Obligatorio donde un conscripto (un pobre, por lo general) se suicida o muere por mes debido a los maltratos? ¿El país de las AFJP (AFP en Chile) que fracasaron, y de tal forma, que una de las iniciativas de la candidata oficialista Michelle Bachelet es una reforma del sistema? ¿El país enemistado para toda la vida con sus tres vecinos porque prefirió unirse a Washington? Por algo Evo Morales dice que Chile es el Israel de Sudamérica.

La periodista afirma que, según “The Economist”, Chile es el país con mejor calidad de vida de América Latina, pero en su informe el PNUD (Naciones Unidas) dice que es Argentina. Cada uno le cree al que quiera. Pero no engañemos a la gente.

Una fiesta de colombianos

Entre Dresde y Buenos Aires, y en medio Bogotá y el Pitalito: el valor de la vida es insignificante y, por lo mismo, la vida es un carnaval en el que como bailas, tiras, pero ojo con que no te tumben...

2 de diciembre

ESE SÁBADO POR la noche nos fuimos a una fiesta de colombianos. Me había avisado mi amigo, el ingeniero bogotano que hace su postgrado en la Universidad de Buenos Aires. Era en la calle Guardia Vieja, a unas cuadras de Medrano Avenue, en un centro cultural cerca del Abasto. La entrada era de 15 pesos, con comida incluida. Me pareció un poco caro, pero Clari insistió y fuimos.

En la entrada nos recibió una pareja muy joven, vestida de traje típico, creo que del Huila o de la zona cafetera. Él nos dijo “bienvenidos”. Ella estaba sentada en una mesita, con una lista y una caja con dinero. Nos preguntó si habíamos hecho alguna reserva. No, no hicimos ninguna. Pagamos. Entramos. Estaba bastante lleno. Las mesas estaban en una especie de hall, al fondo había un escenario. Nos sentamos en una donde había ya varias parejas.

Rápidamente caché que todo era bastante improvisado. Las chicas que servían, vestidas también con trajes típicos, corrían de un lado a otro tomando pedidos. Intenté parar a una costeña muy joven, morenita y sonriente, pero me evadió. Cada tanto pasaba y nos decía “ya atiendo”. Tenía una identificación en el pecho: “Mónica”. Finalmente se acercó a nosotros. “Perdonen”. “Tranquila”. “¿Qué se van a servir?” Las opciones eran tamales o sobrebarriga. Nos decidimos por lo segundo. Clari pidió una lata de cerveza; yo, un vaso de Sprite.

Al rato nos trajeron todo, en unos platos de plástico. Y empezamos a comer...

* * *

La primera vez que llegué a Bogotá tenía nueve años. Pasaría allí los próximos cuatro años de mi vida, pero aún no lo sabía. Yo venía de la desparasitada, limpia e inocua República Democrática Alemana (RDA, de Dresde, para ser más exactos), y aterricé sin escalas en una



ciudad caótica, sucia, hostil, capital de un país con amplias selvas, parajes, ríos, lagos, playas y pueblos abandonados a su suerte, cuyos habitantes -campesinos, vagabundos, integrantes de "grupos ilegales"- eran de cuando en cuando tiroteados por agentes del Estado para avisarles que el Estado efectivamente seguía existiendo. Algunas zonas eran tranquilas (por lo general allí donde no vivía nadie o sólo había indios emberas); otras, donde cada tanto ocurrían masacres, donde los señores oficiales del Ejército de la República decapitaban a sindicalistas con una sierra eléctrica antes de tirarlos al río Cauca, eran lo que en los despachos presidenciales en Bogotá se denominaba "zonas con problemas de orden público".

Inicialmente, recién llegado a la patria de mi viejo, la comida me provocó sucesivas diarreas, las cuales, según concluí años más tarde, terminaron por hacerme inmune ante ciertos bichos (hasta hoy, me parece). La primera descomposición que sufrí fue por lo típico: amebas, unos bichos que viven en el estómago de uno pero que, por una razón que no recuerdo, se activan de mala manera sólo cuando uno llega a Colombia. La gente decía que había que comer piña para apaciguarlas. Tal vez era más grave el que directamente se recomendara no beber agua de la llave (por algo venden agua en bolsas a los viajeros, en Honda o Barrancabermeja). A esto se sumaban cosas que yo nunca había visto ni menos comido: frutas como tomate de árbol, maracuyá, lulo, guayabas, mangos, borojó, tubérculos como la yuca (sin contar los distintos tipos de papa), hasta llegar al plátano frito. A todo esto debió habituarse mi pobre estómago de prepúber, más acostumbrado a cosas más comunes como las peras o las frutillas.

Creo que me vacuné definitivamente en el campo, en el Tolima, donde pasaba largas temporadas de vacaciones en casa de un tío que vivía sin electricidad ni agua corriente (de noche escuchaba los murciélagos succionando las cucarachas de las paredes de madera). La tía me preparaba la comida con todo el amor del mundo, y horas después yo cagaba agua en medio de la plantación de caña contigua a la casa y me limpiaba con hojas, aunque el asunto nunca pasó más allá de eso. Nunca me dio fiebre amarilla, ni tifus ni cólera. Siempre he sido un tipo de suerte (la heredé de mi padre, que se salvó un par de veces de la muerte, y de mi madre, que siempre cae parada).

El Tolima... Una noche de 1985, mi padre y yo, que viajábamos rumbo a su pueblo natal, nos bajamos en una parada que el bus hizo en una

estación de servicio de una ciudad llamada Armero. Hacía un calor sofocante. El aire estaba pesado. Le pregunté a mi padre por qué hacía tanto calor, y él me dijo que allí siempre era así. Me dijo que en Colombia no había estaciones, como en Alemania. En fin. Bebimos algo. Fue todo muy breve. Luego seguimos viaje. No recuerdo haber pasado por Armero a la vuelta. Tampoco sabía (nadie sabía) que faltaban pocos días para que Armero y sus 30.000 habitantes desaparecieran, una noche de noviembre, bajo una ola de barro, y convirtiera el lugar en un gigantesco campo santo.

Simultáneamente al tema de la comida, apenas llegados a Colombia, mi padre me inculcó de inmediato la desconfianza total frente a todos: no se podía recibir nada de nadie, no se debía hablar con desconocidos ni siquiera para dar la hora, y “si al mediodía su abuela le toca la puerta, usted no le abre porque su abuela vive en Chile y por lo tanto no puede ser ella”. Aprendí a darme vuelta en la calle para ver si me venían siguiendo y a sospechar de cualquiera que se acercara demasiado. “Si llaman por teléfono, no se le ocurra dar su nombre, ni su dirección. Tampoco diga su número”.

Lo peor es que nada de esto era exagerado. A la señora Guillermina, que venía a nuestra casa a limpiar y hacernos comida, una noche en la parada se le acercó un tipo y le echó humo de cigarrillo en la cara. Hasta ahí se acuerda: perdió el conocimiento, y cuando despertó aún era de noche pero su billetera ya no estaba (afortunadamente había guardado unas monedas en el bolsillo del pantalón). A un primo del campo, de fiesta un fin de semana en el pueblo, una muchacha que no conocía, y que le hizo ojitos, le dio gaseosa en un bar. Cuando despertó habían pasado tres días, él estaba en la orilla de un camino rural y le habían quitado hasta los zapatos. Recuerdo que en el 2001, cuando fuimos con Claudia de Cali a Bogotá en un bus de Transporte Bolivariano, en la parte trasera de los asientos había un letrero que recomendaba no aceptar dulces, chicles ni nada de desconocidos. Todo esto tiene un nombre: escopolamina. Es una droga que lo convierte a uno en un autómatas. Te ponen eso y te dicen: “anda al cajero y saca todo tu dinero”, y uno va y saca toda la plata. Lo fabrican de una planta que se llama adormidera y que se da en los campos de Colombia. Lo peor es que cuando la víctima se despierta, no se acuerda de nada. En dosis excesivas puede causar la muerte, pero por lo general los ladrones, generosos, saben cuánto darle a uno.

Mi viejo tenía varias frases de cabecera respecto al tema de la desconfianza: “hay que estar siempre atento”, “ojo que lo tumban” y “no dé papaya”, y después aprendí la segunda parte de esta regla: “aprovechar todos los papayazos”, aunque no soy partidario de esto.

En aquella época vivíamos en un “conjunto cerrado”: varios bloques de edificios rodeados por muros y alambradas que nos protegían de la calle, un mundo muy peligroso. Una tarde, un mendigo saltó la reja. Los niños salimos corriendo. Lo echó a tiros un vigilante (los guardias usaban uniforme marrón y siempre cargaban una escopeta). Es que “la calle” era fuente de constantes peligros: púberes y adolescentes desaparecían a plena luz del día, eran violados, descuartizados, aparecían degollados después de un fin de semana de lluvia en tubos de un acueducto que se construía en la Carrera 30. Así que ojo.

Sin embargo, creo que lo que más me impresionó en Bogotá fue ver niños de mi edad durmiendo en las calles del centro. Yo los veía desde el auto de mi tía Rubi, que siempre nos llevaba a comer a “Pizza Nostra” de Unicentro (entonces me acostumbré a pedir con calabresa, o con salami o como lo llamen). Yo no entendía cómo se permitía que un chico pasara la noche tapado por unos periódicos en un portal de la calle Décima (en realidad, sigo sin comprenderlo, aunque ahora me acostumbré y por ende me afecta menos). Claro: yo venía de un país donde los niños eran privilegiados. Como todos, estuve en una guardería desde los tres meses de edad, luego pasé al jardín y finalmente al colegio, es decir, me educó el Estado (socialista, para más remate), y en todos estos lugares recibía en forma sagrada mi almuerzo.

Esos mismos niños ocasionalmente aspiraban pegamento y deambulaban de a cinco o seis, sin rumbo por la plaza Bolívar (son los mismos que aparecen en el video “El señor Matanza”, de Manu Chao), y ya acostumbrados le daban al basuco, la bareta o la perica a conseguir en El Cartucho, una villa miseria ubicada a cinco cuadras del Palacio de Nariño, donde sólo entraba el Ejército. Obviamente en Dresde no se conocía droga alguna. En las escaleras de la estación Bahnhof Zoo, en Berlín Occidental (ese corazón de capitalismo en medio de la Alemania socialista), en los años 80 los niños y las niñas heroinómanos se prostituían en los andenes, se drogaban en los baños y caían muertos en las escaleras sin que a nadie le importara un comino. La gente pasaba al lado y algunos echaban una ojeada, pero no podían llegar atrasados a sus trabajos. Al rato, llegaba la ambulancia. “Que

el estado se ocupe”, parecía ser la consigna. Todo esto se puede leer en “Christiane F.”, un bestseller de aquella época, pero nada de eso sucedía en Alemania del Este, “el primer estado obrero-campesino en suelo alemán” (¿primero y último?). Las drogas más duras eran el jarabe para la tos bebido al seco y una que otra pastilla más difícil de conseguir. Si no me creen, vean “Sonnenallee”, un clásico sobre los 60 que apareció hace algunos años.

Además de estos niños, llamados gamines y, a veces, “desechables”, estaban las putas de la calle Décima, que se paraban junto a las salidas de los cines porno, entre las calles 13 y 19 (¿o era entre la 26 y la 19?). Eran adolescentes de 16 ó 17 años que conversaban en las esquinas, morochas de vestidos floreados y cortos, y cualquiera que viajara en uno de los atestados buses rumbo al centro las podía ver a cualquier hora del día. En Dresde las putas no andaban por la calle: había que ir a buscarlas a los bares de la carretera donde paraban los camioneros polacos, y abordarlas en un rincón oscuro o a la salida del baño.

En Colombia el crimen parecía ser la regla. Había militares que integraban bandas de secuestradores, policías que se iban a medias con los atracadores que “trabajaban” en el Parque Nacional o en la ruta Ibagué-Cali (en La Línea, para ser más exactos), y un innumerable número de malandrines -agentes del Estado y no- que se dedicaban a extorsionar, estafar y matar gente en todo el país. En Dresde nunca leí noticias sobre robos, asaltos, asesinatos en el “Neues Deutschland”, simplemente porque casi no existían. De hecho en Dresde los policías ni siquiera usaban pistola, y a fines de los 70 los colombianos que residían en la RDA morían porque se tiraban del balcón en medio de una depresión causada por un crudísimo invierno, pero invariablemente todos sufrían una muerte natural y a nadie se le ocurría morir a balazos. En Colombia había brutalidad, sí, pero tampoco era siempre. Recuerdo que recién llegado a Bogotá, durante un partido de fútbol en el parque, le dije “malparido” al jefe de la banda, que era una cabeza más alto que yo, luego de que un balonazo me pegara en la cara. Me tiró al suelo y me preguntó si sabía lo que acababa de decir. Era más grande que yo, pero no recuerdo haber sentido miedo, seguramente porque hasta entonces nunca me habían dado una paliza. “No”, le dije, “no sé qué es ‘malparido’”. “Nunca diga algo que no sabe qué significa”, me respondió, y me dejó ir. Él me podría haber roto la cara, pero no lo hizo.

Digamos que entre Colombia y yo no hubo un amor a primera vista. Una noche, regresando de hacer compras, le pregunté a mi padre berreando cuándo nos íbamos a Dresde. Él me gritó y me dijo que me olvidara de Alemania, que no íbamos a volver nunca más a Alemania. Y los niños lloran, pero al final igual se duermen.

* * *

La sobrebarriga estuvo bien, pero duró poco. La comida no es el fuerte de los colombianos. Nos pusimos a conversar con un muchacho sentado al frente. Se llamaba John. Era de Ibagué y estaba haciendo una práctica en una petrolera. Llevaba sólo un mes en la ciudad de la furia y nunca había salido antes del país (eso dijo). Parecía tímido, pero no estoy convencido de que realmente lo fuera. En Colombia muchas veces hay que hacerse el idiota y pasar desapercibido. Es un instinto de supervivencia. Si un sicario mató a alguien al lado tuyo, mientras tomabas un café en la plaza de Tunja una tarde soleada de abril del 97, simplemente no viste nada, ni dirás nada a los sabuesos de la Sijin o el DAS. Recuerdo que la madre de una amiga trabajaba en el Poder Judicial. Siempre estaba ojerosa, tenía una mirada nublada y nunca se relajaba del todo. Una vez le pregunté por qué había tanta impunidad en Colombia. Ella me dijo: “porque cuando llegas al sitio del suceso, aunque sea en medio de 500 personas, nadie vio nada”. ¿Qué quieres que te diga? Lo entiendo perfectamente. En Colombia no hay que meterse en problemas al pedo. “Acá te matan por hacer muecas”, decía mi viejo. El valor de la vida es insignificante (y como es así, la gente vive a full y tiene una energía increíble). La guerrilla, los paracos, los narcos, todos tienen un brazo muy largo. No es “el largo brazo de la ley”: es “el largo brazo de ellos”. A ellos les sobra gente, plata, ideas. A un ex ministro de Justicia, Enrique Gómez Hurtado, le hicieron un atentado en Budapest, a fines de los 80, icuando Hungría aún era un país socialista! Fue insólito, porque si había algo en los países socialistas, era control. (Si hay algo en Colombia, es violencia. Si hay algo en Argentina, es asado. Si hay algo en Alemania, es orden. Y así). Igual: allá lo fueron a matar (lo balearon, pero sobrevivió). ¿En quién vas a confiar? ¿En las instituciones? ¿En la Fiscalía? En Colombia, en la Fiscalía pueden planear el asesinato de una persona. Es verdad que en general los colombianos son buena gente, en un 99 por ciento. Lo que pasa es que el 1 por ciento restante es pesado y

se hace notar, y muchas veces ocupa cargos. Mi padre siempre decía: "acá la única ley que se respeta es la de gravedad". Y hasta por ahí, si no acuérdense de García Márquez y la alfombra voladora de "Cien años de soledad".

* * *

Pero Colombia no sólo fue para mí terror, caos y violencia. Allí también viví mi despertar sexual. Viví el amor, que lo puede anular todo, o casi todo (al menos durante los primeros tres meses). Primero, cuando comenzaron a reiterarse porfiadas manchas blancuzcas en las sábanas. Mi madre me dijo que no lo hiciera más, y yo le decía que sí, pero seguía igual. ¡Era tan rico! Y además las niñas ya me gustaban y pensaba en ellas mientras me tocaba. Cristina se llamaba mi amor platónico en el colegio, pero la que realmente me enseñó a adorar a las mujeres fue Jacqueline.

Año 1989. Yo tenía 13 años, ella 17. Unos pechos gigantes, hermosos. Unos labios... unos ojos grandes y oscuros. Era prima de una prima. Ese junio, con mi hermana y varios familiares, viajamos a Pitalito. Era un viaje de despedida: tras dos años desde la separación de mis viejos, regresábamos a Alemania. Pitalito es un pueblo en el Huila, donde se encuentra el famoso parque arqueológico de San Agustín. En Pitalito siempre hacía calor. Recuerdo la primera tarde, recién llegados, en casa de Jacqueline, hablando de política con algunos estudiantes. Ella me miraba, pero yo no me daba cuenta. Luego llegó la noche. Con mi hermana, otra prima y ella dormimos los cuatro en una habitación. Sólo ella y yo nos quedamos despiertos. Hablamos horas y horas. ¿De qué?, no lo recuerdo. Pero ella se acercaba, muy lentamente, rostro a rostro. ¿Y qué hacía yo? Nada. Seguía hablando. Siempre he sido bastante aparato con las mujeres.

Y luego, por fin, los besos. Besos como nunca los había dado. Con lengua, sin lengua. Eran un vicio, no quería parar. En medio de aquel calor nos levantamos, fuimos a la cocina, bebimos para calmar la sed. Allí la besé con la luz encendida, como para convencerme de que aquello era verdad (era verdad). Ella se reía. Volvimos al cuarto. Se sacó la blusa, azul oscuro (¡hasta recuerdo el color!). Sus pechos, generosos, me los dio a besar, y yo obedecí. Me puse encima de ella y frotaba mi sexo, duro, contra el suyo. Ella se mojó, pero no se quiso sacar el calzón, ni que la penetrara, por miedo a quedar embarazada (me lo dijo. Exhibió un control notable).

Así seguimos los días venideros, siempre a escondidas, a los besos, a las manos. Duró una semana. De noche, en un rincón... y siempre fingiendo frente a nuestros familiares (su madre, mi madre), hasta que llegué al momento de regresar a Bogotá.

Muchos años después se casó con un idiota que trabajaba en computación, de lentes y voz aguda. Seguía siendo hermosa. Cuando le pregunté por qué lo había hecho (“¿por qué te casaste?”, le pregunté una noche de 1995), me dijo que había sido una especie de desafío para demostrarse algo a ella misma. La última vez que la vi fue en 1998. A veces me pregunto dónde está, si seguirá con aquel gorila, si habrán tenido hijos.

* * *

En un momento se acercaron a nuestra mesa dos tipos con disfraz y nos dejaron unos folletos. Uno era anunciando una fiesta para el sábado siguiente, en la Costanera Norte (Pampa y Libertador, creo). El otro era ofreciendo comida a domicilio: patacones, sancocho. A Clari le dije que la bandeja paisa era un plato dietético. John se puso a reír y le explicó lo que lleva: arroz, huevo, cerdo, frijoles, todo en un plato grandísimo.

En Buenos Aires no hay ningún restaurante colombiano, que yo sepa. En Santiago sí había uno, en el barrio Suecia. Era carísimo. Cualquier plato salía una fortuna. El dueño era costeño y su mujer una chilena siempre arreglada y terriblemente falsa. Él bailaba y cantaba (hacía un show a medianoche), mientras ella custodiaba celosamente la caja. En la cocina trabajaba una costeña que tenía una mano increíble, y entre los mozos había un caleño, muy joven y buena gente, y un cuarentón que había trabajado en Israel. A veces la costeña salía de la cocina y bailaba con el caleño y todo el mundo se admiraba de aquella pareja. Después cada uno volvía a lo suyo. A todos los explotaban terriblemente (en Chile explotan terriblemente a todo el mundo, un día la gente va a explotar. Ahora los tienen mansitos y tranquilos porque todos tienen tarjetas de crédito y están terriblemente endeudados, pero un día la burbuja va a hacer bum. Espero no estar allí cuando suceda). La clientela de aquel lugar...

* * *

Una cosa que me sorprende hasta el día de hoy es la vitalidad de los colombianos. Recuerdo, por ejemplo, Cartagena de Indias en diciem-

bre del 95. Yo tenía 19 años. Estaba en la playa, viendo un torneo de volley de playa. Hacía un calor bárbaro y el sol pegaba con todo. Había dos tribunas de madera, una frente a la otra, y estaba comenzando un receso tras el término de un partido. Varios vendedores ambulantes hacían su agosto vendiendo cerveza y agua en bolsas.

Me senté en una banca y un animador con micrófono empezó a alentar y enfrentar a las dos tribunas, que pronto se transformaron en barras opuestas. Empezaron los cánticos y luego todo el mundo empezó a tirarse con bolsas de agua. A mí alguien me pasó una y también me tocó tirar. ¡Y cómo reía la gente mientras todo esto pasaba! Parecía carnaval. Pura felicidad. “Pura vida”, como dicen los ticos. En Dresde aquello habría sido considerado la muestra de una terrible falta de respeto, pero en Colombia era jolgorio puro.

O aquel viernes por la tarde, cerca de la Trece con Ochenta, a la salida de la universidad. Terminaba el semestre. Habían cerrado la calle y armado una tarima y puesto salsa. La orquesta aún no tocaba, pero las parejas ya bailaban en la calle la música que salía de un parlante medio roto. ¡Bailaban en la calle! Y recién eran las cuatro de la tarde...

O aquel sábado por la mañana, llevando unas rosas para mi tía Rubi, a quien me disponía a visitar, y aquellas chicas sentadas en las escaleras de una cafetería gritándome y sonriéndome y preguntándome quién era la afortunada destinataria de aquel regalo...

O aquel novio de Lina, un tipo de traje y corbata, ese sábado por la noche. Yendo de un bar a otro, y él invitando todo, sin siquiera conocernos. A la medianoche comimos unos sándwiches increíbles en un Chuzoperro de la Zona Rosa. Terminamos camino a La Calera, a la salida de un restaurante, en mitad del campo, sentados con otra gente que nunca habíamos visto alrededor de una fogata, bebiendo cerveza...

* * *

Después de la comida tocó un conjunto folclórico. Varios chicos con tumbadoras, una pareja que soplaba unas flautas gruesas y larguísimas. Hicieron música típica de la Costa Caribe. La gente, entusiasta, bailaba. Un moreno cuarentón y bajito se paró en medio del pasillo y empezó a bailar con Mónica, la costeña que servía, y se la llevó hasta la pista para hacerle mover el esqueleto. Era cumbia colombiana, claro, en su estado más puro. Parecido a “Agua”, esa canción de “La tierra del olvido” de Carlos Vives, todo instrumental.



Después, un hombre y dos chicas (una era Mónica) bailaron mapalé. Es un ritmo más rápido que el merengue. África a full, impresionante. Cómo movían las caderas y los pechos, por favor. Miré a Clari y le dije: “una argentina puede bailar salsa, pero una argentina no puede hacer ESO”. Me dio la razón.

También hubo bailes típicos: joropos, bambucos, con dos parejas interpretando ese levante encubierto que es el baile campesino, con coqueteo e histeriqueo incluido...

* * *

Todas esas melodías me sonaban familiares. Mi papá siempre toca bambucos. Allá en Bogotá, los viernes por la noche, se junta con su compadre Alcides y cantan: “lloran, lloran los guadales... porque, también tienen alma... y yo, los he visto llorando...” Papá rasguea el tiple, Alcides hace el punteo con la guitarra. Y se toman una botella de aguardiente Néctar. A Papá se le pone la cara colorada. Entonces llora con facilidad y es cariñoso y me guiña el ojo.

Mi viejo se fue de la casa cuando yo tenía once años. Me dolió cuando ocurrió, claro. Me dejó un vacío en el corazón (recuerdo que una noche tuve una pesadilla: mi viejo nos gritaba con un cuchillo en la mano. Desperté en la oscuridad y me fui a llorar a la cama de mi madre, que me apretó contra su pecho y me decía “ya pasó, ya pasó”). Ahora no lo juzgo. En realidad, es al contrario: lo entiendo. Nunca comprendí bien cómo él y mi madre pudieron estar juntos tanto tiempo. ¡Son tan distintos! Él: música, baile, lectura de diario (un día, en un hostel de Buenos Aires, donde trabajé en octubre de 2001, un húngaro me dijo hablando de España: “los españoles tienen una palabra favorita: ‘mañana’. ¿Hagamos esto o lo otro? ¡Mañana!”). Creo que esto le cabe perfectamente a mi viejo). Lo recuerdo silbando. Mi vieja es todo lo contrario, tal vez por eso se adaptó tan bien al socialismo alemán: es ordenada, disciplinada, planificada. Una ciudadana ideal, un ejemplo. Hay que elegir bien a la madre de los hijos. Hay que elegir bien al padre de los hijos.

* * *

Después del show de mapalé, le tocó al DJ. Salió todo el mundo a la pista. Había más mujeres que hombres. Lo mejor es que no había esa onda decadente de las salsotecas del Cono Sur, ese aire pesado

de levante, donde los hombres van a buscar minas, y las minas van a buscar hombres. No. Aquí sólo había relajó, nadie quería impresionar al otro con un paso de baile. Salsa, merengue, vallenato. Hubo clásicos: "Cali pachanguero" de Niche, un pasodoble de Guayacán, "El preso" de Fruko y sus Tesos, "Llorarás" de Oscar d'León... ¡y a mover el culo, carajo! Me acordé de Astrid, una amiga bogotana que se fue a vivir a Canadá, y que siempre decía: "como bailas, tiras".

* * *

Los colombianos... ¡los colombianos! En el extranjero: los revisan más que al resto, les piden visa para todas partes. "Abra la mochila. Muéstrame el pasaporte. ¿Adónde va?" O directamente los llevan a un cuarto aparte y les dicen: "¿cuanta coca traes?". A un tío mío, hace algunos años, lo pararon unos policías mexicanos con toda su familia en el aeropuerto de Guadalajara. Le pidieron el pasaporte, lo miraron, luego le dijeron que si no les daba 500 dólares le metían droga en la maleta y lo metían a la cárcel. Pagó. O aquel amigo colombiano de Juan Manuel, que visitaba el Museo del Prado en Madrid, y que dejó un instante su cámara en un rincón, sobre un estante, mientras buscaba algo para sonarse: se le acercó un guardia y le dijo "guárdatela porque puede venir un colombiano". No por nada mi prima que se fue a Texas se hacía pasar por ecuatoriana cuando le preguntaban de dónde era. ¿Y en Colombia? También allí los colombianos necesitan visa. Desde ya hay lugares donde no pueden ir (el Urabá, por ejemplo), porque en el terminal los están esperando para pegarles un tiro apenas bajen del bus, sólo por ser un desconocido (¡Y pensar que un amigo argentino, allá por el 97, hizo dedo a Turbo! ¡Y en un bar comenzó a engatusarse a la novia de un paraco!). Viajas de un pueblo a otro, sales de Bogotá y ya comienzan los retenes: que el Ejército, que la Policía, que la guerrilla... Todo el mundo tiene que bajarse del bus con sus cosas, los hombres acá y las mujeres allá, y luego a mostrar la documentación. Abrir la maleta.

Tengo un sueño: un día viajar por Colombia (a la serranía de la Macarena, por ejemplo, al Río de los Siete Colores), y que nadie me pare y me rompa las pelotas preguntándome huevadas. ¡Algo tan simple como viajar por tu país! Ir un día a Puente Nacional, en Santander, donde nació mi abuelo. Pero no puedo ir a Santander. Es "zona caliente", "zona con problemas de orden público". Como me dijo mi viejo

cuando le comenté un día mis ganas de tener una moto: “hay formas más elegantes de matarse”.

* * *

Nos fuimos de la fiesta como a las cuatro de la mañana. Días después soñé con mi tío Jaime, muerto de cáncer el 92. Cuando yo tenía trece años me decía: “ya le están saliendo pelos en las huevas, tiene que buscarse una mujer para hacerle el amor, maestro”. Mi tío Jaime, conduciendo siempre con su sombrero de campesino tolimense puesto, a 20 kilómetros por la avenida Boyacá, soportando las puteadas y bocinazos de los otros conductores. Mi tío Jaime vacacionando con nosotros a orillas del lago Balaton, en Hungría, en 1984, jugando ajedrez con nosotros, que éramos niños: Nicolás (hoy guitarrista de rock con giras y página web incluidas, con una novia azafata que vive en Mallorca), su hermano Rodrigo (ex patovica, antiguo muchacho perdido, ahora padre de familia en Rotebro, Estocolmo), mi hermana (dos hijos, viviendo en La Serena, Chile), yo mismo... Ah, la vida...

El conjuro de la noche

*Nocturno bonaerense, sofocante, pegajoso, con
birras, Spinetta, Lagos, Kirchner, analistas y Los
Piojos*

17 de febrero

CUANDO TERMINÓ EL trabajo, a eso de las nueve, él y yo nos marchamos de la oficina. Spinetta iba a tocar gratis en el Rosedal de Palermo. Él era fan de Spinetta. Yo nunca había escuchado nada de Spinetta, salvo “Muchacha de Ojos de Papel”, aunque en realidad ni siquiera podía tararear esa canción. Podía reconocerla, pero no cantarla. Ni siquiera susurrarla.

Pero bueno, iba una banda de amigos, iba mi novia, nos íbamos a juntar allá, así que decidí ir. Con mi compañero nos fuimos caminando por Florida hasta el subte Catedral, para tomar la línea D hasta Plaza Italia. Era una noche de verano, de esas noches de febrero en Buenos Aires con un calor sofocante, pegajoso, tan distinto de Santiago, cuyas noches de verano son más frías. Esos días de calor que obligan a las chicas a andar con poca ropa, no les queda otra. Que lo obligan a uno a tomar litros y litros de cerveza, a quejarse del calor que hace, a tomar un helado en el Fiocco de Ensenada y Rivadavia, a andar en el taxi con las ventanas abajo.

En el subte nos sentamos frente a esa chica alta, de piernas largas, que leía un libro y me recordaba a una mujer que conocí hace algunos años. Con mi compañero nos pusimos a discutir sobre la infidelidad. Yo, como mi amigo mexicano, el de Ciencias Políticas, creo que infidelidad es coger, o no es nada. Besos, caricias, esas son pavadas, son chanchullos, lo verdaderamente grave para mí es la penetración. Un profe mío de Historia, que tuve en la secundaria en Chile, iba más allá: para él la infidelidad sólo existía si uno cogía con otra persona con amor, pero eso ya me parece como mucho.

Mi compañero, en cambio, era el extremo opuesto: bastaba con sentarse en una café a chamullarse a una minita -en Miramar, digamos- bastaba con tener la sola intención, y eso ya era ser infiel. Nos fuimos todo el trayecto hasta Plaza Italia discutiendo sobre este punto. La morocha de en frente se reía. Yo le decía que no, y le hacía un paralelo con el homicidio: una cosa es matar a alguien, y otra cosa es intentar

matar a alguien, tener un plan, comprar una pistola, esperarlo a la salida del trabajo para descargarle el tambor. Pero planear un asesinato no es asesinar, eso le decía yo a mi cumpa. “Tentativa de homicidio” no es lo mismo que “homicidio”, tienen penas distintas. Una lo convierte a uno en un asesino, y la otra no.

En fin. Llegamos a Plaza Italia. Nos bajamos en la estación con ese mar de pibes que iban al recital, igual que nosotros. Nos fuimos a un locutorio, a llamar al celular a mi novia, para encontrarnos. “Estamos cerca de la mesa de sonido”, me dijo. Casi me dieron ganas de llorar, pero en fin. ¿Nos íbamos a encontrar cerca de la dichosa mesa de sonido, en medio de 20.000 personas? ¿Acaso estaba loca? Para el caso también nos podíamos juntar “frente al escenario”. Pero no tenía ganas de pelear, no le dije nada, de alguna forma los iba a encontrar. Le di el número del celu de mi compañero, por las dudas, para que volviera a llamar en un rato.

Empezamos a caminar por Sarmiento. Spinetta ya sonaba a lo lejos. Éramos cada vez más y más gente, y la gente comenzaba a amontonarse más y más. Llegamos al lado del Rosedal, y mi compa decía: “está tocando ‘Durazno sangrando’, del disco de mil novecientos...”. El loco se sabía fechas, nombres, los integrantes de aquella banda de 1973. Caminamos y caminamos y llegamos hasta unos eucaliptos. De la banda mía, ni rastro. Sonó el celu de él y Clari me dijo: “estamos cerca de los baños, estoy sentada en la acera”. ¿Mesa de sonido, baños, acera? No se veía un carajo, y era un mar de gente.

Mi compa decidió quedarse ahí debajo de los eucaliptos. “Cualquier cosa me encontrás acá”, me dijo, y yo seguí caminando. Me dio la sensación de que quería estar solo, no tenía ganas de andar buscando gente, simplemente quería sentarse por ahí y escuchar tranquilo a Spinetta. Seguí mi camino. Mucha mina hippie, aunque también gente grande, ex montoneros, ex JP, ex Di Tella. Muchachas hermosas, hermosísimas. Mujeres que alguna vez lo fueron. A veces había olor a porro. Yo seguí caminando, obviamente no encontré a nadie. Me puse a maldecir. Llegué hasta el monumento del Lobo y comencé a devolverme. Era difícil caminar entre la gente. No se veía un carajo (“¿por qué no hacen los conciertos de día?”, “No sé, la noche tiene algo especial”, me dijeron alguna vez. Seguro, el conjuro de la noche). Al fin encontré los baños. Colas y colas de gente para entrar a los baños. Yo a un centímetro por hora, perdón, permiso, disculpame.

Clari y la banda debían estar por ahí. Spinetta tocaba y yo no conocía nada. Ni un solo tema.

Hasta que de repente la vi: Barbi, allí entre la gente. La miré y me miró y se sonrió y me dijo: “¡hola!”. Nos saludamos. “Clari está por allá”, me dijo. Me fui para “allá”. Encontré a Clari. También estaban mi cuñada, mi amigo el ingeniero colombiano. Al rato llegó Pablo, un alumno de alemán, con una pareja amiga, Adri y Leticia. Nos pusimos a charlar. Y después a discutir, sobre los 70, Kirchner, sobre el 2001. No escuchábamos mucho a Spinetta.

El concierto se terminó luego. A mi compa lo fui a buscar un rato después, a los eucaliptos, y no lo encontré. Spinetta, antes de bajarse, dijo: “cuidemos la ciudad, no a la violencia”. Le faltó: “Paz y amor”.

Salir de ahí, de ese mar de gente, como salir de una marcha en Buenos Aires o Santiago el 73, también era una odisea. ¿Qué hacemos? Pablo tenía ganas de joder, así que decidimos ir hasta Santa Fe, para sentarnos en algún lugar y comer algo. Así que agarramos de vuelta por Sarmiento hasta la Plaza Italia. Cruzamos el Monumento de los Españoles (joder, ¡qué hermosa es Buenos Aires!), mientras seguíamos hablando.

Pablo en algún momento estudió Filosofía en Puan, allí conoció a Adri, los dos son de la Zona oeste. Se hicieron amigos en el tren. Adri estudia Filosofía y Abogacía, al mismo tiempo, y Leti, Letras. Los cuatro rondamos los 30.

Discutimos un rato de historia argentina. Adri hizo que Pablo leyera “La voluntad”, y Pablo me lo hizo leer a mí (nunca se lo terminaré de agradecer). “La voluntad” es la historia, en tres tomos, de la historia revolucionaria de la Argentina, años 60 y 70, en formato casi de novela. Para mí, una obra maestra.

Ellos atacaban a Kirchner, yo a Lagos. Ellos no defendían a Lagos, yo sí defendía a Kirchner. Les expliqué por qué me fui de Chile: porque en Chile perdimos, nos pasaron por encima, no queda nada de Allende, ni de la UP, y ahora comemos mierda y más encima la encontramos rica. “¿Sabes qué hizo Lagos, un tipo que supuestamente es socialista, en 2003, a 30 años del golpe militar? ¡Firmó un tratado de libre comercio con Estados Unidos! ¿Puede haber algo más elocuente?”. Sí, pero Kirchner mantiene intacto el sistema neoliberal también. “Pero no es lo mismo”. “Sí, es lo mismo”. “Kirchner fue a la Asamblea General de Naciones Unidas y dijo: ‘todos somos hijos de las Madres de Plaza de

Mayo', ¿te imaginas a Lagos diciendo 'todos somos hijos de la Sola Sierra?', ini cagando!". "Sí, pero el discurso de los derechos humanos no le da de comer a la gente", decían ellos. "Pero no son sólo discursos. ¡Kirchner abrió la ESMA!, iyo estuve ahí!, ¿te imaginas que en Santiago abrieran la Escuela Militar y la convirtieran en un museo para recordar a la gente que estuvo presa y fue torturada allí tras el golpe?". "¿Pero qué ha cambiado desde 2001?" me decían ellos. "Bueno, al menos la gente tiene esperanza. Hay más desigualdad, pero también menos pobres". Y así seguíamos.

Discutiendo, llegamos hasta la Plaza Italia. ¿Y ahora qué hacemos? Bueno, busquemos un lugar, algo. Cruzamos la Plaza, fuimos hasta Güemes, pasamos por Pizza Qué, en Charcas, pero estaba lleno, no había lugar. Al final terminamos en un lugar que está en la esquina de Canning y Santa Fe. Ahí nos instalamos, pedimos dos pizzas de muzzarella, cuatro cervezas de litro. Seis argentinos, un chileno y un colombiano. Brindamos: "por mi presidente Kirchner", dije yo, "¡ejaim", dijo otro.

Esa noche hablamos de esa costumbre porteña de ir al analista (de los seis argentinos allí presentes, cinco iban al analista). De las chicas que se enamoran de su analista. De los chicos que se enamoran de su analista. Barbi decía: "el mío no es lindo, es muy grande, pero es un genio". De los precios: desde los cuatro dólares en un centro comunitario hasta los diez dólares en un consultorio particular, el mismo donde un tipo puede cobrar 70 u 80 dólares por sesión. "Uno se envicia, vas y no podés dejar de ir". "Yo voy desde los quince años". "Mi novia se llama igual que mi analista, pero me daba vergüenza decírselo, porque ella sabía que me gustaba". "Ah, el mío es un genio".

Mi amigo el ingeniero colombiano decía que él no iría, que para eso hay que estar medio mal de la cabeza. Yo dije, como siempre, que me daba cosa decirle algo a un desconocido, i y más encima tener que pagarle! Y que además tenía la sensación de que al tipo, a la mina, lo que yo le contaba le chupaba un huevo, le daba lo mismo. Yo contándole de mi infancia, mi psicólogo pensando en su amante de mediodía, a esa que se coge en el albergue transitorio de la esquina mientras su esposa trabaja en la oficina y los chicos aprenden matemáticas en el cole. Yo hablando de aquella mujer que me obsesionaba, mientras mi psicóloga piensa en las cuentas que tiene que pagar a fin de mes. No, para eso, no, chao, loco.

Recuerdo aquella vez, en la época de la universidad, que fui a ver a aquella psicóloga. Fue en una de las crisis con Claudia, mi novia de entonces. La recuerdo tan bien: una chica de 30, insegura, absolutamente dominable, repitiéndome cosas como de un libro. Otra vez salí con una estudiante de psicología, una chica a la que le daba vergüenza su propio cuerpo, que no podía mirarse al espejo (aquello terminó mal. Una vez me la encontré en el metro Los Héroes, en Santiago, y le pedí disculpas). Otra vez viví con tres psicólogos. Todos eran de izquierda, pero a dos de ellos también les interesaba bastante el dinero, y no había solidaridad (no había) a la hora de pagar las cuentas de agua, luz, gas (ambos tenían mujeres hermosas. Una noche le dije a uno: "creo que nunca voy a tener una mujer tan linda como la tuya").

En fin. Se hizo medianoche, la una, las dos, y decidimos largarnos de aquel sitio. Pedimos la cuenta. Pagamos. Adri habló de ir a una fiesta en San Telmo. Bueno, vamos (Pablo se había peleado con su novia, había que levantarle el ánimo). Fuimos a la parada, juntamos las monedas (si no tienes monedas en Buenos Aires, no puedes tomar la micro, todos tienen cobrador automático y nadie te da cambio), y finalmente tomamos el 39. Estaba bastante lleno. Chicos y chicas que iban a una fiesta, o venían de una y se iban a otra. Verano, calor, poca ropa. "Qué mujeres lindas que tienen ustedes en Argentina", le dije a Adri. Y qué querés que escriba, ¡si están ahora por todos lados! Al final nos bajamos cerca de Independencia, en Santiago del Estero, creo. La fiesta era en Tacuarí y Chile, muy cerca de la pensión donde alguna vez viví. Cruzamos la Nueve de Julio. Caminamos cuadras y cuadras. Clari jodía, decía que estábamos de trekking, ejercitando el culiparreín (recordaba sus excursiones de enero en las sierras de Córdoba, con Barbecue y Haley). Yo estaba medio hecho mierda, entre el laburo y las caminatas. Llegamos al sitio. Diez pesos la entrada: váyanse al carajo. "¿Te acordás cuando las fiestas eran de cinco pesos?" "Sí, boluda, y cinco pesos ya era caro". Más encima el lugar estaba medio vacío. Más encima Adri preguntó si podía entrar a mirar y le dijeron que no. Chao, loco, para eso me compro cuatro birras y me las tomo en mi casa. È adesso cosa facciamo? Vamos a la Plaza Dorrego. Bueno, vamos. Más caminata, en medio de aquel calor sofocante.

La Plaza Dorrego estaba llena. Pero llena. Y eso que una jarra de litro de birra sale 15 mangos (5 dólares), una pequeña fortuna en la

Argentina de principios de 2006. También había chicos de la calle pidiendo monedas, pibitas vendiendo flores. Nunca me gustó San Telmo, ¿sabés?, la miseria se filtra, me deprime, hay una rara mezcla entre gente fashion, extranjeros, hostales, bares, okupas (okupas de verdad, gente que se instala y vive durante años en una fábrica abandonada porque no tiene otra) y gente que no tiene dónde caerse muerta y vive en conventillos, hacinada, en la calle.

Y bueno, terminamos en el departamento de Leti, que vive por ahí (¿dónde?, no lo recuerdo, sólo recuerdo que era en el Lado Oscuro, es decir, al otro lado de la Autopista). Leti y su departamento con terraza y su perro Lucas. Un pastor alemán. Un pastor alemán, en aquel departamento. Antes compramos una Coca-Cola de litro y medio, cuatro cervezas, un fernuco. Nos sentamos en la terraza, en medio de aquella noche de verano de febrero, pusimos música ochentosa, Manu Chao, Los Piojos. Hasta las cinco de la mañana. Hasta que decidimos irnos, hasta que Clari, Ili y yo nos fuimos a la parada en Independencia, a esperar el 86, que llegó casi al toque.

Postales desde España

13 de junio de 2006

Y LLEGAMOS A Barajas. Las dos filas, una para ciudadanos de la UE, Estados Unidos, Japón y Suiza, y la otra para el resto del mundo (nosotros). Los policías de uniforme, en sus cabinas, timbrando los pasaportes, y los policías de civil, detrás de las cabinas, que nos miran a los que hacemos la fila, que nos paran aunque hayamos pasado el control fronterizo, que nos llevan a una oficina aparte del aeropuerto para revisarnos los zapatos, la ropa, para acribillarnos a preguntas.

- ¿Y usted a qué viene a España? - me dice la policía en la cabina, sin mirarme.

- Vengo por mi empresa, tenemos una oficina acá, por cuatro semanas, y luego me tomo unas vacaciones.

- ¿Y cuando regresa a su país?

- El 4 de junio.

- ¡Ah!, ¡pues se queda usted una temporadilla!

Y me timbra el pasaporte. Paso, sin mirar a los policías de civil, paso sin mirar a los policías de la Aduana (nunca hay que mirar a los policías a los ojos, sólo si te preguntan algo), paso y afuera me espera mi primo Germán. Un abrazo. Hace algunos años, me tocó recibirlo a él en un bus que llegaba a Santiago desde Arica, en la Estación Central. Esa vez fue el último que se bajó. Yo nunca lo había visto, lo reconocí porque tenía esos ojos achinados que tenemos todos los Fajardo. Ahora me recibía él a mí. Nos subimos a la camioneta, tomamos la M-30 (¿o era la M-40?), y nos hundimos en la ciudad.

Así que esto es Madrid. Mi primo vive en Alcorcón, un suburbio al sur de la ciudad, en un departamento alquilado, con su esposa pereirana y los tres hijos. Una familia típica de colombianos que no han perdido el acento (conocí a más de un colombiano que hablaba como español), con su banderín del América de Cali, su disco de Darío Gómez. Ya llevan cinco años aquí.

- Primo, ¿por qué estacionas tan lejos la camioneta? ¿Por qué no la dejas al frente del edificio?

- Es que me la rayan.

- ¿Cómo así?

- La gente es racista, primo. Ven que uno trabaja y ha logrado comprarse una camioneta y les da envidia, sobre todo porque somos extranjeros.

Igual estacionar en Madrid (y en Barcelona y en Murcia) es un problema. Esos son los problemas de los españoles de hoy: no hay lugar para estacionar. En Buenos Aires la preocupación es que te roben el coche, acá no: es que no hay dónde estacionar. Es que cualquiera tiene un auto. Flaminio, un colombiano que conocí en Cataluña, se asombraba los primeros días cuando llegaba a trabajar a la obra (los primeros trabajos que hacen ellos son en la construcción y en la gastronomía, ellas en la limpieza y el cuidado de niños), porque todos los obreros llegaban en su coche. Juan, un colombiano de 21 años al que conocí un sábado por la noche y que trabajaba instalando sistemas de refrigeración, manejaba un Audi hermoso y carísimo, claro (supongo que lo estaba pagando en cuotas, pero, ¿qué joven de 21 años que trabaje en sistemas de ventilación en América Latina puede sacar un crédito para comprar un Audi?).

En fin. El sueldo medio en Madrid asciende a 1.000 euros por mes. Lo leí en "20 minutos", ese diario gratuito que reparten en el Metro. Es la España que crece al 4 por ciento anual (Alemania e Italia a menos del 2 por ciento), la España pujante que recibe 2.000 ó 3.000 millones de euros al año en concepto de fondos de cohesión (los más ricos de la UE -Alemania, Francia- le dan a los más pobres para que arreglen su infraestructura, sus carreteras, sus trenes, por ejemplo), aunque también es la España precaria, donde un contrato indefinido constituye una rareza absoluta.

Camino por las calles de Madrid. Por las calles de Malasaña, con sus tiendas gay. Por Paseo del Prado (¿cuando, recién llegado a vivir a Buenos Aires, con 150 dólares en el bolsillo, iba a imaginar que un día viajaría a España y caminaría por Paseo del Prado?), por el Parque del Retiro, donde las parejitas navegan el laguito en lanchitas a pedales, por Sol (¿no es lindo que una estación se llame "Sol"?), ¿no es lindo que una estación se llame "Carlos Gardel"?), ¿no podríamos tener una estación "Pablo Neruda"?), por la estación de Atocha, donde tuvieron la genial idea de instalar una especie de parque botánico, casi selvático, al que sólo le faltan los monos.

O me interno en Lavapiés, por ejemplo. En Berlín es Kreuzberg, en Madrid es Lavapiés. La primera vez que escuché de este barrio fue

en 2002, en un teatro de Berlín, durante una conferencia del escritor cubano Pedro Juan Gutiérrez. Él, que vive en Centro Habana, siempre decía que si viviera en Madrid sólo podría ser en este barrio. Así que voy a Lavapiés y me encuentro con Alberto, amigo de una amiga, que junto a su novia Agatha -una polaca rubia y alta, como tantas polacas- desde hace tres años está haciendo un documental sobre Lavapiés, sobre sus personajes -los borrachines de la plaza, las señoras jubiladas que critican el estado del centro de salud- sobre sus calles estrechas, sobre sus placitas. Lavapiés, donde vive Jaled, un marroquí que llegó a España en una patera, como ansían hacerlo otros 80.000 subsaharianos que ahora, esta noche, en este preciso instante, aguardan en las costas de Senegal y países vecinos para dar el gran salto.

O me voy a La Latina y me encuentro con Yerko, un chileno que lleva cinco años aquí. Nacido en Argelia como parte del exilio chileno, ex alumno del Francisco de Miranda, volvió a Europa en 2001 para hacer un documental sobre los saharauíes, ese pueblo que lucha por su independencia en tierras ocupadas por Marruecos, y allí conoció a una chica española (¿una vasca?, creo que era vasca), y decidió irse a España. Tomamos una “caña” (así le dicen a un vaso de cerveza los españoles, la “cerveza” es una botellita de birra) en un bar de La Latina, esos típicos bares donde todo el mundo está de pie, y me cuenta de sus trabajos en un bar, de por qué nunca se casó aunque tuvo la posibilidad (“no quería, como le pasó a tantos amigos, que luego de separarme la mina me dijera que sólo me había casado por los papeles”), de cómo finalmente ha logrado insertarse en el medio audiovisual para laburar en lo suyo (trabaja en sonido).

Ah, Madrid...

Breve introducción a un viaje a Italia

Roma es tan, tan... que a veces a uno lo abrumba. Basta de tanta belleza, de tanto arte... hay un momento en que uno dice: ¡Deja de ser tan bella, te lo pido, dame un respiro!

21 de agosto de 2006

DEBERÍA HABLARLES DE Barcelona, de Valencia, de Berlín, de Zúrich, pero en realidad lo que me mató fue Italia. Amé Italia. Amé recorrer los caminos de los partisanos en las montañas en la frontera con Suiza, arriba del lago de Como. Amé Venecia, Bolonia, Verona, Florencia. Me mató Roma, una ciudad que era la Nueva York hace dos mil años, una ciudad hermosa y maravillosa, que no tiene que demostrarle nada a nadie. Me sentí en casa en Nápoles, donde estuve en casa de Antonio en Scampia. ¿Y qué decir de Pompeya, de Herculano? ¿Y Milazzo? ¿Y Barcellona-Pozzo di Gotto? ¿Qué decir de Lípári, de Strómboli, de Palermo? Pero comencemos por el principio.

* * *

En algún momento pensé en emigrar a Italia, así que tomé algunas clases de italiano. Primero en Caballito, en un instituto que funcionaba en Acoyte y Rivadavia. Luego en Villa Crespo, en Canning y Corrientes. Siempre la misma profesora, una abogada, madre abnegada, que tenía su pasaporte italiano pero seguía prefiriendo vivir en la Argentina (cosa que, por otra parte, comprendí al ir a Italia. No, allá no cae el dinero de los árboles). En fin. Parlo un po' di italiano. Posso parlare con te, bella signorina. Posso dire che sono giornalista, che sono nato in Germania (a Dresda), che abito a Buenos Aires, e che mi piace molto il tuo paese. Tres meses de clase me sirvieron lo suficiente para hablar con aquel jubilado en la Piazza de la Scala de Milano. El viejo me contaba cosas de la guerra. Me contaba que durante la guerra era niño, que se pasaba hambre, y que sólo había papas para comer. "Ahora nos reímos, pero en aquel momento no nos reíamos", me decía. Milano, una ciudad de la cual me habían dicho que era fea (no lo es en absoluto, lo que sucede es que si luego comparas con Florencia, con Venecia...), la ciudad donde Benito Mussolini tuvo algunas diferencias de opinión con los partisanos (con consecuencias fatales para él), Milano, la

ciudad donde se encuentra “La Última Cena” de Leonardo Da Vinci... Anyway. Compré un boleto en Zúrich, con destino a Milano. Veinte euros. El tren se deslizó entre las montañas de Suiza. Paisajes de postal, con lagos y montañas... e siamo arrivati in Italia... Me quedé en Monza, a media hora de Milano, en casa de Claudia, médica. Ella fue mi guía. Su padre me recogió en la estación de Monza. Una estación cualquiera adonde aquel mediodía, de la nada, apareció una modelo. La primera de muchas. En eso Italia es como Argentina. No son todas las mujeres lindas, pero es muy fácil encontrar una condesa, una princesa, una reina, una mujer a la que yo con gusto mantendría. Por ejemplo: aquella siciliana de grandes ojos azules (inmensos), de 19 años, que conocí viajando de Milazzo a Palermo. Estudiaba español en un instituto, era de un pueblo pequeño de Sicilia, y de una timidez enternecedora. Viajaba acompañada de su madre, que me vigilaba con el ojo izquierdo mientras yo parlaba con su pequeña... O aquella otra italiana, una mujer de 35 años, hablando por celular en el tren de Roma Termini a Ciampino (yo iba al aeropuerto). Una reina. Vestida impecable, anteojos oscuros... Yo la miraba embelesado, estábamos los dos parados junto a la puerta, porque ya no había más asientos. ¿Cómo es que aquella mujer estaba de pie? ¿Cómo nadie le daba el asiento a aquella reina? En un momento me dedicó una sonrisa, probablemente para que dejara de mirarla. Yo estaba... anonadado. O aquella chica que perseguí en Roma tras bajar del tranvía (era una estudiante).

En Roma salía de la casa de mis amigos a mediodía y regresaba a la noche, después de caminarlo todo. Roma es tan, tan... que a veces a uno lo abrumba. Basta de tanta belleza, de tanto arte... hay un momento en que uno dice: ¡ya no puedo procesar todas tus estatuas, Roma! ¡Deja de ser tan bella, te lo pido, dame un respiro! En fin. Es que en cada rincón hay una iglesia, una placita, un café... (y eso que no conozco París).

Así que en Roma, con mi boleto válido para tres días, me subía al tren, al tranvía, al metro, y me bajaba en cualquier lugar, y así. Ese día, después del mirador que hay arriba de Piazza del Popolo, llegué a la piazza Buenos Aires (es hermosa, claro) y me subí al tranvía. Y en un momento, se subió ella... Yo no podía dejar de mirarla. Viajamos juntos veinte minutos, media hora. Ella abría su cuaderno, decía algunas palabras, lo cerraba... y yo ahí, sin atreverme a decir “ciao, come stai?, vuoi



prendere qualcosa con me?, ti piace?”. Se bajó en Predestinazione. Un barrio obrero, de inmigrantes. Me bajé con ella. Quise abordarla allí, en plena calle. Pero me ganó un semáforo. Ella dobló en una esquina, y cuando la alcancé, ya no estaba. Al final, llegué a la conclusión de que las argentinas tienen una ventaja, porque son iguales de bellas, pero hablan español. Aunque las italianas... mamma mia.

* * *

Yo amo a la Argentina. Amo, sobre todo, Buenos Aires. Y tal vez amé Italia porque encontré tantas cosas parecidas. La gente que conversa en los cafés, los jubilados que discuten de política o juegan dominó en una plaza. La belleza de las mujeres. Los helados, la pasta, la pizza. En el metro de Nápoli miraba las caras de la gente y decía: “podría estar en el subte de Buenos Aires”. Y a veces camino por las calles de esta ciudad que amo y veo a una chica y digo para mis adentros: “itenés una cara de tana que no podés!”.

Claudia, cuando tomamos helado, recuerdo que me preguntó cómo estaba y yo le dije: “é quasi buono come in Argentina”. Y me reí. ¡Y ella me fulminó con la mirada!

No importa que Raffaele, mi amigo italiano acá, me diga que la pizza y la pasta de Argentina no tienen nada que ver con la de Italia. Es cierto: la harina es otra, el queso es diferente (el queso muzzarella, por ejemplo, el original, en Italia se hace con leche de búfalo; y que yo sepa, no hay búfalos en Argentina). No importa. Yo sentencio: la pizza argentina (la de “1893”, en Canning y Loyola, por ejemplo), no tiene nada que envidiarle a la pizza italiana. Y la pasta (la de “Pipo Garretón”, a la vuelta del terminal de buses de Mar del Plata, por ejemplo) no tiene nada que envidiarle a la italiana.

Como sea, encontré tantas cosas parecidas. Me daba risa cómo se parecían algunos giros idiomáticos, por ejemplo:

Argentina

Dale, dale

Andá a cagar.

Una vuelta fuimos a...

Si hacés esto, te mato.

No rompas las pelotas.

Italia

Dai, dai

Vai a cagare

Una volta siamo andati...

Si fai questa cosa, iti amazzo!

Non rompere le palle...

* * *



En fin. Los tanos también me parecieron gente abierta (aquí se les dice así por los “napolitanos”, “tanos”, que fueron uno de los grupos inmigrantes más numerosos). En España la gente me pareció un poco más cerrada. Tal vez porque en España somos sudacas, somos ex colonia, y hay un trato vertical, de arriba (España) hacia abajo (Sudamérica). En Italia, en cambio, los sudacas somos un extranjero más. O así me pareció a mí. Ya sé que también en Italia hay gente que no le alquila a sudamericanos, pero bueno... En Milano, por ejemplo. En la Piazza de la Scala hablo con este jubilado que me cuenta de la guerra. Luego, sentado frente al Duomo (la Catedral, que es imponente), trabo contacto con un hombre de edad mediana, que después de hablar un poco de la vida me recomienda visitar el Castello Sforzesco. Y allí, detrás del Castello, frente al parco, con su réplica del Arco del Triunfo (algunos milaneses dicen que está en sintonía con el de París), conozco a Giancarlo, un joven periodista que me termina invitando a un “aperitivo”, como le dicen en Italia, y que es más o menos así: cerca de las siete de la tarde, cuando la gente sale de las oficinas, uno va a los bares y pide una cerveza o un vino o una Coca-Cola y puede comer al mismo tiempo, gratis, todo lo que pueda en pastas, ensaladas, canapés... Así que bueno. Fui con Giancarlo. Conocí a sus amigos y amigas. Luca que hablaba maravillas de un reciente viaje a Valencia. O esa abogada estadounidense, una mujer preciosa, acompañada de su esposo, quien no me miraba con demasiada simpatía.

O hablemos de Simona. Yo llegué a Roma Termini un viernes por la noche (Erick, mi gran amigo chileno, me dijo que Roma Termini era como Estación Central, pero me parece una exageración). Sólo tenía una dirección del barrio Testaccio. Lo primero que hice fue ir al metro. “Sciopero”, decía un cartel. A los italianos les encanta hacer “sciopero”. Significa “huelga”. Esta vez era de transporte público. No había metro. Podría haber tomado un tren (hasta Trastevere), pero no lo sabía aún. Así que me fui hacia los autobuses. Había pocos, “servicios mínimos”, como dicen en España. A un conductor le pregunté: “scusi, devo andare al quartiere Testaccio, quale autobus posso prendere?”. “170”, me dijo. Me fui a la parada del 170. Allí estaba Simona. Estaba cansada, después de un día de laburo, claro, y ahora había huelga y no pasaba el maldito autobús que la lleva a su departamento, a su pieza, a su cama. Le pregunté: “scusi, questo autobus va a Testaccio?”. Y ella me dijo; “certo”. Entonces le acerqué mi libreta de apuntes y le

pregunté: “cerco questa strada, ‘Lungotevere degli artigiani 6’. Dove devo scendere?”. Y ella me sonrió y me respondió: “sei fortunato, io abito in questa stessa strada”. ¡Vivía en la misma calle! Una calle no muy larga, como pude comprobar luego, por cierto. En fin. Siempre he tenido suerte en la vida.

Epilogo

Chile me amarga y por eso vivo fuera

No me gusta mi país, me hace daño visitarlo, sé que le pasa a muchos que nos hemos autoexiliado y lo atribuyo al síndrome Mauthausen

19 de agosto

¡CÓMO ME DUELE Chile!

Siempre digo que soy chileno. Allá en Alemania Oriental, en Dresde, en esa calle donde me crié con otros niños, hijos de otros exiliados, siempre éramos “los chilenos”. Éramos Nicolás, Rodrigo, Keny. Entre nosotros hablábamos alemán porque nos era más fácil, pero no había duda: éramos “los chilenos”.

Llegué a Chile en 1990 y viví doce años allí. En La Florida me hice verdaderamente chileno. Las pichangas del Parque Brasil los domingos por la mañana, las tomas en la Usach en los inviernos de los años 90, la playa de Huasco. Todo eso me hizo chileno.

Pero al final, igual siempre me quise ir. Y ahora, cuando me preguntan por qué no estoy allá, digo: “porque no me gusta Chile”. A veces incluso creo que vivir allí me causó un poco de daño. Tal vez exagero. El sábado le dije en una fiesta al gringo Ken: “es una historia que da para rato”. Es que Chile me amarga.

Allende, la UP y Pinochet tienen mucho que ver con esto, claro. Diría que de allí se deriva todo el resto.

Yo, aunque tengo 30 años, y nací después del golpe militar, siento que yo también perdí. Me siento parte del bando de la UP derrotada, masacrada, violada, exiliada, escondida, temerosa. Si en 1939 perdimos en España, en 1973 perdimos en Chile. Pero Chile me duele más, porque soy chileno.

Aunque digan: “ya empezaron con la misma cantaleta de siempre”, yo sé que voy a morir así. Los que estuvieron presos en el campo de concentración de Mauthausen tampoco olvidan. Han pasado 60 años, pero cuando se van a dormir a sus camas y cierran los ojos, y duermen y sueñan, vuelven a Mauthausen. Mauthausen se quedó con ellos para siempre. El frío. El barro. El hambre.

Yo me siento parte de un grupo de gente a la que nos pasaron por encima. Es raro, porque he tenido otra vida, porque no viví la UP: nací y me crié en Alemania, viví en Colombia, en Chile y ahora en Argenti-

na. Pude estudiar, nunca pasé hambre. Fui a la universidad, participé en las marchas al Mineduc, nunca me persiguieron ni me torturaron. Escribí artículos y jamás me censuraron. Pero aún así, siento que todo lo que les pasó a los simpatizantes de Allende a partir de 1973, me pasó a mí también.

No sé bien por qué es así. Tal vez por las historias que contaban los exiliados en la sobremesa, allá en la Hopfgartenstrasse. Las historias de los campos de concentración en el desierto, de la cárcel, del Estadio Nacional. Los adultos contaban estas historias porque no les quedaba otra, supongo. Tal vez pensaban que uno no entendía. Pero uno las escuchaba. Supongo que a los otros niños -a mi hermana Yara, a Rodrigo, a Nicolás, a Keny- no les afectó, o les afectó de otra manera saber estas cosas. Pero a mí enterarme de ellas me hizo mierda, y me rompió un parte del corazón para siempre.

Así que tengo una parte de mi corazón lleno de dolor por lo que pasó el Once (¿hay algún otro país donde una cifra tenga un significado tan fuerte?, porque en Argentina nadie habla del “Veinticuatro”, por decir algo). El dolor está ahí, conmigo, todos los días. Me acompaña, de día, de noche. Nunca se va, siempre permanece. No soy un hombre triste, quiero aclarar, al contrario: amo la vida por sobre cualquier cosa. Amo a mis mujeres, amo la ciudad en la que vivo, y he disfrutado enormemente mi estancia aquí en el mundo. Disfruto cada rayo de sol porque sé que en Ashkelon hay cárceles donde a los presos sólo los dejan ver el sol durante diez minutos, cada diez días. Pero aún así convivo con mucho dolor, mucha pena, mucha tristeza. Odio no. Tal vez un poco de vergüenza por lo que, así supe desde niño, somos capaces de hacer los seres humanos (lanzar a alguien vivo desde un helicóptero Puma al Pacífico, por ejemplo).

No digo que seamos víctimas, no. Lo más fácil es hacerse la víctima. Alguna vez pensé que la generación de mi madre era de fracasados (incluso se lo dije, en el auto, volviendo a casa por Vicuña Mackenna), porque habían intentado construir el socialismo y no pudieron, pero ahora creo que Bolaño tenía razón: fueron una generación valiente. Tuvieron garra, tuvieron huevos. Y qué caro pagaron su atrevimiento. Todos, de Arica a Punta Arenas. Los militantes, los que miraban el proceso con simpatía, como mi madre, por ejemplo.

¿Qué hizo ella? En 1973 ni siquiera estaba inscrita en los registros electorales. Sólo había cometido el “error” de casarse por amor con mi padre, un colombiano que recibió asilo político durante el gobierno

de Allende. Y cuando ocurrió el golpe, mi padre le dijo que lo mejor era asilarse. Así que uno de aquellos días de septiembre fueron hasta la embajada de México y se asilaron, y una semana después los expulsaron del país. Mi madre tenía 24 años, y mi padre, 29, casi la edad que tengo yo ahora. Todas sus cosas del departamento que compartían en la calle San Diego se perdieron. De la época de la universidad a mi madre no le quedaron ni los cuadernos.

Dentro de todo tuvieron suerte. No estuvieron presos, no los violaron, no los dinamitaron en el desierto de Atacama. Mi madre tuvo “sólo” doce años de prohibición de volver al país. Tenía una “L” en su pasaporte: era parte del “listado nacional”. Era una persona que representaba un “peligro” para la seguridad nacional.

En 1985, cuando pudo ingresar finalmente a su país, hicimos un largo viaje a Huasco, el lugar de origen de mi familia materna. A Huasco se llega desde Santiago luego de un largo viaje de 700 kilómetros, gran parte de ellos a través del desierto. A Huasco se llega subiendo una colina, desde cuya cima se ve todo el pueblo. Pues bien, en 1985, cuando llegamos allá arriba, a esa cima, mi madre pidió detener el auto, se le llenaron los ojos de lágrimas, y dijo que iba a bajar, a hacer el resto del camino a pie. Nunca he podido olvidar esto: sus ojos llenos de lágrimas. Para mí, sintetiza, de alguna forma, su forma de vivir el exilio. Yo creo que alguien le debe una disculpa a mi madre. Ella no lo merecía, no hizo nada, para que le prohibieran regresar a su país durante doce años. Tenía derecho a compartir con su gente, con su familia, con sus amigos. Tal vez sea mucho pedir, considerando que otros ni siquiera tienen donde dejar una flor para sus muertos. Pero aún así creo que ella la merece. Hasta ahora no he escuchado que nadie se disculpe. En fin. Nos pasaron por encima, eso siento. Siento que a mí también me pasaron por encima. Nos tiraron al piso, nos patearon, nos dieron con luma una paliza de aquellas.

¿Pero saben qué es lo peor? Para mí lo peor es que seguimos en el piso.

Algunos de nosotros -muchos, y no los culpo- han dicho: “estábamos equivocados”, y les dieron permiso para levantarse y se fueron al shopping, o a presidir el directorio de Telefónica. (Hay que seguir viviendo). Otros no aguantaron y se mataron: se lanzaron de un quinto piso de las Torres de San Borja, se tiraron a las vías del tren. Muchos -muchísimos- se fueron. Pero los que seguimos creyendo que teníamos razón -que Chile era para todos, no para algunos, como sigue siendo

hoy- seguimos en el piso. Cada vez que vuelvo a Chile, siento eso: vuelvo a ser parte de aquellos que siguen de cara al piso, aguantando. Como Renato. Como Juan.

Sí. Seguimos en el piso, y nos siguen escupiendo. Perdimos. Nos hicieron mierda, y los mismos que nos hicieron mierda nos gobiernan, ahora acompañados de algunos que antes estaban con nosotros. Hemos tratado de levantar cabeza, pero aún no podemos. Y eso me amarga de Chile. Esa fue una de las razones por las que me fui. Ya no quería seguir más en el piso. ¿Qué queda de Allende? Nada, aparte de una estatua, una avenida en San Joaquín y el litro de leche (y las fotos, y los libros, que son básicamente recuerdos). Y yo no quiero vivir en un país donde de un hombre justo, como Allende, no queda prácticamente nada.

Hace poco alguien me dijo que Argentina y Chile sufrieron ambos dictaduras terribles, pero los argentinos supieron levantarse y seguir adelante, pero Chile quedó destrozado y nunca se recuperó del todo. Argentina quedó bien -dentro de lo posible- y Chile, mal. Mal del alma. Mal del alma. A veces Chile trata de distraerse, pero no puede. Síndrome Mauthausen.

El día en que nos levantemos (el día en que se abran las grandes alamedas de verdad, Chichito amado) no ha llegado, pero llegará. Hay un proverbio árabe: “siéntate en la vereda de tu casa y verás pasar el cadáver de tu enemigo”.

Una posdata para los Ricardo Lagos: no importa que ustedes sean unos traidores. El día de mañana van a pagar muy caro por haber traicionado la voluntad popular. Van a pagar caro el haber defendido a Pinochet preso en Londres y el haber presionado al juez Guzmán para que dejara de molestarlo, van a pagar caro por hacer casas de cuarenta metros cuadrados para los humildes en las que ustedes mismos jamás vivirían, van a pagar caro porque ustedes, que estudiaron gratis, hayan dejado que las universidades públicas -y los sueños de muchos que quisieron estudiar y no pudieron- quiebren mientras el Estado subsidia a las privadas, y por cierto también van a pagar caro por habernos convertido en socios de Estados Unidos y de seguir enemistados con nuestros hermanos vecinos. Entre muchas otras cosas. No olviden que si los han elegido durante estos quince años no es por ser buenos, sino porque la otra alternativa son los hijos de Pinochet, y después de una dictadura terrible de 17 años así cualquiera gana una elección.

Habrá un día que este modelo que crearon los mismos de siempre -esa oligarquía chilena repudiable, que también deberá responder por sus crímenes, porque tiene las manos manchadas de sangre-, y que ustedes administran y perfeccionan con tanto gusto desde sus oficinas, colapsará. Ya sucedió en Argentina en 2001. Neruda lo decía: "la primavera es inexorable". Vamos a ver cómo el pueblo de Chile se acuerda entonces de ustedes.



Agradecimientos

Quiero agradecer de corazón a todo el equipo de editorial Quimantú, especialmente Siujen Chiang y Lucía Paz. Los viajes y este libro no habrían podido ser posible, entre otros, sin la ayuda de las siguientes instituciones y personas: Internationales Journalisten Programm (IJP, especialmente Martin Spiewak), Sönke Artl (por recibirme en Hamburgo), la familia Asenjo-Osorio (tíos Erick y Oriana, además de mis "hermanos" Nicolás y Rodrigo, en Estocolmo), Priska Barmettler (Zúrich), Antonio Campopiano (Nápoles), Germán Fajardo (Madrid), Alfonso Giancotti (Roma), Elena Giorgiani (Sicilia), César González (Hamburgo), Stefanie Huber (por "llevarme" a Buenos Aires), Stavros Karavassilis y María Cristina Ocaranza (Grecia), Carola Martínez (literalmente me abrió su casa en Buenos Aires), María Eugenia Olivares (Barcelona), Claudia Righi (Milán), Cristian Rojas (Berlín), Florentino Santos (Berlín/Madrid), Lucio Severo (Verona), Raffaele Timpano (por introducirme a la comunidad italiana en Buenos Aires) y Leiv Otto Wattne (por Roskilde).

Índice

Presentación	5
Buenos Aires y Europa	9
(2001/2002)	9
Introducción	11
Enamorado de Buenos Aires	13
Amsterdam era una fiesta	20
Con Bush en Berlín	23
La Colonia turca	28
Los médicos de Hamburgo	34
Estocolmo es una isla... de troncos	42
Festival en Roskilde	51
Love Parade 2002 en Berlín	61
Una semana en Grecia	67
Praga bajo agua	83
2003, Buenos Aires II	93
Introducción II	95
Sobre héroes y tumbas	96
La maldita policía	98
A Bolaño, sin lágrimas pero con cariño	102
Argentinos se nos adelantan otra vez	104
¿Y si mañana surge otro Pinochet?	107
Derechos humanos, ¿una quimera?	110
Con miedo a que mataran a Hugo Chávez	114
Un país al revés	118
Postales de Buenos Aires	120
Dejarse la barba	123

Una tarde en bicicleta.....	125
Un ruso en Buenos Aires	128
Argentina, mejor que Chile	130
Chilenos en Buenos Aires	132
Uruguay, provincia argentina.....	134
Los amigos	137
Año 2004.....	141
Postales de Buenos Aires II	143
Yo estuve en la Esma	145
“La toma” de Argentina.....	149
Cinco filmes y un Festival.....	151
Con Silvio en la Plaza de Mayo	155
Postales de Buenos Aires III.....	158
Honor y gloria a Raymundo	160
Postales de Buenos Aires IV.....	162
Postales de Buenos Aires V.....	165
Año 2005/2006	171
Una auténtica tragedia argentina	173
Tanto atado por un poco de marihuana.....	176
Postales de Buenos Aires VI.....	180
Radiografía en gloriosos colores.....	185
Una fiesta de colombianos	190
El conjuro de la noche	202
Postales desde España.....	208
Breve introducción a un viaje a Italia.....	211
Epilogo	217
Chile me amarga y por eso vivo fuera.....	219
Agradecimientos	225

